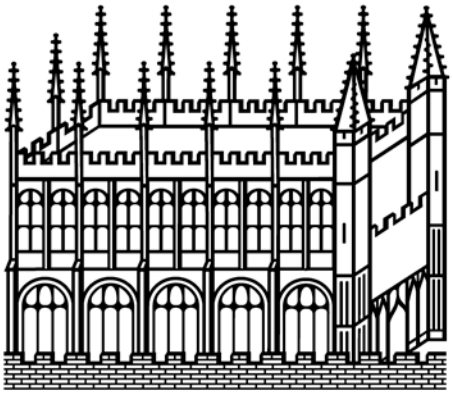


Bodleian Libraries

UNIVERSITY OF OXFORD

This book is part of the collection held by the Bodleian Libraries and scanned by Google, Inc. for the Google Books Library Project.

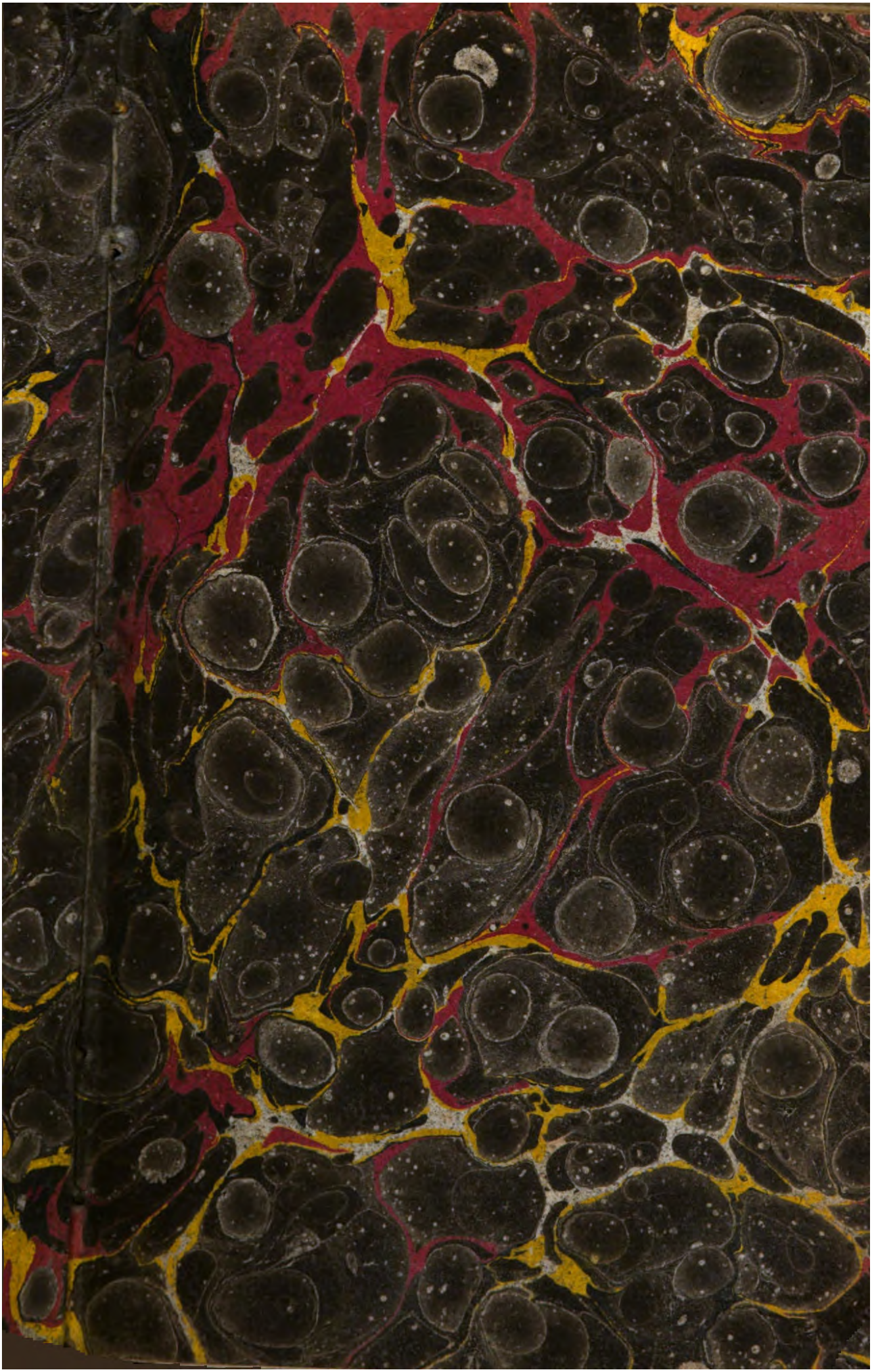
For more information see:

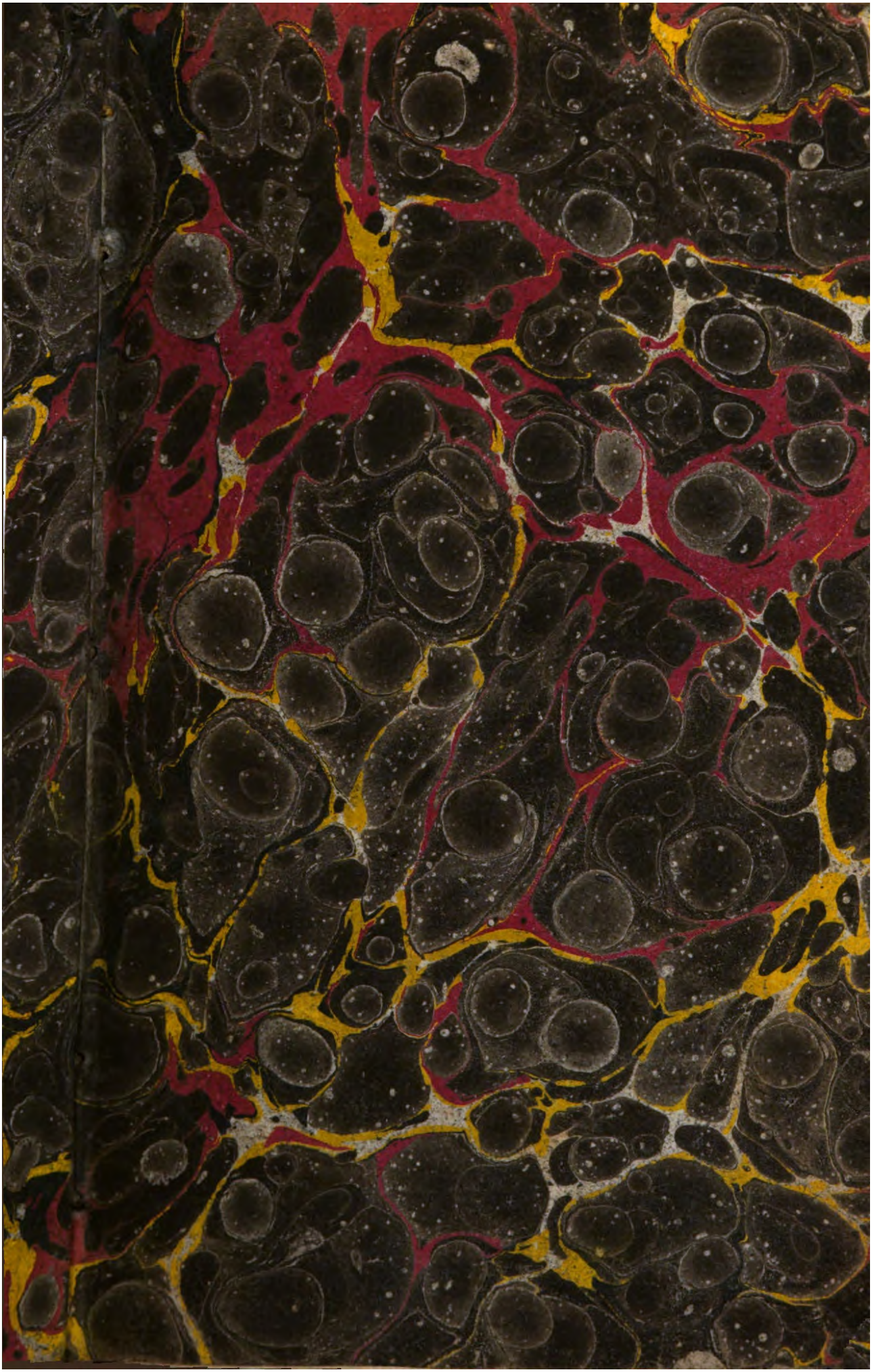
http://www.bodleian.ox.ac.uk/dbooks

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 2.0 UK: England & Wales (CC BY-NC-SA 2.0) licence.

ncuadernado en el Estableci-
to Tipográfico de *D. Francisco*
ura y Sabatel, con entrada por
lle de Libreros núm. 8 y 10.

Vet. Span. III B. 110





7.4.W

DOÑA ISABEL DE SOLIS,

Reina de Granada.

NOVELA HISTORICA

POR

D. Francisco Martinez de la Rosa.

MADRID:

IMPRENTA DEL CABALLERO DE GRACIA,
calle del mismo nombre.

1846.

con que he tropezado; unas veces ausente de mi patria y otras agoviado con el peso de ocupaciones graves; ya escaseando el tiempo, y ya el ánimo poco dispuesto á dedicarse á una obra de leve monta.

Mas nunca desistí del propósito de llevarla á cabo; tanto menos, cuanto que la *tercera parte* debia referirse á los hechos mas importantes de la guerra de Granada hasta la conquista de aquella ciudad; mina tan abundante que, aun despues de haberla beneficiado muchos autores de fama, aun ofrece copiosas riquezas á los que se empleen en laborearla.

Los eruditos hallaran en las *notas* muchos documentos curiosos, y algunos de ellos no publicados hasta ahora, relativos á la entrega de Granada y á los tratos que al efecto mediaron; no habiendo perdonado esfuerzo ni diligencia para ilustrar debidamente un punto tan interesante de nuestra historia.

No tengo la presuncion de creer que

he trazado, cual merece serlo, el cuadro de las glorias de España en aquella empresa memorable; pero sea cual fuere el concepto que el público forme de esta obra, ya terminada, acreditará á lo menos mi deseo de celebrar las hazañas de nuestros mayores, asi como mi aficion á la tierra que me dió el ser y donde pasé tranquilamente los años mas dichosos de mi vida.

DOÑA ISABEL DE SOLIS

Reina de Granada.

Parte Tercera.

CAPITULO PRIMERO.

De la situacion en que se encontraba Albo Hacen recien vuelto á Granada.

Apenas recuperado el mal perdido trono, volvió Albo Hacen á adormecerse en brazos de su esposa, creyendo asegurado á Boabdil en poder de los Reyes Católicos, y calmados algun tanto los recelos que contra su propio hermano alimentaba.

Punzábale tan solo, mas bien á impulso del antiguo ódio que por prevision de futuro daño, ver encastillada á Aixa en su palacio; manteniendo levantados los ánimos de su parcialidad en el Albaicin y la Alcazaba. Mas de una vez asaltó á Albo Hacen el

pensamiento de acometer aquel recinto; pero en breve le retraia de tal propósito su natural inconstancia, juntamente con lo árduo de la empresa, encaramados ambos barrios en la cumbre de altísimos montes, la subida ágria, las calles barreadas, el alcázar ceñido de gruesos muros, y defendido por las tribus mas belicosas. Rios de sangre habria de costar llevar á cabo semejante designio; y los moradores de Granada pudieran echarle en rostro que consumia malamente las fuerzas del Estado, peleando contra sus propios súbditos, cuando le estaban los infieles provocando dentro de su reino. Tuvo pues por mejor acuerdo tentar antes alguna entrada en tierra de cristianos; consentido en que, si sus armas salian vencedoras, tal vez al eco del triunfo se abririan de par en par las puertas de los barrios rebeldes.

Alentado con esta esperanza, á que daba calor y alas su misma indecision y flaqueza, allegó buen golpe de gente, compuesta en su mayor parte de almogavares ó ginetes armados á la ligera, adecuados para este linage de guerra, tan prontos en acometer como en retirarse, revolviendo sobre los enemigos hasta en la fuga misma, segun uso y costumbre de los pueblos de Africa. Tal cual impulso sintió Albo Hacen de acaudillar en persona la hueste, para restaurar su antiguo renombre, empañado una y otra vez

delante de los muros de Alhama; pero temió desamparar la ciudad, tan veleidosa de suyo, dejando á sus puertas mismas, ó por mejor decir, dentro de su recinto á un enemigo como Aixa, á la par astuta y audaz; aun sin contar el sumo riesgo á que por su parte se esponia, si se obstinaba la fortuna en volverle la espalda.

Contentóse pues con nombrar por caudillo de la espedicion á Albin Hamad, auxiliado por los alcaides de Málaga y de Ronda, ambos á dos muy prácticos en algaradas; temiendo encomendar la empresa á su propio hermano, por no acrecentar su fama, si salia ganancioso. Dió al nuevo adalid las órdenes oportunas para que recatando en lo posible su intencion y designio, cayese de improviso sobre los cristianos, á los cuales suponia á la sazon desapercibidos (1). Mas ora se hubiese difundido el rumor de la intentada correría, ora se debiese á la suerte, que tan propicia se mostraba á las armas de los Reyes Católicos, halláronse estas aparejadas y prontas; y cuando los moros se ostentaban ufanos, poniendo á sangre y fuego las fértiles llanuras de Andalucía, viéronse desbaratados en los famosos campos del Lopera (2).

Aun mas que este descalabro sintió Albo Hacen otro suceso de menor cuantía; pero que le llegó al corazon por las circunstancias que en él mediaron. Fue pues el caso,

que no dándose por satisfecho el marqués de Cádiz con haber ganado á Alhama, como en reparacion y desagravio de la pérdida de Zahara, no tenia paz ni descanso hasta recobrar aquella fortaleza; y no por mezquino interés, pues ni aun pertenecia á sus Estados, sino porque le dolia la provocacion de Albo Hacen, quien no tanto se habia propuesto en aquella sorpresa dar en ojos á los Reyes de Castilla, cuanto retar de cerca á aquel insigne caballero, en despique de antiguos agravios.

Acostumbraba el marqués mantener en tierra de moros buen número de lenguas y espías, no queriendo desaprovechar ni la mas leve ocasion de dañar á los enemigos de su Dios y de su Rey: y como le llegase nueva, hallándose en la comarca de Tarifa, de que la fortaleza de Zahara se hallaba encomendada á un escaso presidio, cuyas guardas solian por la noche entregarse confiadamente al sueño, sabiendo que no habia cristianos en muchas leguas á la redonda, se dió tan buena traza, que encaminando por ocultas vías un escogido número de guerreros, los reunió á muy corta distancia de aquella fortaleza, á punto que cerraba la noche. Apegados al suelo, por no ser descubiertos, llegaron hasta el pié de los adarves; y acercándose el marqués á un adalid muy esperimentado, que consigo traia, le dijo estas meras palabras: «en la puerta aguardo las llaves.»

No bien lo hubo pronunciado, cuando unos cuantos de los mas animosos aplicaron las escalas, disputándose la gloria de subir delanteros; á tiempo que el marqués, con buen golpe de gente, amenazaba la puerta principal, que caia al lado opuesto. Acudieron allí los moros, confusos y azorados, creyendo al escuchar aquel estrépito, que una hueste cristiana habia venido sobre la fortaleza; y cuando mas empeñados estaban en rechazar á los enemigos, oyeron á su espalda el grito de *Santiago y cierra España*, que resonaba cada vez mas cercano. Milagro del cielo parecia: en el breve curso de una noche tomóse de rebato aquella villa, de la propia suerte que se habia en mal hora perdido; y apenas transcurridos dos años, volvió á ondear en sus almenas el glorioso pendon de Castilla (3).

Como cabalmente habia sido Zahara la causa y ocasion de la guerra, al saberse en Granada que habia vuelto á poder de cristianos, salió de madre la indignacion del pueblo; recordando las tristísimas predicciones que entonces se hicieron, y que anunciaban como inminente la perdicion del Reino.

Con sobresalto y desconsuelo tornaba la gente los ojos á la Alhambra, donde permanecia Albo Hacen como desatentado con uno y otro golpe, receloso de sus propios súbditos y amenazado por las armas cristia-

nas; sintiendo bambolear su trono, y sin aliento para sustentarlo.

CAPITULO II.

Tentativa de Aixa en favor de Boabdil.

Aun mayor que la irresolucion de Albo Hacen, quien parecia abandonarse á la corriente del destino, era el ánimo y entereza de Aixa, mas propios de esforzado varon que no de frágil hembra. Con semblante sereno supo la rota de la hueste, la prision de Boabdil; y lejos de descorazonarse ó de aflojar en su propósito de guerrear á todo trance contra su infiel esposo, meramente pensó en los medios de reparar tamaño desastre.

Acababa de perder un hijo; mas aun le quedaba otro, casi de la propia edad y aventajado en prendas; mancebo que habia ya dado muestras de ánimo generoso y en quien fundaba Aixa su postrera esperanza.

Habíale enviado, como ya se dijo, á la ciudad de Almería, para que levantase el pendon á nombre de su hermano. Importaba mucho apoderarse de aquella ciudad, un dia tan famosa, como que llegó á ser cabeza del reino; y que si bien se veia decaida de su antigua grandeza, ofrecia dentro de su recinto y en sus fértiles campos abundantes recursos, aun sin contar el anchuroso puerto, célebre desde el tiempo de cartagineses y romanos.

Ufana con tales recuerdos, veia aquella ciudad no sin rivalidad y celos el encumbramiento de Granada y la predileccion de Albo Hacen en favor de Málaga, que habia atraido á si la riqueza y comercio. Cuidó por lo tanto la astuta reina de mantener la cizaña entre aquellas ciudades; enviando mensajeros con ricos presentes para los principales moradores de Almería, y alimentando sus esperanzas, si llegase Boabdil á recobrar el cetro.

Aun cuando la parcialidad de aquel príncipe se mostrase todavía firme y entera, era de temer que se fuese consumiendo hasta estinguirse, como una luz en estrecho recinto, si permanecia encerrada en los muros del Albaicin, el enemigo al frente, y el trono largo tiempo vacante. Desasosegada con este pensamiento, no podia Aixa conciliar el sueño ni disfrutar un momento siquiera de descanso: y mandando venir á media noche á sus deudos mas allegados y á los caudillos principales, les espuso en sentidas razones, que tanto para salvar el reino, amagado por las armas cristianas, como para arrojar del trono al débil Albo Hacen, cada dia menos apto para manejar las riendas del Estado, no habia otro arbitrio ni recurso sino lograr á cualquier costa la liberacion de Boabdil. «Ni podemos (les dijo) arrancarle á viva fuerza de las garras de los cristianos, ni encomendar la empresa á la astu-

cia y al arte; habiendo de luchar con enemigos vigilantes y cautos, que conocen el valor de la joya que ha caido en sus manos. El alcaide que custodia á Boabdil antes parece carcelero que no capitan esforzado; y so color de tributar homenage á la autoridad del monarca, acecha noche y dia los sollozos de su cautivo, para contarlos uno por uno á los Príncipes que se lo encomendaron.»

«Nada hay que esperar tampoco de las dádivas y presentes, aun cuando pudiésemos disponer de cuantas riquezas atesora Granada: pasaron ya los tiempos en que por una *cesta de higos* se contuvo en la misma Vega el ímpetu de la hueste cristiana, despues de una señalada victoria.» (4).

«Para alcanzar la libertad de Boabdil, forzoso es obtenerla de nuestros enemigos, duros de corazon, ensoberbecidos con el reciente triunfo, cada dia mas codiciosos de arrebatarnos el reino que nuestros padres conquistaron. Conviene pues mostrarnos dóciles y sumisos, como si inclinásemos la cabeza bajo el peso de tantas desgracias..... dia vendrá en que la levantemos!»

«Id, partid sin tardanza: decid á los Reyes de Castilla, que si dejan libre á Boabdil, tendrán en él un príncipe agradecido, ó por mejor decir un vasallo; que volviendo á asentarle en el trono, evitarán una guerra larga, costosa, de éxito aventurado, al paso

que, sin riesgo ni peligro, cogerán á manos llenas el fruto de este reino, por medio de párias y tributos..... No escaseeis ofrecimientos y promesas: ¿no nos han enseñado ellos mismos que es lícito faltar á los pactos, cuando se asientan con infieles?»

En el ceño de Aixa, al pronunciar estas palabras se estaba leyendo el ódio que abrigaba contra los Reyes Católicos, así como el afan que le costaba enviar un mensaje de paz aunque fuese pérfido y mentido, cuando su pecho ardia en sed de ira y venganza.

Mas como no quedase sino aquella senda para llegar al logro de sus fines, y como le dolia mas ver en el trono al infiel esposo y á la aborrecida rival, que no humillarse por breve espacio ante los reyes de Castilla, determinó ejecutar su intento sin la menor demora.

Encomendólo principalmente al Wazir Aben Comixa, que gozaba de mucho valimiento con la reina, y ejercia en el ánimo de Boabdil un absoluto imperio; y para que fuese la propuesta mas autorizada, dispuso que le acompañasen el Alferez del pendon real y otros moros de cuenta, á la par nobles y acaudalados. Brindáronse todos ellos no menos con sus bienes que con sus personas; y despues de regraciarlos Aixa, exhortándoles á que no retardasen la partida: «ya tengo á mano (les dijo) las prendas que habeis de llevar á los reyes de Castilla, si

no les bastan mis tesoros.....» y en diciendo esto, entró en un *alhami* ó alcoba, que á los pies del salon estaba; y volvió de allí á unos instantes, trayendo de la mano á los hijos de Boabdil que entre el temor y la sorpresa dudaban los inocentes si estaban dormidos ó despiertos.

«No seremos nosotros menos» (esclamaron á una voz cuantos allí se hallaban). »Si podemos rescatar á Boabdil (prosiguió Aben Comixa), dejando por rehenes á nuestros propios hijos, vivid tranquila, Aixa; no os demandaremos los vuestros.»

Partieron al punto mismo aquellos caballeros: y los que tantas veces habian arrostrado la muerte con ánimo sereno, como que temblaban ahora, al llegar á sus propias casas y al avistar á sus esposas.

CAPITULO III.

Del consejo que celebró el rey D. Fernando.

Cuando cayó Boabdil en poder del conde de Cabra, encomendóle este á un caballero de su propia casa, y mandó que le llevasen al castillo de Lucena, como ya se dijo; mas de allí á poco tiempo ordenaron los Reyes Católicos que se trasladase al prisionero á la fortaleza de Porcuna, que parecia mejor aparejada para su seguridad y

custodia. «Os he libertado de esa carga (dijo el monarca al conde); que un rey, por *chico* que sea, pesa mucho.» Asi procuraba aquel astuto príncipe encubrir con palabras corteses las miras y designios que en ello llevaba, no queriendo desaprovechar ninguna ocasion de ir mermando poco á poco el poder y el influjo de la nobleza para realzar la magestad del trono.

Estimó, pues, que no asentaba bien que un vasallo tuviese preso á un rey, siquiera fuese moro; y que prenda de tanta valia no podia estar segura sino en las manos del monarca. Hasta cuidó de no encomendar la guardia de Boabdil á ninguno de los grandes y señores principales, que tanto abundaban en el campo; y prefirió para aquel encargo á un caballero de gran corazon y de lealtad á prueba.

El capitan Ruiz de Alarcon (que así se llamaba el alcaide) dió gracias al Monarca por tamaña muestra de confianza; y desde aquel punto y hora hizo firme propósito de no dormir en lecho, ni aliviarse del peso de las armas, mientras tuviese á Boabdil bajo su custodia.

Cuando llegaron los mensajeros de Aixa á solicitar el rescate, hallábase la Reina Doña Isabel en tierra de Castilla, poniendo órden y concierto en la gobernacion del Estado; y el rey habia venido á la ciudad de Córdoba, para hacer la masa del ejército y

activar los aprestos de guerra desde aquel punto, mas cercano á Granada.

Recibió el monarca á los enviados de Aixa con la dignidad y decoro tan propios de la magestad; pero cuidando al mismo tiempo de no mostrarse desvanecido con la victoria, ni lastimar con destemplada jactancia la triste condicion de los vencidos. Llevaba tambien la secreta mira de captar los ánimos de aquellos moros, que tenian grandísimo influjo en su tierra, llevando siempre por regla aquel monarca, que lo que podia conseguirse con la lima sorda de la política, no debia cortarse con el filo de la espada. No mostró el rey sorpresa ni contentamiento al escuchar aquellas propuestas, ni dió esperanzas á los mensajeros, ni trató de desvanecer las que pudiesen haber concebido. Limitóse á manifestarles cuánto le pesaba la cautividad de Boabdil, y cuánto se holgaria de ponerle en libertad, si de su propia voluntad pendiera, y no fuese materia que atañia al bien y seguridad de sus reinos; espresando, por último, que habia menester tomarse tiempo para resolver en asunto tan grave.

No mas tarde que al siguiente dia mandó convocar su Consejo; viéndose reunidos en el régio aposento muchos varones de saber y prudencia, no menos famosos en la paz que en la guerra, y tan aptos para defender al Monarca en el campo, como para pres-

tarle luz y guia en la gobernacion del reino. Era afortunada, en que florecian á la par las armas y las letras; era gloriosa para nuestros mayores, ¡cuyo solo recuerdo nos acusa y afrenta!

Espuso el rey en breves razones el mensaje que habia recibido, asi como las condiciones que proponian los enviados, las cuales en sustancia eran estas: que si se ponia en libertad á Boabdil, no solo celebraria paces con los monarcas de Castilla, sino que seria su vasallo, pagándoles las párias y tributos que se concertasen. En señal de buena voluntad, y como primicias de su agradecimiento, mandaria desde luego poner en libertad á cuantos cristianos se hallasen en las mazmorras del Albaicin y de la Alcazaba, verificándose lo propio, segun fuesen entrando bajo su dominacion las demas villas y ciudades. En todas ellas podrian transitar libremente y ejercer su tráfico y comercio los vasallos de los Reyes Católicos, y á su vez los moros que se hubiesen sometido á Boabdil, deberian hallar en aquel reino igual proteccion y acogida. En suma: Boabdil se colocaria, una vez libre, y ayudado por las armas cristianas, en una situacion semejante á la del Rey Mahomad, respecto del Rey D. Pedro; prometiendo igual fidelidad, y no teniendo á mengua apellidarse vasallo de príncipes tan poderosos.

Durante su razonamiento guardó el rey

tal circunspeccion y mesura, que ninguno de cuantos presentes se hallaban, si bien tan perspicaces, pudo columbrar al trasluz de las compasadas palabras, cuál era el designio del rey, ni á qué dictámen se arrimaba, ya lo hiciese naturalmente, á impulso de su acostumbrada reserva, ya de intento y caso pensado, para no embargar con el peso de su propio voto la libertad de sus consejeros.

Aun cuando fuese igual en ellos el deseo del acierto, no era dable que en materia tan árdua anduviesen acordes los pareceres: fueron, pues, varios y encontrados los que en presencia del rey se espusieron, esforzando cada cual las razones en que su dictámen se apoyaba. (5).

Señalóse entre todos por su fuego y vehemencia D. Alonso de Cárdenas, Maestre de Santiago, quien creyendo que la liberacion de Boabdil y las propuestas paces pudieran mantener ociosas las armas y retardar la reparacion del desastre de la Axarquia, que sobre su corazon pesaba, se opuso con todas sus fuerzas á que se admitiese ningun pacto. «Cuando cayó prisionero Boabdil en la jornada de Lucena, y España toda celebró con fiestas y alegrías aquel fausto acontecimiento, ¿quién hubiera previsto que dentro de brevísimo plazo habia de ponerse en duda si convenia restituir la libertad á aquel príncipe, malogrando así el fruto de tan se-

ñalada victoria? A mi me basta saber de qué parte viene la propuesta para desde luego desecharla: hasta los dones son funestos de manos de los enemigos, y los nuestros no nos ofrecen dádivas, sino que quieren con arte y con engaño lo que nos dió en el campo Dios y nuestra espada. Han menester un rey, y nos le piden: razon mas para no otorgárselo. Se encarecerá acaso el valor de las condiciones que proponen; pero mientras mas aventajadas sean, ¿no están mas claramente demostrando cuántas esperanzas cifran en el logro de su deseo?... Muéstranse humildes y condescendientes, como si hubiésemos olvidado su índole y condicion que aprendimos á tanta costa!»

«Por sus venas corre sangre africana, que lleva consigo la perfidia y la alevosía: prometen con largueza, como aquel que no tiene ánimo de cumplir lo pactado.» Nos brindan con la paz: ¿y de cuando acá ha podido fiarse en la paz con infieles? Ocho siglos llevamos de guerra, y aun no ha vuelto á la vaina la espada que se desnudó en Covadonga! Y en tan largo espacio cítese un solo ejemplo en que no haya sido fatal para estos reinos (qué digo yo la paz!) hasta la tregua mas breve con nuestros enemigos.»

«Pagarán párias y tributos..... en buen hora; ¿pero quién nos responde de que algun dia no repetirá Boabdil lo que ya en otro tiempo contestó su padre? Tambien ha-

bia ofrecido Albo Hacen pagar un tributo anual á la corona de Castilla, pero lo gastó luego en labrar armas con que degollar en Zahara á nuestros descuidados hermanos.»

«Aquel pérfido monarca ha recibido en breve el castigo del cielo: se ve encerrado en su palacio, temeroso de sus propios súbditos, é incapaz de acudir á la defensa de su reino; y cuando no parece sino que Dios en su infinita misericordia, nos pone delante aquel débil obstáculo para que con un soplo lo arrollemos, ¿iriamos nosotros á alzar á un nuevo rey en el trono de Granada, que con dejarlo solo, se desploma?.... Es mozo, débil, inesperto; pero detrás de Boabdil está Aixa, y ella es la que con tantas veras nos le demanda.»

«Si Boabdil estuviese á su lado, ¿qué no dariamos por arrancárselo, haciendo pedazos en sus manos el cetro y la bandera? Y ahora que en nuestro poder le tenemos, no parece sino que nos pesa guardarle!»

Con estas y otras semejantes razones se esforzaba aquel buen caballero en disuadir al rey de aceptar los ofrecidos pactos, y al mismo parecer se arrimaron los mas de los próceres y capitanes que allí se encontraban. Tenian muy presente cuán poco habia que fiar en la fé musulmana; siendo tambien visible en su rostro y en sus palabras, que tan acostumbrados estaban á guerrear de

continuo contra los infieles, y tal propósito tenian de no levantar mano hasta coronar en Granada el rescate del reino, que reputaban casi como mengua dar suelta á Boabdil, y celebrar con él treguas ó paces.

Hubo, sin embargo, uno que otro entre los vocales del consejo, que propusiese aceptar las condiciones ofrecidas, atendiendo mas á las razones de profunda política, que no á los ímpetus del corazon, si bien nobles y generosos. El primero que apadrinó este dictámen, dándole con su voto gran peso en la balanza, fué D. Diego Lopez Pacheco, marqués de Villena, varon de mucha autoridad por su nobilísima causa y aventajadas partes.

«Nos piden nuestros enemigos que les devolvamos á Boabdil; y se pretende que debemos negárselo, por lo mismo que ellos nos lo demandan.....Mas antes me parece que debiéramos examinar con detenimiento y calma lo que mas cumple al servicio de Dios y al bien de estos reinos.»

«No una vez sola ha acontecido que lo que los pueblos desean con mas ánsia, se convierte luego en su desventura, y quizá otorgando a nuestros enemigos lo que ellos mismos solicitan, lejos de otorgarles merced, les causarémos irreparable daño. ¿Qué ventaja nos resulta (desearia yo preguntar ante todas cosas) de guardar cautivo á Boabdil? Una carga mas para nosotros y un es-

torbo menos para ellos. Un monarca de gran corazon sostiene por sí solo un imperio; un príncipe débil basta para arruinarlo. No parece sino que en Granada hace falta rey, y que vamos á dárselo: tan al contrario es, que está ocupado el trono, aunque indignamente; y como en él no caben dos príncipes, enviando á Boabdil, derribamos á entrambos.»

«Mucho hay que esperar (¿quién lo duda?) del poder y grandeza de estos reinos; pero ¿cuánto mejor es llevar á cabo nuestra empresa con las artes de la política que por la vía de las armas? Si ha de derramarse sangre, vale mas que se derrame la sangre infiel que no la de Castilla; dejémoslos, pues, que entre sí se destrocen, y asistamos á la contienda impasibles, ya que no gozosos, como ellos asistian á nuestros combates, cuando en mal hora esgrimíamos el acero entre nosotros mismos! Vivo está en la memoria de las gentes, y en largos años no lo olvidarán los infelices pueblos, el estado de postracion y abatimiento en que cayó Castilla, cuando un hijo desnaturalizado arrancó la corona á su padre, ó cuando un hermano arrebató á su hermano el cetro con la vida.... En poco estuvo que no se hundiese el reino, perdiéndose el fruto de tantos siglos de gloria y de combates: ¿quién sabe si Dios habrá dispuesto en sus arcanos que se verifique la perdicion de Granada por idén-

ticos medios? Escrito está, y donde no alcanza á borrarlo la mano del hombre, que *todo reino dividido perece.*»

«Si mantenemos á Boabdil en nuestro poder, su parcialidad ha de ir decayendo de ánimo, y tal vez desaparecerá totalmente: no habremos, pues, conseguido sino poner á todo el reino bajo el imperio de Albo Hacen, que aunque débil y achacoso, al fin es rey, y el pueblo que reconoce á un solo monarca, respeta hasta su sombra.»

«Lejos de regatear la libertad de Boabdil, ó de concedérsela á subido precio, quisiera yo que se otorgase de buen grado y tan cumplida que le agoviásemos con el peso de nuestros dones y mercedes. Boabdil se presentó cual verdadero monarca cuando salió de Granada al frente de su hueste, para cruzar con nosotros sus armas; pero el dia en que vuelva á su reino como tributario y vasallo de los Reyes de Castilla, aparecerá envilecido á vista de sus pueblos, y mal pudiera afirmar su corona.»

«Ni tampoco debe echarse en olvido que en Granada hay un príncipe que ha ganado en la guerra renombre de esforzado; y si bien hasta ahora no ha dado muestras de ambicion, antes parece obrar así por prudente cautela que por templanza y desprendimiento. Conservando á Boabdil en nuestro poder, allanamos á aquel príncipe el camino del trono; y por cierto que nada aven-

tajariamos en tenerle por enemigo, en lugar de su débil hermano.»

«Al contrario, si llega á encenderse la guerra entre Albo Hacen y Boabdil, difícilmente podrá el Zagal permanecer neutro entre ambos, y no seria imposible, si se enmarañasen los sucesos, que se disputaran el cetro no menos que tres reyes.»

«Prontas y apercibidas nuestras armas, deberian dar calor y apoyo al lado que se mostrase mas flaco, para mantener viva la lucha; y cuando se hallasen ya gastadas las fuerzas de nuestros enemigos, arrojar para siempre de España sus vestigios y escombros.»

Con los ojos clavados en el rostro del marqués permaneció el Rey Fernando durante aquel razonamiento, sin despegar los lábios, aun despues de que hubo aquel concluido, como si temiera que hubiesen calado su propio pensamiento. Largas horas duró el consejo en que se debatió tan grave asunto con el pulso que su importancia requeria, durante cuyo tiempo no dió el monarca el menor indicio del concepto que habia formado, ora creyese que así realzaba su autoridad, de que era muy celoso, ora aguardase, como parece verosímil, á consultar á la Reina Doña Isabel, la cual á pesar del entrañable amor que á su esposo tenia, guardaba con solícito cuidado sus fueros y prerogativas en todo lo concerniente á la gobernacion de sus reinos. (5).

CAPITULO IV.

De lo que aconteció por aquellos tiempos en la ciudad de Almería.

No sin precaucion y recato para no ser conocido sino de los de su bando y parcialidad, se encaminó el príncipe Abdilehí á la ciudad de Almeria; y como aquella fuese la vez primera que disfrutaba de cierto ensanche y desahogo, acostumbrado á vivir allá en el fondo de su palacio, temblando continuamente ante el ceño de Aixa, esperimentaba un verdadero deleite al respirar el aire libre, como el que goza tamaña dicha despues de largo cautiverio.

Subió de punto su admiracion y contentamiento, al avistar la fértil llanura que se estiende cerca de la ciudad, formando tan notable contraste con las peladas sierras. «A la Vega de Granada se asemeja (dijo el príncipe á los que le acompañaban) y tambien corre por este campo un caudaloso rio; pero la Vega es mas hermosa y las aguas del Genil mas cristalinas.»

Aguardaron á que estuviese atezada la noche para entrar dentro de la ciudad por un portillo secreto; y atravesando sin detenerse las estrechas calles, penetraron en el castillo, que subsiste hasta el dia de hoy con el propio nombre de la *Alcazaba*.

El alcaide de aquella fortaleza tenia apa-

rejadas las cosas de tal suerte, que apenas clareó el dia, viéronse coronados los adarves con muchedumbre de guerreros, que al son de lililies y dulzainas proclamaron á Boabdil; saliendo luego en son de fiesta y triunfo llevando en medio de una vistosa cabalgada al príncipe Abdilehí, que por sus pocos años y gallarda presencia cautivaba la atencion de todos. Absorto contemplaba el pueblo aquel nuevo espectáculo, al principio mas bien con sorpresa que con satisfaccion; pero aconteció, como suele, que con la música y los vivas, la algazara y bulla fué creciendo insensiblemente el entusiasmo de la muchedumbre, y mas al repetirse de boca en boca que probablemente asentaría Boabdil su trono en Almería, recobrando la ciudad su antiguo esplendor y grandeza.

Como las armas cristianas se hallaban á la sazon distantes y el carácter débil de Albo Hacen inspiraba escasos temores, no se anubló la alegría con ninguna sombra de recelos; y antes bien deslizábanse sin sentir los dias, ya en vistosos alardes, ya en juegos de sortija y de cañas, para grangear la buena voluntad del príncipe, que aun cuando no ostentase sino un vano simulacro de autoridad, á nombre de su hermano cautivo (cual una luna opaca refleja al sol traspuesto) ya se veia rodeado de cortesanos y lisonjeros.

Habíase conseguido, al parecer, el desig-

nio de Aixa; la cual habia obrado en aquella ocasion como el que temiendo se seque un árbol, cuya sombra ha menester para guarecerse, precávese con tiempo, plantando allí cerca un renuevo. Mas lo que no estaba al alcance de aquella muger singular, digna de otro esposo y de otros hijos, era infundirles su prudencia y aliento.

Aun cuando se hallase encerrada en la Alcazaba, con escasos medios de comunicacion, lejos del mar y circundada de ciudades y pueblos que permanecian fieles á Albo Hacen, no por eso dejó de reiterar consejos y avisos para que se tomasen en Almería las precauciones convenientes; no solo para evitar cualquier desman, por remoto que pareciese, sino para prestar ayuda y apoyo á los que en Granada sustentaban la misma causa: «hasta lograr (les decia) que puedan unos y otros alargarse la mano.»

Aconsejábalo así la reina, á impulso de su natural discernimiento y por lo amaestrada que estaba en lo que son revueltas civiles, en las cuales el menor descuido suele pagarse caro; mas por grande que fuese su prevision, muy lejos estaba de recelar cuán pronto y por qué medio tan estraño vendria á tierra su obra.

Al saber Albo Hacen la rebelion de Almería, no dió á aquel suceso la importancia que debiera, ya porque tan solo cuidaba de parar los golpes cuando los reputaba muy

cercanos, ya porque conceptuó que hallándose Boabdil en poder de los Reyes Católicos, aquella proclamacion y alzamiento no pasarian de un vano alarde.

No lo estimó así el Zagal, mas cauto y previsor que su hermano; y apenas llegó á sus oidos la inesperada nueva, calculó con profunda sagacidad el fruto que podia sacar de aquel grave acontecimiento. Hallábase Albo Hacen viejo y achacoso, Boabdil cautivo, y nada cabia mas opuesto á sus propias miras y designios que ver levantar la cabeza á un nuevo príncipe, y tal vez grangear en su favor la aficion de los pueblos para aspirar á la Corona. Urgia, pues, derribar aquel nuevo obstáculo, y con un golpe tan súbito y tan recio, que hundiese á la parcialidad de Aixa y que al propio tiempo acobardase á Albo Hacen, á cuyo favor se descargaba. No queriendo encomendar tan grave asunto á mensajeros y cartas, partió con sigilo de Málaga y llegó á la Alhambra aun antes que su hermano supiese su partida. Presentóla á sus ojos como nacida de celo, que no le consentia permanecer lejano y colgadas las armas, cuando un hijo rebelde osaba levantar el pendon contra su padre y su monarca. «No dejes impune semejante escándalo, ó prepárate á bajar del trono: si hoy toleras que Abdilehí reine en Almería, ¿cómo impedirás que Boabdil venga mañana á reinar en Granada?

No dejaron de hacer mella estas razones en el ánimo de Albo Hacen: agregándose para darles fuerza el odio que profesaba á Aixa, cuya mano descubria en todas partes donde se tramase su daño; mas como al mismo tiempo temia aquel monarca hasta los triunfos de su hermano, mantúvose algun trecho irresoluto y dudoso; cediendo al cabo con tibia voluntad, mas bien por libertarse de importunas instancias que por acudir á atajar el daño. Como el Zagal conocia la índole negligente de Albo Hacen y cuanto le dolia el mas mínimo esfuerzo, recabó de él un mandato secreto, para que en todo lo concerniente á aquella empresa se estuviese á lo que el Zagal ordenase: y despues que hubo concertado lo conducente con el alguacil mayor de Granada (que era en realidad el que sostenia todo el peso de la Corona) volvióse á la ciudad de Málaga cobijando sus designios con el mayor recato.

No perdió un solo instante: ordenó que se reuniese en Baza un buen golpe de gente, difundiendo la voz de que se intentaba hacer una algarada en tierra de cristianos; al propio tiempo empleó su astucia y diligencia en ganar los ánimos de algunos moros principales de Almería, inclusos uno que otro de los que habian tomado parte en la conjuracion, satisfechos con obtener su indulto al ver que continuaba Boabdil cautivo y su parcialidad poco pujante.

Por distintas vias, de oculto y á la deshilada, envió gran número de guerreros, que penetrasen dentro de la ciudad para acudir á su voz, cuando llegase el caso; y con el propio fin dispuso, que algunos bajeles despues de tocar en las costas de Africa para cargar trigo y ganados, se dirigiesen al puerto de Almería, ocultando en el fondo de las naves armas y pertrechos de guerra.

Cuando todas las cosas estuvieron á punto, mandó al alcaide Almanzor, en quien tenia toda su confianza, que con la hueste allegada en Baza caminase la vuelta de Almeria; y que presentándose á la vista de la ciudad, la intimase que abriese las puertas, ofreciendo en nombre de Albo Hacen perdon y olvido, si volvian á la obediencia. Encargóle muy especialmente que evitase cruzar las armas con los sublevados y estrechar el asedio de la ciudad; limitándose á leves escaramuzas, cuando se viese acosado, y procurando por todos medios adormecer á los enemigos y acrecentar su confianza.

Verificóse de todo punto como el sagaz caudillo lo habia ordenado; y despues que pasó la sorpresa que escitó en la ciudad la vista de la hueste del rey, y como advirtiesen los moradores que no traia máquinas ni tiros para derribar los muros, concibieron tal engreimiento y audacia, que no contentos con provocar á los sitiadores desde las

torres y adarves, salian como por via de esparcimiento á retarlos al campo.

Mas de una vez se trabó la refriega, si bien por breve tiempo, y con escasa pérdida por entrambas partes, alejándose frecuentemente los sitiadores con simulada fuga, y volviendo los de la ciudad ufanos y vanagloriosos con sus fáciles triunfos. «Vuestro padre ha enviado esta hueste (solian decir á Abdilehí) para que hagais las primeras armas; y en verdad que debemos agradecerle que deis tan buena cuenta de vuestra persona.»

Así halagaban al incauto príncipe, que realmente se complacia en hallarse tan mozo entre el estrépito de las armas, prometiéndose acaso en los devaneos de su imaginacion, que tal vez le destinaba el cielo para sostener con su brazo el trono de Granada.

Entre tanto, para que nada faltase á su dicha, disfrutaba las primicias del amor, disputándose las moras mas hermosas de la ciudad atraer las miradas de un príncipe tan gentil y bizarro, al paso que él entregaba su corazon á la bellísima Zelinda, hija del alcaide de la Alcazaba. Ora no percibiese este la pasion de entrambos, llamada su atencion á otros quehaceres y cuidados, ora fingiese no columbrarla, deseando tener aprisionada la voluntad de Abdilehí con aquel oculto lazo, ello es que los dos amantes tuvieron que vencer leves obstáculos, si bien su pro-

pia imaginacion se los abultaba, aguijando mas el deseo y acrecentando su ventura. Mas de una noche salió el príncipe de su aposento, atravesando en medio de la oscuridad los angostos corredores del castillo, y burlando la vigilancia de los guardas. Ni á asentar el pié se atrevia, ni á soltar el aliento por el miedo de ser sentido; que no fuera tan azorado quien intentase un hurto con riesgo de la vida. Mas aquella agitacion tan sabrosa, aquel latir el corazon, aquel vacilar de contínuo entre el temor y la esperanza, tenian mas encantos para el apasionado mancebo que la pompa y boato de la córte, y no trocara ni por el trono de su hermano el placer que en su alma sentia al buscar en la oscuridad á Zelinda, y escuchar su apagada voz, y estrecharla trémula en sus brazos.....

A duras penas se apartaba de ella poco antes de despuntar el alba; ruegos, instancias, lágrimas, hasta fingidos desdenes tenia que emplear la mora para alejar al cariñoso amante, pero no sin prometerle cien veces que volveria cuanto antes á disfrutar tamaña felícidad, y que nada los separaria en el mundo, á no ser la muerte.

Bien fuese á impulso de un presentimiento tristísimo que labraba en el fondo de su corazon, como el gusano que roe el seno de una rosa, bien que el estremo de la pasion, cuando se ama con vehemencia, naturalmente incline á la melancolía, despertando el te-

mor de perder tan soberana dicha, lo cierto es que por raro acaso se separaban entrambos amantes sin que les asaltase un pensamiento funesto, cual si se viesen por la vez postrera.

Quiso tambien la suerte que hubiese hecho una impresion profunda en el ánimo de Zelinda lo que habia oido referir á poco de haber tomado los cristianos á Alhama, atribuyendo los moros la pérdida de aquella ciudad á los amores de la hija del alcaide, que hallándose en los brazos de su querido la noche que se verificó la sorpresa, fué causa de que aquel no gritase, prefiriendo perder la vida por no aventurar la fama de su amada.

Tan presente tenia Zelinda este hecho, que mas de una vez acibaró su dicha cuando mas feliz se encontraba al lado del príncipe, y este con afable sonrisa calmaba sus terrores, estrechaba sus manos y sentia un deleite inefable, besando los ojos de su amada y secando sus lágrimas!

A punto de separarse estaban ya una noche, cuando oyeron de improviso tal estrépito, cual si se desplomase el alcázar. Helóse la sangre en las venas de entrambos amantes: *perdidos somos!* gritó la desdichada, y se arrojó á las plantas del príncipe, ciñéndolas estrechamente con sus brazos.... Entre tanto se acercaba el tumulto, crecia el estruendo, atropellábase la gente.... *¡Una espada! ¡una espada!* gritaba el príncipe á

cuantos guerreros pasaban; pero tal era el terror de los fugitivos, que ni atendian á sus palabras. En esto divisó á lo lejos el resplandor de unas hachas, y reconoció á Aben Zegri, que venia en su busca, seguido de unos cuantos valientes: «*aqui estamos para defenderte ó morir*,» y al decir esto, entregó á Abdilehí su propio alfange y se puso delante de él, como para servirle de escudo. Herido venia ya aquel leal caballero; y cual si hubiese conservado un soplo de vida meramente por salvar á su príncipe, el mismo esfuerzo y afan le acortó el aliento y cayó desplomado en el suelo.

Sobre un charco de sangre, á sus pies Zelinda, y sin mas amparo que unos cuantos guerreros, aguardó Abdilehí la acometida de los enemigos, que por todas partes le rodearon, defendiéndose con tal bizarría que hizo pagar muy caro á los que mas de cerca le estrechaban.

«*¿Dónde está ese traidor?*».... El rugido de un leon no causa mas espanto; y al reconocer la voz del Zagal, unos y otros se quedaron inmóviles, cual si fuesen de mármol.

Ora fuese la costumbre del antiguo respeto, ora la fama de aquel caudillo, ó quizá la sorpresa al verle aparecer de improviso, cuando Abdilehí le creia muy lejano, lo cierto es que el infeliz mancebo apenas tuvo aliento para defenderse.

Arrojóse el Zagal sobre él, como un tigre

se abalanza á su presa, y del primer tajo que le descargó, hizo saltar el sable con la mano que lo empuñaba. Al dolor agudísimo cayó desatentado el príncipe, una rodilla en tierra, inclinado el cuerpo con el ánsia y afan de resguardar á su amada..... Paróse un instante el Zagal como si le costase repugnancia verter la sangre de aquel mozo indefenso; pero un momento despues levantóle en peso y le cortó á cercen la cabeza.

Ni una palabra profirió siquiera, y al arrojar por tierra el tronco inanimado se asomó á sus lábios una feroz sonrisa, como si viese mas desembarazado el camino del trono.

A la mañana siguiente apareció el alcaide de la Alcazaba colgado de una almena. De su desventurada hija apenas fué posible reconocer el cadáver, acribillado de heridas y pisoteado por la bárbara turba.

Pagaron con la vida los principales caudillos de la rebelion; perdonó á algunos el Zagal para ganarlos en favor de sus propios designios, y se allanó la ciudad sin oponer la menor resistencia.

Hasta que volvió el Zagal á Granada, no se supo cumplidamente cómo habia dado cima á aquella arriesgadísima empresa, que solo un hombre tan astuto y audaz pudo llevar á cabo. Habiendo llegado á Almería oculto en un barco de Tánger, permaneció escondido

en la ciudad, disponiendo las cosas con tal arte, que le abrieron las puertas de la Alcazaba, al propio tiempo que sus parciales se apoderaban de la ciudad.

«*Has recobrado á Almería y te has librado de un rebelde:*» esto dijo el Zagal al débil Albo Hacen al participarle un suceso que habia costado á aquel monarca un hijo; pero tal es la situacion en que suelen encontrarse los reyes, que tuvo que celebrar aquel bárbaro triunfo, y regraciar al mismo que intentaba convertirlo en su daño (6).

CAPITULO V.

Quebranto de Aixa.

Como las malas nuevas suelen volar tan ligeras, que no parece sino que las lleva en sus alas el viento; á poco de suceder la catástrofe de Almería, llegó el rumor al palacio de Aixa. No le dió esta crédito por las estrañas circunstancias con que se referia, que rayaban en lo imposible; sospechando que fuese voz echadiza para descorazonar á sus parciales.

Mas cuando supo con certidumbre el lamentable hecho, quedóse tan absorta y pasmada que ni palabras ni lágrimas hallaba la afligida madre para desahogar algun tanto su pena; y encerrándose á solas en el aposento mas recóndito del alcázar, permane-

ció allí cerca de tres dias, sin hablar con alma viviente.

Mentira le parecia que habia perdido á su hijo y con un linage de muerte tan lastimoso; creia á veces que no era sino un pesado ensueño; y se llevaba ambas manos á los ojos, como para acabar de convencerse de que estaba despierta.

Para que fuese mayor su agudísima pena, el corazon de madre le decia que ella era la que habia causado la perdicion del desdichado príncipe, esponiéndole en la flor de sus años á tantos peligros y azares; mas al punto mismo, como si no pudiese sustentar el peso de reconvencion tan amarga, arrojaba de sí aquel pensamiento y se cebaba en el ódio que contra Albo Hacen abrigaba. Él, solo él, nadie mas que él, habia sido causa de la muerte del príncipe. Por culpa suya se hallaba ella repudiada y envilecida, Boabdil cautivo, Abdilehí hecho pedazos. El Zagal no habia sido sino el vil instrumento: Albo Hacen habia dado la órden; Albo Hacen habia suministrado las armas; Albo Hacen recompensaba, en aquel mismo instante, al asesino de su propio hijo..... *¡Parricida!.... ¡Parricida!....* Esta sola voz salia de sus lábios, resonando por aquellas bóvedas tan triste y espantablemente como el rugido de una leona á la que han robado sus cachorros.

El juicio hubiera costado á Aixa, si es que

no la vida, á haber continuado mas tiempo en aquella situacion; pero asi que dejaron pasar lo mas agudo de la pena, acudieron en su favor y ayuda los principales de su tribu, y muy particularmente el xeque de los Zegries, que tenia mucho ascendiente en el ánimo de la reina. Como conocia su carácter y la pasion que la dominaba, lejos de importunarla con palabras de consuelo, la dejaba dar rienda á su dolor, para que el cansancio mismo la rindiese, cual suele hacerse con un bridon fogoso; y despues por sagaces medios tocaba la cuerda mas sensible del corazon de Aixa; encareciendo la necesidad de no dejar á Albo Hacen disfrutar de su bárbaro triunfo.

Tan grande era el ódio que tenia Aixa á su esposo, que hasta fuerzas le dió para sobrellevar su quebranto: y confundiéndose en aquel afecto el dolor por la pérdida de su hijo y el deseo de vengarle, recobró aliento y brios, para hacer cada dia mas cruda guerra al desnaturalizado padre.

Y bien se habia menester toda la entereza de la reina; porque al saberse la rendicion de Almería y los atroces castigos con que el Zagal habia deshonrado su triunfo, empezaron á flaquear los ánimos en el Albaicin y la Alcazaba; murmurándose entre la plebe, que una vez muerto Abdilehí, y Boabdil en poder de cristianos, rayaba ya en locura esponer las vidas sin provecho ni gloria; no

teniendo siquiera un príncipe que los condujese á la pelea, y mandados por una muger que lo sacrificaba todo á su venganza.

No se sabe á donde hubieran ido á parar estas hablillas del vulgo, que suelen convertirse en escándalos y demasias, cuando no en rebelion manifiesta, á haber seguido las cosas de la propia suerte; pero cuando se hallaba la causa de Boabdil en el último apuro, revivió de repente con un auxilio inesperado; como una hoguera que se está apagando, enciéndese de nuevo y con mas brillo, si le arrojan un haz de sarmientos.

CAPITULO VI.

Determina el Rey Don Fernando poner en libertad á Boabdil.

Desde que el Rey Don Fernando recibió los embajadores de Aixa, solicitando la libertad de su hijo, estimó en sus adentros que debia otorgarla; conociendo, como sagaz político, cuanto abreviaria el plazo y allanaria las dificultades de la conquista que estuviese dividido aquel reino. Y á la verdad que si despues de tantas discordias y revueltas en que corrió á rios la sangre mas ilustre de Granada, cuyo cetro se disputaban á la par tres reyes, costó no menos que diez años vencerla y reducirla, empleando contra ella todas las fuerzas y poder de Espa-

ña; con harta sagacidad calculó aquel príncipe cuán árdua hubiera sido la acometida empresa, á estar unido el reino y obediente á un solo monarca.

Al consultar á la reina, indicó D. Fernando su propio dictámen, juntamente con las principales razones en que se apoyaba; si bien espresando con corteses palabras que se haria en todo y por todo lo que su esposa á bien tuviese.

La respuesta de aquella esclarecida princesa fué la que era de esperar: en materia tan grave, dejaba la resolucion á la prudencia de su esposo, quien hallándose cerca del teatro de la guerra, y habiendo oido la propuesta de boca de los embajadores, podria calcular mejor si debia ó no aceptarse. Unicamente recomendaba la reina que se tomasen las precauciones oportunas, tratando con gente de fé tan quebradiza; y que se exigiese el cumplimiento inmediato y cabal de una de las condiciones, cual era la de dar libertad á los cautivos cristianos: «la suerte de esos infelices (decia la reina á su esposo) aun mas que vuestras razones, me inclinan á vuestro parecer (7).»

Apenas recibió esta respuesta, apresuróse el rey á concertar el trato en cuya virtud habia de recobrar su libertad Boabdil; reconociéndose vasallo de los Reyes de Castilla, y pagándoles un tributo de cierto número de doblas al año. En rehenes para se-

guridad del prometido pago, habian de quedar los hijos de aquel príncipe; asi como los de los seis moros principales que habian intervenido en los conciertos.

Cuando se divulgó la nueva, causó no poca sorpresa en el campo; acogiéndola mas bien con desabrimiento y disgusto, como todo lo que llevaba viso de avenimiento con los moros; pero tal era la confianza que inspiraba la prudencia del rey, tal la lealtad de los caballeros y la sumision de la gente de guerra, que no se oyó ni un solo murmullo. «¿Os pesa (dijo el rey al conde de Cabra) que dé suelta á vuestro cautivo?»— «Antes, señor, me place (contestó el conde con gentil desenfado); porque como el moro no ha de cumplir lo que promete, tendremos otra vez que ir á buscarle.»

A la mañana siguiente de haber llegado Boabdil á la ciudad de Córdoba, conforme al mandato del rey, dispuso este que fuesen á acompañarle, desde su posada á palacio, algunos de los grandes y caballeros que habia á la sazon en la córte; no solo para mas honrarle, por lo mismo que le veia abatido, sino con la encubierta mira de realzar á sus ojos el lustre y magestad de la corona de Castilla, cuyo vasallo iba á ser en adelante.

Con un lucido acompañamiento de palafreneros y pages, ostentando en hermosos caballos la gallardía de sus personas, fueron aquellos nobles en busca del rey de Grana-

da; el cual por su parte se presentó tambien con vistosas galas y arreos, seguido de sus embajadores y de una numerosa comitiva. Al ver pasar por las calles aquella cabalgada, mas bien se hubiera dicho que era la solemne pompa con que iba á celebrarse la proclamacion de un monarca, que no el acto humilde y vergonzoso con que un rey iba á empañar el lustre de su corona. Verdad es que se notaba cierto viso de melancolía en el rostro de Boabdil y de los suyos, ademas de su natural gravedad y compostura; y hasta se echó de ver que, al pasar por delante de la Mezquita Mayor, convertida en templo cristiano, inmutóse el semblante al rey de Granada y á los Zegries que le acompañaban, clavando involuntariamente los ojos en el suelo. No pudieron menos de recordar el esplendor y gloria que ostentaba en otros siglos aquella ciudad, la mas famosa del mundo bajo el imperio de sus Califas; y que aquel insigne monumento (mas bien parecido á una selva espesa de columnas que á un edificio labrado por la mano del hombre) mostraba en la desigual estructura y hasta en las mismas piedras la historia de sus triunfos y un compendio de su antigua grandeza.

Al llegar Boabdil á presencia del Rey Fernando, perdió algun tanto la serenidad, no sabiendo de que suerte seria recibido: hizo ademan de doblar la rodilla, para besarle

la mano en demostracion de vasallage; pero el rey se fué á él y no se la quiso dar; antes bien le alzó y le mandó asentar á su lado. Procuró luego, sirviendo de intérprete Aben Comixa, que habia tratado mucho con los cristianos, despejar el ánimo de Boabdil; manifestándole que podia contar con su favor y ayuda, y que tal vez su prision y cautiverio, que habia reputado cual su mayor desgracia, seria el cimiento en que se asentase su futura prosperidad. Encareció despues con graves y sencillas palabras cuán útil seria á entrambos reinos conservar la paz asentada; cogiendo el fruto de un mútuo tráfico y comercio, en vez de procurar su destruccion y aniquilamiento; y terminó con algunas espresiones corteses, alabando la lealtad de aquellos embajadores, que tanto se habian afanado por rescatar á su monarca. Contestó Boabdil, algun tanto recobrado de su turbacion; expresando que mas se hubiera holgado de venir á poder del rey por su propia voluntad que no por la fuerza de las armas; pero ya que asi lo habia querido el cielo, no olvidaria la benignidad con que habia sido tratado, y emplearia la libertad que recobraba en servicio de tan gran monarca. Pidió luego la vénia del rey, y tornóse con el mismo acompañamiento con que habia venido.

Aun despues que hubo vuelto la espalda, permanecieron como suspensos y pasmados

algunos de los grandes y caballeros, testígos de aquel acto; que la imágen de la grandeza abatida causa impresion profunda, especialmente en pechos hidalgos.

Celebraban á porfia la dignidad, templada con benevolencia, que habia mostrado el Rey D. Fernando; pero estrañaban, y aun no faltó quien asi lo manifestara, que no hubiese dado á Boabdil la mano para que la besase, pues que era su vasallo. Lo cual oido por el rey contestó meramente: *yo por cierto se la diera, si cautivo no fuera.* Respuesta digna de tan gran príncipe, y que recuerda otra de Alejandro.

Pocos dias antes de que Boabdil se tornase á su reino, envióle el rey muchos y muy ricos presentes: doce caballos de raza cordobesa, mas negros que azabache, entrenzadas las crines y las colas con cintas carmesies y cordones de oro: armas riquísimas labradas en Toledo, capaces de competir con las mejores de Fez y de Damasco: paños de Medina del Campo, sedería de Valencia, joyas y preséas en azafates de filigrana; en suma: cuanto pudiera hacer concebir idea aventajada del estado en que se hallaban la industria y las artes en ambos reinos de Aragon y Castilla.

Tambien envió el rey otros dones, aunque no de tan subido precio, para el alcaide Aben Comixa y para los demas embajadores que habian acompañado á Boabdil; con el fin

de tenerlos propicios, y para que llevasen á Granada aquella muestra de la régia munificencia. Insinuó Boabdil cuán grato le seria dar gracias al rey por tan señaladas mercedes, y reiterarle de palabra las promesas de su fidelidad; pero lo esquivó el Rey Fernando manifestando cortesmente que no las habia menester, habiéndolas ya oido de sus lábios. Tal vez quiso ahorrar á Boabdil aquella nueva demostracion de sumision y dependencia; ó tal vez receló que le demandase aquel príncipe no dejar en rehenes á sus hijos, y evitó la ocasion, como cuerdo, para no tener que negarlo.

Boabdil era al fin padre: y si bien habia aparecido muy pequeño en el trono, y mas pequeño todavía comprando su libertad con mengua y vasallage, infundia compasion y lástima, mezclada de respeto, al verle la noche antes de su partida abrazar á sus hijos, sin poder siquiera articular una palabra; enjugando, sin que ellos lo advirtiesen, dos lágrimas que se desprendieron de sus ojos; como aquellas gotas gruesas que caen de las nubes cuando la tormenta amenaza.

CAPITULO VII.

Vuelve Boabdil al Albaicin.

Só color de honrar á Boabdil, y para preservarle en el camino de cualquier asechanza

de su padre, dispuso el Rey Fernando que le acompañase el capitan Ruiz de Alarcon con gente de á caballo y buen golpe de espingarderos y ballesteros; y aun no contento con eso, ordenó que fuese juntamente un nobilísimo mancebo que contaba todavía pocos años, pero que ya habia granjeado la confianza del monarca. Llamábase Gonzalo Fernandez de Córdoba, y habia aprendido en buena escuela al lado de su hermano mayor D. Alonso de Aguilar, y á la sombra de D. Juan Pacheco, Maestre de Santiago, haciendo sus primeras armas en la guerra de Portugal. Apenas fenecida esta, y nacida la de Granada, confiáronle los reyes una capitanía de 120 caballos, que era la mayor que en aquellos tiempos se daba. Con tan humildes comienzos principió á levantar su fama el que despues habia de ser conocido en todos los siglos y naciones con el dictado de *el Gran Capitan;* asi vemos al Rhin nacer tan escaso y pobre, que el viajero le cruza á pié enjuto, y cuando luego se despeña de la altísima cumbre de los Alpes, zumba el viento y retiembla la tierra.

El mozo Gonzalo habia dado insigne muestra no solo de bizarría sino de consumada prudencia en el cerco y toma de Illora, cuyas llaves le encomendaron los Reyes Católicos en justa recompensa; y como aquella villa era tan importante por su aventajada situacion en la cima de empinados montes,

y casi dando vista á la ciudad (por cuya causa la llamaron los moros *el ojo derecho de Granada*), estimaron los reyes conveniente que estuviese al lado de Boabdil para los fines que meditaban, el mismo que era alcaide de aquella fortaleza. (8).

Agregábanse á estas razones, de suyo poderosas, las prendas que realzaban al ilustre mancebo: hermoso rostro, presencia gallarda, el ademan tan noble que parecia de un príncipe, y las dotes de su alma superiores á las del cuerpo; entendimiento claro, razon sana, corazon entero, valor á toda prueba, y tal superioridad sobre cuantos le rodeaban, que parecia nacido para el mando.

A poco de hallarse al lado de Boabdil, ya ejercia gran influjo en su ánimo; y á pesar de lo que dolia á aquel monarca haber de entrar en su reducido reino escoltado por los cristianos, se consolaba con que hubiese tocado aquel encargo á un capitan tan entendido como bizarro, cuya afabilidad y largueza habian de ganarle muchos corazones.

Temia tambien no ser bien recibido de los suyos, vencido con escasa resistencia y rescatado con sobrada deshonra, no fiando tampoco mucho de los moradores del Albaicin, á donde habia acudido mucha gente suelta y bulliciosa, como acuden las aves de rapiña á un campo de batalla.

Estimó, por lo tanto, que convenia á su propia seguridad tener el apoyo de las armas

de Castilla, á lo menos hasta tanto que afirmase su mal seguro trono, valiéndose á la par de aquella ayuda para guerrear contra su padre.

Este mismo sentimiento fué el único que pesó en el ánimo de Aixa para poder sobrellevar la presencia de los cristianos; mas tal era su condicion, que nunca acertaron á pronunciar sus lábios ni una sola palabra en alabanza de los reyes que le devolvian un hijo y una corona.

Por lo que respecta al pueblo, habia ya caido por efecto de las revueltas civiles y de la lucha de sus mismos príncipes, en aquel estremo de envilecimiento en que se atiende mas á la propia seguridad y conveniencia que al decoro y fama; asi fué que al principio casi vió con satisfaccion venir en su socorro las armas de Castilla. De esta suerte cesaria el apremio en que le tenian las tropas de Albo Hacen, respiraria con mas desahogo y se aprovecharia del seguro otorgado para pasar libremente á aquel reino y abastecerse de lo necesario.

Procuraba Gonzalo de Córdoba allanar el camino, para que así se verificase, calculando sagazmente que nada atrae tanto á la muchedumbre como el cebo del interés; y no contento con favorecer el tráfico y comercio de los moros por el puerto de Illora, encomendado á su custodia, derramaba dones y hacia ricos presentes en el Albaicin y la Alcaza-

ba; mostrando desde tan temprano la liberalidad y munificencia que habian de darle fama.

Cosa de encanto parecia: un mancebo de pocos años, nacido en Castilla, cristiano, que por primera vez pisaba aquella tierra, solo y como caido del cielo, adquirió en breve tal autoridad y ascendiente, que en mas de una ocasion acudió á él Boabdil para que allanase los ánimos encrespados; y no solo lo consiguió, calmando el desasosiego del pueblo, sino que alcanzó despues otra victoria mas difícil, inspirando á Boabdil sentimientos de clemencia; primera virtud de un monarca.

Al propio tiempo que procuraba por estos y otros medios ganar sostenedores y parciales á favor de Boabdil, atendia Gonzalo de Córdoba á los cuidados de la guerra, conociendo cuán provechoso seria estrechar de contínuo á los que sostenian la causa del rey padre para que comparasen su condicion azorada y menesterosa, con el bien estar y abundancia que disfrutaban los que seguian la bandera del hijo, asi como el hábil agricultor, levantando por una parte obstáculos y abriendo por la opuesta anchuroso cauce, tuerce á su voluntad el curso de las aguas.

No bien clareaba el dia, á la mañana siguiente de haber llegado al Albaicin, cuando ya estaba Gonzalo de Córdoba, seguido de unos cuantos ginetes, recorriendo la ribera del Dauro, frente por frente de la Alhambra;

y como hallase descuidada la gente, y no bien situadas las estancias, él propio ordenó el modo y forma con que habian de asentarse.

Por autoridad propia parecia que mandaba, si bien guardando el debido miramiento á Boabdil para no lastimarle; pero tal era la superioridad que naturalmente ostentaba, sin altivez ni desvanecimiento, que todos le obedecian de buen grado, y se halló convertido á la vuelta de pocos dias en caudillo principal de la guerra.

La mira que desde luego se propuso fué no dejar sosiego ni descanso á los enemigos con frecuentes rebatos y escaramuzas. De esta suerte conseguia tambien ejercitar á la gente de Boabdil, desmandada y licenciosa con el largo ocio; y como estendia su vista para mas adelante, procuraba en todas ocasiones poner á los castellanos en el puesto de mayor peligro para que ganasen mas gloria, dejando bien asentada su reputacion á la vista de uno y de otro campo.

CAPITULO VIII.

Vence Gonzalo de Córdoba á los moros de Granada.

No satisfecho Gonzalo de Córdoba con vencer en continuos reencuentros á los moros que seguian el pendon de Albo Hacen,

veia con desabrimiento que nunca era la derrota completa, por la suma facilidad con que se ponian en salvo; como que tenian por foso un rio, por respaldo montes, y las alturas coronadas de fuertes torreones.

Hasta el pié mismo solia llegar Gonzalo retando á cuerpo descubierto á los que detrás de los muros se abrigaban; y mas de una vez les arrojó la lanza por encima de los adarves con ira y menosprecio. Empero, como aquella gente se mostrase mas cuidadosa de la vida que no de la honra, no atinaba el caudillo castellano con el modo y forma de sacarlos al campo, hasta que al fin se le ocurrió una traza, mas propia de capitan experimentado que no de un mancebo novel y poco práctico en materia de guerra.

Escribió secretamente al alcaide de Alhama que enviase cuanta mas gente de acaballo pudiese, para hacer una entrada en la Vega, asomando por la cuesta del Padul, hasta dar vista al llano. El capitan que viniese mandando aquella correría, deberia adelantarse, de suerte que los moros de Granada, tan de cerca provocados, no pudiesen esquivar el salirle al encuentro.

Con el propio designio, mandó Gonzalo al alcaide que habia dejado en Illora que tuviese apercibida para el propio dia una entrada en tierra de moros, descolgándose de aquellas sierras con algunos ginetes, y

acercándose á la ciudad por la parte del Beiro.

Antes de que se verificase una y otra acometida, habia aflojado algun tanto la guerra entre la gente del Albaicin y la de la Alhambra, siendo menos frecuentes las escaramuzas; y aun se notó que los parciales de Boabdil seguian menos vivamente el alcance, como tibios y descorazonados; al paso que en algunos dias no se presentó Gonzalo de Córdoba, cual antes solia hacerlo. Cundió pues en Granada la voz de que se hallaba acometido de una grave dolencia: quien le suponia herido, quien asesinado: los mas sagaces de la corte de Albo Hacen hablaban en secreto de tósigo y de yerbas; y el nombre de Boabdil y el de Aixa se susurraban mezclados con alevosías y traiciones.

Al esclarecer una mañana, avisó la atalaya de Albotote que asomaban cristianos por aquella comarca; el propio aviso dieron desde uno y otro monte, repitiéndose sin cesar por medio de fuegos y ahumadas.

Llegó la nueva á la Alhambra, y al punto dispuso Albo Hacen que saliesen á atajar la correría de los cristianos un caudillo Abencerraje con buen golpe de gente; ordenándole que pues que tanta era la avilantez de los enemigos, no tornase á la ciudad sin dejarlos escarmentados.

Aun no bien iria aquel caudillo por la puerta de Bibalmazan (ó sea del *Hospital*

de los incurables) cuando acudió á palacio el alcaide de Torres-Bermejas, anunciando que se divisaba en la Vega una hueste cristiana, la cual debia ser muy numerosa, segun la polvareda que levantaba. Al escucharlo Albo Hacen, arrojó un profundo sollozo que le salió del alma viéndose inhabil para sustentar el peso de las armas, enfermo y ciego para mayor desdicha; y como al propio tiempo supiese una y otra entrada, sospechó que las verificaban los cristianos en crecido número y por mandado del rey Fernando, que ya antes habia empezado á hacer á Granada cruelisima guerra, arrasando los campos y talando los panes.

Aun permanecia Albo Hacen irresoluto y dudoso, cuando se le presentó el Zagal, como lo tenia de costumbre siempre que se le ofrecia ocasion de ostentar su esfuerzo y adelantar en sus ocultos planes. Brindóse pues á castigar la osadia de los enemigos, que ya venian á insultarlos hasta las puertas de la ciudad; y como se repitiesen los avisos y apremiase el riesgo, no tuvo el rey ni libertad siquiera, y hubo de dar su consentimiento.

Salió el ambicioso príncipe, ufano de alcanzar un fácil triunfo á la vista misma de Granada: y tal era su impaciencia, que á poco ya le divisaron desde las torres y alminares, corriendo á rienda suelta por los lla-

nos de Alhendin. Temia que se le escapasen los cristianos, al abrigo de los cercanos montes; y mas cuando advirtió que lejos de empeñar el combate, se derramaban por los campos, sin alejarse mucho del pié de la sierra.

En tanto que estas cosas sucedian, se apresteba Gonzalo de Córdoba á dar cima á la empresa que habia meditado. Al despuntar el alba, apercibió en secreto la hueste, reuniendo cuantos guerreros pudo en el Albaicin y la Alcazaba, sin dejar mas que los muy precisos para guardar las estancias al frente de la ciudad. Y apenas supo que la gente de Albo Hacen se habia alejado de Granada por una y otra parte, sin que pudiesen en algunas horas acogerse al amparo de los muros, ordenó que bajase con presteza toda la hueste; verificándolo al propio tiempo por la pendiente que llamaban los moros *el muladar de los cristianos*, por la *ladera del Cenete*, y por la *cuesta de la Caba*. De suerte que, en el término de breves instantes, hallábase reunida su gente en el vecino llano, y asentados los reales al pié mismo de la ciudad.

Cundió al punto la nueva; difundiéndose con ella el terror y espanto: cerraban los moradores sus puertas, atajaban las calles, y hasta Albo Hacen temió en la misma Alhambra, viéndose con escasas fuerzas y poco menos que desamparado.

Desde todas las torres se hizo señal á un tiempo, para que se recogiesen á la ciudad las tropas que de ella habian salido; y se enviaron corredores, que anunciasen el inminente riesgo y apresurasen la anhelada vuelta.

No lejos de la sierra de Elvira encontraron al caudillo Abencerrage, que tornaba descontento y pesaroso, por no haber podido dar alcance á los cristianos; sospechando, ya tarde, que habia sido un ardid de guerra. Al saber luego que la gente de Boabdil tenia atajado el paso, permaneció perplejo un momento, no siéndole posible penetrar en la ciudad sin empeñar un desigual combate, y teniendo á mengua tornar las espaldas, abandonando á sus compañeros de armas, que habian salido por la otra parte de la Vega. Animó pues á su cansada gente, y resolvió atravesar los campos, caminando en busca de la hueste principal, para compartir su peligro.

Mas no bien habia andado un breve trecho, cuando divisó á los esploradores del bando enemigo, que le seguian y acosaban por todas partes, como espeso enjambre de abejas; al paso que tenia que seguir la penosísima marcha por enmedio de los sembrados, cruzando cien arroyos y acequias.

Habia acudido Gonzalo de Córdoba en cuanto columbró el intento de aquellos moros; encomendando á Martin de Alarcon

que permaneciese con Boabdil en los reales, y adelantándose él á campo travieso, con cien caballos de su capitanía y otros tantos almogavares.

Fué siguiendo á los enemigos á cierta distancia; y asi que los vió algun tanto desordenados, al pasar un ribazo, arrojóse sobre ellos con tal ímpetu, que apenas les dió espacio para valerse de las armas. Defendióse el Abencerrage con el valor propio de su estirpe, sacando nuevas fuerzas de su misma desesperacion; pero cayó traspasado de heridas, asi como otros moros principales, que no quisieron sobrevivir á la derrota.

Viéndose la gente menuda falta de caudillos, lejos de la ciudad, sin refugio y sin esperanza, se salvó por los pies; desparciéndose por aquellos campos, y procurando guarecerse en las arboledas y frescuras. Muchos de ellos encontraron antes la muerte; siendo de notar que era mayor la furia y encarnizamiento de los almogavares, al cebarse en los fugitivos, que el que mostraban los cristianos.

El prudente caudillo dió la señal de recoger, no queriendo malgastar el tiempo en una persecucion inútil, y cuidadoso de atender á lo que mas cumplia. Corrió pues á reunirse á su campo; y lo movió con buen órden y concierto para presentar la batalla al Zagal, cuando se acercase á Granada. Como sabia la condicion de aquel príncipe, en-

soberbecido con la victoria de los montes de Málaga y con el reciente triunfo de Almería, conceptuó desde luego que no esquivaria el combate á las puertas de la ciudad, y teniendo por testigos á sus vecinos y moradores.

Sucedió cual lo habia previsto: al llegar el Zagal al punto en que mezclan su saguas el Genil y el Dauro, supo que Boabdil y los cristianos le aguardaban en un llano de allí poco distante; y saltóle el corazon en el pecho, cual si la suerte le deparase aquella ocasion para aumentar su renombre y deshacerse de su rival al trono. A rienda suelta corrió delantero, acompañándole tan solo algunos ginetes y dando apenas lugar á que le siguiese la hueste.

A la vista del campo enemigo, creció su furor é impaciencia: arrojóse como un rayo allí donde vió desplegado el pendon de Castilla; pero los ballesteros le dispararon tal nube de tiros, que le hicieron cejar buen trozo. A pié firme aguardaban la acometida los espingarderos cristianos, cual si fuesen otras tantas columnas, en tanto que los moros se arrojaban sobre las picas, luchando y reluchando en vano, sin poder penetrar hasta donde Boabdil se hallaba en el centro de la batalla.

El cansancio del camino, la sed, el hambre, tantos y tan inútiles esfuerzos iban quebrantando las fuerzas de los mas audaces;

sin que bastasen las voces del Zagal ni su ejemplo ni sus amenazas para infundirles corazon y aliento.

En esto sonó en el campo de Boabdil un estrépito de trompetas y de atabales; y al mismo tiempo salieron por entrambas alas centenares de ginetes, corriendo á rienda suelta y barriendo el llano. Peleaban los moros con ciego ímpetu, en presencia de su rey, á competencia con los cristianos: mostrábanse estos igualmente valientes, pero mas serenos; como quien no reconoce rival y está cierto de la victoria.

Ni un solo instante estuvo esta indecisa: á poco de trabarse la refriega, ya no se veia en el campo sino fugitivos y cadáveres, hasta que la fatiga y la noche pusieron término á la mortandad. En medio de aquella confusion, y cuando apenas se distinguian ya los bultos, divisó Gonzalo de Córdoba un tropel de ginetes enemigos, que se retiraba el postrero, haciendo rostro de vez en cuando á los que mas de cerca le acosaban; y sospechando que fuese allí el Zagal, y como le viese ya á punto de ponerse en salvo, dió una recia espolonada, gritando á los suyos: «venid, señores, que tan abiertas nos serán hoy las puertas, entrando matando, como á los que van huyendo.....»

En poco estuvo que entrase en la ciudad, mezclado con los fugitivos; y aun muchos de ellos se quedaron fuera, al cerrar la tur-

ba el rastrillo, sobrecogida de temor y espanto (9).

Volvió Gonzalo al parage en que se hallaba Boabdil; quien como hubiese presenciado tan portentosos hechos, no pudo contenerse, y le echó involuntariamente los brazos al cuello, repitiendo una y otra vez que á él solo se debia tan insigne victoria.

¡Cuán lejos estaria de imaginar el valiente caudillo que en aquel mismo campo, primer teatro de sus glorias, se levantaria á la vuelta de pocos años un magnífico templo, que perpetuase su fama y custodiase sus cenizas..... sus cenizas, respetadas por espacio de tres siglos, y en nuestros aciagos dias indignamente profanadas! (10).

CAPITULO IX.

De como se salvó el mozo Venegas en el puerto de Málaga.

Entre los caballeros cristianos que lucieron su esfuerzo en aquella jornada, contábase uno cuya memoria se habrá borrado tal vez del ánimo de mis lectores, entre tanto estrépito de armas, combates y revueltas. Condicion del mundo: tornar la cara al ruido y olvidar á los que arrolló el carro de la fortuna.

Al arrojarse al mar el mozo Venegas, una vez malograda su tentativa en el puerto de

Málaga, iba tan desatentado y fuera de sí, que la costumbre sola y el natural instinto le hicieron sostenerse á flor de agua, y no fué poca dicha que se hallase cercano el esquife que le habia conducido, y pudieron salvarle á duras penas los marineros que en su guarda quedaron. En medio del azoramiento y del susto bogaron hácia el bajel, que á la boca del puerto los aguardaba, dispuesto y pronto para hacerse á la vela; y depositaron sobre cubierta al desventurado mancebo, sin habla, sin sentido, yerto como un cadáver.

Apenas sospechó Aben Farruch lo que habia acontecido, tomó su resolucion en el momento mismo; como que el tal Arraez era muy ladino de suyo y práctico en las cosas del mundo. Comprendió desde luego que podria correr grave riesgo, si permanecia en el puerto, y que tampoco estaria esento de peligro si tomaba tierra en alguna de aquellas costas, sometidas todas ellas al imperio de Albo Hacen. Aprovechóse pues del vientecillo que saltó de tierra con la frescura de la noche; y á la mañana siguiente, al asomar el sol por el encendido horizonte, ya se hallaba el barco mar adentro con rumbo á levante.

Aunque no esento en su tormentosa vida de aventuras y fechorias, tenia el renegado genovés cierto fondo de lealtad en su corazon; y como hubiese tomado cariño al mo-

zo Venegas por su afabilidad y buen trato, no omitió ninguno de los escasos medios que tenia á mano, para restituirle á la vida. Conoció, sin embargo, que urgia llevarle á tierra; y echando de ver, antes que cerrase la noche, que se encrespaban las olas y silbaba con mas fuerza el poniente, no quiso esponerse á seguir su derrota, á riesgo tal vez de que el viento le arrojase al traidor golfo de Valencia; y con suma dificultad y fatiga se acogió á una ensenada segura y espaciosa, no lejos de Motril, formada de intento por la naturaleza para dotar á Granada con un cercano puerto..... don inútil por culpa de los hombres!

No bien hubieron desembarcado en *Calahonda* (que hasta su nombre mismo la abona y recomienda) no pensó en otra cosa nuestro Arraez sino en el alivio del Venegas; el cual, de allí á pocos dias, se halló casi del todo recobrado, como mozo y robusto, y cuya enfermedad habia provenido meramente de la sorpresa del ánimo y del pasmo del cuerpo.

Al principio recordaba apenas lo que le habia acontecido; conservando solo una imágen confusa y á medio borrar, como la que deja en el alma un ensueño; pero poco á poco fué aclarando las especies y anudando los pensamientos, hasta que formó cabal concepto de la situacion en que se hallaba.

Muchas horas pasó el infeliz, debatiendo

consigo mismo lo que hacer debiera; á punto que, encendida su mente con la cavilacion y el desvelo, sintió un ardor y sed, cual si le acometiese la fiebre; y quedóse al cabo traspuesto.

Recordó á la mañana siguiente, abatido y desmadejado; y á trueque de no volver á caer en un estado semejante, resolvió de improviso tomar la via de Granada.

Hallábase aquella ciudad cerca, y casi á la mano; en su apacible clima podria restaurar fácilmente el ánimo y las fuerzas; tal vez allí adquiriria nuevas de su familia, y sobre todo desempeñaria la palabra dada á su bienhechor, entregando las cartas y presentes que, al otorgarle la libertad, le habia encomendado. Esta última razon acabó de inclinar la balanza; respirando el mancebo con holgura y desahogo, como aquel que cumple con una obligacion y se halla satisfecho. Lo único que á sí mismo se callaba era que, al trasluz de aquellos objetos, divisaba la imágen de Isabel; y que ella sola era el imán que á pesar suyo le atraia.

Si Granada ofrecia á su imaginacion tantos encantos, no lo debia á su hermoso cielo ni á sus cármenes y palacios: lo debia á que Isabel habia respirado aquel aire, pisado aquellas flores, morado en aquellas estancias.

No se hallaba allí, es cierto; pero veria sus huellas, oiria su nombre, escucharia á

un pueblo entero celebrar su hermosura. Alejándose de aquel suelo, la perdia para siempre; y le faltaba ánimo para arrancar de su corazon hasta la última raiz de la esperanza.

Al contrario, permaneciendo en Granada, encomendaba su ventura á la suerte, que podia mudar á cada instante con el flujo y reflujo de los sucesos..... Tan ciega era la pasion del mancebo, que hasta solia disfrazarse con la capa de la ira y de la venganza: complacíase con el pensamiento de atormentar á Isabel, al saber que se hallaba cercano, y de encender en el pecho de Albo Hacen los mismos celos que le estaban á él abrasando..... ¡Quién sabe! Tal vez se le presentaria ocasion de vengarse; y si el resplandor de una corona habia sido causa de que Isabel olvidase á su Dios, á su patria, á su esposo..... quizá este mismo esposo, sin mas que su brazo y su espada, arrancaria á su rival el corazon y el cetro.

CAPITULO X.

De la acogida que halló el mozo Venegas en la ciudad de Granada.

Al dia siguiente de llegar á Granada, se encaminó el mozo Venegas á la casa de sus deudos, una de las mas hermosas de aquella ciudad, situada en el *Axarix*, ó sea *barrio de*

la recreacion, no lejos de la márgen del Dauro: habia servido en otro tiempo de *casa de moneda*: despues la habitaba aquella ilustre familia, habiéndola adornado con estanques y fuentes en los patios, y enriqueciéndola con tales alicatados y primores, que recordaban algun tanto la régia mansion de la Alhambra (11).

Al entrar por la puerta principal (de la cual aun subsisten vestigios) esperimentó el Venegas cierta turbacion y encogimiento; ofreciéndose de bulto á su mente la estraña situacion en que iba á verse; cautivo poco antes en Africa, desconocido en Granada, presentándose de improviso á parientes muy allegados; pero que habian adoptado otra patria, profesaban otra religion, y no tenian de comun con él mas que el nombre. Tal vez volviera el pié atrás, sino recordára el encargo que de su bienhechor tenia; pero cuando se hallaba todavía irresoluto y perplejo, acertó á entrar Reduan Venegas, y preguntó cortesmente á aquel gentil mancebo qué era lo que buscaba. Ni tiempo le dió para decir quien le habia enviado; y á penas oyó que venia de Velez de la Gomera, arrojó el moro un profundo suspiro; y esclamó, levantando los ojos al cielo: *¡venis tarde!*

Habia fallecido en efecto su padre, ya muy entrado en años; siendo llorado de toda la ciudad por su liberalidad y generosas pren-

das. No habia un caballero mas cabal en aquella córte; los capitanes mas insignes holgabanse de tenerle por compañero; y hasta el vulgo le contemplaba con cierta veneracion y acatamiento, si bien por costumbre y resabio solia apellidarle el *Gitaire*, que tanto suena en su lengua como en la nuestra *tornadizo*.

En cuanto leyó Reduan las cartas de Alhamin, en que contaba brevemente el cautiverio del mozo Venegas y la libertad que le habia dado en memoria y obsequio de su antiguo amigo, las lágrimas se le saltaron; y alargando la mano al mancebo, le dijo con cariño: «he tenido la desgracia de perder un padre; pero la suerte me depara otro hermano.» Hízole mil preguntas, impaciente por saber los estraños sucesos que le habian traido á Granada; quedando desde luego prendado de la nobleza y modestia con que se espresaba el mancebo; quien á pesar de la tez un poco tostada con los soles de Africa, y del trage sencillo que vestia, anunciaba en su ademan y porte la ilustre cuna en que habia nacido.

Apenas asomó por la estancia el otro hermano menor, mostróle Reduan el nuevo huésped que les proporcionaba la fortuna; haciendo uno y otro demostraciones tan sinceras, que al cabo de pocas horas hallábase el recien venido como si hubiese recobrado dos antiguos amigos.

Entrambos contaban mas años que él; pero eran todavía de aquella edad en que se abre fácilmente el corazon á todos los afectos nobles y generosos. Aun cuando no hubiesen nacido en Castilla, ni conservasen ningun vínculo con aquel reino, sentian cierta aficion á la tierra, solar de sus mayores; y no obstante que se veian emparentados con la estirpe real de Granada, solian recordar con satisfaccion el claro orígen de que procedian. Verdad es que, cual si la naturaleza hubiera querido estampar en ellos el sello de un peregrino enlace, reunian los hermosos ojos árabes y la fisonomía espresiva de la princesa que les habia dado el ser; juntamente con cierta gravedad y compostura, propia allá de Castilla, y que parecia heredada del padre.

En cuanto se supo la llegada del mozo Venegas, y que se hallaba tan agasajado en casa de sus deudos, despertóse en la córte el vivo deseo de conocerle; habiéndose difundido, al propio tiempo, la fama de sus aventuras; abultadas de boca en boca y enriquecidas por la viva imaginacion de aquella gente; como las levísimas pompas que se levantan de la espuma y reflejan las colores del iris.

Durante algunos dias no se habló sino de la gallardía del noble mancebo; de su discrecion y aventajadas dotes; siendo tan encarecidas las alabanzas que las moras hacian,

aun antes de haberle visto, que á mas de un amante le punzaron con espinas de celos.

Lo mas estraño es, conociendo la altivez y condicion de Aixa, que se esmeró en acogerle con singulares muestras de afabilidad y benevolencia; pero la astuta reina deseaba, por una parte, ligar mas y mas con aquel nuevo lazo á la familia de los Venegas, muy poderosa en Granada, y que tenia en su poder las llaves de Baza, cuyo alcaide el príncipe Cidy Hyaya, habia tomado por consorte á una hermana de aquellos caballeros.

Otro motivo secreto labraba tambien en lo íntimo del corazon de Aixa: anhelaba atraer á su parcialidad y tener en su mano, cual dócil instrumento, al que habia estado á punto de desposarse con su aborrecida rival; forjándose en su mente mil proyectos, á cual mas peregrino y estraño, para atormentar á su traidor esposo y tomar de él cumplida venganza.

En el palacio mismo, á la sombra de la reina madre, encontrábase á la sazon una doncella de pocos años y de mucha hermosura, hija del alcaide Aliatar y hermana de la esposa de Boabdil, en cuya compañía habia venido. Reunia aquella mora á la beldad del rostro y al cuerpo gentil un entendimiento clarísimo, siendo muy aficionada á la música y al canto, y aun componiendo tal vez la letra para sus tonadas: razon por la cual solian apellidarla en la córte con el

nombre de Leyla, en memoria de una de las poetisas mas famosas á que dió el ser Granada (12).

Engreida por su propio merecimiento, ó quizá por ver á su hermana en el trono y ella misma tan festejada, lo cierto es que la altiva Zulema (que asi se llamaba) no habia correspondido a ninguno de cuantos caballeros la habian requerido de amores; como si su imaginacion, remontándose al cielo en el palacio encantado de Granada, no hallase nada en la tierra capaz de cautivarla.

Mas su carácter mismo, inclinado á cuanto pareciese estraordinario y portentoso, y los elogios que del gallardo mancebo escuchaba, hubieron de encender su fantasía; y apenas vió por primera vez al Venegas, le entregó vida y alma.

Hasta el rostro se le inmutaba, cuando le tenia en su presencia; quedándose á veces mas blanca que la azucena, y un momento despues encendida como una rosa de Alejandría. Bajaba los ojos al suelo, por temor de encontrar los del gallardo jóven; pero cuando le veia descuidado, clavaba en él la vista lánguida y amorosa, sin poder despegarla. No dejaron de apercibirlo, por mas que ella lo recatase, algunas personas de la córte, tan avezadas á espiar hasta los suspiros y miradas; confirmándose en sus sospechas, al notar que la voz de la doncella se mostraba menos firme y sonora,

si bien mas tierna y apasionada, al cantar en presencia del recien venido. Hasta quiso el acaso (si es que la mora no lo hizo de propósito) que acompañándose ella misma con el laud, cantó unas sentidas endechas, en las cuales se aludia á la secreta aficion que habia cobrado una princesa á un cautivo cristiano.

No fué menester mas, para que cundiese la voz de que la desdeñosa doncella tenia ya presa el alma en la liga de amores; y que habia ocultado su pasion con aquellas sutiles palabras, como el velo transparente con que solia cubrir el rostro, para realzar mas y mas su hermosura.

O por natural modestia y escasa práctica en achaque de ámores y galanteos, ó por estar embebecido en otros pensamientos, fué tal vez el mozo Venegas uno de los postreros que echaron de ver la pasion que sin saberlo él propio habia encendido: siendo muy singular y estraño el conjunto de afectos que sintió en su alma.

Holgábase de ser amado; condicion propia del corazon humano: esperimentaba cierta satisfaccion secreta, al verse preferido á tantos caballeros, la flor de Granada; y al mismo tiempo sentia cierto peso á fuer del que recela no poder amar y teme parecer ingrato.

Mas insensiblemente y sin apercibirlo él mismo, fué cobrando aficion á la hermosa doncella: cosa harto natural en un mozo

de pocos años, de corazon ardiente, y que se veia trasladado á aquella mansion de delicias, cercado de ilusiones y encantos. Como el amor es tan ingenioso, se valió en aquella ocasion de la traza mas peregrina: bien fuese que el mozo Venegas lo percibiese todo con el viso de su antigua pasion, como aquel que adolece de profunda melancolía vé pagizos los campos; bien que hubiese realmente alguna semejanza entre Zulema y su perdida esposa; recreábase el mancebo en contemplar el rostro de la mora, y sobre todo sus hermosos ojos, á que daban mayor brillo y realce las negras y tendidas pestañas; cual un rico marco de ébano aviva los colores de un cuadro.

De la admiracion al amor media muy poco trecho; y la senda es de suyo harto resbaladiza. No se sabe, por lo tanto, hasta qué punto hubiera flaqueado la fidelidad y constancia del mozo Venegas, si los trances de la guerra y los vaivenes de la suerte no hubiesen hecho vacilar una pasion recien nacida, con la misma facilidad con que derribaron un trono.

CAPITULO XI.

Sabe el mozo Venegas la muerte de su padre.

A la sazon ofrecia Granada el cuadro mas singular y estraño: Albo Hacen reina-

ba en la Alhambra y en la parte de la ciudad que se estiende entre el Genil y el Dauro; mientras que á la márgen derecha de este rio, y sin mas separacion que su estrecho cauce, empezaba á levantarse el reducido reino de Boabdil, subiendo por aquellos montes hasta el punto mas encumbrado, que señorea la Alcazaba.

Los recientes sucesos, que habian traido á Granada á Albo Hacen y á su esposa, no pudieron menos de hacer profunda mella en el corazon del mozo Venegas: volviendo á abrir la mal cerrada herida. Para colmo de inquietud y desasosiego, moraba con sus deudos no lejos de la plaza de *Bib-albonut*, en una meseta ó llanada con hermosísimas vistas (*Vistillas de San Nicolas* llaman hoy á aquel sitio); de suerte que desde sus mismas ventanas descubria el palacio de Generalife y el de la Alhambra, como si los estuviese tocando con la mano. Horas enteras pasaba, en el silencio de la noche, acechando si descubria alguna luz por los algimeces y calados de las estancias de la reina; y tanto puede la ilusion, que á veces le parecia que escuchaba su acento, al oir el leve murmullo que formaban las hojas de los árboles en el opuesto bosque.

La memoria de Zulema, hasta el recuerdo de su familia y patria, todo se habia borrado de su mente: no tenia mas que

un fin, ni atendia sino á un solo objeto; como la flor condenada á mirar de continuo al sol, sin poder jamás alcanzarlo.

Poco satisfecho de si mismo, y desdeñando permanecer ocioso, cuando escuchaba tan de cerca el rumor de las armas, en mas de una ocasion bajó tambien el Venegas á romper una lanza con los moros de la ciudad; siendo frecuentes los retos y desafíos entre una y otra gente. Al lado de sus deudos peleaba, y á competencia con los mas esforzados de aquella parcialidad; pero ninguno le sacaba ventaja. Tan al contrario era, que solia recorrer á media rienda la márgen del Dauro, sin curarse de los dardos y tiros que desde la orilla opuesta le arrojaban.

«Lo heredó con la sangre,» decian del bizarro mancebo cuantos sabian su preclaro linaje; pero no acertaban, porque no era dable, que el amor reclamaba una parte principal en aquel arrojo. Halagábale el pensamiento de que llegase tal vez á oidos de Isabel; y que al ver de un lado tanto denuedo, y de otro encerrado á Albo Hacen en su palacio, enmohecidas las armas, no podria menos de esclamar en el fondo de su corazon: *¡qué esposo tan valiente he perdido!*

Cuando recobró su libertad Boabdil, y se anunció su próxima venida, la celebró con grandes demostraciones de júbilo toda aque-

Ha parcialidad; solo el mozo Venegas sintió cierto desasosiego y zozobra, al saber que venian acompañando á aquel monarca unos capitanes cristianos. Temia verlos, temia preguntarles, temia saber con certeza la suerte de su padre..... y cuando llegó á sus oidos que uno de aquellos caballeros era Gonzalo de Córdoba, le dió un vuelco el corazon, anunciándole alguna desdicha.

No se habian visto nunca entrambos mancebos; pero estaban unidos con estrechos vínculos de parentesco; habiéndose enlazado muchas veces, desde el tiempo de la conquista por el Santo Rey, las casas de Aguilar y de Luque, émulas en valor y nobleza.

Al divisar de lejos la comitiva que alrededor de Boabdil venia, adelantóse el mozo Venegas con el alma pendiente de un hilo: penetró por medio del tropel, en busca de Gonzalo; acercóse á él, y le dijo con timidez su nombre. Quedóse al pronto sorprendido el caudillo; tal era la persuasion en que todos estaban en Castilla de que aquel desventurado mancebo habia muerto la noche de sus bodas; mas apenas le hubo reconocido, echóle los brazos al cuello..... «*¿Vive mi padre?*» preguntó temblando el Venegas: no contestó Gonzalo; y le abrazó con mas ternura que la vez primera.

Al lado uno de otro, sin despegar los lábios, entraron por la puerta que divide el Albaicin y la Alcazaba; ni atendian á los vivas y aclamaciones que por todas partes resonaban, ni á las oleadas de gente que les cerraba el paso. Gonzalo parecia preocupado con algun pensamiento que le embargaba el ánimo; en tanto que el Venegas, á quien habia visto tantas veces aquella turba gallardear con su caballo á presencia de los enemigos, y por gala y alarde provocarlos, tenia que apoyarse en el brazo de su compañero, para poder sustentarse en pié, reprimiendo las lágrimas que querian brotar de sus ojos.

A media noche, solos en una estancia, mano á mano entrambos mancebos, refirió Gonzalo á su deudo lo que anhelaba y temia saber. Habia fallecido su padre, no mucho tiempo antes, despues de permanecer ciego por espacio de algunos años: sobrellevando con cristiana resignacion tantas penas y desventuras. En sus postreros dias daba gracias á Dios por haberle conservado la vida, hasta saber la derrota de los moros en Lucena, á la que tanto habian contribuido las armas de su villa; mirándolo como un favor especial de la divina misericordia por lo mucho que habia padecido con la pérdida de su hijo....

Advirtiendo Gonzalo la profunda afliccion de su deudo, acortó con maña el relato; y para dejarle con mas libertad, sin perderle

de vista, se encaminó lentamente hácia el fondo del aposento, y se reclinó en unos almohadones, como si se sintiese rendido del sueño y del cansancio.

Despues que con el transcurso de los dias se hubieron embotado algun tanto los filos de la pena, preséntose el Venegas tan pálido y demudado, que costaba trabajo conocerle: vestido todo de negro, á usanza de Castilla, las armas empavonadas, y al lado una espada de Toledo, con fuertes gavilanes y la cruz sencilla.

Su aspecto, su ademan, todo habia cambiado: verificándose en él una transformacion tan grande, cual si hubiesen transcurrido años.

La impresion que causó en su alma la nueva del fallecimiento de su padre, sin que él le hubiese asistido ni consolado, y llevando al sepulcro la pena de reputarle muerto; el torcedor interno de no haber volado al instante, para averiguar por sí mismo si su padre vivia, y recibir su bendicion, que es en la tierra lo que la de Dios en el cielo; los recuerdos de sus propias desgracias, sus malhadadas bodas, su largo cautiverio; todo echaba sobre su mente un velo mas tupido y mas negro que el vestido que en el cuerpo traia.

Hasta rubor le causaba (achacando á sí propio lo que era culpa de la suerte) no haber ganado aun fama y renombre guerrean-

do por su rey y su patria, cuando su tio y padrino D. Alonso de Córdoba, cargado ya de años, habia contribuido grandemente á la victoria de Lucena, tomando allí venganza del desastre de Martos.

Tambien tenia á la vista como un ejemplo mas cercano, ó por mejor decir, como una reconvencion, á su deudo Gonzalo, que en la flor de la mocedad era ya respetado y temido de propios y de estraños.

Combatido por estas olas de pensamientos, y sin hallar en parte alguna consuelo ni descanso, solia vagar en la callada noche por los sitios mas lúgubres y solitarios; aguardando á que el ejercicio y el sueño le rindiesen, para tornar á su morada. Y como una vez se hallase, muy á deshora, no lejos del castillo de *Hizna-roman*, cuya vetusta mole indica su antiquísimo orígen, creyó ver una ráfaga blanquecina en el aire, como la vestidura flotante de un ángel; y fuéla siguiendo involuntariamente, al advertir que descendia sobre un lugar cercano. Corrió allá desalado; mas antes que llegase, convirtióse la exhalacion en una columna transparente, que parecia apoyarse en la tierra y levantarse al cielo; hasta que se fué desvaneciendo cual levísima niebla. En medio de su admiracion y arrobamiento, no sabia el mozo Venegas si era ilusion de los sentidos ó sueño de la fantasía, ó tal vez una aparicion celestial; pero sintió vivísimo de-

seo de permanecer en aquel sitio, para respirar el puro ambiente y reposar el ánimo. Sentóse pues sobre una peña, y quedóse embebecido en una meditacion profunda; dilatándosele insensiblemente el corazon, y convirtiéndose su amarga pena en suave melancolía. Recordó entonces haber oido referir que en aquel paraje habian padecido durísimos tormentos varios santos varones, que á costa de su preciosa sangre alcanzaron la palma del martirio (13). Lleno de un temor santo, y sin ser parte á contenerse, hincóse de rodillas sobre la misma piedra; levantando al cielo el ánimo y el rostro con fervor tan ardiente, que de sus ojos brotaron dos raudales de lágrimas.

Allí mismo hizo voto de renunciar á la malhadada pasion que le habia servido de rémora y tormento, durante tantos años; consagrando el resto de su vida á vengar la muerte de su padre, peleando contra los infieles, enemigos de Dios y de su patria.

CAPITULO XII.

De la guerra que por aquel tiempo hacian los cristianos.

En tanto que Granada se destrozaba dividida en bandos, aprovechaba el Rey Fernando la ocasion que se le ofrecia para proseguir la comenzada empresa.

El escarmiento que recibió, muy á los principios, delante de los muros de Loja, y el desbarato que despues sufrieron en los montes de Málaga los caballeros principales de Andalucía, hicieron á aquel príncipe muy cauto para lo venidero.

No era dable continuar la guerra, sin muchos y costosos aprestos de ingenios y de tiros; habiendo de reducir un reino que encerraba catorce ciudades, mas ó menos fuertes, pero todas ellas amuralladas, segun uso de aquellos tiempos; sin contar las muchas villas fortalecidas, y centenares de torres albarranas, que se levantaban como otras tantas atalayas en la altísima cresta de los montes. Era pues indispensable emprender una guerra lenta, porfiada, trabajosa, en que se ganase palmo á palmo el terreno; estrechando por todas partes á los enemigos, como se estrecha á la caza, angostando el cerco los monteros.

Entre los obstáculos que tenia que superar el Rey D. Fernando, para llevar á cabo su designio, no era el menor la dificultad de contener los bríos de su gente, que no podia irse á la mano, en tratándose de pelear con los infieles, y mas cuando parecia tan cercana su completa expulsion de estos reinos. Mas por lo mismo convenia ahorrar el inútil derramamiento de sangre, y esponer cuanto menos fuese posible al trance de reencuentros y batallas.

El poder de los moros estaba todavía sobrado firme y entero para cortarlo con el hacha: era menester ir socavando poco á poco la tierra, hasta que al fin se hundiese. El plan que concibió el Rey Fernando fué el mas acertado y prudente, al proceder en la conquista de Granada cual si se tratase de tomar una fortaleza. Resolvió pues apoderarse de las ciudades principales, de las villas y castillos que abrigaban la cabecera del reino, hasta dejarla desamparada y escueta; procurando al propio tiempo apretarla por hambre, para quebrantar el ánimo de los moradores y mantenerlos desasosegados y turbulentos.

Mas tal era la feracidad de la tierra, tal el cuidado y esmero con que los moros cultivaban la Vega (en la cual se contaban al pié de ciento y cincuenta molinos de agua y mas de trescientas casas de recreo) que se habia menester no menos que un ejército, destinado meramente á arrasar los campos, para que se sintiese en la ciudad alguna escasez y miseria. Un año y otro año habia que repetir la tala y el destrozo; empleando en ello millares de hombres sin contar la gente de guerra.

Principióse por la Vega de Alora, una de las mas fértiles y hermosas del reino de Granada; y á la vuelta de algunos meses, cuando mas brava ardia la guerra entre Albo Hacen y su hijo, amagó el monarca de Castilla á

Málaga, y cayó de improviso sobre Ronda; ciudad muy fuerte por su situacion misma, circundada de montes, y que era como la torre y alcázar de aquella asperísima sierra.

El pico en que se halla asentada, el profundo barranco, el lecho del cercano rio, impedian á los sitiadores llegar al pié del muro para poder minarlo; pero la industria y arte superaron los obstáculos que oponia la naturaleza. A mas de las enormísimas piedras que arrojaban sin cesar las lombardas, se halló traza de lanzar dentro de la ciudad gruesas pelotas de hierro, fundidas en molde, cosa hasta entonces nunca vista, y que puso en los moros espanto; al propio tiempo que volaban por los aires pellas de estopa ardiendo que incendiaban las casas: no parecia sino que llovia fuego del cielo sobre aquella ciudad (14). Viéndose en tal conflicto, abandonada de sus príncipes, sin socorro y sin esperanza, abrió al cabo sus puertas, y lo propio hicieron con mas ó menos resistencia los muchos castillos y fortalezas de que estaba herizada la *Serranía*.

La parte llana, que á su pié se estiende, siguió en breve el ejemplo: Estepona, Marvella, todas las villas y lugares asentados á orillas del mar, se sometieron al primer amago; y en el término de pocos dias ondeaba ya el pendon de Castilla desde la cumbre de Gibraltar hasta las riberas del Guadaljorce.

Al llegar una tras otra tan lamentables nuevas, levantóse tal grito de indignacion en Granada, que Albo Hacen temió por su corona, si es que no por su vida. Corria la gente por las calles, demandando armas; los alfaquíes inflamaban los ánimos, escitando á la guerra contra los infieles; no se oian sino lamentos, bramidos, amenazas.

Ya se habian apoderado los cristianos de Ronda y su comarca; ya se habian interpuesto sus naves entre Africa y Granada; ya se aproximaba su hueste á la ciudad de Málaga: Albo Hacen, entre tanto, ó postrado por sus dolencias, ó adormecido en brazos de una vil renegada, ni acudia á defender el reino, ni consentia siquiera que otros lo defendieran.

Entre estas voces del vulgo, y otras no menos descompuestas, sonaba de boca en boca el nombre del Zagal: solo él podia salvar el estado en tamaño peligro; pero le odiaban sus émulos, le temia la córte, mirábale con envidia su hermano.

Tal era la cautela de aquel príncipe, que además de vivir retirado en el campo, como si le diese enojo el tráfago y bullicio de la córte, en cuanto notaba desasosegada la plebe, no asomaba siquiera por la ciudad, seguro de que habian de echarle de menos, por lo mismo que no se mostraba.

Asi lo hizo en la ocasion presente: hasta que fué tal el clamor en las puertas mismas

de la Alhambra, que por temor de mayores escándalos cedió al cabo Albo Hacen, aunque con suma repugnancia. Publicóse la nueva en la ciudad con la mira de que se calmasen los ánimos antes que cerrase la noche; y ordenando el rey que viniese al punto su hermano, le encomendó el mando de la hueste para volar al socorro de Málaga.

Como por mero acatamiento á la voluntad soberana, sin dejar traslucir en el semblante satisfaccion ni vanagloria, aceptó el príncipe aquel honroso encargo; y despues de repetir las demostraciones de lealtad, con mas fervor que nunca, salióse de la Alhambra por la *puerta de Hierro*, que dá paso á Generalife, á fin de evitar los vivas y aclamaciones del pueblo, que por la parte opuesta le aguardaba.

CAPITULO XIII.

Vence el Zagal á los cristianos en las cercanías de Alhama.

Al cabo de tres dias, salió de Granada el Zagal, al frente de una hueste numerosa: habiendo acudido al llamamiento millares de guerreros, ansiosos de pelear bajo sus banderas. Contemplaba el príncipe con secreta satisfaccion el entusiasmo que inspiraba al ejército; y deseoso de aprovecharlo en daño y destruccion de los cristianos, co-

mo senda segura para sus propios fines, encaminóse á la ciudad de Málaga por la vía mas corta, si bien la mas ágria; repasando allá en su mente la victoria que habia alcanzado en los montes de la Axarquia.

Sintióse el paso de la hueste muchas leguas á la redonda; y como era natural, en breve llegó la nueva á la ciudad de Alhama. No estaba ya de alcaide de aquella fortaleza el famoso conde de Tendilla, quien la habia defendido, deteniendo el ímpetu y pujanza de un ejército infiel con murallas de pintados lienzos..... ¡Hazañas de nuestros padres que nosotros casi tenemos por fabulosas! (15). Mas si bien el rey don Fernando habia llamado á aquel insigne caballero, para que le ayudase mas de cerca con su espada y consejo, no fué sin dejar antes asegurada la guarda y defensa de ciudad tan importante, entregando sus llaves á Garci Lopez de Padilla, maestre de Calatrava.

El primer pensamiento que á este ocurrió al llegar á sus oidos que el ejército de Granada se acercaba, fué que venia tal vez á vengar el recibido agravio; y el corazon le saltaba de gozo, al ver cuán pronto se le ofrecia la ocasion de acreditar á su señor y rey que era merecedor de su confianza; al paso que enseñaba á los moros que donde se hallaba el maestre, no hacia falta el conde.

De pié sobre la cresta del muro, aguar-

dando á cada momento la embestida, pasó aquel caballero las largas horas de la noche; y cuando, al clarear el dia, echó de ver que la hueste enemiga volvia las espaldas á Alhama, sintió tal enojo, cual si le hubieran hecho un desaire, pasando tan cerca de la ciudad sin demostracion de ofendella.

«¡A nuestra vista han pasado; y los dejamos proseguir tranquilos, sin probar siquiera nuestras armas!».... No bien lo hubo dicho el maestre, cuando todos los caballeros echaron mano á las espadas; y al cabo de pocos instantes, abriánse de par en par las puertas de la villa, para dejar salir aquella reducida hueste, compuesta de la flor de la órden.

Detrás salieron en confuso tropel unos cuantos ginetes, que en la ciudad se hallaban; asi como algunos peones, acostumbrados á trepar por aquellos cerros, mas ligeros que gamos: y tan seguros iban todos del triunfo, llevando por pendon y guia la gloriosa enseña de Calatrava, que corrian desalados tras la hueste enemiga, temiendo únicamente que se les escapase de las manos.

Desconfiados al cabo de poder alcanzarla, lejos de la ciudad, y el sol ardentísimo de estío en la cumbre del cielo, resolvió el maestre dar la vuelta á Alhama; pero no bien habian andado algunos pasos, con escaso órden y concierto, cuando resonó por los vecinos montes un agudo sonido de li-

lilies y bocinas; revolviendo los moros con tanta velocidad, que al tornar los cristianos en sí, viéronse ya arrollados.

Venia detrás el maestre, rodeado de los principales caballeros; y hallándose en una garganta que formaban dos cerros, tentó el último esfuerzo para atajar el paso. Como una firmísima roca, que resiste á las oleadas del mar, asi permanecieron inmobles aquellos valientes; en tanto que los moros arremetian, y cejaban y tornaban á acometer. Divisó en esto el maestre que subia por la cuesta á escape un gran tropel de almogavares, con tal ímpetu y furia, que un muro que encontrasen lo arrolláran; y levantándose sobre los estribos, dijo á los suyos con voz grave y serena: «*Caballeros, aquí se muere.*»

Oyeron el mandato; y lo obedecieron.

Una vez vencido aquel obstáculo, cayeron los infieles sobre la gente desbandada, y la hicieron trizas. Pocos, muy pocos fueron los cristianos que se salvaron; y uno solo tuvo fuerzas y aliento para llegar desangrado hasta Alhama, y dar la fatal nueva.

En medio de aquel estrago y carnicería, descollaba el Zagal, ufano con el triunfo, revolviendo acá y allá la vista y saciándola en sangre. Una hora permaneció, sin moverse de un punto, ya asomando á sus lábios una feroz sonrisa, y ya arrugando el entrecejo, como discursivo y suspenso. Rodeá-

banle los caudillos principales, sin osar siquiera perturbar su silencio: iban acudiendo los soldados cansados de matar por aquellos montes, y cuando todos andaban desatentados y confusos, sin acertar la causa de tan estraña demora, volvióse el Zagal á su gente, y gritó espoleando al caballo: «*á Granada*» (16).

CAPITULO XIV.

Destrona el Zagal á su hermano.

La derrota de los cristianos, la vuelta del ejército y su entrada en la Vega, supiéronse en Granada casi á un mismo tiempo: dudábase al principio de tan estraña nueva, repetíase de mil maneras, corria la gente á cerciorarse por sus propios ojos. Las torres y murallas aparecieron pobladas como por encanto; y la plebe, entre inquieta y curiosa, salió á bandadas de la ciudad en busca de la hueste.

Aun se disputaba en la Alhambra si era ó no cierta la vuelta del Zagal, y cuál podria ser su intencion y designio, cuando ya se hallaba aquel príncipe muy cerca del puente del Genil; y apenas lo hubo pasado, le aclamó el ejército, gritando por tres veces: «*¡viva Muley Abdilehí, rey de Granada!*»

Escuchólo el pueblo, al principio con admiracion y sorpresa; pero en breve repitió

el mismo grito, arrastrado por el ejemplo entusiasmado y fuera de sí, al contemplar los trofeos y despojos de la victoria. En medio de la hueste, pudiendo caminar apenas, venian los infelices cautivos, heridos los mas de ellos, desfallecidos, exánimes: cercábalos un muro de soldados, con feroz algazara y gritería, á que respondia la plebe con insultos y ahullidos. Delante de aquellos desdichados, como si no tuvieran bastante con sus propios tormentos, se ostentaban clavadas en sendas picas ó colgadas de los arzones, las cabezas de los caballeros de Calatrava, sus armas, sus insignias, ennegrecidas con el polvo y la sangre, que daba grima verlas.

Al son de los instrumentos, y entre vivas y aclamaciones, pasó el Zagal al lado del castillo de *Bib-taubin*, sin hallar la menor resistencia; y se encaminó derechamente á la *cuesta de los Gomeres*. Contaba de antemano con el apoyo y favor de aquella tribu, la cual desde tiempos muy remotos tenia encomendada la guarda y custodia de los reyes; pero que habia resuelto abandonar á Albo Hacen, ya por la natural inconstancia de aquella gente, ya atraida por el cebo de mercedes y recompensas.

Forzoso es tambien confesar que, al ver el abandono y desidia de aquel monarca, enflaquecido por la edad y por los deleites, encerrado en su palacio y ciego, habia cun-

dido el concepto de que, si seguia en sus manos el timon del Estado, era segura la perdicion del reino. Para salvarlo, se habia menester (decia sobre todo la gente de guerra) un rey con la vista de águila, que estuviese siempre á caballo, el escudo embrazado y la lanza en ristre, como lo habia recomendado el sábio Aben Habuz, dejando de bulto aquel consejo en la torre de su palacio.

Estas voces habian hallado acogida en el pueblo, veleidoso de suyo, y que en el caso presente se veia acosado de cerca por la parcialidad de Boabdil, que se mantenia enseñoreada de una parte de la ciudad, al propio tiempo que los monarcas de Castilla se iban apoderando de comarcas enteras.

No es pues estraño que, en semejante conflicto, se volviesen los ánimos hácia el Zagal, grato á la plebe, querido del ejército, y que no menos en la Axarquia de Málaga que en los montes de Alhama, habia alcanzado contra los cristianos dos insignes victorias.

De par en par abierta halló aquel príncipe la *puerta de Bib-Leuxar*; y trepando por la cuesta mas ágria, por no consentirle su impaciencia tomar el camino mas llano, se halló al cabo de pocos momentos delante del palacio; acampando en sus alrededores gran parte de su hueste.

Bien fuese por un vestigio de respeto á su

hermano, á quien por tantos años habia obedecido; ó bien (como parece mas probable) no quisiese esponerse á sus justas quejas y reconvenciones, lo cierto es que, apenas dió vista al alcázar, detúvose y echó pié á tierra, haciendo seña al gefe de los Gomeres para que le siguiese. En el *miral* ó *adoratorio*, que se alzaba á un estremo de la plaza, habló á solas con aquel caudillo, ordenándole que anunciase á Albo Hacen que habia acabado de reinar en Granada.

A pesar de la fiereza del Zagal, y de lo resuelto que estaba á subir al trono, aun cuando hubiese menester pasar sobre el cadáver de su hermano, fué notable el empeño que mostró aquel príncipe en que se dijese á Albo Hacen que no obraba movido de ambicion; sino por el bien y salvacion del reino, que por horas, por momentos, se hundía; y para calmar la irritacion de la hueste y del pueblo, que mancharian tal vez con sangre el régio alcázar, si él no estuviese allí para contenerlos.

Mientras esto sucedia á las puertas mismas del palacio, reinaba dentro de él la consternacion y el espanto. Al eco solo de los instrumentos guerreros, que desde lejos resonaron, y al percibirse el rumor de la gente que subia desbandada por una y otra cuesta, habian desaparecido los cortesanos, buscando cada cual un asilo en que guarecerse. Vacilaban en su fidelidad los soldados y guar-

das; sonrojándose tal vez en sus adentros de abandonar en la desgracia á quien habian servido en la prosperidad; pero les faltaba un caudillo que se pusiese á su frente, y era en vano sacrificarse, no pudiendo contrarestar á la hueste y al pueblo.

Abandonado, solo, sin mas persona á su lado que su afligida esposa, hecha un mar de lágrimas, y sus dos tiernos hijos, que se apiñaban temblando con su madre, se encontró en aquel trance el que un momento antes se creia dueño de un imperio. Ni aun habia quien respondiese á sus voces, por mas que el desdichado clamaba; y furioso, fuera de sí, corria gritando por la estancia: «*¡mis armas!.... ¡mis armas!.... ¡Llevaos mi corona; pero dadme mis armas!*»

Cubierto de un trasudor frio, desfallecido y falto de aliento, oyó la intimacion que le hizo el caudillo de los Gomeres, sin interrumpirle ni una vez siquiera; pero un momento despues, como si el furor le restituyese las fuerzas, rompió con un acento tan terrible que los techos se estremecieron: «vuelve, traidor, y dile al traidor que te envia que, si quiere mi cetro, venga él mismo á buscarlo..... Aquí le espero..... aquí.... no he menester la vista.... con oirle respirar, sabré arrancarle el alma.....» Sintió en esto los pasos del caudillo, que lentamente se alejaba, y corriendo desatentado, entrambas manos por delante, gritó

desde la puerta: «Dile, y que nunca olvide estas palabras....¡*PermitaDios que se vea, como yo, ciego y destronado*!....» Los ojos se le encendieron como dos carbunclos, cual si un relámpago le hubiera iluminado la frente; y arrancando la voz de lo íntimo del pecho, siguió gritando por larguísimo espacio: *¡ciego y destronado!....*

La ira, la congoja, el esfuerzo mismo que acababa de hacer, postráronle á tal punto, que cayó como un tronco en el suelo. Acudieron su esposa y sus hijos, que ni fuerzas tenian para alzar el desplomado cuerpo; y en esta situacion los hallaron, al cabo de mas de una hora, los que venian en busca del infeliz monarca para conducirle á un encierro.

Aquella misma noche, cuando apenas habia vuelto en sí, sacáronle de la Alhambra con el mayor sigilo, tomando muchas y prolijas precauciones, como si hubiese alguien de acudir á salvar á un rey desgraciado.

Procuraron tambien alejarle cuanto antes de la ciudad, sin pasar siquiera por ella; de suerte que, al rayar el dia, se hallaba ya Albo Hacen en medio de la Vega.

Unicamente consintieron que le acompañasen su esposa y sus dos hijos, la fiel Arlaja, que no se apartaba de ellos ni un momento, y unos cuantos cautivos cristianos, empleados en su servicio. Por ruin codicia ó por mezquina venganza, si es que no

por temor y recelo de que se pudiese sobornar á los carceleros y guardas, habia ordenado el Zagal apoderarse de los tesoros y riquezas de su hermano; extremándose tanto los que aquel mandato ejecutaron (como acontecer suele con los que procuran granjear la gracia de un tirano) que comprendieron en la inicua órden las joyas y preséas que habia dado el rey en dote á su esposa, quitándole hasta las ajorcas y cadenas de oro que en su cuerpo llevaba.

No despegó Zoraya los lábios, ni dió la menor señal de resentimiento ó de queja: ella misma se despojó de tan inútiles adornos, y los entregó con sigilo á aquellos desalmados, temiendo únicamente que lo llegase á entender su esposo y que su amarga pena se agravase.

En tal estado iba el infeliz anciano, que sus mismos verdugos le contemplaban alguna vez con lástima; ni aun seguros estaban de que pudiese sobrellevar la fatiga y penalidades del camino; y como que se sintieron libres de un gravísimo peso, cuando le dejaron encerrado en el *castillo de Salobreña*, el mismo dia que se celebraba en *Generalife*, con una magnífica fiesta, la coronacion de su hermano (17).

CAPITULO XV.

Muere Albo Hacen en su prision.

En un castillo labrado sobre el pico de un cerro, como un nido de águilas, se encontraba preso Albo Hacen, monarca poco antes de Granada. El zumbido del viento y el murmullo de las olas, que venian á estrellarse al pié del risco, era el único ruido que perturbaba el profundo silencio; pareciendo aquella fortaleza mas bien que prision, un sepulcro.

Tan lastimada habia quedado la imaginacion del príncipe con el reciente golpe, y tal pavor tenia de las asechanzas de su hermano, que al mas leve rumor se estremecia; y ni un solo momento se apartaba del lado de su esposa, teniendo de continuo estrechadas sus manos. Ella era su amparo, su escudo, su consuelo; solícita siempre y cuidadosa, calmando sus temores y procurando adivinar hasta sus pensamientos.

«Habla, hija mia, habla (solia decirle el desventurado); que el acento de tu voz calma mis penas, como si fuese un bálsamo del cielo..... Tú no eres una muger, sino un ángel..... A tí debo, á tí sola, los únicos momentos de felicidad que he disfrutado en la tierra.... Tú templabas mis cuitas cuando me abrumaba el peso de una corona; tú eres

el apoyo de mi vejez; tú sola tienes piedad de mí en esta soledad y desamparo..... ¿Lo creerás, esposa de mi alma? Si Dios, compadecido de mí, me otorgara la merced que le demandase, me guardaria bien de pedirle mi antiguo poder y grandeza..... ¡He sido tan desdichado!..... Vivir tranquilo, contigo y con mis hijos, respirando el aire del campo; y no aquí, que me ahogo..... Llévame, llévame á esas berjas, que reciba el frescor de la mar en el rostro.....»

Y así permanecia horas enteras el infeliz anciano, preguntando cien veces por sus hijos, como si temiese que se los robáran.

Aunque de duro corazon, y áspero y desabrido con el destronado monarca, el alcaide de la fortaleza era padre, y solia consentir á los hijos del príncipe que se solazasen con los suyos, bajando unos y otros, al cuidado de Arlaja, á jugar orillas del mar.

Recreábanse allí los inocentes, corriendo trás las olas, huyendo de ellas, y borrando los cercos de espuma que en la playa dejaban. Afanábanse tal vez levantando montecillos de arena y labrando casitas y chozas que ellos llamaban sus palacios, y tornaban alegres y regocijados cuando habian hallado algunas caracolas ó conchas que llevar por la noche á su padre. «Las mias son mejores,» solian decir á competencia entrambos, y las ponian en manos del infeliz monarca, que tenia que esforzarse por contener el

llanto..... «Solo llevo el consuelo de que los dejo bajo tu amparo.....» y abria entrambos brazos, para estrechar contra su seno aquellos pedazos de su alma!

Sentia en sus adentros que se iba estinguiendo su vida como un árbol que se va secando; y cada dia se mostraba mas afligido al contemplar la suerte que aguardaba á aquellos huérfanos y á su desventurada madre.

Por lo que respecta á sí propio, veia con serenidad acercarse paso á paso la muerte, y únicamente parecia que le preocupaba un pensamiento melancólico y triste, á no caber mas. Ya deba atribuirse á lo que duele desasirse de un concepto que desde la infancia misma ha estado como apegado al alma, ya proviniese de respeto y veneracion á sus mayores; ó ya se mezclase tambien un sentimiento religioso; ello es que Albo Hacen no podia avenirse á la idea de que su cadaver no descansase en la *randa* ó panteon de la Alhambra. Mas que el perdido reino, ambicionaba cuatro palmos de tierra en aquel recinto, y su próximo fin le parecia aun mas amargo por el temor de que se viese su cuerpo insepulto tal vez ó arrojado en medio de un campo, espuesto á insultos y desmanes.

No sin harta repugnancia, como si él mismo lo achacase á debilidad y flaqueza, cedió al cabo á las instancias de su esposa, y le ma-

nifestó el recelo que le atormentaba. Mas no bien lo habia indicado, procurando ahogar los sollozos que le embargaban las palabras, le ofreció aquella hacer los mayores esfuerzos, á fin de que se viese satisfecha su postrimera voluntad. «No he menester darte prendas de que cumpliré mi promesa..... Dios la ha oido, y estos inocentes.»

La noche antes de su muerte tuvo Albo Hacen unos momentos de alivio, como el postrer rayo del sol antes de ocultarse; y despues de luchar consigo mismo, irresoluto y dudoso, escribió con mano trémula estas pocas palabras: «me has robado una corona..... dáme á lo menos sepultura.»

El esfuerzo que para ello hizo, y el contraste que sintió en su alma, hubieron de acortarle la vida, y al alargar el papel á su esposa, arrojó un quejido y espiró en sus brazos.

No se sabe cómo pudo aquella sin ventura resistir tan terrible golpe; solo el amor de madre y el temor de dejar á sus hijos sin abrigo ni amparo en la tierra, le infundieron tal ánimo y aliento, que ella misma se maravillaba.

La fiel Arlaja redobló en aquella ocasion su cuidado y desvelos: atendia á la madre, á los niños, á los aprestos del viaje, y al cabo de muy pocos dias pudieron ya emprender la ruta hácia Granada.

Con piadosa resignacion, como quien se

apresta á cumplir un voto á costa de la propia vida, caminaba la afligida señora en medio de sus hijos, cual si solo bajo sus alas los juzgase seguros. Ni el consuelo tenia de levantar los ojos, porque delante de ella, y á muy poca distancia iba tendido sobre una acémila el cadáver de su esposo, que conducian dos cautivos cristianos.....

Asi caminaba á su postrer morada el que tantas veces entró en la ciudad con solemne pompa, saliéndole al paso por el ánsia de verle, pueblos y comarcas enteras. De tantos como habian mendigado su favor, y á quienes habia colmado de beneficios y mercedes, ninguno aventuró la hacienda ó la vida por aliviar la suerte del infeliz monarca; que los validos y cortesanos ni siquiera son como la yedra que permanece unida al árbol que ha secado.

Lo mas singular y estraño (ya que no deba atribuirse á altos juicios del cielo) fué que se viese Albo Hacen abandonado de tantos millares de vasallos como encerraba su dilatado imperio, y que únicamente se le mostrasen fieles y agradecidos unos cautivos cristianos, á quienes habia dado libertad por intercesion de su esposa. Ellos de buena voluntad compartieron su encierro, le asistieron en sus dolencias, y no se apartaron de su lado hasta dejarle descansando en la tierra (18).

Con suma prevision habia dispuesto Zo-

raya llegar ya vencida la noche á las inmediaciones de Granada; de suerte que al despuntar el dia, entrasen con la gente de la costa por la puerta del *Bimiltre* (llamada vulgarmente del *pescado* (19); y se encontrasen en la Alhambra, antes que llegase á oidos del Zagal la voz de su llegada. Bien que, para mayor precaucion y recato, venia cubierta con un espesísimo velo; y los cautivos habian echado sobre el cadáver sus propios albornoces.

Ni el menor tropiezo encontraron hasta llegar a una de las puertas del alcázar, de menos tránsito que otras (llamada hoy dia *de los Carros*); y como allí acudiesen algunos soldados á atajarles el paso, les rogó Zoraya que hiciesen venir al alcaide.

Apenas le divisó, y antes que se acercase, le dijo en alta voz estas palabras: «Dí á Muley Abdilehí que aquí está su hermano Albo Hacen, pidiéndole sepultura al lado de sus padres.» Al decir esto, ya habia arrojado el pliego al sorprendido alcaide, á tiempo que los cautivos descubrian el cadáver ante la turba absorta.

Con singular tino y discernimiento conoció Zoraya que era preciso colocar al Zagal en tal apremio, que ni pudiese ocultar la demanda ni menos negarla, sin atraer sobre sí la indignacion del pueblo. Por el aspecto y ademan de los que allí estaban presentes, inmobles, silenciosos, formados en espa-

cioso cerco, y contemplando atónitos en lo que habia venido á parar tanto poder y grandeza, comprendió desde luego que no se habia engañado en su concepto; y que, acalladas las pasiones populares con la prision y fallecimiento del desdichado príncipe, escitaria su memoria veneracion y lástima.

Largo espacio permaneció en la mas congojosa incertidumbre, hasta que al cabo vió venir al alcaide con un cady y unos cuantos soldados. Al llegar hicieron seña de que los siguiese; y sin hablar una palabra, sin respirar siquiera, se encaminó aquella lúgubre comitiva á la puerta del palacio, mas cercana al *panteon de los reyes*.

Abriendo estaban ya una profunda huesa, á cuya vista dió Zoraya un fuerte alarido; y sin poder sustentarse en pié, cayó de rodillas en el suelo. Una estátua de mármol parecia, de las que suelen colocarse en los sepulcros; habiendo tenido Arlaja que acudir para sostenerla, despues de apartar á los tiernos niños, para que no presenciasen aquel triste espectáculo.

Cada golpe de azada resonaba en el corazon de la infeliz esposa, que ya no podia sobrellevar tan prolijo tormento; hasta que los cautivos cristianos ayudaron con tal afan y celo, que al cabo de pocos instantes ya pudieron sepultar el cadáver, cubriéndolo con un monton de tierra. Cuidaron tambien de colocar encima dos piedras toscas, para

denotar el sitio en que estaban la cabeza y los piés, como solia hacerse con la gente mas pobre y desvalida.... ¡Tal fué el sepulcro y la inscripcion, que deparó la suerte á aquel monarca!

Aun permanecia Zoraya abismada en su profundísima pena, cuando se presentó á su vista el mismo caudillo de los Gomeres que habia anunciado á Albo Hacen su destronamiento; y ordenó á aquella desdichada que siguiese sus pasos para cumplir un mandato del Rey. No le dió Zoraya otra respuesta sino lanzar al aleve una mirada de ira y menosprecio, que le obligó á bajar los ojos al suelo; y tomando de cada mano á uno de sus hijos, mostróse dispuesta á seguirle. Atravesaron lentamente el *patio de los leones*, donde asaltaron á Zoraya tantos recuerdos, que en poco estuvo que le abandonasen las fuerzas; y como se viese ya en el *patio de los arrayanes*, y casi á la entrada del *salon de Comares*, sospechó que iban á llevarla á presencia del asesino de su esposo, y detúvose involuntariamente, resuelta á morir antes que sufrir tal insulto y tormento.

Mas advirtiendo que su guia pasaba por delante de aquella estancia, sin tornar siquiera el rostro, siguió caminando tras sus huellas, hasta que al cabo de pocos minutos se halló con sus hijos en un aposento subterráneo, que habia servido mas de una vez

de prision á príncipes y reinas; el mismo que se llamó en tiempos posteriores *del tesoro*, por haberse hallado uno dentro desu recinto (20).

Para comprender la ferocidad del monarca que condenaba á durísimo encierro á aquella desventurada madre y á sus dos tiernos hijos, fuera menester haber penetrado en su alma, al tiempo que supo la llegada de la reina con el cadáver de Albo Hacen. En el primer arranque, saltaba como un tigre; y resolvió en su mente mil proyectos á cual mas bárbaros y sangrientos. Contúvole empero el temor de aparecer como un mónstruo á los ojos del pueblo, sacrificando á una muger inerme y á unos niños, y negando la sepultura á su propio hermano.

Andaba desconfiado y receloso de la plebe, cuya mudable condicion sabia por esperiencia, y que ya murmuraba de la prision y duro trato del anciano monarca. Su muerte lejana y misteriosa daba márgen á sospechas de asesinato, y hasta el nombre de *fratricida* sonaba ya en los labios; si es que tal vez no era la voz de su conciencia, que confundia el tirano con la voz del pueblo!

Estimó por lo tanto mas prudente ceder á la necesidad, como quien baja la cabeza, al venir una recia oleada; pero juró en lo íntimo de su corazon tomar una pronta y terrible venganza en quien le habia coloca-

do en tan duro conflicto. Inquietábale tambien el temor de que se alterase la ciudad al ver á la esposa y á los hijos de Albo Hacen en aquella situacion lamentable; por cuya causa no descansó tranquilo hasta que los tuvo asegurados en su propio palacio, debajo de su mismo aposento, y por decirlo asi, bajo su planta.

CAPITULO XVI.

Asiéntase una tregua entre el Zagal y Boabdil.

Muerto Albo Hacen, creció, si posible era, la enemistad y el ódio que el Zagal y Boabdil se profesaban. Miraba aquel á su sobrino como el único estorbo que le impedia coger por completo el fruto de tantos afanes; mientras Boabdil, que se habia rebelado contra su mismo padre por usurparle la corona, mal podia verla á sangre fria en manos agenas.

No es pues estraño que, á impulso de la ambicion y de la venganza, anhelasen uno y otro deshacerse de su aborrecido rival; y que mantuviesen cada dia mas brava y encendida la guerra. Mas como fuese contínua la lucha, grande el destrozo, el éxito incierto, comun el daño, la perdicion segura, si permanecia largo tiempo el reino desgarrándose con sus propias manos, naturalmente

ocurrió á algunos varones de cuenta, en uno y otro campo, tentar si seria posible algun medio de avenencia y concordia.

No era fácil empresa, hallándose de una parte el Zagal, áspero y bronco de suyo, ensoberbecido con sus triunfos, y apoderado ya del cetro; en tanto que por la parte opuesta se topaba con una muger como Aixa, que achacaba á aquel príncipe la muerte de un hijo y el destronamiento de otro. Mas difícil era la reconciliacion anhelada que unir al pedernal y al hierro, sin que mútuamente se ofendan.

Lo único que hizo concebir algunas esperanzas, fué que mediaban en aquellos tratos los principales caudillos de uno y de otro bando; amenazando con que tal vez se cansaría el pueblo de derramar su sangre en una guerra fratricida, y abandonaria la bandera del que se mostrase mas duro y tenaz en rechazar las propuestas paces. Aun asi, parecia poco probable que se adelantase en aquella senda (¡tan enconados estaban los ánimos!), á no ser porque los Alfaquies tomaron como propia la demanda, cual si fuese inspiracion del cielo.

Dolíales mucho, y con razon sobrada, que se estuviesen destrozando mútuamente los hijos del profeta, poniendo en riesgo el postrer baluarte y asilo que quebaba á la fé musulmana en todo el ámbito de Europa; y al ver la tenacidad con que los Reyes Católicos

proseguian la guerra, resueltos á no alzar mano hasta coronar en Granada su obra, no pudieron menos de levantar la voz, con todo el fervor y vehemencia que les infundia juntamente el celo de la religion y el amor á la patria.

«Haceis bien en celebrar vuestros triunfos (decia el Alfaquí Mahomat el Pequeni, venerable por su austeridad y sus canas); pero para que vuestro gozo sea mas completo, venid conmigo al opuesto campo, y contemplad quienes lo lamentan y lloran.... Venid; que no está lejos: un solo rio os separa; y aun os parece grande la distancia, porque os impide ceñiros con los brazos y ahogaros. Hubo un tiempo en que vinieron nuestros padres combatiendo y triunfando desde el fondo de la Arábia hasta la cumbre de los Pirineos; y aun allí rebosó el torrente, inundando la mitad de las Gálias.... La fé armaba su diestra, la fé les servia de estandarte; la fé los coronaba.... Ahora sus descendientes tampoco tienen ociosas las armas; pero las emplean contra sus hermanos, contra sus propios hijos, mientras dejan en paz á los infieles, si es que no salen á allanarles el paso.»

«Seguid en vuestra ceguedad, seguid, desventurados, pero cuando llegue el tremendo dia de la expiacion y venganza, cuando veais profanados los sepulcros de vuestros padres, deshonradas vuestas esposas, cautivas vues-

tras hijas, mientras arratrais al pié la cadena de esclavos, no volvais los ojos al cielo, ni le insulteis con importunas lágrimas..... Vosotros, y no los infieles, entregais en sus manos castillos y ciudades; vosotros los habeis traido hasta el corazon del reino; vosotros, y no ellos, les abris las puertas de Granada.»

Con este y otros razonamientos semejantes, se desasosegaron hasta tal punto los ánimos en uno y otro campo, que el Zagal y Aixa llegaron á descofiar de contenerlos por mas tiempo en el coto de la obediencia, si mantenian tan tirante el arco que al cabo se rompiese. Dieron pues oidos á la propuesta avenencia; pero como no fuese llano y hacedero satisfacer la ambicion de reinar y compartir una corona, hubo que abandonar semejante propósito, aplazándolo para mas adelante. Ni fué poco que se conviniesen ambos partidos en celebrar una especie de tregua, sin renunciar por una y otra parte al disputado trono; pero teniéndose por desleal y perjuro, enemigo de Dios y del Estado, el que volviese á encender la guerra civil, ó se aprovechase de la situacion de su rival, mientras se viese el reino amenazado por las armas cristianas (21).

Para levantar un muro entre estos y Boabdil, cerrándole para siempre la vía de reconciliarse con ellos, intentaron algunos Alfaquies, aguijados por el celo en favor de

su secta, persuadir á aquel príncipe que sacrificase á los guerreros de Castilla, que habian venido en su apoyo y defensa. Esta seria la mejor prenda y fianza de su firme propósito; y no de otra suerte pudiera borrar la fea mancha que sobre sí habia echado, reconociéndose por tributario de los Reyes Católicos, y acogiendo á los infieles en su mismo regazo.

Aunque el ánimo de Boabdil fuese de suyo poco noble, y aun menos generoso, su propia flaqueza le retraia de cualquier acto que pidiese resolucion y arrojo. No contempló pues aquel designio con la aversion que debiera inspirarle una traicion tan indigna y bastarda; pero sí comprendió desde luego que, si la apadrinaba con su consentimiento, interponia un arroyo de sangre entre él y los Reyes de Castilla, sin que pudiese esperar nunca ni perdon ni indulgencia. Como ya se habia visto una vez en poder de aquellos príncipes, recelaba que en el largo transcurso de la guerra, no era difícil que volviese á acontecerle semejante desgracia, porque es de advertir que cual si tuviese en el corazon una secreta voz que le anunciase su fatal destino (que le habia valido del vulgo el sobrenombre de *Zogoibi ó el desventuradillo*), abrigaba cierto temor y presentimiento de que en su tiempo habia de fenecer el imperio musulman de Granada.

Negóse pues á autorizar la horrible trama

que contra los cristianos se urdia; pero no por eso cesaron los secretos conatos y maquinaciones: en términos que Gonzalo de Córdoba y los valientes que le acompañaban se hallaron dentro del recinto del Albaicin, en una situacion semejante á la en que se vieron un dia, en el seno de la pérfida Grecia, los que hicieron temblar al Oriente con las armas de Aragon y de Cataluña.

CAPITULO XVII.

Gonzalo de Córdoba y los suyos salen del Albaicin.

No se ocultaron á Gonzalo de Córdoba los misteriosos tratos que entre el Albaicin y la Alhambra mediaban; y aun hizo no pocos esfuerzos para que no llegasen á buen término. Advirtió, al propio tiempo, en el adusto semblante del pueblo y en el despego de la gente, que no le miraban ya con los mismos ojos que antes; y que una vez alejado el peligro, contemplaban como pesado yugo la proteccion de las armas cristianas. Estaba sin embargo, muy lejos de recelar la traicion que se fraguaba; no cabiendo en un pecho hidalgo ni aun la sospecha de acciones villanas.

Con igual confianza, y aun mayor si cabe, por lo absorto que traia el pensamiento con la muerte de su padre, no advertia el mozo

Venegas que les estaban minando la tierra que pisaban; y no fué poca dicha que recibiese un secreto aviso, cuando estaba mas descuidado. No una sola vez habia notado que le seguia una mora, cubierto el rostro con un tupido alhareme, sin descubrir mas que los ojos, como quien atisba y acecha: solia cruzar la calle, para llamarle la atencion, atajándole el paso; y aun hizo tal cual seña, como si intentase entregarle una carta. Sospechó el mancebo que se trataba meramente de achaque de amores; y tan embebido estaba en su pena, que hubiera creido ofender la memoria de su padre, distrayéndose en galanteos. Fingió pues no echar de ver los conatos de la mora, cada dia mas solícita y tenaz en seguirle, cual si fuese su sombra, hasta que al cabo un dia, á tiempo que el Venegas salia de su casa, acercóse el bulto, y despues de mirar á todas partes con desasosiego y sobresalto, le presentó un azafate, muy rico y primoroso, con frutas y flores tan escogidas y hermosas, cual solo se criaban en las huertas y jardines del palacio. Temblándole la mano, y sin dar tiempo al mancebo para que le contestase siquiera, le entregó aquel regalo, diciéndole con tono grave y misterioso: «no las desprecieis buen caballero, ni las compartais con otro; porque os vá en ello la vida.... ¡Asi Alá me guarde!»

Atónito quedó el Venegas, no sabiendo

cómo esplicar aquel estraño caso; y entre incierto y curioso, subió á su aposento, y examinó prolijamente lo que el azafate contenia. Llamóle la atencion un prisco de Damasco, mayor que los demas, y que venia cuajado con las menudas gotas del rocío, como si fuesen perlas. Al tomarlo en la mano advirtió que estaba medio abierto; y registrándole atentamente, advirtió que escondia en su corazon un levísimo pergamino, enrollado con tal arte y primor, que semejaba el hueso de la fruta. Ni un momento tardó en desplegarlo y leerlo; hallando escritas estas meras palabras: «Huye, noble huésped, huye de esta tierra traidora.... Si algun dia te ves feliz en el seno de tu patria, acuérdate siquiera de una desventurada....»

No traia nombre ni seña; pero apenas lo hubo leido, le dió un latido el corazon, y le asaltó el pensamiento de que aquel misterioso aviso no podia provenir sino de la princesa Zulema, que hallándose en la corte de Boabdil, habria llegado á rastrear que se armaba alguna celada contra los cristianos, y queria salvarle de la muerte por el cariño que le profesaba.

Como quiera que fuese, estimó oportuno dar cuenta de lo sucedido á su amigo y deudo, porque aun cuando al principio formó el propósito de ocultarlo á toda alma nacida, le ocurrió despues el recelo de que tal

vez cargaria con el peso de un eterno remordimiento, si resultase algun desman á sus compañeros de armas.

Manifestó pues á Gonzalo de Córdoba sus temores y sospechas; las cuales hicieron mayor mella en su ánimo, al recordar la conducta que observaba Boabdil de algunos dias á aquella parte, inquieto y desasosegado hasta el punto de evitar que sus miradas se encontrasen con las del caudillo cristiano.

Habíale aquel cobrado cierta aficion con el frecuente trato; le era deudor de ricos dones y de señalados servicios; y lo que es mas, creia que podria servirle de tabla de salvacion, si arreciaba algun dia la tormenta y tenia que librarse de los suyos, echándose en brazos de los estraños.

Contribuyó tambien este motivo á retraer á Boabdil del mal propósito que le aconsejaban; y hasta sospechó que se trataba de llevarlo á cabo, sin su participacion y consentimiento. Asi era en realidad: los que por motivos políticos ó por fanatismo religioso, no aflojaban en su designio de inmolar traidoramente á los cristianos, habian al fin resuelto ponerlo en ejecucion sin la anuencia de Boabdil.

Esperaban, con harto fundamento, que despues de verificado el atroz hecho, no osaria aquel apocado príncipe castigarlo; concitando el ódio de sus propios súbditos, que á duras penas le sostenian en el trono,

y mendigando vanamente el perdon de los monarcas de Castilla, quienes nunca podian creerle esento de toda participacion y culpa.

Mas este mismo concepto, asi como el resentimiento y despique al ver que se tenia en poco su autoridad, le estimulaban de consuno á que desease en sus adentros que no se ejecutase la trama. Y como una noche se hallase jugando al ajedrez con Gonzalo de Córdoba, quien por todos medio habia procurado grangear la amistad y el favor del monarca, miró este al rededor, para ver si le escuchaba algun cortesano; y aprovechando un brevísimo instante, dijo al cristiano estas palabras, no sin turbacion y empacho: «hasta en el juego se echa de ver tu ánimo.... ¿por qué dejas espuesto ese *caballo*? fortuna que está cerca la torre; y á su abrigo podrás salvarlo.....»

Al decir esto, clavó los ojos en Gonzalo, y los bajó al punto hasta el suelo, encendiéndosele el rostro, como si se sintiese confuso y avergonzado. No dió muestras el caudillo de haber comprendido la mente del rey; y contestó con marcial donaire: «*Del enemigo el consejo*, dice un provervio castellano; pero yo, señor, en cualquier tiempo habriré paso á mi caballo.»

No dijo mas; continuando entrambos silenciosos, cada vez mas atentos al juego, en que era el rey muy diestro, como suelen serlo los de su nacion; y deseando Gonzalo de

Córdoba que llegase la hora y el momento de salir del palacio.

En vela pasó toda la noche; revolviendo y barajando en su mente las señales é indicios que le anunciaban como cercana una conjuracion: á veces se resolvia á aguardarla á pié firme, para dar á sus autores el condigno castigo; pero despues le retraia el pensamiento de que asi aventuraba la vida de muchos valientes, asesinados sin defensa y sin honra; esponiéndose á que los reyes mismos, que los habian encomendado á su custodia, le pidiesen estrecha cuenta de aquella preciosísima sangre.

Este concepto pesó tanto en su ánimo, que desvaneció toda irresolucion é incertidumbre; mas no consintiendo su aliento y bizarria escaparse á las calladas, y en son de fugitivo, aguardó á la aurora, para que al son de atabales y trompetas se diese órden á los soldados castellanos, para que se reuniesen sin demora en la plaza mayor del Albaicin, llamada hoy dia *Plaza larga*. Atentos contemplaban los moros los grupos de cristianos, que por todas partes acudian, prontos al llamamiento; creyendo al principio la plebe que se preparaba algun alarde, al paso que se mostraban inquietos y azorados los que traian entre manos el hilo de la trama.

Con semblante apacible y sereno, reunió Gonzalo el campo, disponiendo que bajase

al llano por la *Cuesta de la Caba*; quedándose el zaquero, acompañado del capitan Martin de Alarcon y del mozo Venegas, que iba montado en un hermoso corcel, mas negro que su vestidura y sus armas.

Apenas llegaron al vecino llano, seguidos de la turba, absorta y silenciosa, hizo ademan el caudillo de pararse á contemplar el muro que subia por aquella áspera pendiente; revolviendo á todas partes la vista, como quien solo cuida de esparcir el ánimo, tranquilo en tierra amiga; no acertando los moros á comprender, aun despues de verlo con sus ojos, que se alejaba de la ciudad y tomaba el camino de Illora, con sosegado paso (22).

No parece sino que aquello fué permision del cielo: en la próxima noche debia rebentar la conjuracion, dispuesta con tan infernal arte, que era casi imposible que escapase un cristiano con vida. En la confusion y bullicio de un tumulto popular, habia de darse por opuestos lados la aterradora voz de *¡fuego!* y á tiempo que Gonzalo de Córdoba acudiese á las estancias de su gente, se veria acometido á un tiempo por una turba de asesinos. Su cabeza iba á servir de pendon á los amotinados; segando en flor una vida que tantos lauros y coronas habia de dar á España.

CAPITULO XVIII.

Como desbarataron los moros al conde de Cabra en las inmediaciones de Moclin.

Apenas se vió Gonzalo de Córdoba en su fortaleza de Illora, puso su principal cuidado en apercibir la defensa de aquella fortaleza, que le estaba encomendada; con ánimo y deseo de ir despues á donde se hallasen los reyes; á fin de informarles del estado y disposicion de Granada, mas menuda y cumplidamente que por cartas y mensajeros. Pensaba tambien llevar consigo á su deudo el mozo Venegas; mas apenas lo indicó al mancebo, encendiósele el rostro cual si se sintiese sonrojado; rehusando cortesmente aquella honra, y respondiendo á las vivas instancias de su amigo: «aun no es tiempo Gonzalo; pero confio en Dios que presto llegará.»

Habia formado la firme resolucion de no mostrarse en la corte, hasta haberse dado á conocer por algun hecho señalado; y como si le fuese enojoso el peso de la vida, habíase propuesto aventurarla en la primera ocasion que le deparase la suerte, ó para morir peleando con gloria ó para alcanzar de una vez clarísimo renombre.

Asi pues, tuvo por buena dicha cuando supo que una reducida hueste cristiana iba

á caer de rebato sobre la villa de Moclin, de allí poco lejana; y que venia por caudillo no menos que el conde de Cabra, con quien unian al Venegas estrechos vínculos de paisanage y parentesco.

Ni un momento vaciló siquiera; y despidiéndose de Gonzalo de Córdoba, al que ya miraba cual si fuese su hermano, le dijo con afectuosa ternura, en que se vislumbraba una sombra de melancolía: «A Dios, Gonzalo, á Dios; si me concede volver con vida, volveré mas digno de abrazarte.»

Apenas lo hubo dicho, tornó la espalda, queriendo ocultar las lágrimas que le empañaban el cristal de los ojos; y apresurando el paso, salió del castillo, seguido de unos cuantos ginetes que se holgaron de llevarle por capitan y guia.

Era en efecto cierta la nueva que habia llegado á sus oidos: pesarosos los reyes de no aprovechar el poco tiempo que aun quedaba, yendo de vencida el verano, hallábanse inciertos y dudosos en la ciudad de Córdoba, cuando recibieron uno y otro aviso del conde de Cabra; el cual, como tuviese muchas lenguas y espías en tierra de moros, aseguró una vez y otra que la villa de Moclin se hallaba desapercibida, escasa de presidio, y no sobrada de mantenimientos; confiando en su situacion y fortaleza, tal que los moros le habian dado el nombre de *escudo de Granada*.

Importaba por lo tanto, urgia aprovechar la ocasion, ya que tan favorable se presentaba; con lo cual no podrian menos de decaer los ánimos de la ciudad, viendo en poder de los cristianos aquel reparo y baluarte.

Vaciló largo trecho el rey, cauto de suyo y amaestrado ademas con su propio escarmiento en el asedio de Loja, y aun mas y á costa de preciosísima sangre, en los montes de la Axarquia; pero fueron tantas las instancias del conde, tal la confianza que se tenia en su pericia y hasta en su buena estrella, sobre todo despues de la victoria de Lucena, que el rey cedió al cabo, si bien con harta repugnancia.

Ora temiera el conde que se malograse la empresa con la menor tardanza, ora ambicionase para sí y los suyos la gloria de llevarla á cabo, trayendo á la memoria otro fausto acontecimiento, propuso á los reyes apoderarse de Moclin con la gente de Baena y de otras villas comarcanas, que tenia al efecto aparejada y pronta. Empero el prudente Fernando, si bien le otorgó la honra de ser el primero que embistiese la descuidada fortaleza, dió al mismo tiempo órden para que le siguiese de cerca el maestre de Calatrava, con algunos centenares de caballos y seis mil peones; y el monarca mismo vino desde Córdoba á *Alcalá de Benzayde* (llamada despues *Alcalá la Real*) para dár calor á la empresa.

Contando con un fácil triunfo, é impaciente por conseguirlo, se adelantó el conde con su gente, siendo tal la prisa que se dieron, á pesar de tener que trepar por una y otra asperísima sierra, que llegaron á las inmediaciones de Moclin, algunas horas antes de romper el alba, dejando muy atrás la rezaga, que caminaba mas lentamente embarazada con algunos tiros, que aunque pocos y livianos, costaba trabajo conducirlos por aquellos riscos.

No bien habia el conde, adelantádose algun tanto para dar órden y concierto, á fin de que al amanecer se hallase la villa embestida por todas partes, cuando á un tiempo, y como por encanto salió un grito espantable del seno de los montes, resonando tal estruendo de gentes y de armas, como si de la sierra misma hubiera nacido un ejército. Acometieron los moros con el ímpetu y pujanza que suelen, y á la sazon con mas furor que nunca, hallando desapercibidos á los cristianos, rendidos del cansancio, desatentados y confusos con tan súbita arremetida, al paso que de lo alto de la villa bajaba otro denso tropel por la espalda del monte, como la lava del Vesubio, amenazando los vecinos campos.

A pesar de la bizarría de los cristianos, acrisolada en tantos combates, fué tal su sorpresa que encomendáronse á la fuga para ponerse en salvo. Voces, amenazas, esfuer-

zos de capitanes y caudillos, todo fué en vano; acudia el conde á cien partes á un tiempo; alentaba á los suyos, contenia á los enemigos, volaba desalado donde mayor era la mortandad y estrago. Milagro parecia que hubiese escapado sano y salvo durante larguísimo trecho; no menos de cuatro lanzadas habia recibido su caballo, que apenas podia sustentarse en pié, hijadeando y convulso por la agonía de la muerte. Echó pié á tierra el conde, cercado de enemigos, y parando á duras penas cien golpes con la espada. Resuelto á morir mil veces antes que rendirse, solo cuidaba ya de vender cara su vida, cuando vino á socorrerle su hermano D. Gonzalo, mas mozo que él y no menos valiente; pero antes que lograse ponerse á su lado, cayeron los moros sobre él y le hicieron pedazos. Reconoció el conde la voz de su hermano y el agudísimo grito que arrojó al desprenderse el alma.... Inmóvil y cubierto de un trasudor frio, ni aun ánimo tenia para defenderse cuando recibió un tajo tan terrible en la mano derecha, que cayó por tierra la espada (23). Ni salud, ni esperanza: vivo ó muerto caia ya en poder de los enemigos, que por todas partes le estrechaban. Mas en este momento vió venir á escape un guerrero, abriéndose paso por medio de la apiñada turba; y cual habia visto en los altares al glorioso Patron de España; y mientras dudaba todavía si era un caudillo

cristiano, que venia á su socorro, ó una aparicion celestial, cayó el buen conde sin sentido, antes postrado por su agudísima pena que por el dolor de la herida. Aquel inesperado socorro, y el asombro de los moros al verse acometidos con tan estraordinario denuedo, dieron lugar á que acudiesen algunos caballeros cristianos, trabándose una lucha sangrienta en derredor del cuerpo del conde que unos y otros se disputaban.

Difundido el rumor y estruendo, y como se desparramasen por los campos algunos fugitivos, el maestre de Calatrava apresuró el paso de su gente, llegando tan á tiempo, que no solo salvó á los cristianos, de una destruccion completa, sino que obligó á los alárabes á refugiarse al abrigo de la fortaleza.

El que habia conseguido este triunfo, era el mismo Zagal en persona, el cual, como hubiese comprado á uno de los moros tornadizos en que tenia mucha confianza el conde, supo con antelacion la proyectada empresa. Saberla, y tomar su resolucion, todo fué uno; era necesario volar, sorprender al caudillo cristiano, derrotarle y volver á Granada, trayendo vivo ó muerto al que tan ufano estaba con la victoria de Lucena, que ostentaba por blason de sus armas un rey moro con la cadena al cuello.

Como á pesar de la guerra con los cris-

tianos y de la lucha intestina, encerraba en su seno Granada tantas fuerzas, reuniéronse en el espacio de breves horas hasta veinte mil hombres de pelea, tan alentados y animosos que llevaron en peso las cinco larguísimas leguas que median entre aquella capital y Moclin. Iba el rey moro delantero, para darles ejemplo, y apenas llegó á aquella villa, poco antes que la gente del conde, dióse tal traza, como sagaz y práctico en las cosas de la guerra, que hallaron los cristianos su derrota donde esperaban una fácil victoria.

La del Zagal no habia sido tan cumplida como deseara; pero en tanto que él se mostraba desabrido y poco satisfecho, reinaba en el campo cristiano la desolacion y el espanto.

Cuando llegó el maestre al paraje en que se hallaba el conde de Cabra, quedóse cual si fuese de mármol, al presenciar tan triste espectáculo; postrado en tierra aquel buen caballero, poco menos que muerto; á su lado su hermano D. Gonzalo, tan destrozado el cuerpo, que costaba trabajo conocerle; y junto á entrambos un gallardo mancebo, traspasado con una profundísima herida, y empapados en sangre su negra vestidura y arreos. Ninguno de cuantos se acercaron pudo decir quien fuese aquel desventurado mozo: no traia blason en sus armas, ninguna cruz al pecho; pero su noble per-

sona y su traje, aunque sencillo y llano, indicaban que era un caballero de linaje, si bien desconocido en la hueste (24).

Encargó el maestre al conde de Buendia que cuidase de dar sepultura al D. Gonzalo y de ver si no eran mortales las heridas del conde y del mancebo; haciendo que los retirasen del campo á lugar mas seguro, en tanto que él daba órden de recoger la hueste, hasta saber la voluntad del Rey Don Fernando.

Tan desasosegado habia quedado aquel buen príncipe, como si el corazon le anunciase alguna desventura, que no pudo permanecer en Alcalá y siguió los pasos del maestre, acompañado meramente del alcaide de los donceles y de unos cuantos contínuos de la real casa: de esta suerte se adelantó hasta llegar á tres leguas de Moclin, haciendo alto en un purísimo manantial, que de entonces acá conserva el nombre de *fuente del Rey*. Allí le llegó la dolorosa nueva; y despues de dictar lo conveniente para precaver las resultas de tan funesto trance, solo pensó en la pena que iba á sentir su esposa, cuando llegase á sus oidos aquel inesperado desastre.

En Baena lo supo la Reina Doña Isabel, que hasta allí habia venido, para acercarse al teatro de la guerra; y fué tal el dolor que sintió en su alma, que perdió su serenidad acostumbrada; y dió por primera vez seña-

les de postracion y abatimiento. Bien hubo menester el cardenal de España, que tanto influjo tenia en el ánimo de aquella princesa, recurrir á los consejos de la religion para fortalecerla y cohonestarla, mostrándole como queria Dios poner á prueba su constancia con aquel golpe; debiendo esperar tanto mayor galardon, cuanto mas árdua era la empresa que habia acometido de arrojar de estos reinos la secta mahometana. Como el cardenal conocia el temple de alma de aquella esclarecida señora, estimó que el mejor medio de calmar su amarguísima pena era ocupar su mente con algun hecho de armas, que borrase la memoria del reciente descalabro.

Brindóse para ir en persona, con el duque del Infantazgo y su gente, á abastecer la ciudad de Alhama, que escaseaba de mantenimientos. Aconsejó igualmente á los reyes que no se empeñasen en la toma de Moclin, á la sazon que se hallaban los moros tan ensoberbecidos y pujantes; sino que antes bien aprovechasen la ocasion de hallarse el Zagal por aquellas partes, para apoderarse de improviso de las fortalezas de Cambil y Avaral, fronterizas á la provincia de Jaen, y desde las cuales hacian los Moros entradas y correrías, como se habia visto repetidas vèces, y entre ellas cuando se verificó el lamentable suceso de que se hizo ya mencion en esta historia (25).

CAPITULO XIX.

Segundo cerco de la ciudad de Loja.

El señalado triunfo que acababa de conseguir el Zagal sobre el conde de Cabra, que en otro tiempo habia hecho prisionero á Boabdil, no pudo menos de hacer profunda mella en la parcialidad de este; notando fácilmente el pueblo el contraste que presentaba la fortuna entre uno y otro príncipe.

Conoció por lo tanto Aixa que no podia retardarse un momento siquiera que saliese su hijo á restaurar su fama; resultando de esta suerte que ambos aspirantes al cetro se esforzaban á conquistar la codiciada joya, no en el recinto de Granada derramando la propia sangre, sino en guerra campal y de buena ley, peleando á porfia contra los cristianos.

Cabalmente, por aquel tiempo, cundió la voz de que estos se aparejaban á alguna gran empresa, segun los preparativos que en la ciudad de Córdoba se hacian; súpose poco despues que el Rey Don Fernando iba á capitanear en persona la hueste; y al cabo no quedó asomo de duda de que aquel nublado iba á descargar su furia contra Loja. Natural era que el Monarca de Castilla desease borrar en los muros de aquella ciudad la memoria del pasado desastre; pero hubo de

impulsarle igualmente una razon de sumo peso, atendido el plan que en la prosecucion de aquella guerra se habia propuesto. Convenia antes de acometer á la ciudad de Málaga, dejarla como aislada y sola, cortando su comunicacion con la capital del reino; y para ello era indispensable atajar uno de los caminos con la toma de Loja, asi como se tenia cortado el otro con la posesion de Alhama.

Sea por este ó por otro motivo, ello es que el Rey Fernando manifestaba el mayor empeño en aquella empresa: acudiendo de todas partes la flor de la nobleza, asi como la gente de las comunidades y hermandades, cada dia mas deseosas de encontrar calor y arrimo á la sombra de la potestad régia.

El rumor de tales aprestos llegó á los oidos de los moradores de Loja: y en tamaño conflicto, despacharon á Boabdil premiosas cartas y mensajeros, rogándole encarecidamente que acudiese en su favor y ayuda. Por haber sido fiel á sus reyes, defendiéndose con heróico esfuerzo, iba á servir de blanco aquella ciudad á la ira y venganza de los cristianos; por haber sido fiel á sus reyes, y escudado con su propio cuerpo á Boabdil, habia muerto el alcaide Aliatar en la jornada de Lucena. Su hijo, que habia heredado el nombre y el esfuerzo, tenia en sus manos las llaves de Loja; dentro de su recinto habia nacido la esposa de Boab-

dil; allí se abrigaban sus amigos, sus deudos; y si por segunda vez se estrellaban las fuerzas de Castilla al pie de aquella fortaleza, conseguiria juntamente el rey de Granada romper con la espada los pactos de sumision y vasallaje, y presentar títulos mas valederos al disputado trono que la sucesion á la herencia paterna.

Tantos motivos juntos, aun sin contar el influjo prepotente de Aixa, sacaron á Boabdil de su natural indecision y amilanamiento; en el término de pocos dias, reunió un cuerpo de cuatrocientos caballos, los mas gallardos y briosos que hicieron retemblar bajo su planta los campos andaluces; y acudiendo al socorro de Loja, infundió á la ciudad nueva vida y aliento. No parecia sino que se habia trocado la condicion de aquel príncipe: tal era el acicate que le aguijaba; temiendo á la par, si quedaba vencido, el justo enojo de los monarcas de Castilla y la desapoderada ambicion de su rival al trono (26).

En tanto que Boabdil se afanaba por fortalecer la ciudad, reunia el Rey D. Fernando su hueste junto á la *peña de los enamorados*; recordándole aquel sitio el malogro de la otra tentativa, y estimulándole á no omitir ahora ninguna precaucion, por liviana que pareciese. Dispuso pues que se aprocsimase la hueste en buena órden y concierto; procurando ante todas cosas ceñir la ciudad en cuanto fuese dable, para quitarle

toda esperanza de socorro, y asentando las estancias con mas conocimiento y tino que la vez primera. Para despejar los vecinos campos y ocupar los alrededores de la ciudad, envió el rey al marqués de Cádiz, que siempre iba delantero donde quiera que habia peligro; y que en la ocasion presente sentia hervir la sangre en las venas con solo recordar que vió entrado por los infieles el real de los cristianos en aquel mismo sitio. Adelantóse pues con buen golpe de gente, toda ella de á caballo; y recorrió en un abrir y cerrar de ojos aquella hermosísima vega que con las lluvias y frescura de mayo semejaba en lo verde y florida una maceta de albahaca. Por medio de arboledas y sembrados atravesó la hueste, no consintiéndole su impaciencia buscar siquiera la senda mas fácil y llana. Temia que los moros, esparcidos por aquellos campos, mas bien como esploradores que como dispuestos á la pelea, se recogiesen á la ciudad, segun daban muestras de hacerlo; pero cuando creian los cristianos que iban sus enemigos á ampararse detrás de los muros, vieron con sorpresa abrirse las puertas de la ciudad y salir con gran estrépito y vocería una nube de caballos ligeros. Divisarlos, llegar, y cruzarse las armas, todo fué un solo punto: en el primer arranque tal fué el ímpetu de aquel torbellino, que barrió la llanura, arrollando los ginetes cristianos; mas volviendo estos en sí,

con la voz y el ejemplo de tantos valientes capitanes, hicieron retroceder á su vez á los infieles, y los persiguieron gran trecho.

Al frente de estos, distinguíase un grupo, no muy numeroso, pero que sobresalia por el lujo y esplendor de las armas, de la vestidura y arreos; hasta se divisaba un pendon, alrededor del cual se apiñaban unos cuantos moros, siguiéndole en lo mas recio de la pelea. Sospechó por lo tanto el marqués que allí debia de andar el Rey de Granada; y apenas lo hubo indicado á los caballeros, que á su lado estaban, fué cosa de ver el arrojo y la furia con que todos se abalanzaron á porfia, penetrando por el cerrado escuadron, para arrancarle aquella presa. Ni reparó el marqués si alguien le seguia; y entró por en medio de aquella turba, como un leon en medio de un rebaño. Ya se hallaba allí el alcaide de los Donceles, como quien reclama una joya que de derecho le pertenece: y no lejos de entrambos, se veia al conde de Ureña, que gritaba desapoderadamente á los suyos: «venid, caballeros, venid; que aquí mismo espiró mi hermano.»

El embate de tales guerreros no habia en el mundo fuerzas que lo contrarestasen: asi fué que, al cabo de una breve refriega, en que se tocaban los caballos, los ginetes, las armas, hasta el punto de ceñirse á veces con los brazos y arrancarse en peso de las sillas, empezaron á cejar los infieles.

Para colmo de desventura, habia salido Boabdil herido en un brazo; habiendo peleado aquel dia como bueno, deseoso de que no se atribuyese á falta de bizarría la derrota de Lucena y su cautiverio. Queria tambien no aparecer indigno del trono, en conpetencia de su tio, que habia ganado con sus claros hechos el sobrenombre de *valiente*.

La herida de Boabdil no era mortal; pero sí bastante grave; pareciendo castigo y permision del cielo que la recibió en el mismo sitio en que estuvo asentada la tienda de su padre, cuando dejó á aquella cuesta su propio nombre.

Muertos en la refriega algunos de los alcaides mas valientes, é imposibilitado el monarca de manejar las armas, natural fué que los moros se recogiesen á la ciudad; no queriendo malgastar las fuerzas, que tanto habian menester.

El Rey Fernando por su parte, en cuanto llegó con el grueso del ejército, mandó acamparlo á la inmediacion de la ciudad. Sin perder un solo momento, reunió en su propia tienda á los principales caudillos, para oir su parecer y dictámen; resultando de la junta y consejo, que antes de embestir la ciudad, amparada con muchas obras y reparos, era necesario apoderarse de los arrabales, en que libraba su principal defensa.

Encomendólo el rey al marqués de Villena, duque de Escalona, confiándole buen

número de gente escogida, con toda especie de ingenios y máquinas de guerra. Eran muchas las que habia traido para aquel sitio el Rey Fernando, como prevenido y esperimentado: á centenares se contaban los carros, que arrastraban las pesadas lombardas; al paso que los ribadoquines, pasabolantes y demas tiros livianos iban conducidos en acémilas.

De estos se proveyó en gran número el de Villena, deseando aprovecharse de la artillería, en que los cristianos sacaban mucha ventaja á los moros; y aun asi, defendieron estos los tapiales de tierra cual si fuesen firmísimas murallas. Una hora y otra hora duró la contienda; rechazados los cristianos con horrible mortandad y estrago, sin poder salvar la derribada cerca; y cuando al cabo lo consiguieron, despues de embestir el arrabal por distintas partes á un tiempo, creció el peligro en vez de menguarse. Hallábanse barreadas las calles, tapiadas las puertas, minada la tierra misma que habian de pisar los cristianos. Principió entonces un linage de guerra tan encarnizado y cruel, que faltaban las fuerzas y el aliento. No se trataba de pelear cuerpo á cuerpo en el campo, de nada servian la destreza y el esfuerzo, era necesario ir ganando palmo á palmo el terreno, defenderse contra enemigos que no se veian, y escapar sano y salvo de las paredes derruidas, de los maderos incendiados. En cada

calle se trababa un combate; y tal era la mortandad, cayendo confundidos infieles y cristianos, que los mismos montones de cadáveres servian de palizada.

Cuando se veian los moros en el último aprieto, salvábanse en sus hogares, y allí se encastillaban; arrojando á los cristianos toda suerte de armas y de tiros desde los techos y azoteas. En medio de tanta desolacion y estrago, tenian aquellos infelices que olvidar la defensa de sus propias vidas, sin poder siquiera pelear y vengarse; afanándose por derribar las puertas y horadar las paredes, á fin de abrirse paso. Apenas se concibe tamaño arrojo: y asi fué que á pesar de encontrarse en aquel estrecho recinto la flor del ejército, hubo un momento de indecision é incertidumbre en que estuvieron á punto de abandonar la empresa.

Fortuna que hallándose arremolinados en una estrecha plaza algunos cristianos, faltos ya de aliento, acertó á pasar por allí el de Villena, cuya sola presencia les infundia temor y respeto: «¿qué haceis aquí, sin terminar la obra?..... El que se sienta acobardado, que se ponga en salvo; mas cuenta que hay mas peligro en volver las espaldas que en ir adelante matando.»

Asi era en realidad; porque tan seguros estaban los moros de que no podian los cristianos salir de aquel recinto, que ya solo cuidaban de cerrarles la salida con maderos

y fosos, que habian de servir juntamente de valladar y sepultura.

Esta persuasion y convencimiento detuvo á algunos que ya se disponian á la huida; pero nada hubiera sido parte á darles nuevos bríos, á no querer la suerte que se difundiese la voz de que Gonzalo de Córdoba se hallaba en gravísimo riesgo. Habia sido de los primeros que penetraron en el arrabal, la espada en una mano y en la otra una maza de hierro con agudas puntas: le habian visto, seguido de unos cuantos valientes, hendir las puertas, penetrar en una y otra casa, hasta que al fin desapareció entre la polvareda y el humo.... «Se ha confiado en nosotros, y nosotros le abandonamos.»

No dijo mas uno de los soldados; y en el momento mismo, como si se les hubiera infundido nuevo aliento, se desparcieron por las estrechas calles, arrollando cuantos obstáculos hallaron.

Aterrados á su vez los moros, no concibiendo que cupiese en hombres tan sobrehumano esfuerzo, buscaron su salvacion y amparo detrás de los muros de la ciudad, dejando el disputado terreno en poder de los vencedores (27).

Mentira parecia á los mismos que á costa de su sangre lo habian conquistado; y aun mayor fué, si cabe, su admiracion y sorpresa, al ver la dificultad suma de defenderlo y conservarlo. Hasta hubo quien aconsejase

abandonar el arrabal, cuya guarda habia de costar arroyos de sangre: «eso no; (contestó el de Villena) para el rey nuestro señor lo hemos ganado, y aquí nos hallará vivos ó muertos.» Dió, pues, órden á Rodrigo de Ulloa, contador mayor de Castilla, para que asentase sus estancias con los caballeros y continuos de la casa real, junto á los adarves de la *Alcazaba*, dando por galardon y recompensa colocarles en el puesto de mayor peligro. Tan grande era este, espuestos á los certeros tiros, y oyendo zumbar una lluvia de piedras, que solo un milagro del cielo pudiera preservarles la vida. Mostráronse, sin embargo, aquellos valientes complacidos y ufanos con tan señalada muestra de confianza; y queriendo á su vez compartirla, escogió Gonzalo de Córdoba aquel punto como refugio y descanso, colocando su estancia al pié mismo de la *torre de Benjebit*, cuyo nombre ha llegado hasta nosotros juntamente con la memoria de aquella hazaña.

CAPITULO XX.

Dáse á partido la ciudad de Loja.

Ocupado el arrabal por un poderoso ejército, y desvanecida toda esperanza de socorro, hubo de cundir el desaliento dentro de los muros de la ciudad, susurrándose al principio con timidez y despues con menos

recato, la necesidad de entrar en conciertos con los cristianos. Mas si el temor del inminente riesgo inclinaba los ánimos á intentarlo, otro temor los retraia, dejándolos por largo espacio como vacilantes y suspensos.

No habian olvidado aquellos habitantes sus fieros y amenazas contra el rey D. Fernando, ni la avilantez y descuello con que habian celebrado su derrota; á su lado venian los capitanes entonces vencidos, los deudos y hermanos de los caudillos muertos, y no era fácil esperar generosidad y clemencia de los que se aprestaban á tomar cumplida venganza. Pues Boabdil, por su parte, tampoco podia prometerse encontrar benigna acogida, despues de haberse reconciliado con el Zagal para guerrear á competencia contra los cristianos. Su propio corazon, estrecho y mezquino, le hacia suspicaz y desconfiado, y aun en la ocasion presente, el dolor de la herida y la pérdida de la sangre aumentaban su indecision y abatimiento.

Bien quisiera en sus adentros alcanzar el perdon del rey Fernando, volviendo á la condicion de su vasallo, y entregándole como muestra de su arrepentimiento las llaves de Loja; pero temia que se supiese en la ciudad cualquier paso que al efecto diese, y que si no conseguia su objeto, cogiese solo por fruto nuevos peligros y deshonra.

Cuando se hallaba en la mayor irresolucion y zozobra, halló por fortuna abierto un camino, que podia conducirle á buen término, y lo siguió con ansia sin meditar bastantemente sus peligros y azares. Habíale cuidado en su dolencia con solícito esmero la princesa Zulema, hermana de su esposa, la cual habia formado tal empeño en volver á su patria y al seno de su familia, cuando vino Boabdil á la ciudad de Loja, que al cabo hubieron de condescender en ello; viendo cada dia mas quebrantada su salud, como si la aquejase una oculta dolencia, y su imaginacion tan viva y ardiente, que á veces se temia que su razon se menoscabase.

Nadie en el muudo podia penetrar en lo íntimo de su corazon, y ella se afanaba por esconder tan hondo su secreto, que ni la muerte misma lo revelase: por lo cual atribuian su condicion caprichosa y estraña á la altivez de su génio que le impedia seguir paso á paso tras la huella de otros la trillada senda de la vida.

Varias veces tentó la princesa sondear el ánimo de Boabdil al verle tan caviloso y discursivo, pero fué siempre en vano; hasta que una noche, redoblando sus súplicas é instancias, como quien aprieta las cuerdas del tormento, confesó al cabo el débil príncipe que quisiera entrar en tratos con el rey D. Fernando; pero que le apartaba de aquel propósito no tener á mano ningun medio á la par seguro y secreto.

Como la luz de un relámpago que brilla de improviso en el seno de una oscura nube, alumbró á Zulema un pensamiento: ella se atrevia á ir con mentido disfraz al campo de los cristianos; cabalmente las estancias mas cercanas eran las de Gonzalo de Córdoba, á quien ella habia visto tantas veces en el palacio de Granada, y que con solo verla no podia dudar de que Boabdil mismo la enviaba. Asi se evitaba el peligro de encomendar el encargo al papel, que aunque mudo, habla y acusa: si se lograba el fin, la ciudad toda se holgaria de verse libre de tamaño aprieto; y si por el contrario, se encontraba cerrada la puerta á la reconciliacion y clemencia, quedaba aquel paso sepultado entre Boabdil y su familia.

La flaqueza del rey por una parte, y por otra la vehemencia de Zulema, sagaz y persuasiva, allanaron en breve los reparos que al principio ocurrieron á aquel príncipe, el cual se inclinó tanto mas fácilmente á abrazar el recurso que se le ofrecia, cuanto que su mayor confianza la tenia depositada en Gonzalo de Córdoba, por conocer á fondo su magnanimidad y generosas prendas, recordándole con gusto el corazon que habia contribuido á salvarle la vida.

Quedó, pues, concertado el plan entre el rey y Zulema, confiándolo meramente á Aliatar el Zaguer, tio de aquella princesa, que habia de acompañarla en aquel arries-

gado paso, por reunir al valor suma astucia y cautela. A la noche siguiente, pasada ya la segunda vela, cuando todo el palacio descansaba en profundo sueño, vistióse la mora en traje varonil, como un gallardo mancebo; recogiendo el hermosísimo cabello debajo de un turbante sencillo, y cubriendo el cuerpo con un albornoz africano, del color de la tierra, que agovió con su peso los delicados hombros. Mas tanto era el ánimo de aquella esforzada princesa, tal su aficion á cuanto parecia estraordinario y portentoso, que no sintió desmayo en su pecho; y solo mostró que era muger, estremeciéndose involuntariamente, al ver en la pared la imágen de un moro... su propia sombra.

Con suma precaucion y recato atravesaron las estancias del palacio, donde solo se oía el sordo rumor de sus pasos; y por una via subterránea, en que tenian la princesa y su guia que caminar á tientas, salieron del alcázar, y se encontraron en el campo. Al respirar el aire libre, se ensanchó el corazon de Zulema, viendo con gusto, al alzar los ojos al cielo, que no se descubria siquiera una estrella, y que podrian caminar sin ser vistos ni descubiertos. Por fortuna las estancias de Gonzalo de Córdoba eran las mas cercanas, y en cuanto topasen con los escuchas de los cristianos, se desvanecian todos los peligros.

Hallaron en efecto á un capitan, que velaba por aquella parte en custodia del campo; y apenas le manifestaron que venian en busca de Gonzalo de Córdoba, para fines que podian convenir al bien de entrambos reinos, los guió él propio á la tienda en que descansaba el guerrero.

Grande fué la admiracion y sorpresa de este, cuando reconoció á la hermosísima doncella en el fingido nuncio: recibióla con el comedimiento y cortesía propias de tan cumplido caballero, y despues de enterarse del objeto de su venida, contestó á la par con sumo decoro y reserva. No podia él, mero soldado, penetrar los arcanos de los príncipes, ni aventurarse á decir cual seria la resolucion del rey D. Fernando; pero tal concepto tenia de su benignidad, que esperaba acogiese con clemencia á Boabdil, olvidando los recientes yerros. Por su parte tenia á dicha que le hubiese escogido para aquel encargo; y nadie lo desempeñaria con mejor voluntad y celo. En cuanto clarease el dia, iria á los reales para ponerlo en conocimiento del monarca; y si la respuesta era favorable, echaria á volar desde sus estancias unas cuantas palomas, como señal de reconciliacion y de paz; á fin de que Boabdil pudiese enviar sin temor públicos mensajeros.

Despues de concertado este punto, quedó Zulema unos instantes en silencio; como

quien desea con ansia averiguar una cosa, y no atina con el modo de hacerlo. A pesar de su clarísimo talento, no acertaba á encontrar las palabras: principió por preguntar á Gonzalo de Córdoba qué se habia hecho el capitan Martin de Alarcon; procuró despues averiguar el paradero de algun otro, hasta que al cabo, bajando algun tanto la voz, y manifestando mas vivo el conato mismo de ocultarlo, preguntó por el mozo Venegas.... Ya aguardaba Gonzalo de Córdoba que le preguntasen por su deudo; pero por no lastimar el pudor de la doncella, fingió no percibir lo que se estaba clareando en su rostro y en sus palabras. Hasta cuidó, por no aumentar su pena, de ocultarle el peligro en que aquel se hallaba; y meramente le dijo que habia recibido una herida leve en la jornada de Moclin. Al oirlo, se inmutó la infeliz de tal suerte, que parecia una muerta; no quedando la menor duda al sagaz caudillo de la pasion que la dominaba, y que la habia movido tal vez á venir al campo cristiano, mas bien que el mandato del rey y el riesgo de su patria.

Asi era en verdad: aquella desdichada no pudo resistir al deseo de saber si Venegas era vivo ó muerto; anhelaba verle, si era posible, saber nuevas suyas, hablar con su amigo y deudo; teniéndole tan cerca, el riesgo de la vida le pareció poco á trueque de satisfacer su deseo.

Despidióse la princesa tan turbada y afligida, que hasta las fuerzas le faltaban; delante iba su tio, para allanar cualquier obstáculo y mostrarle la senda; mas apenas habian andado un breve trecho, y como caminasen al pié de la *torre de Benjebit*, para no ser descubiertos desde los adarves, arrojaron desde la cresta misma un enorme peñasco, que cayó sobre la infeliz, dejándola aplastada contra el suelo.

Habian notado algun rumor los moros del castillo, cuando pasaron cerca los misteriosos mensajeros; y sospechando fuesen algunos echadizos y espías, que se encaminaban de oculto al campo cristiano, estuvieron en acecho para la vuelta; arrojando la pesada mole, en cuanto divisaron el primer bulto, y desplomándose cabalmente al pasar la desventurada Zulema. Tan miserable suerte cupo á aquella hermosísima princesa, victima de una pasion no correspondida, y casi puede decirse que ignorada.

A duras penas, logró Aliatar el Zaguer llegar sano y salvo, si bien traspasado el corazon con el puñal de la reciente pérdida. En cuanto llegó al palacio, informó sucintamente á Boabdil de cuanto habia pasado; y si bien dió el príncipe algunas muestras de compasion y lástima, se le veia preocupado el pensamiento con su propia suerte; mirando desde lo alto del alcázar, apenas

clareó el dia, si descubria las aves que habian de anunciarle su perdon y sosiego.

Ya estaba el sol á mitad de su curso, cuando vió revolotear por los aires los alegres mensajeros; y sin ser parte á recatar su gozo, dispuso que saliesen algunos moros de la ciudad, para ofrecer las llaves al monarca español, si prometia volver á Boabdil su corona y otorgar á los moradores de la ciudad honradas condiciones.

Habia cumplido Gonzalo de Córdoba su promesa, intercediendo en favor de Boabdil; y como al rey Fernando le urgia apoderarse cuanto antes de la ciudad, tratando con piedad á sus habitantes, para que otros pueblos y castillos le abriesen las puertas, mostróse blando y condescendiente; tanto mas cuanto ganaba mucho en que volviese Boabdil á sentarse en el trono, minado una vez y otra, para derribarle en sazon oportuna: débil y tal como era, aun hacia sombra al Zagal y le servia de estorbo.

Dispuso, pues, el prudente príncipe que el mismo Gonzalo de Córdoba fuese á la ciudad, como quien habia servido de medianero, y que alentando á Boabdil, y ofreciéndole olvido y gracia de parte del monarca, le trajese consigo á los reales.

Alegróse la ciudad cuando supo de boca de aquel caudillo que el rey perdonaba lo pasado y la recibia bajo su obediencia y amparo, sin tocar á las vidas y haciendas; antes

bien ofrecia aventajadas condiciones á los que no queriendo permanecer en ella, prefiriesen pasar á las partes de Africa ó seguir á Boabdil á Granada.

Por lo que respecta á este príncipe, no parecia sino que habia nacido para la humillacion y el cautiverio; tal era su estrella. Volvió á vestirse sus galas para pasar al campo de los Reyes Católicos, siguiéndole los moros principales de la ciudad, y llevando á su lado á Gonzalo de Córdoba, como intercesor y padrino.

Unicamente se notó que llevaba echado atrás el alquizel para que se descubriese el brazo envuelto en una faja carmesí, á causa de la herida; queria llevar aquella señal de valiente, al atravesar el campo cristiano, confiando mas en ella que no en las ínfulas de monarca. Y á la verdad que no se engañaba, porque al verle pasar de aquella suerte, mostráronle mas respeto los capitanes y soldados, que cuando otra vez le vieron en la ciudad de Córdoba, despues de la derrota de Lucena.

Apenas llegó á la tienda del rey, salió este á recibirle con el mismo rostro sereno y apacible que le habia recibido en otra ocasion semejante, con lo cual alentado Boabdil, y teniendo por intérprete á Gonzalo de Córdoba, dijo con gravedad y mesura estas propias palabras: «Por cierto, muy poderoso señor, mas por necesidad que por volun-

tad he andado fuera de vuestro servicio; pero la clemencia que en vuestra alteza he hallado, y el infortunio que he pasado, me obliga para siempre á vuestra alteza servir, para lo cual obligo vuestro gran poder.» El rey por el mismo intérprete le respondió: «que bien tenia creido que lo que habia hecho era constreñido á ello mas por voluntad agena que por gana suya; pero que, todo olvidado, y presentes sus humildes suplicaciones, habia otorgado lo que Gonzalo Fernandez de Córdoba en su nombre le habia suplicado; y que si mas quedaba que hacer, lo mandaria proveer.»

«Y porque deseo todo vuestro bien, (añadió con acento bondadoso el monarca) os ruego que asi como dais palabra de servir, tengais obra para lo cumplir; y en buen hora vos id á vuestro reino, porque vuestra ausencia no dé osadía á los vuestros para se juntar con vuestro tio y enemigo.»

Este pensamiento que labraba en la mente del rey, receloso de que se acrecentase el poder del Zagal, si llegaba á juntar bajo su mano las fuerzas todas del imperio, habia influido poderosamente en que se mostrase tan fácil y condescendiente con Boabdil, y hasta solícito é impaciente porque se restituyese á su reino; pero como algunos caballeros, de los que en los reales se hallaban, no calasen la profunda política del monarca, y mostrasen estrañeza al ver que se habia

otorgado tan buen partido á Boabdil, despues de haber quebrantado los anteriores pactos, y cuando ya la ciudad estaba á punto de entregarse á merced, contestó D. Fernando con gravedad y entereza: «Yo he habido por bien lo que se ha hecho con este rey, pues es rey y me pide perdon de lo pasado; que asi como agora no falta piedad, menos me fallecerán fuerzas, si errase, para lo tomar.»

De esta suerte realzaba aquel monarca, á vista de propios y de estraños, la potestad real, mostrándola magnánima y clemente, á la par que fuerte y poderosa (28).

CAPITULO XXI.

Asienta el rey el campo cerca de Velez Málaga.

Para formar cabal concepto de la entereza y singulares dotes que adornaban á Aixa, no se há menester sino reflejar un solo instante acerca de la situacion en que se hallaba.

Veíase á la cabeza de una parcialidad reducida, encerrada en estrecho recinto; habia perdido uno de sus hijos; y el único que le quedaba, no salia vez al campo, sin tornar derrotado ó quedar prisionero. Tenia aquella esforzada hembra que mantener en la obediencia á los propios y hacer rostro á los enemigos; al mismo tiempo que desde las ventanas de su palacio, y tocándolo casi con

la mano, veia levantado otro trono, amenazando al de Boabdil, para enseñorearse del imperio.

Al volver aquel príncipe vencido y deshonrado, crecieron las esperanzas del Zagal, cada dia mas codicioso de arrebatarle la corona; pero aun cuando tanteó al efecto los ánimos de la ciudad, no los halló tan bien dispuestos como se deseara; ya proviniese de que andaba la gente mal contenta con su duro régimen y gobierno, ya de que no quisiese el pueblo derramar su sangre por trocar el nombre del rey, poco dignos entrambos contendientes del disputado cetro.

Ahogó pues el Zagal la ira y enojo que en su pecho hervia, como avezado largo tiempo al disimulo y cautela; pero cada dia mas resuelto á aprovechar la primera ocasion que se le presentase. Ofrecióse esta á la vuelta de un año; y en cuanto supo que el rey Fernando venia con su hueste á poner cerco á Velez Málaga, una de las joyas mas preciosas de la corona, resolvió en su ánimo volar á defenderla. Como de suyo era alentado, dió fé cumplida á los *folgores* y pronósticos, que le anunciaban triunfos por aquellas partes; y como habia vencido en la Axarquia al marqués de Cádiz y á tantos insignes capitanes, al maestre de Calatrava y la flor de aquella óden en las inmediaciones de Alhama, y al famoso conde de Cabra á vista de Moclin, le latia el corazon con la esperanza de vencer

en la ocasion presente al rey D. Fernando en persona.

En lo mas recóndito de su mente se abrigaba tambien otro deseo; y si bien aparejó la hueste para caminar á su frente en busca de las costas del mar, al asestar allí el tiro, pensaba que de rebote vendria á dar contra el Albaicin y la Alcazaba. Su intencion y designio era, si salia vencedor de los cristianos, revolver de improviso sobre Granada, y arrojar del trono á *dos mugeres* (como solia decir, aludiendo á Boabdil y á Aixa) con mas facilidad que lo habia hecho con su débil hermano.

Incansable á la par que resuelto, en breves dias reunió una hueste numerosa; y saliendo con recato de aquella ciudad, apenas empezaba á cerrar la noche, caminó toda ella; de suerte que, á la luz primera, ya estaba con una parte del ejército al pié de las vecinas sierras. Con su acostumbrado arrojo, no menos emprendió que seguir la difícil via por la cadena de montes que se eslabonan con retorcidos nudos, desde la Vega misma hasta las riberas del mar; y como pareciese aventurada empresa que un ejército caminase por aquellas sendas, donde á veces costaba trabajo hasta asentar el pié, púsose él mismo al frente de los suyos, para darles ejemplo.

Tal fué su presteza, que casi al mismo tiempo supo el rey D. Fernando que habia

salido el Zagal de Granada, y que ya se acercaba: causando no poca admiracion y asombro en el campo cristiano ver improvisamente una noche iluminados como por encanto los vecinos montes con un sin número de candeladas.

Acababa el Zagal de asentar sus reales en el lugar mas aventajado; cual si la naturaleza misma lo hubiera labrado de propósito, para aquel intento. Situó la hueste en la *Sierra de Bentomiz*, que enseñorea aquella comarca; teniendo por mayor defensa y amparo una fortaleza, que descollaba sobre aquellas alturas, como el *pico de Muley Hacen* sobre las cumbres de *Sierra Nevada*.

Apenas empezó á clarear el dia, ya estaba el Zagal en la empinada torre; y era tal su temor de que al eco de su llegada hubiesen los cristianos levantado las estancias, que le costaba trabajo dar crédito á sus propios ojos.

Al contemplar la situacion de los reales enemigos, cercados por encumbrados montes, con pocas y difíciles salidas, una ciudad enemiga al frente, y á la espalda el Zagal con su crecido ejército, representóse vivo ante sus ojos el cuadro que le habian ofrecido pocos años antes los montes de aquella comarca.

La ocasion era única, para acabar de un golpe la guerra contra los cristianos, y recoger en el campo mismo la corona y cetro

de Granada. A su vista, en aquellas tiendas, cuyas banderas y pendones divisaba, hallábanse el rey de Castilla, los grandes y caballeros mas ilustres, los mas famosos capitanes: si lograba vencerlos, muriendo aquel príncipe ó quedando cautivo en la demanda, harto tendrian que hacer los enemigos con llorar y arrastrar luto por largos años; en tanto que á él le cabria la gloria de haber salvado á su propio reino, afianzando tal vez por siglos el imperio de los Muzlines en España.

Encendida la mente con esta esperanza, envió secretos nuncios á la ciudad, para que no solo se mantuviese firme en la defensa, sino que estuviese pronto el alcaide á salir con toda la gente que pudiese manejar las armas en cuanto viese trabada la refriega; á fin de que, cayendo por todas partes sobre los cristianos, fuese mas completa su derrota

Con el propio objeto, y deseando que ni uno solo escapase con vida ó se salvase del duro cautiverio, despachó lenguas por toda la tierra á la redonda, para que alzándose á una seña los pueblos, atajasen las veredas y cortasen los pasos; saliendo contra los infieles, dispersos en la fuga, con todo linaje de armas y hasta con troncos y con hondas.

El designio del Zagal era acometer el campo cristiano en medio del silencio y la oscuridad de la noche; llevando en su favor la sorpresa, la confusion que habria de originar la no esperada embestida, cuando se ha-

llasen los enemigos aletargados con el sueño, y despertasen al estruendo de un ejército que les caia encima.

En tanto que se aprestaba el Zagal á poner en ejecucion este designio, andaba inquieto y desasosegado el rey D. Fernando, como quien tenia á su cargo aquella numerosa y lucida hueste; pesando sobre el corazon del buen príncipe la vida y libertad de tantos valientes. No queriendo proceder en materia tan grave por su propio dictámen y consejo, reunió á los caballeros y capitanes de mas autoridad y fama, para oir sus pareceres; y no faltó quien opinase como mas prudente, levantar con órden el campo, aguardando á volver á poner el cerco cuando llegase la gente, que se estaba esperando de Córdoba, asi como las lombardas y tiros gruesos, que no habian podido traerse todavia por aquellas asperísimas sierras. Otros, menos precavidos ó mas arrojados, entre los cuales se contaba siempre al marqués de Cádiz, espusieron con vehemencia el desdoro que recaeria sobre las armas cristianas, si desistian de la intentada empresa; los peligros de una retirada, mas espuesta quizá que la guarda y defensa de un campo; y sobretodo, que pues se venia á las manos la ocasion de vengar el desastre de la Axarquia, no debia desaprovecharse; dejando ensoberbecido al Zagal, y á los infelices cristianos cautivos en aquellas mazmorras.

No parecia cosa llana decidir en materia tan árdua, contrapesados por ambas partes los encontrados votos; y así para no descontentar á unos ni á otros caballeros, á la par valientes y leales, como para tomarse tiempo, hizo presente el rey que ante todas cosas convendria, si posible era, averiguar la situacion y fuerza del campo enemigo; y que de esta suerte podria determinarse lo que mejor cumpliese.

Convinieron todos en tan prudente parecer; mas como no fuese fácil hallar una persona que reuniese las prendas necesarias para encomendarle tan arriesgado encargo, ocurrió al conde de Tendilla mentar á un bizarro mancebo, que con singular cautela y audacia habia salvado á Alhama, abasteciéndola de mantenimientos; y apenas hubo pronunciado el nombre de Pulgar, recordó el rey que aquel era el contina de su casa, que por no estar ocioso un solo dia, tomó de rebato el *castillo del Salar*, mientras el ejército permanecia á la vista de Loja. «Que me place , dijo el rey al conde; y díle que venga al momento: es mancebo de seso y de puños: lo leal, en su sangre lo lleva.»

A poco de haberlo dicho, ya estaba Hernan Perez del Pulgar en la presencia del monarca, mostrando en su ademan y rostro el gran corazon que abrigaba, á la par que el respeto y compostura que le inspiraba la vista de quien hacia las veces de Dios en la tierra.

Oyó atento el deseo del príncipe, quien ni aun siquiera quiso dictárselo como mandato; y sin oponer Pulgar la menor dificultad ó reparo, dijo con voz sumisa, como si se tratase de la cosa mas llana: hoy mismo si Dios quiere, quedará V. A. complacido.» Y con esto hizo mesura al rey, y salió de la estancia.

No bien habia cerrado la noche, cuando se alejó de los reales, llevando consigo alguno de los escuderos, que solian acompañarle en sus empresas, asi como dos ó tres adalides que le habian cobrado aficion por su afabilidad y buen trato. Por las sendas mas escondidas, llegó con aquellos compañeros á la raíz misma de la *Sierra de Bentomiz*; y dejándoles allí su caballo, ocultos todos ellos en una cueva, adelantóse él solo por el monte, arrastrándose por el suelo y asiéndose de las peñas; recogiendo hasta el aliento para no ser sentido.

A las pocas horas volvió exánime, rendido, rotas las vestiduras, salpicados el rostro y las palmas con su propia sangre; y sin articular ni una sola palabra, montó sobre su caballo, y echó á correr á rienda suelta.

Cuando llegó á los reales, iba poco menos que muerto; y sin detenerse, hizo seña de que le condujesen á las estancias del rey; y al verle, se arrojó á sus plantas. Tan turbado estaba, que no acertaba á decir lo que habia visto: empezaba una frase y la inter-

rumpia.... queria continuar y le ahogaba la fatiga y el sobrealiento.... las lágrimas se le saltaban, tan oprimido traia el corazon..... hasta que, al cabo, dió á entender al monarca, del mejor modo que le fué posible, como al momento de trepar por la sierra habia visto á los moros levantar el campo con la mayor cautela, apagando ellos mismos las candeladas y fogatas, para no ser vistos, y bajando silenciosos por las cañadas y barrancos, al parecer con la intencion de sorprender los reales.

Tan aventurado y estraño parecia este designio, que el rey dudó por algun trecho, á pesar de que conocia el arrojo del Zagal y la veracidad del valiente mancebo: no podia concebir que quisiese aquel príncipe jugar su ejército y corona al azar de un combate, en medio de las tinieblas de la noche; pero como insistiese Pulgar, repitiendo lo que habia visto con sus propios ojos, y que no habia que perder un solo instante, determinó al cabo el monarca, si bien incierto y dudoso, llamar á los principales capitanes, á fin de que con el mayor silencio se pusiese en armas el ejército; caminando á la sorda hasta el pié mismo de la vecina sierra. Si el anuncio no sale verdadero (decia en sus adentros el monarca) nada se pierde en acostumbrar á la hueste con tales pruebas y demostraciones; y si, por el contrario, sale el aviso cierto, no debe desaprovecharse; pues

que, por boca de Pulgar, nos le habrá enviado el cielo (29).

CAPITULO XXII.

Batalla de Bentomiz.

Con sumo silencio y cautela se movió el ejército cristiano; dejando encendidos los fuegos y apostadas las guardas del campo, á fin de que no se advirtiese que se habian levantado los reales. Dividida en tres trozos la hueste, se tomaron las principales avenidas, que habia labrado durante siglos en el regazo de la sierra la caida de las aguas; y se dispuso con tal arte la gente, que arrimada á la falda del monte dejase libre el paso, y pudiese cerrarlo de improviso, acometiendo á los infieles por la espalda.

Como aun se dudaba si llevarian á cabo aquel propósito, cuidó el rey D. Fernando de colocar en las sendas y veredas atajadores y escusañas, que apegado el oido contra la tierra, sintiesen el mas leve ruido, y diesen el aviso con tiempo.

De esta suerte permanecieron los cristianos por espacio de algunas horas, molestados por la tardanza, reprimiendo la respiracion, sin moverse siquiera porque no sonasen las armas..... pero cuando ya creian inútiles tantas fatigas y penalidades, avisaron los esploradores que la montaña se es-

tremecia con el sordo rumor de los pasos. Bajaba en efecto el ejercito infiel, amparado de las tinieblas, silencioso y amenazador, como una negra nube suspendida en los aires y cargada de piedra. Apenas tuvo tiempo el rey D. Fernando y los demas capitanes para apercibirse á la pelea, cuando sintieron el impetu de los infieles, que se arrojaron en tropel desde la sierra al llano. Tan esperanzados venian en hallar desprevenidos á los cristianos y cebar en ellos su sed de sangre, que corrieron hácia los reales, disputándose entre sí la gloria de llegar delanteros; mas apenas se hubieron alejado del monte, resonaron á un tiempo cien trompetas en el campo cristiano; y el ejército á una voz arrojó el grito de *¡Santiago y España!*

El cielo mismo que sobre los moros se hubiera desplomado, no les habria infundido tal espanto. En medio de la confusion y sorpresa, ni aun valerse sabian de las armas: corrian desatentados de una parte á otra; ellos mismos se atropellaban; huian hácia los reales, y los hallaban defendidos; volvian á ampararse en el monte, y encontraban las picas cristianas..... Las heridas, las muertes, el destrozo de aquella tremenda noche no son para contados; y al clarear el dia, creció la desolacion y el estrago. Habiánse contenido algun tanto los castellanos, recelosos de toparse en la ciega pelea y he-

rirse con sus propias armas; mas en cuanto comenzó á blanquear el alba, pudiendo distinguirse en el campo las tocas y turbantes, cayeron con tal furia sobre los infieles como si hubiesen de vengar en pocas horas ocho siglos de agravios.

En medio de tamaño desastre, sorprendido á su vez quien poco antes se reputaba cierto de la victoria, no desmintió el Zagal su corazon y esfuerzo: seguido cuando mas de cien ginetes, en la mano izquierda el pendon real, y el alfange en la diestra, atravesó una vez y otra por en medio de los escuadrones cristianos, abriendo una anchísima calle. Entre la confusion y polvareda, divisó un grupo poco numeroso, que por los pendones y las armas denotaban hallarse allí algunos caballeros de cuenta, ó tal vez el mismo rey Fernando; y partió hácia ellos con tal ímpetu y pujanza, que arrolló cuanto se le puso delante. Cayó á tierra Pulgar, á los pies de su caballo; cayó herido el hijo del duque de Braganza; cayó igualmente un page, al lado mismo del monarca..... Solo un milagro del cielo podia ya salvarle. Bien fuese por premura del tiempo, bien porque aquel príncipe atendiese mas á la conservacion de su hueste que á la defensa de su persona, ello es que apenas recibió el aviso de Pulgar, montó á caballo tal como se hallaba, sin resguardar cual debiera la cabeza ni el pecho, sin apercibir siquiera las armas,

Aun despues de trabada la pelea, cruzó una vez y otra vez el campo, olvidado de su propio riesgo; y solo cuando vió venir sobre él aquel nublado, cogió la lanza á uno de los caballeros que á su lado venia. Tan á tiempo, que vió caer á un gallardo mancebo de la casa real; y movido de impulso generoso, arrojó la lanza al moro que le habia herido, dejándola retemblando en su pecho. Advirtió entonces que se hallaba solo, cercado de enemigos, acosado por ellos; y al querer desenvainar la espada, que iba pendiente del arzon delantero, por mas esfuerzos que hizo, no le fué posible sacarla.... En tal apuro y conflicto, no perdió la serenidad: por en medio de los infieles pasó como una exalacion; y á los pocos momentos ya se hallaba rodeado de caballeros, que de todas partes acudian á salvar al monarca (30).

Entretanto, malogrado el lance y desvanecida toda esperanza, allegaba el Zagal su desbandada gente, y se retiraba á duras penas del campo de batalla. Detrás de todos iba volviéndose de cuando en cuando; tan amenazador y terrible, como el leon que se aleja perseguido por los cazadores. Su presencia y ademan, aun mas que el número de su gente, contenia á los cristianos á cierta distancia: no queriendo tampoco el rey Fernando empeñar imprudentemente la hueste, cansada ya y rendida, en un camino tan ágrio y peligroso.

Lo que mas importaba y urgia era aprovecharse del terror que habia infundido el triunfo en la asediada villa, cuyos moradores podian ver desde las almenas la mortandad y estrago de los suyos. Asi fué que, estrechados por una parte, y sin esperar por ninguna ni socorro ni amparo, tuvieron á buena dicha entregarse al rey de Castilla, con los mismos pactos y condiciones que la ciudad de Loja.

El cerco de Velez Málaga habia principiado la *Páscua de Resurreccion*, anuncio ya y presagio de muy alegres fines; y la villa entregó sus llaves el *dia de la Santa Cruz*, á cuya divina sombra peleaban y vencian los cristianos.

CAPITULO XXIII.

La ciudad de Granada cierra las puertas al Zagal.

Si levantados habian estado los ánimos en el campo de Bentomiz, esperando como segura la victoria contra los cristianos, aun mas ufanos y ensoberbecidos mostrábanse en Granada; aguardando de un momento á otro la noticia del triunfo. Contaban con el valor y pericia del Zagal, con su feliz estrella, que le habia sacado vencedor de tantas batallas; motivo por el cual sobrellevaba el pueblo su pesado yugo, soliendo decir como

por via de disculpa y abono, que quien tenia pesada la mano contra los infieles, no podia tenerla blanda para con sus vasallos.

Durante algunos dias, apenas se anunciaba desde los alminares la oracion de la mañana, ya estaban las torres y murallas coronadas de gente; atisbando con mal reprimida impaciencia si se descubria algun mensagero por la espaciosa Vega. Al cabo, una mañana divisaron á lo lejos unos cuantos caballos, que bajaban á la desbandada, desde la sierra al llano; y tal era el alucinamiento del pueblo y tan ciega su confianza, que desde luego dió como cosa asentada que aquellos corredores venian á ganar las albricias de la fausta nueva.

Mas cuando al fin llegaron y refirieron lo acaecido, con el resalte y vivos colores que les prestaba su imaginacion, lastimada con el reciente espectáculo y enardecida por el miedo; cuando, para encubrir su propia cobardía, que les habia servido de espuela, presentaron al ejército del Zagal destrozado y á aquel príncipe muerto ó cautivo; fué tan súbito el cambio en la asombrada gente y tal la confusion en todo el ámbito de la ciudad, como si se viese amenazada de todas las plagas del cielo. Olvidáronse, en aquel mismo instante, las prendas guerreras del Zagal, sus repetidos triunfos: habian estos servido para dorar sus crímenes; mas en cuanto se vió vencido, aparecieron aquellos en toda su

desnudez y fealdad, pregonando el pueblo á voz en grito sus perfidias y alevosías. No parecia sino que todos los moradores habian tenido por largo tiempo una losa sobre el corazon y en los lábios una mordaza: ahora ya respiraban, pudiendo maldecir al *fratricida!* (31). Quién referia su deslealtad, quién sus crueldades y traiciones: ensalzábanse, por via de contraste, las dotes de Muley Hacen, tan menospreciado en vida, y se repetian de boca en boca los horrores de su prision y las sospechas que engendró su muerte. Los Alfaquies atribuian la reciente derrota á castigo del cielo; y los sábios *Hafitas*, versados en las antiguas tradiciones, recordaban que no se habia verificado ni un solo caso, en la historia de los Muzlines, en que semejantes atentados no acarreasen males y destruccion al reino, juntamente con la pena y escarmiento de sus perpetradores.

El instinto de justicia, que hay por lo comun en el corazon del pueblo, cuando no le ciegan las pasiones, hizo que en aquella ocasion diese fácil oido á tales palabras; discurriendo por las calles y plazas en confuso tumulto, y profiriendo destempladas voces, sin saber él propio lo que apetecia ni á qué sombra acogerse.

Apenas llegó á noticia de Aixa lo que pasaba en la ciudad, acudió con resolucion y presteza á tentar los ánimos en favor de su hijo. Bajaron del Albaicin muchos Xeques

Zegries y otros caballeros principales con cartas, con presentes, con promesas mayores que los dones: esparciéronse por todas partes, se abocaron con los Alfaquies, mezcláronse en los corrillos de la plebe, como si el comun peligro debiese unirlos á todos, para acudir á salvar el reino. Sus palabras, sus exhortaciones, sus ofertas hicieron que se blandeasen los ánimos; y mucho mas cuando suponian al Zagal muerto en el campo ó en poder de los cristianos. Empero ya fuese por la irresolucion que suele manifestar el pueblo en tales casos, bien que no tuviese voluntad cumplida de someterse al imperio de Boabdil, tan desacreditado entre propios y estraños, ello es que no pudo recabarse que le proclamaran en la ciudad; quedando las cosas en suspenso, al cerrarse la noche.

No bien lo supo Aixa, cuando calculó el sumo riesgo de que amaneciese el siguiente dia con la misma vacilacion é incertidumbre: podia no haber muerto el Zagal, podia caer de repente sobre Granada, podia levantarse en la ciudad algun caudillo ambicioso, que aspirase á usurpar el trono; y era preciso, urgente, que lo ocupase Boabdil sin la menor tardanza. Con este pensamiento y propósito, salió de la Alcazaba, yendo ya de vencida la noche, acompañada meramente de su Hijo, del Xeque de su tribu y de unos cuantos capitanes de los de mas fama. Atravesó, en medio de la oscuridad, las retorci-

das calles; y bajando por la *cuesta del contraste de seda* á la márgen del Dauro, lo cruzó por el puente frontero, y se encaminó por la asperísima senda que conduce á espaldas de la Alhambra.

Al llegar á la puerta de aquella fortaleza, acercóse solo Boabdil; y al preguntarle desde los adarves quien era, contestó con autoridad; «*el rey de Granada.*» Entre suspensos y confusos, bajaron los moros el rastrillo; conocieron á Boabdil y á los caudillos que le acompañaban; y bien fuese por el hábito de la antigua obediencia, bien por la impresion que les causó el arrojado paso, ó ya creyesen que estaba concertado con los de la ciudad y no quisieran esponerse al resentimiento del príncipe, abrieron de par en par la puerta y le acompañaron al Alcázar.

Hallábase este á la sazon abandonado y desierto: habian huido unos, temiendo por su privanza las iras del pueblo; habíanse ausentado otros, por no hallarse en un puesto de tanto peligro, durante la tormenta que amenazaba; y no faltó quienes se pusiesen en cobro, sin alejarse mucho, para volver á recibir y festejar al príncipe que al cabo triunfase.

Con diligencia suma dispuso Aixa que los suyos se apoderasen de las principales fortalezas, como lo verificaron en efecto, sin hallar oposicion ni resistencia: de suerte que, al amanecer el siguiente dia, ya se hallaba

el pendon de Boabdil, enarbolado en las torres mas altas, anunciando las trompetas y clarines su nuevo advenimiento.

Al saberse en la ciudad, apenas causó estrañeza, y no despertó ni satisfaccion ni disgusto: tan acostumbrados estaban ya los habitantes á mirar con indiferencia el cambio de sus príncipes; mudándose con la misma frecuencia; ó mas si cabe, que los Wazires ó magistrados, á cada mudanza de rey. Por lo menos el pueblo disfrutaba un dia de regocijo; pudiendo maldecir á su salvo al caido y aclamar al recien alzado, el cual, por lo comun, para dar estímulo y recompensa á los aplausos de la plebe, solia mandar abrir los *silos* y entretenerla algunas horas con músicas y fiestas.

Mientras duraban todavía las que en aquella ocasion se celebraron, avisó la *Torre de la Vela* que se descubria gente armada, bajando de la vecina sierra; y á poco no quedó asomo de duda que se acercaba el Zagal con parte de su ejército. Al rumor de tan inesperada nueva, resfrióse el entusiasmo del vulgo, mas propenso á vocear que á manejar las armas; y quedaron cual si fuesen de hielo algunos cortesanos, que se habian apresurado á presentarse en el palacio; repitiendo tantas mas demostraciones de fidelidad y celo, cuanta mayor habia sido su deslealtad en otras ocasiones. Afortunadamente hallábase Aixa á la cabeza de la parcialidad de

Boabdil, cuyo núcleo era la tribu Zegrí tan valiente como poderosa; y prevaliéndose diestramente hasta del pavor mismo que el nombre del Zagal inspiraba, ánimo á la defensa, para evitar los efectos de su venganza.

Cuando aquel príncipe se encontró vencido en el campo de Velez Málaga, el primer pensamiento que le asaltó fué el riesgo que corria en Granada: no ignoraba las tramas de Aixa, que le andaba minando la tierra; conocia su resolucion y arrojo; y sirviendo sus propios remordimientos de estímulo y acicate á su memoria, no podia desechar de la mente lo que habia acontecido á su hermano Muley Hacen, cuando tornó á aquella ciudad, despues de vencido en Alhama. Inquieto le latia el corazon, présago de igual suerte; y no veia la hora y el momento de llegar á Granada; ya fuese para contenerla en la obediencia, si andaban los ánimos levantiscos y desasosegados; bien para allegar nuevas fuerzas, si los hallaba fieles y sumisos, á fin de revolver cuanto antes contra los cristianos.

A la caida de la tarde, llegó el Zagal á los *llanos de Armilla*; y adelantándose con algunos ginetes, dió vista á la ciudad, y se acercó á sus muros, hallándolos preparados para la defensa y cerradas las puertas. Con los ojos encendidos de ira, dió vuelta á una parte de los adarves, por ver si hallaba alguna entrada ó resquicio; como el lobo qne ronda en

torno del redil bien guardado, rechinando los dientes, porque no puede coger la presa que buscaba.

Hasta muy entrada la noche no desistió de su propósito: aun entonces se alejó meramente un corto espacio, para reunir su hueste y resolver con mas desahogo. Su primer arranque fué acometer la ciudad, en cuanto alborease, pero le retrajo el cansancio y desánimo de su gente, habiendo de pelear á pecho dscubierto contra enemigos resguardados detrás de los muros, faltábanle tiros, ingenios, escalas; y si se empeñaba en tan árdua empresa, y salia vencido, allí mismo se enterraba su ejército y con él su postrer esperanza. Aun así, vaciló largo trecho; no pudiendo acostumbrarse su imaginacion á la idea de ver reinar tranquilamente á Boabdil y á su madre; pero despues de permanecer algunas horas en el punto donde se juntan ambos rios, resolvió al cabo mover el campo, caminando á corta distancia de la ciudad, y procurando alejarse de ella antes que, al despuntar el dia, fuese testigo de su afrenta,

Por el pie del *Collado de los Almendros*, y no á mucha distancia de la *puerta de Fajeleuz*, tomó el camino que guia á la comarca de levante: allí esperaba conservar hajo su mando la mitad del reino, reponer sus fuerzas, para contrarrestar las armas cristianas, y tener á Boabdil en jaque, amenazándole de contínuo hasta lograr arrojarle del trono (32).

CAPITULO XXIV.

De lo que aconteció á Zoraya por aquellos tiempos.

No bien hubo entrado Aixa en el palacio de la Alhambra, dictando solo las órdenes mas urgentes, para volver á asentar á Boabdil en el trono, olvidó por unos momentos su condicion de reina y de madre, y se sintió muger.

Desviviase por conocer á su rival y contemplar con sus propios ojos aquella celebrada hermosura, causa de tantos desastres: deseaba verla á sus pies, humillada, pendiente de su acento; y poder destruirla con un soplo ó decirle con menosprecio. «Si respiras, miserable, á mí me lo debes.»

Atormentada por estos pensamientos, y sin hallar sosiego en parte alguna, ni aguardar quiso á que clarease el dia; y encaminóse á la prision de Zoraya, seguida de unas cuantas esclavas, á las cuales dejó á cierta distancia, para que no viesen su turbacion, si ella misma no podia refrenarse y perdia en aquel trance su magestad y compostura.

Latíale el corazon, al rechinar el quicio de la puerta, sin poder concebir ni esplicar lo que en el fondo de su alma sentia; hasta vergüenza tuvo de su flaqueza; pero temia

en sus adentros que á pesar de su prepotencia le contestase su rival: «Tú puedes arrebatarme la vida, con el poder y las fuerzas de un reino; pero yo, sin mas armas que mi hermosura, te arrebaté un corazon y un trono.»

No pudiendo sobrellevar tan dura incertidumbre, penetró dentro de la estancia, precedida de una antorcha que llevaba un esclavo africano: deteníase á cada paso, registrando con solícito afan el opaco aposento, y creyendo descubrir en cada sombra el bulto de su odiada rival; mas poco á poco fué creciendo su agitacion y sobresalto, hasta que estalló su indignacion, al ver que la prision estaba desierta.

Desatentada corria de una parte á otra, registrando ella misma las murallas, las puertas y ventanas; y como hallase una entreabierta, quebrantadas las berjas, no le quedó ya duda de que por allí se habia escapado su enemiga, siguiendo la senda subterranea que dá salida al bosque.

En aquel mismo punto, como si le acometiese el delirio de ardentísima fiebre, salió de aquella estancia, llamando á grito herido á sus esclavas: cien mandatos dió á un tiempo, con tal premura y desconcierto, que no era fácil comprender lo mismo que anhelaba; hasta que, algun tanto mas tranquila, dispuso que se registrasen cuidadosamente las márgenes del Dauro, y sus angos-

turas y el profundo cauce y los vecinos montes y los barrios cercanos; á fin de que no lograse su rival escapar de sus iras.

Habia permanecido aquella infeliz enterrada en vida por espacio no menos que de dos años. Labrada la prision debajo de tierra, los muros tan gruesos que no dejaban percibir el menor ruido, cerradas las ventanas con fuertes rejas y espesas celosías, por las cuales penetraba la luz apocada y medrosa, semejaba aquella estancia un sepulcro, en lo lóbrego y triste; habiéndose esforzado la mano de los hombres, como por un estremo de esquisita crueldad, en colocar aquella mansion de tormento en el alegre palacio de la Alhambra y en las risueñas márgenes del Dauro.

Los primeros dias de su duro encarcelamiento apenas podia la infeliz sobrellevar el peso de la vida; teniendo hasta que ocultar sus lágrimas y ahogar sus sollozos por no entristecer á sus hijos. El corazon se le partia, al oirles preguntar cuándo saldrian al campo y hasta echar de menos la prision de Salobreña, que despertaba en su afligida madre tantos y tan dolorosos recuerdos. Horas enteras pasaba la desdichada, mirando de hito en hito á aquellas criaturas, que eran un vivo traslado de su padre; y al verlos por la noche entregados al sueño, muy agenos los inocentes de su mísera suerte, los bendecia la cariñosa madre y se acostaba en me-

dio de ambos, para tenerlos junto á sí y sentir el calor de sus cuerpos.

El tiempo, la lima sorda de la desgracia, la situacion en que se hallaba, fueron labrando de tal suerte en el ánimo de Zoraya, que la que en sus floridos años se mostraba tan sugeta á los encantos de su imaginacion, leve de suyo y movediza, se convirtió poco á poco en grave y discursiva. Entregada á sí propia un dia y otro dia, desvelada una noche y otra noche, recorria con su pensamiento el estraño campo de su vida; despertándose con viveza suma hasta los recuerdos mas lejanos. La muerte de su madre, que habia perdido al nacer (como si ya la condenase el cielo á ser desventurada) los años de su infancia, serena y apacible; su adolescencia, rodeada de ilusiones halagüeñas, la muerte de su padre acaecida á su propia vista la noche misma de sus bodas, todas estas imágenes y otras muchas pasaban sucesivamente por su ánimo dejando en él un sentimiento de profunda melancolía.

Cosa singular; pero que se comprende fácilmente, sondeando los arcanos del corazon humano: los recuerdos de sus padres y de sus primeros años, despertaron en Zoraya el sentimiento religioso, por largo tiempo amortiguado. Veíase sola en el mundo; y habia menester consolacion y esperanza en el cielo. Por una especie de natural instinto se elevaba su alma á Dios, y le rogaba con

ardientes lágrimas que velase en su amparo, y aun mas en favor de sus hijos, que no tenian los desdichados á quien volver los ojos en la tierra!....

Las impresiones de la infancia, tarde ó nunca se borran; y como durante el tiempo que habia permanecido Zoraya en tierra de moros, no habia presenciado sino trastornos y desdichas, rebeliones y alevosias aun entre hijos y hermanos, naturalmente resaltaba el contraste que le ofrecia este cuadro con lo que recordaba de la casa paterna y lo que habia oido contar del reino de Castilla y de sus monarcas: honradez, lealtad, costumbres severas, pundonor acendrado.

Asi insensiblemente, contribuyendo al propio fin el corazon y el ánimo, iba volviendo Zoraya al seno de la religion en que habia nacido, sin combate, sin esfuerzo, sin advertir ella misma lo que en su seno pasaba. Sentia la necesidad de dirigir su voz al cielo; y nadie podia oirla mejor que el Dios de sus padres. Lo que mas la confirmó en esta creencia fué el notar que, cuando asi lo hacia, se calmaba poco á poco su agudisima pena, y hasta el llanto que vertia la aliviaba: por manera que el sentimiento religioso, apenas despertado en su alma, derramaba ya en ella cierta dulzura y consuelo; como tímida violeta, que nace en cuanto pasa el rigor del invierno, y derrama luego en los aires suavísima fragancia.

Bien habia menester la sin ventura tener algun asilo en que espaciar el ánimo, hallandose á la vez con tantas penas y en tal soledad y desamparo. Porque tal habia sido la crueldad de su perseguidor, que no habia condescendido con las súplicas de la fiel Arlaja, por mas que una vez y otra, echándose á los pies del tirano, le hubiese demandado con lágrimas y ruegos quedar al lado de Zoraya, como en la prision de Salobreña, aun cuando tuviese que permanecer emparedada por todo el resto de sus dias.

Mucho sintió la mora aquella durísima repulsa, porque conocia, cual era en realidad, que seria un golpe mortal para el corazon de Zoraya, acostumbrada á no separarse de ella casi desde la cuna; pero aconteció, como mas de una vez sucede en los trances del mundo, que lo mismo que lamentamos como perjudicial y dañoso, se convierte al cabo en nuestro provecho.

Desde el punto y hora en que perdió Arlaja toda esperanza de acompañar en la prision á su hija (que asi la llamaba), lejos de descorazonarse ó de abandonarla á su dura suerte, no tuvo mas que un solo y único pensamiento; salvarla de las garras de sus carceleros y verdugos.

Con promesas, con dádivas, con mil artes y trazas procuró un dia y otro dia seducir ó comprar á sus guardas; mas tal era el terror que inspiraba el solo nombre del Zagal, que

amurallaba los corazones contra el oro y el ruego.

No por eso desistió de su intento la mora; y aun cuando en el término de un año no se hubiese ofrecido la ocasion mas leve, calculó como sagaz y astuta que convenia mucho para todo evento, tener dentro del mismo alcázar alguna persona de su confianza. Dispuso, pues, las cosas con tal maña, que entre los guerréros que velaban en guarda del palacio, halló cabida un sobrino suyo, (de quien se hizo mencion en otra parte de esta historia) mancebo de gran corazon, criado á la sombra de uno de sus deudos, el alcaide de Orgiba.

No se habia engañado Arlaja, al confiar su secreto á aquel mozo; y como de suyo era alentado, y los pocos años abren fácilmente el corazon á los sentimientos nobles y á las empresas generosas, abrazó desde luego con alma y vida la causa de Zoraya, la cual se presentaba á su imaginacion con todos los encantos y atractivos que podian empeñarle en la demanda: jóven, hermosa, reina, perseguida.

Tal fué el celo de Aben Xeniz, *el Zaguer*, (que asi solian llamarle para distinguirle de su padre) que mas de una vez se espuso á gravísimos riesgos, y Arlaja, como amaestrada en las cosas del mundo, tenia que refrenarle; pero en cuanto supo esta que habia salido el Zagal para la espedicion de Velez y

que allí podia quedar muerto ó cautivo, ó volver derrotado, resolvió coger la ocasion al vuelo sin escusar diligencia, ni sacrificio. No se desnudó, ni cerró los ojos durante todo el tiempo que estuvo aquel príncipe ausente, y apenas llegó á sus oidos el rumor de que habia sido vencido, y corria riesgo su corona, entregó á su sobrino cuanto oro y plata en su poder tenia, y hasta sus joyas, para que las emplease en comprar la liberacion de Zoraya.

No se hubieron menester muchos dones y esfuerzos; sabida la derrota de Bentomiz, fue tal el tumulto en la Alhambra; tal la confusion en palacio, como si en sus patios hubiese tambien resonado el grito de ¡*Sálvese quien pueda*! Fácilmente logró Aben Xeniz penetrar dentro de la prision; siendo tal el pavor de Zoraya, al verle de improviso, que involuntariamente se abrazó á sus hijos, cubriéndolos con su propio cuerpo, como si temiese que iban á asesinarlos. Mas apenas se hubo serenado algun tanto, manifestóle su libertador que, en cuanto cerrase la noche vendria á ponerla en salvo, teniendo todas las cosas aparejadas y dispuestas, de acuerdo con Arlaja.

Verificóse así en efecto; mostrándose tan propicia la suerte, que sin ser sentidos ni descubiertos llegaron á la márgen del Dauro. La infeliz madre iba sin aliento, temblando, no por ella, sino por las prendas de su al-

ma; pero le hizo presente la mora que era necesario hacer el último esfuerzo y no perder un instante en ponerse en cobro. Urgia sobre todo alejarse de la Alhambra y de sus contornos; y como el primer pensamiento que naturalmente ocurriria, si intentaban buscarla, seria acechar si salia por las puertas de la ciudad, estimó como mas prudente y seguro que permaneciese durante algun tiempo escondida en la casa de uno de sus deudos.

Hallábase situada esta en la estrechísima *calle del Gallo*, no lejos del palacio; de forma que, por un juego y capricho de la suerte, en la misma noche se habia trocado la estancia de ambas Reinas, pasando la una á la *Alhambra* y la otra á la *Alcazaba*.

Escondida en un jardin frondoso, y en el secreto aposento de los baños, permaneció reponiendo su salud Zoraya, que habia quedado muy débil y abatida con tan largos padeceres; y apenas restauró sus fuerzas, pasado ya el rigor del estío, dispuso Arlaja que fuese á la comarca de Orgiba, donde podria vivir en el campo con mas seguridad y holgura.

Salieron pues una mañana, todavía con estrellas, para evitar el riesgo de ser conocidos; y al tiempo de asomar el sol, ya volvian las espaldas á Granada. Iba Zoraya con un vestido de aldeana, que por su misma sencillez y limpieza le sentaba á las mil ma-

ravillas; á su lado Aben Xeniz, para velar en su guarda; y detrás, á alguna distancia, por no escitar sospechas, Arlaja y los dos niños, alegres y regocijados con el mentido traje. Ningun tropiezo ni obstáculo encontraron durante las primeras horas: de continuo volvia el rostro Zoraya, por mirar á sus hijos y no alejarse mucho; y por mas que queria vencerse, no pudo consigo misma, al llegar al *puente de Tablate*, viendo á un lado y otro aquel profundísimo tajo. Echó pié á tierra sin que bastasen á impedirlo ni ruegos ni instancias; y no consintió en pasar por aquella peligrosa angostura, sino conduciendo ella misma de la mano á sus hijos.

Respiró luego con mas desahogo; y á proporcion que se iba internando en aquella comarca, se le dilataba el corazon, disfrutando de indecible contento. Años llevaba de vivir encerrada, como si á veces fuese á faltarle hasta el aire que respiraba: y ahora se veia libre, pisando una tierra feraz, y disfrutando en derredor de hermosísimas vistas. Era la estacion del otoño, tan abundosa y rica en todo el reino de Granada; y al cruzar aquella tierra de promision, en los contornos de Lanjaron y Orgiba, iba Zoraya como fuera de sí, sorprendida y embelesada. En los huertos, granados, naranjales y limoneros; por todas partes, y hasta en los picos y tajos, las vides abrumadas con el peso de las gruesas uvas; y á lo lejos, bosques

enteros de copados castaños, por espacio de mas de una hora, fué admirando Zoraya aquel hermoso cuadro; siguiendo con la vista la corriente del rio, que á sus pies se deslizaba por en medio de los fértiles campos.

Llegó al cabo á las cercanías de Mondujar, donde habia de permanecer oculta en una alquería, con el asenso y beneplácito del alcaide de aquella comarca. Allí podria disfrutar, por lo menos, de tranquilidad y sosiego, como aquel que tras larga travesía y peligrosísimo naufragio, encuentra al fin en una playa amiga, juntamente asilo y descanso.

CAPITULO XXV.

Pone el rey Fernando cerco á la ciudad de Málaga.

Aun no habia llegado el Zagal á Guadix, cuando ya el rey Fernando se hallaba con su hueste á la vista de Málaga. Era esta ciudad la segunda del reino, famosa por su aventajada situacion y anchuroso puerto, enriquecida á la par con los frutos de su fértil campiña y con el lucro del comercio marítimo, que estendia á todas las zonas de la tierra; y siendo prenda de tanta valía, habian cuidado los reyes de Granada de fortalecerla con muchos reparos y defensas.

Ocupaba la ciudad un vasto espacio, la-

brada casi toda en una llanura, al abrigo de un monte: defendiala por una parte el mar que bañaba el pie de sus muros, y por otra el cauce de un rio; el terreno poco firme, arenisco; fondeaderos y calas en la estendida costa, para recibir fácilmente socorros y mantenimientos; en tanto que, para reducirla á viva fuerza, era necesario superar tantos obstáculos y estorbos, que no se les veia fin ni término. Despues de entrados los arrabales, habia que tomar la ciudad, y despues de la ciudad la *Alcazaba*, y despues de la *Alcazaba* el *castillo de Gibralfaro*, tan empinado en la cumbre del monte, como si la naturaleza misma lo hubiese destinado á servir de vigía y señal á los navegantes.

A la magnitud de tamaña empresa correspondieron los aprestos de guerra que reunió el rey Fernando; bajo su mando tenia en aquella comarca el ejército que habia vencido en los campos de Bentomiz, con algunas creces; de suerte que, segun pública voz y fama, no bajaba de ochenta mil peones y diez mil de á caballo.

Con aquella hueste habia que abarcar un dilatadísimo espacio; cortando á la ciudad toda comunicacion por la parte de tierra, y estendiendo ambos brazos hácia el mar, para ceñirla y estrecharla. Era muy de temer que viniesen de muchas tierras á su socorro; sabiéndose que los moros de Granada lo habian demandado largo tiempo antes, rece-

losos de su inminente riesgo. Cielo y tierra habian movido, para que acudiesen en su ayuda, como á una guerra santa, las naves y las gentes del Gran Señor, las del Soldan de Egipto, las del rey de Fez y de otros monarcas de Africa, tan vecina y á mano, que desde sus playas se descubren las costas de Málaga.

Para impedir todo socorro y no dejar siquiera el mas leve resquicio á la esperanza, habia dispuesto el rey D. Fernando que viniese una armada, la mas numerosa y lucida que habia cruzado aquellos mares. De esta suerte lograba amenazar á la ciudad desde uno y otro elemento, y abastecer abundantemente el campo cristiano, en tanto que la penuria y el hambre apretaban el dogal á los sitiados.

Por igual medio fué tambien mas llano y hacedero acarrear los ingenios y máquinas de guerra, tantos y tales, que apenas hubiera cabido en las fuerzas humanas conducirlos por tierra hasta el campo cristiano.. Porque es de advertir que, para apresurar la rendicion de la ciudad y afianzar el triunfo, no habian perdonado los monarcas de Castilla gasto ni diligencia; viéndose reunidos en el cerco de Málaga, y aparejados en contra de aquella ciudad, cuantas armas é inventos habia amontonado por espacio de siglos el arte de la guerra, y cuantos acababa de crear como por encanto en aquella época; cual si

la suerte misma se empeñase en sepultar el poder mahometano de España bajo las ruinas y escombros de sus muros y fortalezas.

Con tan formidables preparativos, fué puesto cerco á la ciudad de Malaga; derramándose no poca sangre en aquellos campos, antes que la hueste cristiana lograse asentar las estancias. Desde cuyo punto y hora, no cesaron ni siquiera un dia los combates y reencuentros; y como esta lucha, tenaz y porfiada, continuase sin tregua ni descanso por espacio de algunos meses, en medio de los ardores del estío, y con escasas esperanzas de tener pronto término, tanteó el rey D. Fernando si podria ganar los ánimos de la ciudad con halagüeñas promesas y aventajadas condiciones.

Empezaba ya á sentirse dentro de aquel recinto el cansancio del riguroso asedio, velando sus moradores en las puertas y muros, cargados noche y dia con las pesadas armas; y como muchos de ellos eran gente acostumbrada al regalo y al ócio, mas cuidadosa del lucro y la ganancia que de adquirir renombre y fama en los combates, naturalmente se inclinaban á los tratos de paz, con tal que les asegurasen sus vidas y haciendas. Difundieron pues entre el pueblo algunas voces de acomodamiento, para sondear su voluntad; encareciendo la miseria que ya le aquejaba, la destruccion de los vecinos campos, tan ricos antes y abundosos, asi como

el temor de mayores apuros y desdichas, si continuaba el cerco.

Calmado el fervor y entusiasmo, que habia mostrado la plebe en el primer momento, comenzaba ya á blandearse, como acontecer suele: pero habia dentro de Málaga un hombre de tal temple, que él solo bastó para sustentar el ánimo de los moradores y para tener á raya el ímpetu de la hueste cristiana.

Llamábase aquel moro (que por su constancia y arrojo se hizo acreedor de eterna fama) Hamet Zeli, por sobrenombre *el Zegrí*, á causa de que descendia de aquella tribu. Habia guerreado largos años al lado del Zagal, grangeando con su esfuerzo el afecto y confianza del príncipe; y cuando vió este acercarse por aquellas partes el nublado, no queriendo encerrarse en los muros de Málaga, entregó á aquel guerrero las llaves de la fortaleza.

Acompañado el Zegrí de algunos africanos, que obedecian la menor señal del caudillo cual si fuese un mandato del Profeta, encastillóse en Gibralfaro, para dominar juntamente la ciudad y el campo enemigo; infundiendo tal terror con su nombre, que los habitantes de Málaga temblaban de solo recordarlo. Como supiese un dia que se susurraban de boca en boca algunas palabras de paz, hizo venir á su presencia á los principales habitantes de la ciudad; y mostrándo-

les abiertos unos hoyos en el patio mismo del castillo, les dijo estas meras palabras: «Los valientes morirán peleando en lo alto de los muros, los cobardes en esas fosas *acañavereados*:» y sin mas, les tornó las espaldas; dejándoles tan pálidos y demudados, como si en la frente les hubiese leido lo que dentro de sus pechos pasaba.

Para no dejar enfriar el ánimo marcial de su gente, salió mas de una vez el osado caudillo, acometiendo á los cristianos en el silencio de la noche; y llevando el terror á las estancias. Al volver de una de estas espediciones, se le presentó un moro, entrado ya en años, alto de cuerpo, enjuto, el rostro macilento, los ojos penetrantes, como los del águila, pero rodando inquietos, cual si los moviese sin cesar una llama interna. Era el *morábito* Abrahen Algerbi, natural de Guerba, en el reino de Tunez; el cual, despues que llegó de las partes de Africa, habia pasado años enteros en una cueva de la sierra de Velez, imitando la vida del Profeta; hasta que se vió obligado á abandonar su pacífico asilo, al estruendo de las armas cristianas. «Alá me envia (dijo al alcaide con tono grave y resuelto) para salvar á la ciudad á costa de mi vida. Esta noche, á poco de quedarme vencido del sueño, he visto una columna de luz hácia la parte de Oriente, que tocaba á la tierra y se levantaba hasta el sétimo cielo.... Postréme entonces contra la

tierra, cubriendo con entrambas manos el rostro; y oí clara y distintamente el mandato de Dios, por boca del profeta! Málaga ha de salvarse, en cuanto se derrame la sangre de los reyes idólatras; y yo soy el elegido por Alá como instrumento de su eterna justicia.... Cúmplase su voluntad, pues asi está escrito!..» No dijo mas; y permaneció unos instantes inmóvil, cual si se hubiese de improviso convertido en piedra. Volviendo á poco en si, esplicó al alcaide el designio que habia concebido, así como el medio de llevarlo mas fácilmente á cabo. Concertaron pues entrambos, y á propuesta del morábito, que con furioso ademan y destempladas voces mandase el alcaide maltratarle; perdonándole la vida, por contemplacion á su demencia, y mandando espulsarle de la ciudad; á la par que se difundia la voz de que habia intercedido en favor del pueblo, aconsejando que cesase la inútil resistencia. Hízose de todo punto cuanto aconsejó el moro; y tal era su fervor y celo por alcanzar la palma del martirio, que sufrió sin arrojar un ¡ay! siquiera, los desapoderados golpes que le descargaron á porfia unos cuantos soldados africanos. Unicamente levantaba los ojos al cielo, y retorciéndose las manos, repetia sin cesar en voz baja: «*No hay mas Dios sino Dios y Mahoma es su profeta.*»

Maltratado, herido, ensangrentado el rostro, las vestiduras rasgadas, y mas bien pa-

recido á un espectro que á un hombre, salió á la caida de la tarde por una de las puertas de la ciudad, y se encaminó lentamente á las estancias de los cristianos; topando primeramente con las del marqués de Cádiz, por hallarse mas cerca. Apenas le presentaron á aquel caudillo, le espuso el moro con desordenado lenguaje, como si el dolor le embargára la mente, el cruel tratamiento que del feroz alcaide habia recibido, por querer salvar la ciudad de su perdicion cierta; añadiendo que traia encargo de algunos moros principales, los mas granados de la ciudad, para manifestar á los reyes de Castilla el deseo que les animaba de ponerse cuanto antes bajo su proteccion y amparo.

En tanto corria la sangre por las megillas del moro, que la enjugaba con su tosco ropaje; y ora fuese por aquel testimonio visible de sinceridad y buena fé, ora porque era dificil que un caballero pundonoroso y leal sospechase tan aleve designio, ello es que cayó el marqués en el lazo que se le tendia, tanto mas cuanto que tenia noticia de que en efecto se mantenian secretos tratos con algunos ricos hacendados de la ciudad.

Encomendó pues á un capitan de su comitiva que llevase á aquel moro á la tienda de los reyes; cuidando de que en el tránsito no hablase con alma nacida, y procurando que, llegado allá, manifestase á SS. AA. el secreto mensaje que traia.

Llegó el moro en efecto á tiempo que cerraba la noche; y atravesando el campamento, le entraron en una tienda, inmediata á la de los reyes; y fué el enviado del marqués á dar aviso á los monarcas.

Apegado el moro contra la tierra, fingióse profundamente dormido, como si le rindiese la fatiga y cansancio; y abriendo de cuando en cuando los ojos, que relumbraban como dos áscuas entre negros carbones, derramó la vista por toda la estancia; hallándola totalmente desierta.

Fuese entonces arrastrando, á manera de una serpiente; recogiendo el aliento para no ser sentido: apenas llegó á tocar un paño de tapiz, que dividia una y otra estancia, lo levantó con tiento, y descubrió en aquella tienda á un caballero de gentil presencia, que en la rica vestidura y arreos semejaba un monarca, y á corta distancia, inclinada la cabeza y ocupadas las manos en bordar una banda, una dama de mediana edad y bien apersonada, cubierta de seda y un joyel al cuello. Verlos el moro y tomar su resolucion, todo fué uno: Alá favorecia su designio; pues que le habia conducido hasta la tienda misma de los reyes, y se los presentaba como víctimas, sin que nadie en la tierra pudiese defenderlos. Arrojóse pues sobre el descuidado caballero, haciéndole una profunda herida en la cabeza; y al momento mismo saltó como un tigre rabioso á donde

se hallaba la noble matrona y le descargó un golpe en la garganta, resbalando el puñal en la cadena de oro que llevaba. Fué á descargarle otro; pero al agudísimo grito que resonó en la estancia, acudió el tesorero de la reina Rui Lopez de Toledo, que acertó á pasar por la puerta; y arrojándose sobre el moro, ciñóle con los brazos de tal suerte, que á poco mas le ahogára. Acudieron en tropel cien guardas y escuderos, al oir aquel estrépito; y apenas se enteraron de la causa que lo motivára, sin poder refrenar la indignacion, se abalanzaron al asesino y allí mismo le hicieron pedazos. Aun no satifechos con su muerte, echaron sus destrozados miembros en una catapulta, y los arrojaron dentro de la ciudad (33).

Tan instantáneo fué el hecho y el tremendo castigo, que cuando acudieron los reyes, no pudieron interponer su autoridad; y apenas lograron enterarse del estraño suceso en medio de tantas muestras de veneracion y de cariño como á porfia les tributaban. Habia querido su buena dicha, ó por mejor decir fué permision del cielo, que cansado de recorrer el campo y proponiéndose el rey pasar gran parte de aquella noche en vela, se habia dejado saltear del sueño; y la reina, que cuidadosa se lo guardaba, no habia querido despertarle dejando para despues cuestionar entrambos al moro.

Habia quedado en la estancia inmediata

D. Alvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza, que acompañaba en aquella espedicion á los reyes; y doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, á la que profesaba la reina una amistad tan tierna, que ha quedado en la historia cual dechado y modelo.

En ambos cebó el moro su emponzoñada ira, creyendo que eran los reyes de Castilla; pero al paso que estos daban humildes gracias á Dios por haberles preservado de tan inminente peligro; mostraban su agudísima pena al ver que otros habian padecido por ellos. La herida del D. Alvaro era profunda y peligrosa; la de la noble dama leve y somera; y la reina misma la curó con sus manos; sellándose con aquella sangre la fina amistad que desde su niñez le profesaba.

Pues encarecer el asombro y pasmo de los grandes y caballeros, cuando se difundió por los reales la inesperada nueva, fuera cosa de nunca acabar: baste decir que no hubo ni uno solo que no corriese desalado á donde los príncipes se hallaban, para cerciorarse con sus propios ojos de que estaban sanos y salvos. Hasta se reconvenian á sí mismos, como si hubieran debido precaver el peligroso trance; y para escudar á unos monarcas, en quienes estaba librada la salvacion de España, allí mismo acordaron que, ademas de las guardas acostumbradas, velasen noche y dia en custodia de tan escelsos príncipes doscientos caballeros; compartiendo

esta honra los dos reinos de Aragon y Castilla.

Rasgo propio de aquella edad, en que la fidelidad y amor á los monarcas era el timbre mas ilustre y glorioso (34).

CAPITULO XXVI.

Ríndese la ciudad de Málaga.

El atentado del Santon africano, su tremendo castigo, y la cruel venganza que tomaron por su parte los moros, acabaron de enconar los ánimos de sitiadores y sitiados. No pasó un solo dia, durante el transcurso de tres meses, sin que viniesen á las manos con tal furia y encarnizamiento que no habia compasion ni piedad para los rendidos. Veia el rey D. Fernando con pesar y desabrimiento prolongarse el trabajoso sitio, sin apariencia de llegar á buen término. Ni cabia imaginar siquiera asaltar los muros, defendidos con treinta torres gruesas, sin contar el sin número de torreones que abrigaban el circuito de la ciudad; ni era cosa fácil reducirla por hambre; siendo de temer ademas, que si se prolongaba el asedio hasta que llegase el próximo otoño, tan espuesto á temporales peligrosos, no pudiesen las naves cristianas vigilar de cerca aquellas costas. Apuraron pues su ingenio los capitanes mas prácticos en el arte de la guerra, y en

especial Francisco Ramirez de Madrid (á cuyo cargo estaba encomendada la artillería); y con arte y destreza nunca vista, valiéndose de la pólvora y otros mistos, dió traza y modo para abrir cuatro profundas minas, que condujesen por debajo de tierra hasta dentro del recinto de la ciudad.

Los moros, á su vez, ó por mejor decir el alcaide, cuyo corazon valia mas para la defensa de Málaga que sus muros y torres, no decaian de ánimo, á pesar de la escasez de mantenimientos que empezaba á esperimentarse; si bien veian crecer mas y mas los estragos que hacia en la poblacion el cansancio, la fatiga, el sobresalto de rebatos á la contínua, sin contar el destrozo que causaban los enemigos.

Para alentar á su gente conalguna empresa arrojada, y ver si á la par se conseguia que los reyes de Castilla levantasen el campo, imaginó aquel alcaide acometer á los cristianos por todas partes á un tiempo; no bastándole un solo elemento, para cruzar con ellos las armas. Dispuso pues que, al despuntar el dia, saliesen súbitamente del puerto unas cuantas albatozas, cargadas con gente de guerra y pertrechadas con artillería, las cuales habian de acometer con ímpetu á las naves cristianas, antes que volviesen de la sorpresa. Al punto mismo, abriéndose las puertas de la ciudad, saldria él con su hueste, asaltando el campo contrario, que se

creia seguro, al abrigo de sus fosos y palizadas, y en tanto que acudian los cristianos á defender sus reales, el caudillo Aliatar, Xeque de los Gomeres, penetraria con su gente por los caminos subterráneos que con gran sigilo habian abierto, para contraminar las obras que á tanta costa labraban los cristianos.

A lo osado del plan correspondió la presteza en la ejecucion: á un tiempo combatian naves con naves, guerreros con guerreros, sitiadores y sitiados, y peleaban en la mar, y peleaban en el campo, y peleaban en las entrañas de la tierra, que retemblaba con horrible estruendo. Volaron por los aires dos de las albatozas, incendiadas por las pellas ardiendo, que les arrojaban los bajeles enemigos; en tanto que las demas embestian á las naves cristianas, las aferraban con agudos garfios, y procuraban arrojar dentro de ellas la denodada chusma. No es fácil imaginar combate mas tenaz y sangriento: desde los muros mismos ponia espanto; al ver asirse con los brazos los ciegos combatientes y hacerse cien heridas y caer juntos al fondo del mar, por no soltar la presa de las manos.

Mientras esto pasaba á la boca misma del puerto, enrojecidas las aguas con la vertida sangre, incendiaba el alcaide Zegrí una de las estacadas de los reales cristianos; siendo tal el ímpetu y arrojo de su gente que traspasaron la profunda fosa, cegada con los mon-

tones de cadáveres. Allí acudió el marqués de Cádiz, allí el comendador de Leon, allí el marqués de Villena y otros cien caballeros, y allí acudió por último el rey D. Fernando en persona; temiendo no se repitiese el desastre de Loja, y resuelto á morir primero que levantar otra vez los reales.

Mas cuando empezaban á respirar apenas, cerrado aquel portillo por donde amenazaba penetrar la hueste enemiga, llegó nueva y aviso del combate que se habia trabado en las profundidades de la tierra. Confundidos, mezclados en aquella oscuridad y estrechura, se destruian con cien linages de muerte los sitiados y sitiadores; adelantando los unos, recejando los otros, empujándose con tal furia como las olas de la mar, al querer penetrar por un boquerón entre abierto (35).

Los estragos y horrores de aquel dia no cabe referirlos: y cuando al cabo vino la noche á poner tregua entre los combatientes, cubrióse la ciudad de luto, al ver entrar por las puertas las reliquias de tan lucida hueste; al paso que en los reales cristianos apenas se celebraba la victoria, comprada con la sangre de insignes capitanes y guerreros.

Tan récio fué aquel combate, singular por el modo y estraño, que desde entonces no volvieron á pelear uno y otro campo; confiando el monarca de Castilla en el lento pero seguro ausilio del hambre y de la miseria, que afligian á la ciudad; y no pudiendo

contar el alcaide Zegrí con los bizarros Gomeres, que casi todos habian quedado sepultados bajo tierra; privándole de su brazo derecho para guerrear contra los cristianos, y dejándole á la par desarmado para mantener en la obediencia á los moradores, que cada dia se mostraban mas inclinados á entrar en pactos y conciertos.

Llegó á tanto el apuro de la ciudad, que se resolvieron á intentarlos, á pesar de las amenazas del alcaide; y reuniéndose los ancianos y los mercaderes mas ricos, enviaron á Ali Dordux, persona de gran prudencia y valimiento, para que propusiese al rey Don Fernando entregarle las llaves de Málaga bajo las mismas condiciones que se habian otorgado á otras ciudades.

Recibió el monarca al afligido nuncio y á los moros que le acompañaban, con semblante adusto y ademan severo; recordándoles que habian menospreciado la paz con que les brindó, cuando aun era tiempo; y que ahora que el dogal los ahogaba, querian obtener las mismas ventajas que entonces estimaron en poco. Terminó pues, diciéndoles en sustancia, que no tenian que hacer sino entregarse á pleitesia; pues cada dia que pasase, se agravaría mas y mas el daño. Deshauciados con esta respuesta, volvieron los enviados á la ciudad, tan cabizbajos y afligidos que daba pena verlos: ni una palabra respondian á cuantos los cercaban; y cuando

mas los ostigaban con cuestiones, daban por única contestacion levantar los ojos al cielo.

Mas cuando al cabo se enteró el pueblo de que no les ofrecian los cristianos ningun partido, y que antes exigian que entregasen en sus manos las vidas y haciendas, al desmayo y abatimiento sucedió el arrojo que presta la desesperacion; no faltando quien clamase en las calles y plazas que mas valia perecer con gloria que morir afrentados. Hasta hubo quien aconsejára llevar á cabo lo que el alcaide habia propuesto: matar á los ancianos, á los niños y mugeres; y abrirse luego paso por en medio de los enemigos, dejándoles por conquista y trofeo la ciudad incendiada (36).

Tan temeraria resolucion no llegó por fortuna á realizarse; antes por el contrario, los principales de la ciudad calmaron algun tanto los ánimos, ofreciendo volver á impetrar la clemencia del rey, que tal vez no se mostraria sordo á sus ruegos. Aun mas que estas palabras, hizo mella en la turba sublevada la vista de sus esposas y tiernos niños, que como si se sintieran acosados ya por la muerte, arrojaban tales quegidos que partian el alma, abrazándose á las rodillas de sus maridos y sus padres.

Volvió Ali Dordux á los reales, y volvió otra vez á la ciudad con la misma respuesta. Ora estuviese resentido el monarca con las graves pérdidas que habia sufrido la hueste,

ora quisiese con un terrible ejemplar dar un aviso saludable á las ciudades y fortalezas cuyo cerco se proponia, (37) ello es que se mostró inaccesible á los ruegos y lágrimas; sin dejar á los habitantes ni la menor vislumbre de esperanza.

Despues de vacilar algunos dias mas, temiendo por una parte la venganza del irritado alcaide, y por otra las iras y desmanes del pueblo, reputaron por menor daño entregarse á merced.... que por desgracia suya no la hallaron!

Unicamente á Ali Dordux y á los demas que siempre se habian inclinado á la paz, los miró el rey con benignidad é indulgencia; al paso que trató á la desventurada ciudad con rigor inflexible.

Tres mil vecinos, al pie de once mil almas, contaba todavía en su recinto; y todos ellos quedaron cautivos, repartiéndolos como un botin, fruto de la victoria.

Aun despues de rendida la ciudad, permaneció el Zegrí en Gibralfaro durante algun tiempo, desamparado de los suyos, desamparado de la suerte, desamparado del cielo y de la tierra.

No le abandonó sin embargo su aliento; y cuando al cabo cayó en cautiverio, se ostentó mas grande cargado de cadenas, que cuando con su sola presencia hacia temblar aquella comarca (38).

CAPITULO XXVII.

De como el rey Don Fernando fué á poner cerco á la ciudad de Baza.

Fenecido lo de Málaga, allanáronse todos los pueblos y castillos á la redonda; quedando sometida toda la parte del reino de Granada que yace al mediodia. Estimó pues el rey D. Fernando que debia encaminar las armas á la comarca de levante, que seguia la parcialidad del Zagal, el cual estendia su dominacion á tres ciudades principales, sin contar las muchas villas, pueblos y fortalezas de que estaba poblada aquella tierra.

Urgía pues acabar con el dominio y poder de aquel príncipe; con lo cual no solo se conseguiria dejar sola é indefensa á Granada, cortándole, por decirlo así uno y otro brazo, sino que su rendicion seria segura y pronta; ora se amilanase Boabdil y dejase caer el cetro, ora se empeñase ya tarde en una inútil resistencia.

Con tanto ahinco deseaba el rey D. Fernando llevar adelante la guerra, que hubiera querido, á serle posible, trasplantar el campo desde las murallas de Málaga hasta las de Almería, asentadas igualmente á orillas del mar. Empero el menoscabo que habia padecido el ejército, durante el largo asedio, la escasez del erario y el temor de echar

pesadas cargas sobre los hombros del pueblo, templaron algun tanto sus belicosos ímpetus; aplazando para mas adelante la prosecucion de le empresa.

Afligieron por aquellos tiempos á España todas las plagas del cielo : sequía , escasez, hambre , enfermedades, pestilencias; quedando casi despoblada gran parte del reino, y en especial la tierra de Sevilla y otras de Andalucía. Atento á proveer á las urgentes necesidades de los pueblos, no pudo el rey D. Fernando acudir á las cosas de la guerra con la presteza y brios que quisiera ; pero apenas se vió un tanto libre y desembarazado, entró con buen golpe de gente por la parte de Levante, apoderándose de varias villas y lugares; y por si hallaba descuidada la ciudad de Almería , vino de improviso sobre ella, amenazando ponerle cerco.

Hallábase el Zagal dentro de su recinto, no solo dispuesto á defenderla, sino tan audaz y confiado que acometió á la hueste cristiana; trabándose sangriento combate , en que perdieron la vida muchos insignes caballeros, y entre ellos el infante D. Felipe de Aragon, sobrino del rey, á quien este amaba entrañablemente.

Afligido con esta pérdida, y no queriendo aventurar la suerte del ejército, se resignó el prudente monarca á levantar el campo, y mandó despedir toda la gente; pero con el firme propósito de volver con los aprestos

necesarios y no alzar mano de la obra, hasta enseñorearse de aquella comarca.

No mas tarde que en el mes de mayo del año siguiente, presentóse otra vez el rey Fernando á la cabeza de un poderoso ejército; y en vez de amenazar á Almería, cual la vez primera, estimó preferible descargar el golpe en el corazon, poniendo cerco á la ciudad de Baza; la cual una vez tomada, le abririan las demas sus puertas.

Al ver venir sobre sí aquel nublado, dudó el Zagal á qué punto habia de acudir con su persona; y apenas columbró á donde iba á descargar su furia, no quiso encerrarse dentro de los muros de Baza, quedando en ellos como encarcelado; sino mantenerse libre y espedito, para guerrear á los cristinos y acudir donde menester fuere.

Cuidó, ante todas cosas, de fortalecer mas y mas la ciudad con nuevas obras y reparos; aumentó su defensa y guarda con diez mil guerreros, la flor del ejército; dejó confiadas las llaves al príncipe Cydy Hiaya, que en lo animoso y leal á nadie reconocia ventaja.

Seguro ya por aquella parte, retiróse á la ciudad de Guadix, desde cuyo punto podia acudir juntamente á combatir á los cristianos y contener á Boabdil, que como rival al trono y resentido, le inspiraba siempre inquietud y recelo.

En tanto el rey D. Fernando se acercaba lentamente hasta dar vista á Baza; mas en

aquel punto y hora, hubo menester toda su fortaleza de ánimo, para no descorazonarse: tanta era la dificultad de la empresa.

Aunque asentada en llano, hallábase la ciudad defendida por una altísima sierra, y en un recuesto de ella la Alcazaba, rodeada de robustos muros y baluartes. Por la parte opuesta estendíase una hermosa vega, de una legua en contorno, poblada toda ella de corpulentos árboles, cortada en distintos rumbos por arroyos y acequias; y en medio de aquella fragosidad y espesura, casas, alquerías, y al pié de mil torres, que servian juntamente de albergue y de defensa.

Pues allí cabalmente habia que asentar las estancias en medio de tantos obstáculos, que era preciso superar, derramando arroyos de sangre. Llamó al alcaide de los Donceles, al que cumplia segun antiguo uso de Castilla, asentar con los mariscales el campo; y apenas aquellos caballeros oyeron el mandato del rey, se dispusieron á cumplirlo, sin abrir los labios.

Una batalla campal no costára tanto como costó poner las estancias en aquel parage: los moros ofendian á los cristianos á mansalva, desde los muros, desde las torres, desde las copas de los árboles; en tanto que ellos podian apenas valerse de sus armas, acosados por todas partes, el agua á la rodilla, sin conocer las entradas y salidas de aquel intrincado laberinto.

Doce horas mortales, sin un solo momento de respiro, duró la sangrienta refriega; quedando al cabo los cristianos dueños del terreno que á tanta costa habian ganado.

Empero era tal el destrozo que los moros hacian en la hueste, no cesando de asestarle tiros ni de dia ni de noche, que el monarca hubo de convencerse de que no cabia en lo humano dejar en aquel parage los reales, so pena de ver deshacerse el ejército sin provecho ni gloria. Oido por lo tanto el dictámen de los principales capitanes, y escarmentados con una costosísima esperiencia, se resolvió entretener á los enemigos en medio de la oscuridad con algunas tentativas y amagos; y dejando encendidas las hogueras y candeladas, levantar en secreto el campo y asentarlo donde primero estuvo.

Mas entonces fué á darse en el escollo opuesto: no era posible ofender á la ciudad á tanta distancia; dejándola á tal punto holgada y libre, que no se viese al asedio fin ni término.

Para evitar ambos inconvenientes no se presentaba mas que un camino; tan largo, tan penoso y prolijo, que solo de concebirlo la imaginacion se asombraba. Mas era el rey D. Fernando el que estaba delante de Baza, y y sus soldados eran españoles.

No menos resolvió que arrasar completamente la dilatada vega, sin dejar en pie casa ni árbol; y con los troncos y maderos y es-

combros labrar las defensas del campo, á fin de estrechar de cerca á la ciudad y poder reducirla con las armas.

Un dia y otro dia, apenas las campanas de los reales anunciaban la oracion del alba (39), encomendábanse á Dios aquellos valientes, y salian alegres y ufanos á pelear con los moros que les disputaban el terreno á palmos; y ganándolo con la punta de la espada y empapándolo en sangre propia y agena, adelantaban unos pocos pasos, para que cuatro mil taladores, que á su abrigo venian, pudiesen arrasar los edificios y arbolados (40).

Cerca de dos meses duró esta improba faena; al cabo de cuyo tiempo, solo se habia logrado escombrar el terreno, para dar principio á la embestida de la ciudad.

Las obras que al efecto se labraron escedian en robustez y grandeza á cuanto hasta entonces se viera. Alzáronse á la par dos campos: en uno se colocó la artillería con los principales ingenios y máquinas de guerra, al cuidado de insignes capitanes; y el otro, de menos fortaleza y de mayor peligro, tomólo á su cargo el rey D. Fernando. Al pie de media legua estaban entre sí distantes ambos campos; y para trabarlos convenientemente y poder acudir á la comun defensa, abrióse á fuerza de brazo una profunda fosa, defendida con fuertes estacadas; acanalando dentro de ella las aguas que bajaban de los vecinos montes.

Con los troncos y maderos que se tenian á mano, labráronse altas torres y otros ingenios, para expugnar los muros; y hasta se fabricaron edificios y casas, á fin de poner á cubierto una gran parte de la hueste, cuando principiasen las lluvias de otoño y el riguroso frio del invierno (41).

Todo indicaba pues la firmísima resolucion del rey D. Fernando; el cual, visto el asiento de la ciudad y el denuedo de sus defensores, encomendaba el triunfo, aun mas que al valor de la hueste, á su constancia y sufrimiento.

CAPITULO XXVIII.

Reencuentro y batalla del Zenete.

Era tal por aquellos tiempos el temple de los españoles, acostumbrados al áspero ejercicio de las armas durante una guerra de ochocientos años, que casi reputaban cual ócio y descanso los rigores y penalidades de un asedio. Así es que cogian al vuelo la mas leve ocasion de esgrimir la espada contra los infieles, á veces sin la venia del monarca, y aun esponiéndose á su enojo, por no atemperarse á sus mandatos.

Aconteció pues un dia (á mediados de agosto, por cierto) que hallándose la hueste acampada delante de los muros de Baza, unos cuantos mancebos generosos, de mas

ánimo que consejo, concibieron el designio de penetrar por tierra de Guadix, para desasosegar aquellos pueblos. Eran el alma de la empresa D. Antonio de la Cueva, hijo del duque de Alburquerque, y D. Francisco de Bazan, tambien de lo mejor de España; y en cuanto se susurró la aventurada empresa, acudieron mas de trescientos ginetes á ponerse bajo sus banderas, agregándose á ellos como doscientos peones, que esperaban sacar de aquella correría no menos honra que provecho.

Favoreciólos al principio la suerte; y como estuviesen descuidados los moros de aquella comarca, muy agenos de sospechar que los cristianos se alejasen á tanta distancia del real, corrieron estos la tierra sin encontrar estorbo, talando campos, recogiendo cautivos, y difundiendo el terror muchas leguas á la redonda.

Resolvieron al cabo dar la vuelta: pero la emprendieron con tan escaso órden y concierto, cual si caminasen holgadamente por tierra de Castilla: confianza de gente moza, que estuvo á pique de costarles muy cara.

Abrumados con el peso de los despojos, rendidos de cansancio, y enflaquecidas las fuerzas con los soles del ardentísimo estío, fueron trepando por una y otra sierra, desmadejados, lasos, mal apercibidas las armas; cuando al desembocar por un gollizo que formaban dos altísimos cerros, descu-

brieron en una meseta ó llanada una muchedumbre de moros, que tenian amurallado el paso.

Habian acudido á aquel paraje los alcaides mas famosos del *Zenete*, apellidando la tierra, áspera de suyo y belicosa; en tanto que apenas llegó á oidos del Zagal el rumor de la entrada de los cristianos, salió á toda furia de Guadix, y venia desalado en su seguimiento.

Estrechaba por instantes el apremio: riesgos por todas partes; salvacion por ninguna. Cuanto mayor habia sido la temeridad de los cristianos, tanta fué su sorpresa y aun mas si cabe el espanto. Los peones, gente allegadiza y poco acostumbrada á los duros trances de la guerra, comenzaron á arremolinarse, dispuestos á arrojar las armas y á salvarse por aquellas breñas. El pavor de la gente de á pie cundió tambien á los ginetes, que principiaron á dar señas de irresolucion y desmayo; lo cual visto por el de Alburquerque, ordenó al alferez que traia el estandarte que viniese á su lado, para dar aliento á los suyos y acometer á los infieles. Empero en vez de obedecer el mandato (rubor causa decirlo) volvió el cobarde las espaldas, espoleado por el miedo mas que por la honra; aumentando con su fuga la confusion y el espanto.

Al advertirlo un guerrero, que á su lado estaba, desciñóse una toca, anúdola á su lan-

za y se arrojó en medio de la turba de infieles, gritando á los suyos: «Seguidme compañeros, seguidme; aquí va el pendon de Castilla!»

Hubo de ser aquella inspiracion del cielo; que en lo humano no cabe tan súbita mudanza. Los que un momento antes se mostraban aterrados, despavoridos, prontos á recibir cual corderos la muerte, sin osar siquiera parar el fatal golpe, se abalanzaban como leones sobre los enemigos: no hubieron menester los capitanes animar con la voz ni con el ejemplo; cada cual anhelaba parecer el mas esforzado, como si intentase alejar de sí la sospecha de haberse dejado saltear por el miedo. Ni los cristianos mismos percibieron hasta despues de la pelea el horrible estrago que habian hecho: mas de cuatrocientos alarbes quedaron tendidos en el campo; y de los once alcaides del Zenete no escapó ni uno, que no quedase muerto ó cautivo.

Cuando mas trabada andaba la refriega, habian visto mil veces al caballero cristiano tremolar la blanquísima enseña, y desaparecer en medio de los infieles, y presentarse de nuevo, gritando por todas partes: «*Aquí vá el pendon de Castilla!....*» Impacientes estaban el Bazan y demas capitanes por saber quién era aquel valiente, á cuyo arrojo se debia tan inesperada victoria; pero como no se mostrase despues de terminada la pelea,

empezaron á temer que hubiese comprado con su vida la salud de sus compañeros. Grandísimo gozo sintieron en el alma, cuando al cabo divisaron al guerrero á quien no era fácil conocer, cubierto de polvo y de sangre, y tan rendido el brazo que apenas podia sustentar la poderosa lanza.... Era el mismo Hernan Perez del Pulgar, que cada dia granjeaba con sus claros hechos el renombre que le dieron sus contemporáneos y le ha conservado la historia.

Apenas le conocieron sus compañeros, abrazáronle con lágrimas de ternura, apellidándole su salvador, su padre; en tanto el modesto mancebo, sin poder articular palabra, les hacia señas con la mano de que solo á Dios se debia aquel triunfo. No queriendo perder momentos tan preciosos, y como fuese de temer que llegase el Zagal con su aguerrida gente, dispusieron los cristianos proseguir el camino, para recogerse cuanto antes al abrigo de la hueste.

Ya estaba el rey inquieto, sabedor de la correría, receloso del peligro, impaciente por la tardanza; pero ensanchósele el corazon, cuando oyó un grito en el campo y repetir mil voces á un tiempo: *ya vienen!* Llegaron al cabo estenuados de fatiga, habiendo llevado en peso tres dias y tres noches, sin descabalgar apenas y sin desceñirse las armas. Estaba el monarca á punto de reprender tan temeraria empresa; pero apenas su-

po, y por la boca misma del Cueva y del Bazan (sobradamente nobles para abrigar villana envidia) que solo á Pulgar se debia que se hubiese salvado el reducido tercio, no se acordó el rey Fernando sino de recompensar aquel señalado servicio. En el momento mismo, á la vista del campo, con sus propias manos, armó caballero al denodado mozo; dándole tal escudo y blason, que perpetuase la memoria de la reciente *hazaña* (42).

CAPITULO XXIX.

Llega la reina Doña Isabel al campo cristiano.

Ni la nueva de la derrota del Zenete, que penetró muy luego dentro del recinto de Baza, ni el ver desvanecida la esperanza de recibir socorro por parte del Zagal, ni los contínuos reencuentros con los cristianos, que cada dia iban estrechando mas y mas el asedio, nada pudo quebrantar el ánimo de los moradores de aquella ciudad, resueltos á defenderse hasta el último trance.

Pasaron meses y meses, sin aflojar un punto ni sitiadores ni sitiados: igual valor, igual constancia, igual heroismo por entrambas partes: y bien se echaba de ver que en aquel campo, aun mas tal vez que en la vega misma de Granada, iba á decidirse la contienda que habia estado pendiente por el transcurso de ocho siglos.

Una esperanza sola quedaba á los sitiados, y era que probablemente, al irse encapotando del invierno, levantarian los cristianos el campo; ya por seguir la costumbre de suspender las armas hasta la primavera, ya porque aquella tierra es de lo mas destemplado de España por su situacion desabrigada entre cerros y barrancos.

Mas lejos de acontecer así, vieron los moros con sorpresa y espanto que, á proporcion que el invierno iba arrugando el ceño, aumentaban los cristianos sus reparos; en tales términos, que tenian ya labradas de madera al pie de cuatro mil casas, formando calles cual si fuese un pueblo, y fortaleciendo el recinto no menos que con quince castillos, con sus almenas y torres, para abrigar los muros y proteger la comun defensa.

A las lluvias de otoño siguiéronse muy luego los frios; y principiaron antes que otros años las escarchas y hielos; siendo cosa de pasmo ver á una hueste tan crecida, resguardada apenas contra los rigores de la tierra y del cielo, permanecer á la vista de la ciudad sitiada, sin que pasase un solo dia en que no se cruzaran las armas.

Empero el mayor adversario, con que tenian que luchar los sitiadores, era la escasez de mantenimientos: ni era cosa llana y hacedera abastecer á un ejército de setenta mil combatientes, acampado en medio de tierra enemiga, yermos los campos y en el

corazon del invierno. Así fué que al mismo rey Fernando le arredró la magnitud de la empresa; y estuvo á punto de abandonarla. Solo le retrajo la confianza que le inspiró la reina; la cual se apresuró á calmar sus temores, viniendo inmediatamente á Jaen, para desde allí dar modo y forma de que nada faltase al ejército, de cuyo mantenimiento salió fiadora.

Para que, al compás de los obstáculos, creciese la gloria y merecimiento, no parecia sino que hasta el cielo mismo se habia conjurado en contra: la escasez, el hambre, la peste, que habian afligido recientemente á España, dejaron despoblada buena parte del reino; quedando en algunas comarcas sin cultivo los campos.

La penuria trajo en pos de sí la carestía; subiendo hasta lo sumo el precio de las cosas mas necesarias al sustento del hombre. Pues en medio de tales apuros, habia que abastecer á una hueste tan numerosa, apiñada en estrecho recinto y este de difícil acceso: empleándose en ello hasta catorce mil acémilas, que iban y venian y acarreaban granos, y entraban y salian de contínuo alrededor del real cristiano, con la misma prisa y afan que se advierte á fines del verano alrededor de un hormiguero.

Para que no faltase ninguna desventura, cayeron con tal abundancia las aguas, que bajaban torrentes por barrancos y ramblas,

borrando los caminos y atajando los pasos. Ocasion hubo en que permaneció la hueste, un dia y otro dia, sin socorros, sin nuevas, sin comunicacion de ninguna clase, poco menos que sepultada en el riñon de aquella sierra; siendo menester para reparar los caminos y prevenir en lo venidero igual daño, que enviase la solícita reina seis mil peones, ocupados meramente en poner transitables las sendas.

El gasto que acarreaban semejantes obras, (sin contar el mantenimiento de la hueste y el consumo de armas y pertrechos) no hay para qué encarecerlo: y habia que subvenir á todo con un erario escaso, apenas restaurada la hacienda del anterior desconcierto y despilfarro, enagenadas de antemano muchas rentas de la corona, señora la nobleza de gran parte del reino, los pueblos agoviados con el peso de los tributos y con la carga de la guerra. Agotados todos los recursos sin que bastasen los que habian otorgado con mano franca las córtes, ni los subsidios concedidos por el Pontífice romano, para aquella nueva cruzada, acudió la reina Doña Isabel á cuantos medios le sugirió su claro entendimiento y su magnánimo corazon. Ella misma escribia de su propio puño á grandes y prelados, á ciudades y villas; rogaba, instaba, con palabras tan sentidas y tan poderosas razones, que no habia voluntad que no se le allanase. La necesidad era es-

trema, el sacrificio leve, el fin á la par noble y santo: un esfuerzo, un esfuerzo no mas y se veia libre el reino de tan pesada servidumbre, y ensalzada la cruz en todo el ámbito de España.

Crecidos fueron los recursos que obtuvo la reina con la persuasion y el ruego, mil veces mas poderosos en tales casos que la autoridad y el mandato; pero nada bastaba á necesidad tan grande, incesante, continua, que se acrecentaba cada dia, en vez de amenguarse. Mas á la par crecia tambien el ánimo de la insigne princesa: despues de apurados los demas arbitrios, resolvió vender algunos maravedís de sus rentas, para que los hubiesen por juro de heredad los que los comprasen; y como la cantidad que por aquel medio allegó se consumiese en breve, reservó á todos su pensamiento, mas celosa de la satisfaccion propia que de la agena alabanza; y con el mayor sigilo envió todas sus alhajas de oro y plata, sus joyeles y perlas, para que los empeñasen en Barcelona y en Valencia; recabando con aquellas prendas una crecida suma, para atender á las necesidades del ejército (43).

Este uso hacia de sus ricos adornos aquella muger singular: sus virtudes la hermoseaban mas que todas las joyas del mundo; y no habia menester pompa y boato para cautivar la veneracion y el amor de sus pueblos.

A pesar de tan estraordinarios esfuerzos, no estaba al alcance humano abastecer cumplidamente la hueste ni evitar las resultas de tanta fatiga y penalidades. Al fin se componia de hombres, y habian de resentirse, aunque fuesen de hierro; que hasta el hierro, espuesto largo tiempo á la intemperie, se corroe y flaquea. Las lluvias habian ocasionado en el campo crecido número de dolencias; las aumentaron el riguroso frio, los continuos trabajos, las eternas noches en vela; y los enfermos tornaban á combatir mal recobrados aun, por compartir las fatigas y peligros de sus compañeros. Cundió en el campo una fiebre pestilencial, que quebrantaba las fuerzas, cebándose con mas saña en los mas robustos: cada dia morian centenares de guerreros, abatidos, exánimes, abrasadas las entrañas, rebentando la sangre en las venas. Los que lograban escapar con vida, parecian otros tantos espectros, descarnados, macilentos; pudiendo á duras penas sustentar el peso de las armas. No menos de veinte mil valientes yacian ya sepultados en aquella malhadada tierra: ni era posible dar un paso sin pensar que se hollaban los huesos de un compañero, de un amigo: el vasto campo parecia un cementerio.

Y en medio de tanta mortandad y miseria y trabajos, que el ánimo se aterra de solo imaginarlos, no se oia un murmullo ni se susurraba una queja: á la mas leve señal, todos

acudian prontos, disputándose la gloria de pelear con los infieles: los capitanes no habia menester de alentar á su gente; cada cual acudia á su puesto, imperturbable, dispuesto á todas horas á recibir la muerte con el denuedo del héroe y la resignacion del cristiano.

El alma se le partia á la reina Doña Isabel, aun sin presenciar tantas lástimas, con solo pensar lo que estaba padeciendo aquel ejército, dechado de valor y constancia: en su tierna sulicitud habia concebido de antemano uno de aquellos pensamientos que nacen del corazon..... y corazon de una muger!

Ya en otros cercos anteriores, y con mas razon en el de Baza, habia cuidado la reina de que hubiese tiendas dispuestas para los enfermos (cosa nunca vista hasta entoces) no solo abastecidas de cuanto fuese necesario para la cura de las dolencias, sino provistas de todo lo que podia hacer mas llevaderos los padeceres; habiéndose esmerado en ello aquella piadosa princesa con la eficácia que pudiera una madre. Bien que ese nombre le daban los soldados; y en su lenguage natural y sencillo, le pagaban el mayor tributo de gratitud (inmortalizando aquel acto benéfico, á la par que á su autora) cuando apellidaban aquellas estancias *Hospital de la reina* (44).

En esto habia ya empezado á correr el mes de noviembre, sin que los sitiados de-

jasen ver el menor síntoma de flaqueza, y sin que asomase por el campo cristiano el más leve rayo de esperanza. El rey D. Fernando mostraba la entereza de su carácter, velando dia y noche en defensa del campo, proveyendo á todo con su autoridad, á la par capitan y monarca. Hasta cuidaba de encubrir á su esposa las desdichas de que era testigo, por no afligir su corazon; pero la reina, que no apartaba un instante su pensamiento del campo de Baza, adivinó lo que pasaba en el ánimo de su esposo; y cuando menos lo esperaba este, recibió la nueva de que venia ya caminando, para compartir los trabajos, si es que no era posible aliviarlos.

Quedóse el rey absorto, á pesar de conocer el temple de alma de su esposa; que bien se habia menester para venir en lo mas crudo de la estacion por aquellas ásperas sierras, en medio de nieves y ventisqueros, trayendo á sus dos hijos, el príncipe D. Juan y la infanta Doña Isabel, para regocijar el ánimo de su padre y darle este consuelo.

Apenas se susurró en el campo la próxima venida de la reina, estalló en todo él tal júbilo y entusiasmo, como si por encanto se hubiesen olvidado todas sus privaciones y padecimientos. ¡*Viene la reina!* decian á una voz los soldados, con la sonrisa en los labios y lágrimas de ternura en los ojos: ¡*Viene la reina!* se repetian una vez y otra, como si

así desvaneciesen toda duda y recelo: ¡*Viene la reina!* y esto queria decir: ya se acabaron los trabajos, y la victoria es cierta.

Impacientes, desasosegados, contaban las horas, los instantes; y les parecia un sueño que habia de llegar tan venturoso dia. Amaneció al cabo: y como si el cielo mismo quisiese solemnizarlo, barrió el viento las nubes, que cubrian como un negro capuz las cimas de la sierra.

Salió el rey D. Fernando, acompañado de grandes y caudillos, al encuentro de la reina Doña Isabel, que venia en medio de sus hijos, á cual de los dos mas hermoso.

Al avistar á la reina resonó un clamor en el campo, repitiendo los ecos de aquellos montes un prolongado *viva*! A un mismo tiempo atronaba los aires el ruido de las campanas, el estruendo de la artillería, los tiros de los arcabuces, las trompetas, clarines y atambores, la confusa gritería de cincuenta mil combatientes, tendiendo al aire las banderas y blandiendo las armas. Con dificultad suma pudo penetrar la reina por en medio de los cerrados escuadrones; cada cual codiciaba verla de cerca, admirarla, arrojarse á sus pies y besarlos.

Acababa de cundir la voz de que la reina venia vestida con un traje sencillo, sin una sola joya, por que las habia empeñado todas para socorrer el ejército; y no habia un solo soldado á quien no asaltase el pensamien-

to de que tal vez á aquel generoso sacrificio era él deudor de su vida.

No quiso descabalgar la reina sin acercarse á los muros, que tanta sangre habian costado, y examinar el asiento de la ciudad. Aproximóse pues, acompañada de una lucida comitiva, con magestuoso porte y semblante sereno, cual pudiera en un simulacro de guerra la reina de un tornéo. Los moros no volvian en sí, al advertir el júbilo y alegría que reinaba en el campo cristiano; y cuando sospecharon el motivo y despues divisaron á la reina, quedáronse pasmados, cubiertas de gente las almenas, y sin que les ocurriese el pensamiento de hacer un leve amago con las armas: caballeros á la par que esforzados, admiraban el valor de una princesa, y acataban á una ilustre señora (45).

Lo mas singular fué que desde aquel punto y hora, sobrevino una súbita mudanza en el ánimo de los moradores; mostrándose como vencidos por el hechizo de una muger, los que habian resistido por tantos meses al impetu y poder de la hueste cristiana.

Increible parecia aun á los mismos que lo presenciaron; y es cosa de ver el ahínco y afan con que lo afirman y aseveran; poniendo por testigos al cielo y á la tierra, como si recelasen, y con razon al parecer, que no les diesen fé las generaciones venideras (64).

CAPITULO XXX.

Entrégase á partido la ciudad de Baza.

A los pocos dias de haber llegado al campo la reina Doña Isabel, se resolvió enviar un mensagero á la ciudad; ofreciéndole, si se rendia, aventajadas condiciones. Sabíase el miserable estado en que á la sazon se encontraba; habiendo padecido las mismas privaciones y trabajos que afligieran al campo cristiano. De los diez mil guerreros que se habian encerrado en aquellos muros, los mas habian perecido; y los vecinos y moradores sustentaban casi solos el peso de la guerra. Abarcada la ciudad por los sitiadores, y ceñida con honda cava y palizada, hacia tiempo que no recibia socorro ni mantenimientos; haciendo mas estragos el hambre y la miseria que el hierro de los enemigos.

Eligió el rey D. Fernando al conde de Cifuentes, para que llevase las propuestas de paz; por ser aquel caballero muy conocido de los moros, á causa de haber estado cautivo largo tiempo en Granada, despues del desbarato de la Axarquia. Encomendóle el rey que mirase con ojo avizor el estado de defensa, el aspecto de los moradores y cuanto pudiese contribuir á conocer la situacion en que se encontraban, para arreglar al com-

pas mismo el tenor de las condiciones. Empero no menos astuto el Principe Cydy Hiaya, antes de recibir al nuncio de Castilla, dispuso una traza peregrina con que deslumbrarle. Ordenó pues, que todos los vecinos sacasen las provisiones que tenian en sus casas, y que las pusiesen de manifiesto en las plazas y mercados por donde habia de transitar el noble mensagero (47); disponiendo igualmente que no se ofreciese á su vista sino lo mejor que quedaba para la defensa, reducida ya al último apuro (48).

No volvia el conde de su estrañeza, aun cuando la recataba para sí, al notar cuán distinto era el estado en que se hallaba la ciudad del que se imaginaba en los reales; y así que se halló en presencia del alcaide y le espuso el objeto de su venida, contestó aquel con corteses razones, encareciendo el alto concepto que tenia de los monarcas de Castilla; pero que á él le estaba encomendada la guarda de aquella fortaleza; y sabria cumplir como quien era. En su ademan y compostura, bien se echaba de ver la sangre que corria por sus venas; siendo nieto del rey Jusef, el Izquierdo; y no desdiciendo por su valor y prendas de su régia estirpe. Habló luego al conde de su mansion en Granada; y al paso que evitaba sagazmente entrar siquiera á examinar las condiciones propuestas, indicaba con no menos arte que mal pudiera consentir en ellas,

abundando en la ciudad los mantenimientos, y tan acostumbrados los moradores al peso de las armas, que cuando les faltase, quizá lo echarian de menos.

Advirtiendo el conde cuán entero estaba el ánimo del alcaide, despidióse de él con las mismas demostraciones amistosas que cuando entró en el alcázar; y despues de decirle que esperaba lo pensase con mejor acuerdo, para no esponer inútilmente á ciudad tan famosa, volvió á las estancias, donde le aguardaban los reyes.

Al saber estos el mal éxito que habia tenido aquella tentativa, se les anubló el corazon; temiendo que se prolongase el asedio, menoscabada la hueste, escasas las vituallas, llamando ya á la puerta diciembre. Mas quiso Dios que á la reina Doña Isabel se le ocurriera un buen pensamiento. Habia venido en compañía del cardenal de España el conde de Cabra, casado con una sobrina del insigne prelado, y á quien amaba este entrañablemente. Venia aun mal recobrado de las heridas que recibió en las cercanías de Moclin; y juntamente venia con él, débil y convalesciente, el mozo Venegas, que cayó al lado del conde, por salvarle la vida. Una accion tan hidalga, aun sin contar las prendas del noble mancebo, echaron entre ambos vínculos mas estrechos que los del deudo que los unia.

Cuanto á la reina Doña Isabel, no hay

para qué decir la benevolencia con que trataba á entrambos; informándose á todas horas de su estado, mientras corrió peligro su vida, y acogiéndolos con especial agrado, cuando les consintieron sus heridas seguir la córte de la reina.

Habíase informado esta de los estraños sucesos del Venegas, de su cautiverio en Africa, de su mansion en Granada; y en cuanto oyó de boca del conde de Cifuentes lo que habia contestado el alcaide de Baza, comprendió la sagaz princesa que aquel era el único obstáculo que se oponia á la rendicion de la ciudad, y que era menester á cualquiera costa superarlo.

Supo tambien como con él estaban Reduan (49)y Albucaci Venegas, los cuales desabridos con Boabdil y sonrojados de su crueldad y alevosía, habian salido de su reino; viniéndose al lado de su cuñado el príncipe Cydy Hiaya, para ayudarle con su consejo y espada.

Al valor de aquellos tres guerreros se debia en efecto tan prolongada resistencia; motivo por el cual llamó la reina á su tienda al mozo Venegas, y despues de enterarle en secreto de su intencion y deseos, le ordenó que acompañase al comendador de Leon, Garci Gutierre de Cárdenas, que iba á llevar nuevas propuestas de paz á la ciudad sitiada. Partieron ambos á cumplir el mandato; y apenas entraron en el alcá-

zar, acudieron Reduan y su hermano, deseosos de saber quién era el nuevo nuncio. Ver al Venegas, dar un grito y arrojarse en sus brazos, todo fué obra de un instante: habiánle llorado por muerto; y fué tal su sorpresa, que apenas daban crédito á sus propios ojos. Mil preguntas le hicieron desde el puente levadizo hasta la estancia en que se hallaba el alcaide; y como les indicase el Venegas el objeto de su venida, contestaron únicamente aquellos caballeros: que el príncipe Cidy Hiaya iba á oirlo; y él daria la respuesta.

Cuando le presentaron al alcaide, dijéronle quién era, no menos que primo hermano de su esposa; y el príncipe se holgó mucho de saberlo, mostrándose afable y obsequioso; mas en cuanto habló el comendador de la entrega de la ciudad, volvió á tomar su gravedad y compostura. Contestó casi en iguales términos que la vez primera; no obstante que el apuro era mayor, la escasez estrema, la mortandad horrible, despoblada la ciudad, inficionado el aire. Quiso tentar el Venegas si podria ablandar su ánimo con algunas razones espuestas con sencillez y modestia; y como advirtiese que callaba el príncipe, clavados en él los ojos, iba á estrecharle mas, cuando le atajó el alcaide, diciéndole estas solas palabras: «Si tu rey te hubiese entregado las llaves de una fortaleza, ¿las entregarias á otro?» Quedó suspen-

so el mozo, no acertando con la respuesta; y entonces prosiguió el príncipe con tono mas afable: «Ya me ha contestado tu corazon; no importa que callen tus labios.» Alzóse entonces de los almohadones en que estaba reclinado, y con marcial sencillez y llaneza les espuso en breves razones que lo mas que podria hacer, para poner término á tantos desastres, era ir en persona á Guadix, donde se hallaba el Zagal, que le habia confiado la custodia de Baza. Si venia en entregarla, holgaríase él y los suyos de ser los primeros en rendir homenage á los monarcas de Castilla; pero si su rey no consentia en ello, habrian de pisar su cadáver para entrar por las puertas.

A la mañana siguiente salió de la ciudad, y atravesó por medio del campo cristiano, recibiendo señaladas muestras de respeto, debido menos á su claro linage y autoridad, que al valor y constancia que habia ostentado. Encaminóse sin tardanza á Guadix, y permaneció un dia entero encerrado con el Zagal; el cual como viese que no habia modo y forma de sustentar la guerra contra los cristianos, agotados los recursos y la ciudad sitiada en el último trance, no solo autorizó al alcaide para que entrase en tratos con los reyes de Castilla, respecto de la entrega de aquella fortaleza, sino que le encomendó hiciese presente á aquellos príncipes que estaba dispuesto á entregarles las llaves de

Almería y de Guadix, siempre que alcanzase en cambio aventajadas condiciones.

Vuelto el alcaide á Baza, en breve se hicieron los conciertos; prometiendo á aquellos naturales la conservacion de sus vidas y haciendas; quedando por mudejares de los reyes de Castilla, y con la facultad de trasladarse libremente á otras partes, si no quisiesen someterse á su imperio.

Con estas condiciones, ganadas á costa de tantos trabajos y afanes, se sometió al cabo aquella ciudad en los primeros dias de diciembre; faltando ya muy pocos para completar siete meses de riguroso asedio. Despues que hubo entregado las llaves en manos de los reyes de Castilla, tornó el alcaide al campo cristiano, como le habian rogado aquellos príncipes, acompañado de su esposa, la princesa Citi Merien Venegas, y de sus dos hermanos (50). Salieron á recibirlos muchos grandes y señores principales, emparentados con ellos, quienes movidos de curiosidad, quienes por cortesía; y en medio de una lucida comitiva los condujeron á la tienda en que estaban los reyes. Acogiéronlos estos con tan señaladas muestras de benevolencia, que les cautivaron el ánimo; la reina Doña Isabel agasajó en estremo á la princesa, que era á la par discreta y hermosa; entanto que el rey D. Fernando espresaba con corteses palabras que tenia en mas estima ganar la voluntad de tan

bizarros caballeros, que haber ganado la ciudad de Baza (51).

CAPITULO XXXI.

Celébrase un concierto entre el Zagal y los reyes Católicos.

Menester fué que pasasen algunos dias, antes que pudiesen los reyes entrar en la ciudad de Baza; tal era el lastimoso estado á que habia quedado reducida. Y en tanto que ponian órden y concierto, así respecto de las cosas de la gobernacion, como respecto de la hueste, se proseguian los tratos con el Zagal; andando en ellos como medianero el príncipe Cydy Hiaya (52).

La autoridad que le grangeaba su parentesco con el rey moro, y el testimonio que acababa de dar de que no se inclinaba á la paz por volver la espalda á los peligros, allanaron no pocas dificultades; ademas de que no podia ocultarse al Zagal, que apoderados los cristianos de Baza, dueños del mar, y amenazándole Boabdil desde Granada, no era humanamente posible mantener á Guadix y Almería bajo su propio imperio, que por instantes se iba desmoronando. Convenia por lo tanto, antes que cayese por tierra, alcanzar en cambio condiciones favorables; aparentando que cedia de buen grado lo que no podia defender con las armas.

Regateó, sin embargo, con menos decoro y nobleza que á la régia dignidad convenia, el precio de entrambas ciudades: pero al momento de ir á cederlas, como que le dolió desprenderse de la corona, y quiso conservar á todo trance un mezquino simulacro de reino.

El que no habia tenido, durante el curso de su vida, sino un solo y único pensamiento; el que, para llevarlo á cabo, se habia espuesto á tantos peligros, peleando no sin gloria contra los cristianos; quien no habia reparado en derramar la sangre de los suyos y en destronar á su propio hermano, á trueque de proclamarse monarca de Granada, ambiciona ahora el vano título de rey, quedando reducido su imperio á unos cuantos lugares de la Alpujarra! Pocas veces se habrá visto tan de bulto la pequeñez y miseria del corazon humano!

Para hacer la entrega de las ciudades que aun poseia, y recibir la investidura de sus nuevos Estados (acto mas parecido á burla y ludibrio de la suerte, que á don de la fortuna) salió el Zagal de Guadix, con muy escaso séquito, y se encaminó á la ciudad de Almería; entrando ya muy cerrada la noche, cual si temiese ser visto por sus moradores.

Poco seguro de los demas y aun menos satisfecho de sí propio, atormentado por lo pasado, pesaroso de lo presente, y previendo aun mayores desdichas para lo venidero,

sentia tal opresion en su corazon, que respiraba apenas; quedándose al cabo vencido del cansancio y del sueño. Mas en vez de encontrar reposo, principió á sufrir tal congoja y angustia como si estuviese en su postrimer agonía. Entre confusas sombras, que vagaban por la oscura estancia, columbró la de su sobrino, que se acercaba ensangrentado, tal como le habia visto en aquel mismo sitio, cuando le dividió la cabeza de los hombros; y al querer huir de aquel espectro, púsosele delante la imágen de su hermano, moribundo, exánime, pidiéndole con voz lamentable, descanso y sepultura!.. Luchando y reluchando consigo mismo, hacia vanos esfuerzos por escapar, y hallaba por todas partes atajado el paso: los moros le repelian, recibianle los cristianos con la punta de sus espadas; y uno solo entre ellos, que parecia capitan ó monarca, le tendia la mano con sonrisa de menosprecio, arrojándole unas cuantas monedas al rostro! No pudiendo tolerar tanto vilipendio, echábase al mar, para poner fin á su vida; pero las olas mismas le rechazaban, lanzándole á una playa lejana, donde le amenazaba la gente con todo linaje de tormentos..... Fué entonces tal el dolor que sintió en su alma, como si realmente le estuviesen despedazando con tenazas ardiendo; y lanzó un quegido tan espantable, como el mugido de un toro, al herirle la segur en el cuello.

Acudieron en tropel los que mas cerca estaban, temiendo no le hubiese acontecido alguna desventura; en tanto que sin saber todavía si estaba dormido ó despierto, se levantaba desatentado el príncipe y corria á un algimez cercano, para recobrar con el aire la vida que ya le faltaba.

Permaneció así largo espacio, sin hacer el menor movimiento ni despegar siquiera los lábios; y cuando se sintió algun tanto recobrado, mandó venir al príncipe Cydy Hiaya, y le encomendó que ordenase todo lo conveniente para el recibimiento de los monarcas de Castilla.

Debian llegar á la ciudad aquel mismo dia; y en cuanto avisaron desde lo alto del alcázar qne ya se descubria la numerosa comitiva, salió el Zagal á su encuentro, con sencilla vestidura y arreo, como para ostentar su marcial porte, procurando encubrir en el semblante el torcedor que le atormentaba.

Acogióle el rey D. Fernando con muestras de benevolencia; sin consentir que le tributase la menor señal de vasallaje (53).

Durante los dias que permanecieron en la ciudad, no omitieron los monarcas de Castilla nada de cuanto podia templar la pena del destronado príncipe; pero él propio se hallaba en situacion tan vergonzosa y estraña, que apresuró la entrega de la ciudad de Guadix; sometiéndose igualmente, de allí á

poco, las comarcas que aun permanecian levantadas en la costa y en la Alpujarra.

Instóle entonces el rey D. Fernando á que fuese cuanto antes á tomar posesion de sus nuevos Estados, á fin de apaciguar la tierra y ganar el corazon de sus vasallos; con la secreta mira de prevalerse de él, para minar el poder de Boabdil; asi como se habia valido de este príncipe en contra de su padre y de su tio, para allanar por todos medios el camino á la conquista de Granada.

CAPITULO XXXII.

De lo que hizo Boabdil al intimarle el rey don Fernando que entregase á Granada.

Rendidas de un solo golpe tres ciudades, sometida al poder de Castilla la comarca que riega el rio de Almanzora, juntamente con la estendida costa y las sierras de la Alpujarra, estimó el rey D. Fernando que era llegado el momento de intimar á Boabdil que pusiese en ejecucion los concertados pactos (54).

Habia ofrecido en secreto aquel príncipe entregar la fortaleza de la Alhambra y ciudad de Granada, en cuanto se hubiesen rendido Almería, Guadix y Baza, que estaban bajo la dominacion del Zagal; promesa hecha livianamente, conceptuando el plazo muy incierto y lejano, ó tal vez arrancada

por el vivo deseo de conseguir la libertad y volver desde Loja á asentarse en el trono de Granada; pero promesa cuyo cumplimiento habia de ofrecer suma dificultad, así por su índole y naturaleza como por la sazon y circunstancias.

No era cosa llana desprenderse de tal corona, mientras quedase esperanza de poder conservarla; y aun cuando hubiese voluntad de resignarse á tan costoso sacrificio, estaban las fuerzas de Granada sobradamente enteras, para que sus moradores se sometiesen de buen grado al yugo de Castilla (55).

Condenado á vacilar siempre, impelido de una parte á otra por el viento de la fortuna, temiendo juntamente á sus enemigos, á sus vasallos, á su mala estrella, procuró Boabdil libertarse de tan duro apremio, contestando al rey D. Fernando con respuestas sesgas y evasivas.

Poníale delante su escasa autoridad en medio de un pueblo turbulento; los ánimos levantados, el ódio contra los cristianos cada dia mas vivo, las armas prontas, los Alfaquíes soplando el fuego de la guerra. Pedia algun respiro y tregua; encarecia su buena voluntad y deseos; nada tenia en mas estima que guardar fielmente las asentadas paces, ufano con apellidarse vasallo de tan escelso príncipe.

No se ocultaba al rey D. Fernando que no

estaba en manos de Boabdil cumplir lo prometido; pero para ponerle en mayor estrecho y desautorizarle mas y mas con sus pueblos, reunió de pronto buen golpe de gente y entró por medio de la vega, talando los panes, ya crecidos á fines de mayo, y tomando de rebato alguna que otra fortaleza, casi á las puertas de la ciudad. Como no era aquel sino un amago, ni estaban aun apercibidas las fuerzas para poner cerco á Granada, recogió el monarca su gente y volvióse á Córdoba; aguardando tiempo y sazon para dar cima á la anhelada empresa.

La entrada y correría de los cristianos, sin ser molestados ni perseguidos, y el rumor que empezó á difundirse de que mediaban secretos pactos entre el rey de Castilla y el de Granada, causaron tal desasosiego en la ciudad, que temió Boabdil por su trono y hasta por su vida.

Acudió Aixa á parar el golpe; y convocando á los principales Zegríes, su apoyo y esperanza, juntamente con los magistrados de la ciudad, los sábios y Alfaquíes, los reunió á todos en la *sala del Consejo* inmediata al *patio de los Leones*. Espúsoles con graves palabras la situacion del reino: su hijo habia hecho cuantos sacrificios cabian en lo humano, á trueque de conservar á sus pueblos los bienes de la paz; pero ya era en vano toda contemplacion y miramiento. El monarca infiel, ensoberbecido con sus triunfos y au-

siliado por un príncipe traidor á su ley y á su patria, se mostraba sin disfraz ni rebozo; exigiendo, mandando, cual pudiera un señor á sus siervos, que se le entregasen sin demora las llaves de Granada.

Era pues llegado el caso de tomar una resolucion: no cabia medio; ó someterse al yugo de Castilla, sellando en aquellos muros la destruccion del imperio musulman en España, ó tentar el último esfuerzo, para salvar el reino ó á lo menos la honra.

Mientras hablaba Aixa, tal era el respeto de Boabdil, que la miraba de hito en hito, sin atreverse á despegar sus lábios; mas en el punto mismo que terminó el razonamiento, llevó el príncipe la mano al puño del alfange, y pronunció con cierto brio estas breves palabras: «Ya una vez he vertido mi sangre; pronto estoy, si menester fuese, á morir en defensa de Granada.»

Aplaudieron todos aquel arranque generoso, para mas alentarle; y á una voz resolvieron que antes que ceder vilmente y atraer sobre sí las maldiciones del cielo y de la tierra, era mil veces preferible empuñar las armas y morir peleando. La ocasion era la mas propicia: el monarca infiel se habia alejado, escaso de recursos y no sospechando ni aun que hubiese voluntad y aliento para hacerle rostro. El traidor apóstata podia apenas sugetar los pueblos, que le habian dado en pago de su villana alevosía: todos

ellos estaban inquietos, prontos á levantarse en cuanto viesen el estandarte del Profeta ondear en aquellas montañas. Hasta las ciudades, sometidas recientemente al yugo de Castilla, tascaban el freno, ansiando sacudirlo, y en Guadix, sobre todo, habia fraguada una conjura, para degollar en una noche á los desapercibidos cristianos.

Con una súbita acometida, se levantaria la sierra del Sirgo y la vecina costa: una vez abiertas las puertas del mar, llegarían fácilmente los ofrecidos socorros de Africa. Mas antes de poner en ejecucion un plan tan vasto, se necesitaba calentarlo bajo las alas del sigilo; encomendando los medios á un corto número de personas. Eligiéronse pues, por unánime aclamacion, al Xequé de los Zegríes, varon de suma autoridad y peso, á Aben Comixa, privado del rey, para tener encadenada su voluntad, y al Alfaquí de la Mezquita mayor del Albaycin; á fin de que manejando en secreto los hilos de la trama, preparasen el levantamiento, para cuando se diese la señal de la *guerra santa* (56).

CAPITULO XXXIII.

De lo que aconteció en la Malaha á Gonzalo de Córdoba.

Dos meses emplearon los moros en confabulaciones, tramas, aprestos de guerra: y

cuando estuvo todo á punto, salió Boabdil al frente de la hueste, en una hermosísima noche de agosto, á tiempo que la luna se enseñoreaba de los cielos, deslizando blandamente sus rayos sobre la espalda del Genil y reverberando en la cumbre de la nevada sierra, cual pudiera en un monte de plata.

Antes del amanecer, cayeron de repeso los infieles sobre el castillo de Alhendin, recien conquistado por los cristianos; y despues de breve resistencia, lo entraron á fuego y sangre. Tomaron tambien al paso el castillo del Padul, degollando á sus defensores (57); y para despejar el terreno, y no dejar aquel abrigo á los cristianos, ordenó Boabdil al Xeque de los Zegríes que fuese con un tercio de gente escogida á apoderarse de la Malaha, lugar poco fortalecido, famoso en todos tiempos por sus baños y ricas salinas.

Quiso la suerte que se encontrase allí Gonzalo Fernandez de Córdoba, el cual, mal avenido con dejar ociosas las armas, habíase quedado en la Vega con un puñado de guerreros, despues que se ausentó el rey Católico. Al rumor de las tropas enemigas, y como llegase uno y otro aviso de que venian con furia á apoderarse del lugar, debatióse entre los cristianos si convenia desampararle, antes que se viese cercado. Lo que era defenderle no habia que pensar en ello; en vez

de muros, tapias; y amenazando ruina el desmantelado castillo. No convenia pues esponer inútilmente las vidas, y sobre todo, una tan preciosa como la de Gonzalo de Córdoba, causando grave pesadumbre al rey y regocijando á los moros, si lograban entrarle en Granada muerto ó cautivo.

Oyó el caudillo aquellas razones, grave y discursivo; y levantándose de pronto, dió una palmada en el bufete de nogal que tenia delante; y dijo estas palabras: «Eso no, por la fé de Cristo! Lo que es los moros no han de verme á mí las espaldas. Caballeros, el que quisiere, aléjese en buen hora: á los que conmigo quedaren no les faltará honra y galardon, y por lo menos, sal y sepultura» (58). Crecia aquel insigne capitan en los trances de mayor conflicto, como si se hallase en su natural elemento; y solia valerse de donosos chistes para infundir aliento á los mas descorazonados. Ni uno solo hubo de cuantos le escuchaban, que no se ofreciese á acompañarle en aquel temerario propósito; y en especial un mancebo de nobilísima cuna (D. Sancho de Castilla se llamaba) que hacia entonces sus primeras armas, se sintió tan conmovido, que se le arrasaron en lágrimas los ojos; y tomando la mano de Gonzalo: «Gracias á Dios (esclamó) que ha escuchado mis votos: hoy triunfaré contigo ó moriré á tu lado» (59).

En el momento mismo ordenó el caudillo

cuanto era conveniente para la defensa: reparaban los guerreros las tapias, atravesaban maderos en las puertas; reunian montones de piedras, para arrojarlas sobre los enemigos. Al caer de la tarde, divisáronse ya estos á muy corta distancia; y adelantándose unos cuantos almogavares, el moro que los acaudillaba llegó confiadamente á pedir que le entregasen las llaves del castillo. Vendáronle los ojos, para que no viese la escasa defensa del lugar y el corto número de hombres que lo guarnecia: y al descubrirle los ojos, quedóse sorprendido, encontrándose en presencia del capitan cristiano. No hizo este demostracion de percibirlo; y con tono grave y templado le dijo meramente: «Dí á tu alcaide que quien está en el castillo es Gonzalo Fernandez de Córdoba.»

No replicó el moro; y salió presuroso á dar cuenta de lo sucedido. Al saberlo el caudillo Zegrí, saltóle el corazon en el pecho: se le venia á las manos la ocasion de hacerse famoso, sintiendo únicamente que no hubiese que superar mayores obstáculos, para que fuese mas cumplida su gloria. Ya se imaginaba ver cautivo á Gonzalo, presentarse con él en Granada, y obtener en cambio el rescate de los hijos de Boabdil, que permanecian todavía en poder de los reyes Católicos. Impaciente contaba el moro las horas de la noche, hasta que vió brillar en los cielos el lucero del alba; y antes que amane-

ciese, ya estaban preparadas las escalas para apoderarse del castillo.

A una señal dióse la acometida, tan récia y furiosa, que subian unos moros sobre los hombros de otros, y se aferraban con las manos á las descarnadas paredes, para trepar por ellas; mas en lo alto encontraban á los cristianos, no menos esforzados, pero mas serenos; arrojando toda suerte de armas contra los infieles. Caso hubo en que llegaron estos á la cresta de la muralla, y se arrojaban sobre los defensores, y luchaban á brazo partido; mas en todas partes hallaban tan firme resistencia, que al cabo de algunas horas, quebrantadas las fuerzas y desvanecida la esperanza, aflojaron en su propósito, y se alejaron algunos pasos de la fortaleza.

Toda la autoridad del caudillo Zegrí fué apenas bastante para que los moros repitiesen al siguiente dia la embestida y asalto: los animaba con palabras, con promesas, montes de oro ofrecia al que le entregase muerto ó vivo á Gonzalo; y para dar ejemplo, adelantóse casi solo y empezó á derribar una de las puertas.

Entre tanto el capitan cristiano acudia solícito á todas partes; y allí se hallaba siempre donde mayor era el peligro. Sin trégua ni descanso sostuvo por algunos dias la desigual contienda; y como conociese que el caudillo Zegrí ponia tanto empeño en apo-

derarse de su persona, envióle á decir que si tanto la codiciaba, no habia menester aquel estruendo ni causar vanamente la muerte y destruccion de los suyos; que él saldria solo y le aguardaria en el campo, á la hora y con las armas que el Zegrí escogiese. Aceptó este el reto; como quien conocia el valor del capitan cristiano, cuando peleaban juntos en Granada; habiendo deseado desde entonces encontrarse con él en singular batalla.

No mas tarde que á la mañana siguiente, salió Gonzalo con D. Sancho de Castilla y otros cuantos ginetes; y al mismo parage acudió el Zegrí, dejando uno y otro á los suyos á muy corta distancia. Acercáronse entrambos y se saludaron cortesmente, alejándose luego á media rienda, embrazado el escudo y blandiendo la lanza.

Partieron despues como un rayo, pasando el uno á la vera del otro sin ofenderse ni siquiera tocarse; repitieron despues la récia acometida, parando con el broquel los golpes, á cual mas diestro, á cual mas esforzado. Los caballos parecia que participaban del furor de sus dueños; y á la par que los defendian, atronaban el campo con los relinchos y bufidos, encabritándose frecuentemente en guisa de embestir á su contrario. Vez hubo en que estuvieron tan pegados los ginetes, que ni valerse podian de las armas; y los caballos se volvian y revolvian en es-

trecho cerco, como un remolino de arena azotado del viento.

Impaciente el Gonzalo con tanta tardanza, alejóse de súbito y vino contra el moro con tal furia, que apenas le dió tiempo para escudar el cuerpo, que creyó amenazado; mas en el punto mismo arrojóle el cristiano la lanza, y la dejó clavada entre los pechos del caballo.

Sentirlo el Zegrí, saltar de la gineta y acometer á Gonzalo, todo fué un solo instante; mas el caudillo cristiano ya estaba en tierra, refirmado el pié y tendida la espada. Entonces menudearon los golpes con mas ímpetu y pujanza que antes; siendo tal la agilidad y destreza de entrambos adversarios, que los que de mas cerca los contemplaban se estremecian de continuo, temblando cada cual por su caudillo. Un *¡ay!* arrojaron á un tiempo los cristianos, al ver caer la cimitarra del moro sobre la cabeza de Gonzalo, quien vaciló un momento, desatentado con el golpe de plano; pero al ir el moro á segundarle, recibió una estocada por debajo del brazo, cayendósele al suelo el alfange. Acudió á recogerlo, á pesar del dolor agudísimo; pero el mismo Gonzalo lo levantó antes, y se lo alargó, diciéndole: «Toma, buen caballero; si es que no prefieres estrechar mas bien esta mano....» «Por vencido me doy; y á gloria lo tengo:» y cogiéndole la diestra, se la llevó á los lábios.

Al ver esto los de uno y otro bando, acercáronse maravillados, sin acertar la causa de tan repentina mudanza. Hizo traer Gonzalo un bálsamo precioso, y ayudó él mismo á vendar la herida de su noble adversario; quedando tan pagado uno del otro, que allí mismo se juraron una amistad estrecha, que conservaron fielmente por todo el resto de su vida.

Al dia siguiente, levantó el campo el caudillo Zegrí; teniendo á mengua espugnar una fortaleza defendida por un puñado de valientes; y se encaminó á reunirse con Boabdil, á quien ya suponia dueño de la vecina costa.

CAPITULO XXXIV.

Defensa de Salobreña.

Desde los llanos del Padul, habíase encaminado Boabdil al puerto de Almuñecar, con el fin de levantar la tierra y abrirse paso al mar; pero hallándose á mitad de la ruta, llególe nueva de que podia á mansalva apoderarse de Salobreña, por estar prontos los mudejares á abrirle las puertas de la villa, y ser muy corto el número de cristianos que guarnecia el castillo. No quiso el rey de Granada dejar de coger la presa que se le venia á las manos; y enderezóse á aquella parte, saboreándose ya con la fácil victoria.

Debia creerla tanto mas segura, cuanto que los moros que habia dentro de la villa, salieron á recibirle así que le vieron cercano; y á una le confirmaron que los cristianos eran muy contados, las provisiones para pocos dias, el agua escasa, cuanta cabia en una cisterna. Apenas creyeron necesario intimar la rendicion al castillo; pero como los que dentro estaban hiciesen demostracion de querer defenderse, no permitió Boabdil que se vertiese la sangre de los suyos, intentando un peligroso asalto; por hallarse encaramada la fortaleza en la cumbre de un risco, la subida muy ágria por la parte de tierra, y guardadas por el mar las espaldas. Parecia, pues, mas conveniente aguardar á que el hambre y la sed quebrantasen el ánimo y las fuerzas de los sitiados; esperando á cada momento verles abrir las puertas y bajar presurosos á implorar el perdon y misericordia.

No quedaba á los infelices recurso ni esperanza: el rey D. Fernando se hallaba lejos; y el conde de Teudilla, que habia quedado por adelantado de la frontera, tenia consigo escasa gente, y no podia acometer á Boabdil para obligarle á levantar el campo. Aproximóse sin embargo, por ver si habia medio y forma de socorrer á los que en tal estrecho se encontraban; pero se le vino el mundo encima, al saber que los moros tenian á tal punto cercado el castillo, que habiendo don Pedro Enriquez, tio del rey y adelantado ma-

yor de Andalucía, enviado desde Velez Málaga alguna gente para socorrer la fortaleza, ni aun pudo acercarse á ella; y hubo de contentarse con dejar unos cuantos soldados en un peñasco, mar adentro, desde el que ni podian ofender ni ser ofendidos.

En semejante apuro, presentóse al conde de Teudilla Hernan Perez del Pulgar, cuyo sino parecia ser encontrarse siempre en los trances de mayor peligro; y ofrecióse á entrar en el fuerte, si le daban no mas que setenta hombres.

Delirio parecia intentarlo siquiera; pero tal concepto se tenia del arrojo y sagacidad de aquel guerrero, que el conde le otorgó con mil amores lo que demandaba. Amparados de la oscuridad de la noche, acercáronse Pulgar y los suyos, sin ser vistos ni oidos; ocultos entre las peñas aguardaron á que los moros fuesen á trocar una guardia, cuando apenas alboreaba; y arrojándose sobre ellos, mataron á unos, hirieron á otros, y se abrieron paso; entrando al cabo y con escasa pérdida por un portillo de la fortaleza.

Cuando los de adentro vieron llegar aquel socorro, que parecia caido del cielo, no pudieron contener las lágrimas de gozo; y no parecia sino que ya estaban salvos, pudiendo desafiar todo el poder y fúria de la hueste enemiga. Aun cuando fuese esta numerosa, no era fácil intentar el asalto; y las minas de que se valieron, fueron tambien inútiles;

por cuanto los sitiados acudian con presteza y arrojo, destruyendo las comenzadas obras, y amenazando con una muerte segura á cuantos osasen penetrar por aquella peligrosa senda.

La esperanza de los sitiadores fundábase principalmente en la falta de provisiones, y sobre todo de agua: tormento continuo, incesante, de todas las horas y momentos, que la necesidad renueva, y que la imaginacion acrecienta hasta el punto de hacerlo intolerable. Estaban los moros ciertos de que tal era la angustiosa situacion de los cristianos; así por haber dado tormento á un peon que enviaron con un pliego para el de Teudilla; como por haber visto arrojar desde los adarves unos cuantos caballos, que habian muerto de sed.

Confiados los sitiadores en este ausiliar poderoso, enviaron á Lantin, Alcaide que fué de Cambil, para que intimase la rendicion á la fortaleza: ofreciendo en nombre de Boabdil benignas condiciones. Oyó Pulgar al mensagero, desde lo alto del muro; y haciéndole seña con la mano que aguardase un breve espacio, volvió de allí á poco y le dijo: «Dale á tu rey ese cántaro de agua de la que nos sobra; y por la buena nueva que nos has dado de que vais á asaltar el castillo, toma en albricias esa taza de plata» (60).

Arrojóle uno y otro y tornóle la espalda; quedando el moro sonrojado, ardiendo en

deseo de venganza. Informado Boabdil de aquel suceso, que miró cual provocacion y desacato, estrechó mas y mas el cerco; repitiendo una y otra tentativa para tomar el castillo á viva fuerza; pero como pasasen dias y dias, sin adelantar en su propósito, resolvió al cabo levantar el campo, con noticia que hubo de que el rey D. Fernando, al frente de su hueste, venia á toda prisa camino de la vega, para atajar á Boabdil la vuelta hácia Granada. Apresuróse pues el rey moro á refugiarse dentro de sus muros; dejando solamente una parte de su ejército, para dar calor y abrigo al levantamiento de las Alpujarras.

CAPITULO XXXV.

De los riesgos y desventuras que sobrevinieron á Zoraya.

Ardia por aquel tiempo la Alpujarra en cruelísima guerra, habiéndose levantado toda ella contra el Zagal y los cristianos. Escasos estos en número, sorprendidos, amenazados de muerte, procuraban refugiarse en los castillos y peñas bravas; pero aun era mayor la furia de los sublevados contra aquel príncipe, al cual miraban como traidor á Dios y á su patria.

La calidad del terreno, la índole de los moradores, el vestir unos y otros comba-

tientes el mismo traje y hablar la propia lengua y conocer á palmos hasta los senos mas ocultos de aquellas sierras, daba motivo y ocasion á que la contienda se ostentase mas sangrienta y cruel que si fuese entre estraños: no habia villa, pueblo, alqueria, á que no hubiese saltado alguna chispa del incendio.

Al oir de cerca el rumor de las armas, encontróse Zoraya en la situacion mas lamentable que imaginarse pueda: temia ser sorprendida en su pacífico asilo; temia aun mas que por sí misma, por los dos pedazos de su alma; y ni un solo instante se apartaban de su memoria los riesgos que habia corrido y los que tal vez la amenazaban. De los dos príncipes que se disputaban el dominio de aquella tierra, uno era Boabdil, ó por mejor decir Aixa, cuyo solo nombre hacia estremecer á la desventurada; el otro era el Zagal, desapiadado, cruel, arrepentido y pesaroso de no haber desfogado en ella su cólera y venganza. Atormentada por estos pensamientos, no hallaba la infeliz un solo instante de sosiego: el menor ruido la aterraba; despertaba despavorida; y al punto abrazaba á sus hijos, cual si temiese que se los robáran. Viéndola en tal estado y que su salud se resentia de tan continua angustia, cedieron al cabo á sus instancias Arlaja y su sobrino; y determinaron llevarla á otro paraje mas oculto y lejano, esperando que la dis-

traccion del viage esparciese algun tanto su imaginacion y calmase su temor y zozobra.

Asi para no ser vistos y tal vez conocidos, como para evitar los ardores del sol en la estacion mas rigurosa, procuraban caminar sosegadamente, saliendo con el alba, y descansando á la sombra, durante el peso del dia. Al tercero de su partida, descubrieron á mano derecha del camino una espaciosa gruta, en el repecho del monte, casi cubierta la entrada con las vides y pámpanos que se desprendian serpenteando desde la misma cresta. Era aquel sitio tan apacible que estaba convidando; y para que nada faltase, un cristalino arroyo bajaba despeñado de piedra en piedra, refrescando el ambiente y salpicando las olorosas plantas.

Allí determinaron nuestros viageros pasar las graves horas de la siesta, y con el cansancio y la frescura, poco fué menester para que se dejasen saltear del sueño.

La mas vencida de él era Zoraya; que bien lo necesitaba, despues de tantas ansias y desvelos! No parecia sino que la suerte misma se apiadaba y queria mitigar sus pesares; pues ora fuese lo apacible del sitio, ora el aire embalsamado que respiraba, trajeron á su fantasía los bosques del Dauro y las delicias de la Alhambra; creyéndose en aquellos momentos reina otra vez y al lado de su esposo.

Entre tanto Arlaja y su sobrino dormian

profundamente; y los niños, pasado el primer sueño, ni aun á moverse se atrevian, por no despertar á su madre.

Mas acertó á pasar una bandada de palomas torcaces, que solian beber en el cercano arroyo y recogerse tal cual vez en el oscuro centro de la cueva. Al verlas revoletear tan cerca, acudieron los niños con el ansia que es tan natural, y aun hicieron ademan los inocentes de querer coger alguna con las manos.

En esto, divisaron allí cerca unos moros, que estaban á la sombra de los árboles, atados al tronco los caballos; y asustados los niños, metiéronse en la cueva, dando al entrar un grito. Despertó despavorida Zoraya, despertó Arlaja, despertó su sobrino; y al abalanzarse este á la puerta, ya la halló atajada por un tropel de moros, que al ver esconderse aquellos rapaces, y esperando quizá coger alguna rica presa, acudieron presurosos, las armas en la mano. Verlos la infeliz madre y abrazar convulsa á sus hijos, todo fué un solo punto: ni aun sabia si estaba dormida ó despierta; solo si que ansiaba hablar y tenia un nudo en la garganta. Ya estaba por tierra y maniatado el sobrino de Arlaja; y viéndose la mora amenazada á su vez, olvidó su propio riesgo y solo repetia: «No temas por nosotros, Zoraya!»

Al oir este nombre, quedáronse pasmados los moros, conociendo que aquella era la

reina de Granada: *ella es!* repitieron con feroz alegria; y al punto recordaron el ódio de Aixa y su deseo de venganza, y las recompensas que habia ofrecido á quien se la presentase muerta ó viva, cuando se escapó de sus garras.

La sangre se le heló en las venas, al verse la infeliz en tal peligro: el pasmo, el terror, ó tal vez un impulso de altivez y de orgullo, le pusieron un candado en los lábios; sin responder á las cuestiones de aquellos foragidos, ni confesando ser ella ni tampoco negándolo.

Por lo que respecta á Arlaja, cuando comprendió que por su imprudencia habia comprometido la vida de la que mas amaba, daba tales voces y alaridos, como si hubiese perdido el juicio; arrojándose á los pies de los mónstruos, y ofreciéndoles cuanto tenia en el mundo, á trueque de que dejasen libre á aquella madre desventurada.

Sin dar oidos á súplicas ni ruegos, y antes bien anhelando cobrar el precio de su víctima, en cuanto llegasen á Granada, emprendiron los moros el camino aquella misma noche; y solo condescendieron en que fuesen los niños al lado de Zoraya; ora fuese que las lágrimas y sollozos de una madre ablandasen al cabo sus empedernidos corazones, ora aguardasen mas crecido premio si la entregaban viva, y temiesen que el esceso del dolor le acarrease la muerte.

Pasó la cuitada aquella noche, que le pareció un siglo, sin mas consuelo que mirar á sus hijos y llamarlos de vez en cuando por sus nombres; como si necesitase oir su voz, para estar cierta de que iban á su lado; y al clarear el dia, dióle un latido el corazon, incierto entre el temor y la esperanza, al ver llegar por la propia senda un tropel de caballos.

Los moros que con ella iban tuvieron apenas tiempo para reconocer quiénes eran; y en el momento mismo, ya se hallaban mezclados, confundidos, cruzándose las armas. Un abrir y cerrar de ojos duró el ciego conflicto; y cuando se disipó la polvareda, solo se descubrian en el campo unos pocos de Boabdil, muertos ó heridos; habiéndose los demas puesto en fuga.

El sobrino de Arlaja se hallaba maniatado, casi deshecho entre los pies de los caballos; y la infortunada, habiendo acudido á ponerse delante de Zoraya, habia pagado con la vida su lealtad y cariño.

Por lo que hace á la desventurada madre, perdió el conocimiento desde el instante mismo en que principió el terrible reencuentro; y parecia milagro del cielo que ella y sus tiernos hijos hubiesen escapado salvos de aquel destrozo.

Apenas cesó algun tanto, ordenó el caudillo que apartasen á la vera del camino á aquella muger desmayada, cuya vista le cau-

só lástima, al advertir el dolor de sus hijos, que no se despegaban de ella, asidos de sus vestiduras; pero quiso la mala suerte que lo que habia de ser para bien se trocase muy luego en daño. El que capitaneaba aquella gente era el Xeque de los Gomeres; el mismo que tanto habia contribuido á la coronacion del Zagal y que le habia seguido desde entonces, así en la próspera fortuna, como en la adversa; no por fidelidad á aquel príncipe (que mal la guarda á un rey quien fué traidor á otro) sino por el ódio que le profesaba Boabdil y los peligros que correría en Granada. Conoció pues á Zoraya en el instante mismo, á pesar del estado en que se hallaba (¡cuán distinta de como la habia visto en los régios salones de la Alhambra!) Vínosele juntamente al pensamiento cuando llegó con el cadáver de su esposo, y la mirada de desprecio, que le dejó clavada en el corazon, como una flecha emponzoñada; y deseoso de vengarse y de grangear por todos medios la buena voluntad del Zagal, determinó en el acto conducir á Zoraya á su presencia.

CAPITULO XXXVI.

Mas peligros y desdichas.

Hallábase el Zagal á la sazon en la villa de Andarax; digna córte de su menguado impe-

rio (61). Habianle recibido sus vasallos con inequívocas muestras de desvio y repugnancia; subió de punto el ódio, cuando le vieron acudir como vasallo al llamamiento de los monarcas de Castilla, y concurrir con doscientas lanzas (qué afrenta!) á devastar la Vega de Granada; (62) y apenas la hueste de Boabdil asentó el pie en las Alpujarras, alzáronse á una voz aquellos habitantes. Temblando ante las iras del pueblo quien tantas veces arrostró impávido la muerte en los campos de batalla, bien fuese efecto de la edad y cansancio, bien que el gusano del remordimiento le estuviese royendo el alma, estaba el Zagal inquieto, desconfiado de todos, temeroso hasta de su sombra. Ni aun á salir se atrevía del castillo, por recelo de que le asesinasen; y veia sublevarse unos tras otros sus villas y lugares, sin acudir con su antiguo brio á sujetarlos por las armas.

Pues como una noche se hallase en una oscura estancia, abismado en sus tristes cavilaciones, llegó de improviso el caudillo de los Gomeres, anunciándole con semblante regocijado que ya estaba en su poder Zoraya. Al oirlo, se estremeció el Zagal; como si una muger inerme y unos tiernos niños le causasen espanto. Agolpóse á su imaginacion el destronamiento de su hermano, su prision, su anticipada muerte; y no parecia sino que aquellos inocentes venian á ser instrumentos del castigo del cielo.... *Que no se*

presenten á mi vista!.... repitió varias veces; y otras ciento preguntó si habian llevado á aquella muger y á sus hijos (ni aun osaba nombrarlos!) á la torre mas apartada. Difundióse la nueva por el pueblo, refiriéndola cada cual á su antojo; pero culpando todos al Zagal por su crueldad y tiranía. La suerte de aquella desventurada madre y de las inocentes criaturas despertó un sentimiento de lástima; á punto que el Zagal, mas indignado al saber la compasion que les mostraba el pueblo, resolvió en el arranque de la ira sacrificar aquellas víctimas. Detúvole, sin embargo, el temor de provocar un levantamiento; y disimulando su cólera, revolvia en la mente mil medios de satisfacer su inveterado encono.

En tanto que aun vacilaba incierto, pendiente la cuchilla sobre la cabeza de aquellos desdichados, amenazaba á estos otro gravísimo peligro, que corria á la par su tirano.

Desde el punto y hora en que se sublevaron los pueblos de aquella comarca, habian procurado por medio de ocultas tramas ganar el ánimo de los moradores de Andarax, para que á su vez se levantasen. Era esta empresa sumamente árdua; ya á causa de las precauciones que tomaba el desasosegado príncipe, encastillado en el alcázar, ya por hallarse defendido por los Gomeres, estraños á aquella tierra, y fieles á las banderas del que acataban cual monarca. Sin dejarse

intimar por tantos obstáculos, fraguaron los conjurados su plan con tal arte y secreto, que se sintió al propio tiempo el golpe y el amago. Pocas horas antes de clarear el dia, cuando esperaban que los guardas del castillo estuviesen mas rendidos del sueño, sonó dentro de aquel recinto la aterradora voz de *fuego!* y se vió salir humo de una de las torres. Mostráronse luego las llamas que por momentos crecian; y crecia á la par la confusion y espanto: corrian de una parte á otra los soldados; acudian presurosos los caudillos; empuñaba el Zagal sus armas. Cien mandatos dió á un tiempo, á fin de atajar el incendio, antes que abrasase el alcázar; mas como recelase que no fuera obra del acaso, sino de traidor designio contra su persona, resolvió no ponerse en salvo hasta el último estremo; temiendo que á la salida del castillo le hubiesen tendido algun lazo.

Ordenó pues al caudillo de los Gomeres, que volase con parte de los suyos á apoderarse de la vecina plaza, á fin de contener al pueblo; y lo hizo tan á tiempo, que al bajar por la pendiente, ya se oian los gritos y amenazas de los amotinados.

Al pie mismo del castillo, trabóse la pelea entre uno y otro bando, distinguiéndose apenas entre la incierta luz de la mañana; pero descargando golpes con tal ímpetu y fúria, que al cabo de pocos momentos corria la sangre por la plaza.

A la primera voz de *fuego!* habia despertado Zoraya, y tan lastimada tenia su imaginacion, que creyó por el pronto que era un pesado ensueño. Mas como se repitiese el clamor y viese por entre los hierros el rojo resplandor de las llamas, sintió correr por sus miembros un sudor frio; y abrazando á sus hijos, corrió por un instinto natural hácia la ventana. Allí empezó la sin ventura á clamar con voz tan triste y desconsolada, como si le arrancasen el alma; y cuando advirtió que nadie la oia, y que cundia el incendio, y que al pie mismo de la torre sonaba el rumor de las armas, vió segura, inminente su muerte, y el terror atajó al propio tiempo su llanto y sus palabras. Hincada de rodillas en medio de sus hijos, los estrechaba contra su corazon, y reclinaba su cabeza sobre la de aquellos inocentes, como si así los preservase del golpe que los amenazaba.

Entre tanto se acrecentaba por instantes el furor de los sublevados; mas cuando ya creian segura la victoria, esperando á cada momento ver llegar en tropel la gente de los pueblos cercanos, quedáronse sorprendidos, absortos, al escuchar muy cerca el sonido de trompetas y el galopar de caballos.

Por un impulso natural, unos y otros dejaron en suspenso las armas; y en esto vieron llegar un crecido número de ginetes cristianos, ostentando el caudillo en su lanza un pendoncillo blanco.

Era no menos que Gonzalo Fernandez de Córdoba, quien apenas se vió libre y desembarazado, mandó arrasar el castillo de la Malaha; y se encaminó con toda su gente á la Alpujarra, para acudir á donde fuese su presencia mas necesaria. Sabedor, al llegar allí de como se habia levantado toda la tierra y del gravísimo riesgo que corrian los cristianos, sacó los escasos presidios de torres y fortalezas, y tomó la via de Andarax, para sostener al vasallo del rey de Castilla, contra las armas de Boabdil y contra los pueblos rebelados.

Quiso la buena suerte que llegase tan á punto, que con el aparato de la fuerza y con el peso de su autoridad, logró interponerse entre uno y otro bando; asentándose al cabo una especie de trégua. En tanto habia logrado el Zagal que se atajase el fuego; y cuando se disponia á bajar á la plaza, creyendo que era necesaria, urgente su presencia, le anunciaron la llegada de los cristianos y el fin de la contienda. Ni él mismo sabia si alegrarse ó sentirlo: celebraba ver alejado el peligro y su dominacion afianzada; pero le dolia deberlo á manos estrañas, poco antes enemigas.

Ni tiempo tuvo para componer el semblante; cuando vió llegar á Gonzalo de Córdoba, quien se esmeró en tratarle con señaladas muestras de respeto; omitiendo, para no lastimarle, hasta la mas mínima mencion del insigne servicio que le habia prestado.

El Zagal, por su parte, procuró darle gracias, si bien con sequedad y encogimiento; apresurándose uno y otro á poner término á aquella entrevista, poco grata á entrambos.

Cuando refirieron al caudillo cristiano los sucesos de tan tremenda noche, hubo alguno que con buena intencion ó por acaso, aludió á la desventurada madre y á sus hijos, á quienes habian hallado poco menos que muertos de terror y espanto. Las estrañas circunstancias del hecho y el sentimiento natural que despiertan las desgracias en un pecho noble y honrado, sirvieron de acicate á la curiosidad del caudillo cristiano; y cuando sospechó quién era la cautiva, y que era muger y reina y desgraciada, le asaltó á la imaginacion cuanto habia oido de boca de su amigo, corrió en el mismo instante, presentóse de improviso al Zagal, y demandóle resueltamente la libertad de su prisionera.

No acertó aquel príncipe con las palabras: tan grande fué su sorpresa. Tentó despues poner en duda que fuese la cautiva quien el vulgo imaginaba; mas como viese al Gonzalo determinado á cerciorarse por sus propios ojos, sin levantar mano de la empresa, ahogó el Zagal la ira y procuró disuadirle con corteses palabras. No ignoraba el caudillo cristiano que podia emplear la fuerza, si menester fuese; pero deseando conseguirlo por medios mas templados, hizo presente que el rey D. Fernando recibiria como aga-

sajo hecho á su persona aquella muestra de benignidad; pues que la desventurada señora habia nacido en tierra de Castilla, y estaba emparentada con lo mejor de España.

Viendo el Zagal que no habia medio de evitarlo, cedió al cabo, procurando sepultar su despecho en lo íntimo del alma; pero la mano le temblaba de cólera, al entregar á Gonzalo las llaves de la mazmorra en que yacia la desventurada.

Sin perder momento ni aguardar á que llegase el cercano dia, fué el capitan cristiano á ponerla en libertad; pero en poco estuvo que su celo mismo é impaciencia costase á la infeliz la vida.

Al crugir los candados y rechinar el quicio, saltó del lecho despavorida, creyendo que tan á deshora, y con aquel estrépito, no podian venir á su prision sino para matarla. Mucho fué menester para disuadirla de aquel errado concepto: ni hablaba, ni respondia, ni aun podia llorar; y á veces se asomaba á sus lábios una amarga sonrisa, que contrastaba con el sello de la muerte que tenia estampado en su semblante.

Creyendo que seria mas fácil desvanecer sus recelos y que recobrase la serenidad, viéndose fuera de aquel encierro y respirando el aire del campo, dispuso Gonzalo que, en cuanto amaneciese, la sacasen fuera de la villa; y encomendó á su amigo D. Sancho de Castilla que con buena escolta la acompaña-

se. Díjole el modo y forma con que habia de llevar á la afligida madre y á sus hijos, hasta dejarlos seguros y tranquilos en la fortaleza de Illora; entregando el sagrado depósito en manos de doña María Manrique, su esposa.

CAPITULO XXXVII.

Pasa el Zagal á las partes del Africa.

Los recientes sucesos, en que á la par se habia manifestado el ódio de los pueblos y la pesada proteccion de los cristianos, acabaron de abrir los ojos al Zagal respecto de la situacion en que se hallaba (63).

Allegóse á ello saber que el rey D. Fernando, despues de haber talado los campos de la vega, se encaminaba á la comarca de levante, á fin de refrenar á las ciudades de Guadix y de Baza, que andaban desasosegadas: con cuyo motivo dió órden aquel monarca para que saliera fuera de su recinto un crecido número de mudejares, que habian quedado en ellas en virtud de los recientes pactos.

Con el fin de impedir, al propio tiempo, que se hiciese mas terrible y peligroso el levantamiento de la Alpujarra, dispuso que se arrasasen los castillos y torres de aquella comarca, sin esceptuar siquiera la fortaleza de Andarax, donde tenia el Zagal su residencia (64).

No pudo pues quedar á este la mas mínima duda respecto de la suerte que le aguardaba; y desvanecidas todas las ilusiones, con que le habia deslumbrado el oropel de su trono de burla, nada ansiaba con tanto afan como salir á cualquiera costa de aquel estado miserable. Encomendó, por lo tanto, á Gonzalo Fernandez de Córdoba que hiciese presente al rey su deseo de pasar á las costas de Africa, vendiéndole sus estados (65); y que esperaba que el monarca de Castilla tendria á bien cumplirle lo que le habia prometido, si llegaba semejante caso, dándole los bageles y medios necesarios para conducir su familia y tesoros, juntamente con las personas que quisiesen seguirle (66).

Mucho se holgó el rey D. Fernando al recibir tan grata nueva; que un trono ageno en reino propio, por pequeño y mezquino que aquel sea, sirve siempre de estorbo. Y para no dar márgen al arrepentimiento, atendido el carácter veleidoso de aquella gente, dispuso todo lo necesario para que se verificase la partida, antes que la llegada del otoño alborotase los mares.

Acompañado de su familia y de un escaso séquito, salió el Zagal muy entrada la noche, para no ser percibido de la gente del pueblo; y continuó su camino hácia la costa, silencioso, cabizbajo, hincada la barba en el pecho. El propio no podia adivinar la causa de tan profunda melancolía, y al volver la

espalda á aquellos montes, y al divisar las naos que en el puerto de Almuñecar le aguardaban, involuntariamente levantó los ojos al cielo y se le saltaron las lágrimas.

Como que sintió algun alivio, asi que se vió en alta mar; ora fuese la suave brisa que rizaba las olas, ora la esperanza de encontrar en la opuesta ribera el descanso y la paz que tanto habia menester. Segun iba navegando el bajel, su imaginacion á la par se engolfaba en menos tristes pensamientos; y al cabo presentó á su vista una risueña perspectiva, pintándole la sosegada vida que disfrutar podria, libre de cuidados, ya en un palacio que mandaria labrar orillas del mar, ya compartiendo sus dias entre el ejercicio de la caza y las delicias del campo.

Al poner el pie en Africa, hizo ademan de querer besar la tierra, cuna de sus mayores, y donde esperaba hallar puerto y asilo; y deteniéndose apenas lo preciso para tomar descanso, envió un mensagero al rey de Fez, anunciándole su llegada.

Era aquel monarca temido y respetado de la gente mora, no solo por su edad y prudencia, sino por ser de la estirpe de los Xerifes, y el mas fiel guardador de la ley del Profeta. Severo con los demas, y aun mas consigo propio, estremaba el cumplimiento de la justicia hasta pisar los límites de la dureza, creyendo que por tal medio realzaba á la par su autoridad, y mantenia sose-

gado el reino. No queriendo, sin embargo, proceder por su solo parecer en materia tan grave, convocó en su palacio á los Alfaquíes y sábios mas afamados de la ciudad, juntamente con el Wazir mayor y el alcaide Aben Farruch, que desde que tornó de Granada, habia acrecentado cada dia su influjo y valimiento.

Apenas reunido el consejo, espuso el monarca en graves y pausadas razones el mal estado en que se hallaba el imperio de los Muzlines en España, próximo á su completa destruccion y ruina, por culpa de sus príncipes.

Entre todos ellos ninguno tal vez merecia tanto como el Zagal, la maldicion y castigo del cielo: él habia sembrado en el palacio de la Alhambra el grano de la discordia, azuzando al hijo contra el padre, y al padre contra el hijo para arrebatar el trono á entrambos; él habia manchado sus manos con la inocente sangre de un príncipe en el castillo de Almería; él habia destronado á su propio hermano, acortándole la vida, si es que no con tósigo y yerbas, con el veneno mas sutil de los pesares; él le habia negado hasta sepultura en la tierra en que descansaban los huesos de sus padres, y despues de haber dividido y escandalizado al reino, habia consumado su carrera de traiciones y alevosías, convirtiéndose en vil instrumento de los idólatras y en verdugo de los verdaderos creyentes.

Era, pues, necesario imponerle un ejemplar castigo que dejase memoria á las generaciones venideras, y con tanta mas razon, cuanto que la postrera esperanza fundábase en Granada, regida por Boabdil, apocado, que por dos veces en brevísimo tiempo habia besado los pies del monarca cristiano.

Así que hubo terminado el de Fez su razonamiento, encareció cada cual de sus consejeros la necesidad de hacer un terrible escarmiento, distinguiéndose por su crueldad los Alfaquíes para ostentar su celo en favor de la ley, y lo propio Aben Farruch, aunque por motivo distinto, pues que principalmente le movia el deseo de vengar á Albo Hacen, que en otro tiempo le colmó de mercedes.

Muy ageno de imaginar lo que en contra suya se fraguaba, entró el Zagal en la ciudad á boca de noche; y dejando detrás su comitiva, encaminóse casi solo al alcázar, presuroso, impaciente, por ver de cerca á aquel afamado monarca, y escuchar de su boca algunas palabras de consuelo. Tan presuroso iba, que resbaló el caballo al entrar por el puente levadizo, y en poco estuvo que cayese por tierra. Apretósele el corazon, cual si fuese aquel acaso un fatal agüero; pero él propio se sonrojó de su flaqueza, y componiendo el rostro, demandó con gravedad á un alcaide que le condujese á presencia de su monarca.

En esto echó pie á tierra, y al seguir los pasos de su guia, estrañó su profundo silencio; siguióle, sin embargo, atravesando un patio y otro patio, y entrando al cabo en un corredor largo y estrecho, apenas alumbrado por un débil reflejo: *¿Dónde me llevas?* (dijo) y como no le diesen respuesta, por un impulso natural, echó mano al alfanje. Mas no bien hizo aquella demostracion, cuando se arrojaron sobre él seis esclavos negros, y llevándole casi arrastrando por el oscuro ándito, llegaron con él hasta pisar una compuerta, y descendieron juntos á una profunda mazmorra. Atados pies y brazos con retorcidos nudos, le arrojaron por tierra, y sujetos los cautro remos por forzudos sayones, acercóse de improviso otro, y le abrasó los ojos con una bacía de azofar ardiendo..... Puso el grito en el cielo, y con la fuerza del dolor perdió el sentido, y quedó casi muerto.

No volvió en sí hasta ya muy entrado el dia, y aun fué menester valerse de bálsamos y yerbas para restituirle la vida..... ¡nuevo refinamiento de crueldad despues de tan bárbaro tormento!

Cuando recobró su razon, y se halló en aquel miserable estado, arrojaba tales quejidos, que daba compasion á sus mismos verdugos: por muchos dias se negó á tomar alimento, y solo pedia salir de aquella tierra de maldicion por no morir en ella.

Otorgáronle al fin lo que demandaba, no por acceder á sus ruegos, sino para que llevase por el mundo el testimonio del castigo que le habian impuesto; y saliendo del reino de Fez se encaminó, desvalido y errante, á la ciudad de Velez de la Gomera.

Gobernaba allí un príncipe de blanda condicion, que le dió hospitalidad y asilo, reputándose dichoso el desvalido anciano con que le dejase respirar el aire libre y sentarse por las tardes á orillas del mar para oir el batidero de las olas. Allí pasaba horas enteras abismado en sus pensamientos, y á veces se levantaba despavorido; como si le picase una víbora.

Porque es de advertir que su mayor pena y tormento no consistia en la memoria de su antiguo poder, ni en el desamparo en que á la sazon se encontraba, ni en el dolor que le causaba haber visto por vez postrera la hermosa luz del dia, hallándose como en un sepulcro en medio de la tierra; para mayor torcedor y martirio, habia dispuesto el cielo que de vez en cuando zumbase en sus oidos la terrible maldicion de su hermano: *¡Permita Dios que se vea como yo, ciego y destronado!.....*

Para que fuese la espiacion mas completa arrastró algunos años el peso de la vida; y ora procurase por semejante medio escitar la compasion y lástima de aquellos naturales, ora quisiese manifestar con un ejemplo

vivo la vanidad y miseria de la humana grandeza, llevaba un rótulo pendiente del cuello, y en él se leian las siguientes palabras: *Este es el desventurado rey de los andaluces* (67).

CAPITULO XXXVIII.

De como el rey D. Fernando puso cerco á Granada.

Tomadas todas las ciudades, villas y fortalezas que servian de escudo á Granada, quedó esta ciudad *desamparada y sola* (segun las sentidas espresiones de un escritor de aquellos tiempos) *como un cuerpo sin miembros, como un árbol sin ramas, como una madre á la que han arrebatado sus hijos* (68).

Estimó por lo tanto el rey D. Fernando que era llegado el caso de descargar el postrer golpe, á fin de coronar con aquel triunfo la completa liberacion de España; y apenas asomó la primavera engalanando con verduras y flores los hermosos campos de Andalucía, salió de la ciudad de Sevilla con un lucido ejército, en que se contaban al pie de cincuenta mil peones y diez mil caballos, los mas de ellos criados en las frondosas márgenes del Bétis. Envió delante al duque de Escalona con buen golpe de gente, á fin de que penetrase en el valle de Lecrin, asomándose á las Alpujarras, y destruyendo algunos

lugares que se habian sublevado; en tanto que el monarca en persona seguia sus huellas para hacerle espaldas. Precaucion tanto mas acertada, cuanto que al divisar los moros de Granada la hueste cristiana que entraba por la Vega en la estacion florida para talar las mieses y hambrear á los moradores, salieron con gran ímpetu y fúria, dando en la rezaga. Acudió allí el rey con los condes de Cabra y de Teudilla, que mas de cerca le acompañaban; y trabando con ellos una reñida pelea, los obligaron mal su grado á volverse á guarecer detrás de las murallas.

Entre tanto el de Escalona se habia adelantado con su gente por el valle de Lecrin, que en el mes de abril parecia un paraiso; y fué tal el asombro de aquellas gentes, que nunca habian visto cristianos á no ser cautivos, que abandonaban sus hogares, llevando el espanto hasta el centro de la Alpujarra (69).

Por lo que respecta al rey D. Fernando, apenas dió vista al Padul, ordenó que tornase la hueste; deseoso de asentar cuanto antes los reales á vista de Granada. A dos leguas escasas, en un hermoso llano, desde el cual se descubre gran parte de la ciudad en magnífico anfiteatro, junto á un manantial abundantísimo, y no lejos del caudaloso Genil, que se enseñorea de aquellos campos, dispuso el rey que se asentasen las estancias.

Era aquel lugar deleitoso, cuanto cabe en la tierra: perdiase la vista en los estensos prados, de un verde tan suave que parecian un campo de esmeralda. Allí á mano el Soto de Roma, convidando con su frescura y corpulentos árboles; mas allá la Sierra de Elbira, desnuda y pelada, como para formar contraste en el hermoso cuadro; y allá á lo lejos, cerrando el horizonte, el cerro de Dinadámar con sus huertas y cármenes y los magníficos palacios de Generalife y de la Alhambra.

Cuando al salir el sol descubrió el rey Fernando aquella perspectiva, quedó por largo trecho tan absorto y pasmado que ni palabras hallaba para espresar su arrobamiento; pero volviéndose, pasado algun tiempo, al conde de Teudilla, «poco hemos hecho (le dijo); mas merece Granada.»

Desde aquel punto y hora no se apartó de su imaginacion el placer que tendria la reina en disfrutar aquellas vistas y encontrarse rodeada de tan lucida hueste. Escribióle pues, á fin de que cuanto antes viniese á los reales; «que todo no ha de ser (añadia el príncipe) lástimas y pesares, como allá en el cerco de Baza.»

Recibió la reina aquella insinuacion con tanto mas júbilo y contento, cuanto que profesaba entrañable cariño á su esposo, y únicamente se apartaba de su lado lo muy preciso, para atender á la gobernacion del

Estado. Apresuró pues, su partida, desde Alcalá la Real donde se hallaba; y llegó muy en breve, trayendo en su compañía al príncipe su hijo y á la infanta Doña Juana (70).

Recibiólos el campo cristiano con tales muestras de alegría que casi rayaban en locura: al ver venir á la reina, parecia que se habia terminado la guerra, y que solo se aguardaba su presencia para recibir las llaves de Granada. Ostentaban los caudillos ricas vestiduras y arreos, flotando en las vistosas tiendas sus estandartes y blasones; el pendon real ondeaba á merced del viento sobre la estancia del monarca; y la gente de las ciudades y villas desplegaba á porfía sus modestas galas, habiendo levantado de trecho en trecho arcos de ramaje, con guirnaldas y coronas de flores.

Atravesó la reina con noble magestad y compostura, por medio del ejército que cubria el espacioso llano: y al pasar por delante de un grupo de soldados, acogió con afable sonrisa (volviendo cariñosa los ojos á su esposo) la sencilla tonada que cantaba el pueblo, aludiendo á los desposorios de aquellos príncipes:

Flores de Aragon
Dentro en Castilla son etc.

Empero lo que mas halagó á aquella tierna madre fué el ver el afan de los soldados

por contemplar de cerca al príncipe Don Juan, objeto ya de su cariño y esperanzas. Era en efecto aquel mancebo de lo mas cumplido y gentil que imaginarse pueda: hermoso rostro y gallarda presencia, corazon noble y claro entendimiento, vivo trasunto de la madre. Y para festejar su llegada, y que empezase aunque de muy corta edad, (contaba apenas doce años) á aprender en tan buena escuela el ejercicio de las armas, dispuso el rey que desde á pocos dias se le armase caballero.

Recibió la hueste aquella nueva con tal júbilo y entusiasmo, como si todos sus afanes y servicios se viesen así recompensados. Allí á su vista iba á ceñir el príncipe las armas; y tal vez antes de rendirse Granada, tendrian la dicha de que se trabase alguna escaramuza y rompiese el bizarro doncel su primera lanza.

El dia destinado á aquel acto solemne, amaneció tan despejado y brillante, como si el cielo y la tierra estuviesen de fiesta; y al despuntar el alba, ya estaba en oracion el príncipe, que siguiendo el ejemplo de su piadosa madre, deseaba no dar un solo paso en la carrera de la vida, sin demandar antes el favor de Dios y su proteccion soberana.

A la hora señalada salieron de su tienda los reyes, acompañados de prelados, caballeros y capitanes, á cual mas ricamente ata-

viados, y fueron á colocarse en medio de un anchuroso cerco, formado de millares de guerreros, tendidas al aire las banderas y desnudas las lucientes armas. Cosa de pasmo parecia: en el momento mismo cesó el rumor de la hueste, cesó el estruendo de la artillería, cesó el sonido de los bélicos instrumentos; quedando el campo en profundo silencio. Ni aun á respirar se atrevian, temiendo faltar al respeto debido á tan megestuoso acto; y era cosa de ver el aspecto que presentaba la hueste, vueltos todos los semblantes y clavados los ojos en el paraje que ocupaban los reyes.

En torno se veia, en reducido espacio, la flor y la gloria de España: allí el gran cardenal de Mendoza, canciller mayor de los reinos, con su sobrino el arzobispo de Sevilla y el piadoso obispo de Avila, confesor de entrambos monarcas; allí D. Enrique y D. Alfonso de Aragon, juntamente con el adelantado mayor de Andalucía, todos tres de régia estirpe y de alto merecimiento: allí D. Alfonso de Cárdenas y D. Juan de Zúñiga, maestres de Santiago y de Alcántara: allí el condestable Hernandez de Velasco, y el almirante mayor de Castilla; allí los duques de Medinaceli y de Infantado, al lado del de Alburquerque y del de Nájera; allí los condes de Ureña, de Teudilla, de Benavente, á cual mas esforzado; allí un D. Alonso de Aguilar, que coronó su gloriosa vida con gloriosísima muerte: allí

su hermano D. Gonzalo, destinado por la Divina Providencia para eclipsar algun dia la fama de tantos guerreros.

Para que todo contribuyese á la pompa del acto, hallábase en los reales un mensajero del rey de Tremecen; el cual, temeroso del poder de las armas cristianas, se preparaba con tiempo á granjear la buena voluntad del rey; ofreciéndole su amistad y brindándose á pagarle cierto tributo al año (71).

Por mas que los moros de Granada hubiesen demandado con premiosas instancias el favor y socorro de aquel príncipe, así como de los demas monarcas de Africa, no pudieron nunca recabarlo. El Gran Sultan de Constantinopla, cuya poderosa proteccion igualmente solicitaron, se contentó con enviar un embajador, que á la sazon se hallaba en los reales; así como dos venerables ancianos, que habia despachado con un fin semejante el Soldan de Egipto. Este fué quien tomó mas á pecho la defensa del Islamismo, tan gravemente amenazado en España; y haciendo venir á su presencia dos religiosos del Santo Sepulcro, los envió con fieros y amenazas, para que hiciesen saber á los monarcas de Castilla que si persistian en su propósito, vengaría tamaña ofensa en cuantos cristianos visitasen los Santos Lugares (72). No se ocultó á la prudentísima reina el grave peligro que por aquella parte amagaba; y deseosa de conjurar la tormenta, sin faltar á

lo que requeria el decoro de la corona, ni aventurar la vida de los desgraciados cristianos, estimó como mas acertado ganar tiempo y adelantar entre tanto la comenzada obra. Motivo por el cual ordenó á aquellos buenos religiosos que la siguiesen al campo, asentado ya delante de Granada; confiando en que una vez tomada la ciudad, no faltarian medios de templar las iras de aquel irritado monarca. Lejos de retraerla de su firme propósito, los santos varones la animaban: «Obre V. A. (le decian) como mejor cumpla al servicio de Dios y de estos reinos; que cuando nosotros allá volvamos, por muy felices nos tendremos en verter nuestra sangre en el paraje mismo donde el Divino Redentor derramó la suya por el hombre!»

No lejos de los dos religiosos, y al lado de otro, venido del convento de la Rábita, se veia á un hombre de mediana edad y alta estatura, el traje sencillo, pero el ademan noble, semblante meláncolico y la vista fija, como el que trae preocupado el ánimo con un solo y único pensamiento. Habia esto dado lugar á la burla de alguno que otro cortesano, y aun no faltó quien le tuviese por loco. Solo la reina Doña Isabel era digna de comprender á aquel hombre; y habiéndole acogido con señaladas muestras de benevolencia, le ordenó que la acompañase al cerco de Granada. ¡Quién les hubiera dicho que

en el mismo paraje que á la sazon pisaban, habia de firmarse el concierto para llevar á cabo la empresa mas gloriosa que han visto las edades; y que aquel hombre humilde, confundido á la sazon entre la turba, habia de dar un nuevo mundo por floron á la corona de España! (73)

En medio de tantos varones insignes se hallaba el príncipe D. Juan, á punto de ser armado caballero; y el que iba á darle aquella especie de bautismo de gloria era no menos que su padre el rey D. Fernando, quien siendo aun niño, habia empuñado las armas, sin haberlas casi soltado de la mano en el trascurso de tantos años.

Habia el monarca escogido por padrinos de su hijo á D. Rodrigo Ponce de Leon, marqués de Cádiz, que era como el alma de aquella guerra; y sin desmentir nunca su profunda política, dióle por compañero para aquel acto á D. Enrique de Guzman, duque de Medinasidonia; queriendo por todos medios borrar hasta la huella de la rivalidad de entrambas casas (74).

Al verse el príncipe entre aquellos insignes caballeros y delante de su augusto padre, perdió la color del rostro, y el respeto le embargó el aliento. Hincóse de rodillas con ademan sumiso; y desembainando el rey la espada, dióle con ella tres golpes en la cabeza; diciendo en alta voz estas palabras: «Dios nuestro Señor é el apóstol Santiago vos fa-

gan buen caballero; que yo vos armo caballero.» Y en diciendo esto, ordenó S. A. que calzasen al príncipe unas espuelas doradas, como al punto fué hecho; mandando luego que todos le guardasen las inmunidades y franquezas y esenciones y prerogativas que como á tal caballero le competian. No pudo el príncipe contener las lágrimas; tan conmovido estaba: y con apagada voz rogó á su padre que le dejase besar su mano. Hízolo así, resonando un clamor de alegría en todo el campo; y el rey le abrazó despues, y lo mismo hicieron los padrinos del príncipe y los grandes y caballeros que en derredor estaban.

Lo que entre tanto pasaba en el corazon de la reina no es para referido: solo puede comprenderlo una madre. Tan grande fué su alegría, que sintió como un peso que le ahogaba; y con su acostumbrada piedad levantó los ojos al cielo, rogando á Dios que bendigese á aquel hijo de sus entrañas.

No parece sino que ya veia el cuchillo de dolor que estaba afilando la muerte; y que con uno y otro golpe, descargados sin tregua ni respiro, habia de desgarrarse el pecho de aquella madre amorosísima, cubriendo de luto al reino y segando en flor tantas esperanzas! (75)

CAPITULO XXXIX.

Fuego del Real.

Corria ya el mes de julio sin que hubiesen dejado ver los sitiadores el menor sintoma de abatimiento ó de cansancio, cuando acaeció en el campo cristiano tan inesperado desastre, que con recordarlo hoy en dia, se erizan los cabellos de espanto. Iba ya de vencida la noche, y reinaba en las estancias un profundísimo silencio, como si no bubiese alma viviente en todo su recinto; solo se oia el sordo murmullo del viento, que zumbaba de cuando en cuando, barriendo la llanura y azotando las tiendas, que al récio embate retemblaban. Dormia el rey D. Fernando, rendido el ánimo y el cuerpo con la carga de la gobernacion y el peso de las armas; dormian allí cerca sus hijos con el sueño de la inocencia, apacible y suave, en tanto que en el pabellon inmediato velaba la reina Doña Isabel, cual si fuese el ángel custodio del campo.

Acostumbraba aquella piadosísima señora, así que se despedia de su esposo y echaba la bendicion á sus hijos, permanecer en oracion algunas horas, pidiendo á Dios por aquellas prendas de su cariño, así como por la paz y prosperidad de los reinos que le habia encomendado. A veces quedábase tan

embebecida, cual si tuviese con los cielos un secreto coloquio, y solia sorprenderla la aurora, hincada de rodillas y con un libro de devocion en la mano.

Así se hallaba aquella aciaga noche, cuando al sentir de cerca una ráfaga de viento, volvió impensadamente el rostro y vió el resplandor de las llamas. Ni aun tiempo tuvo para discernir lo que era; veia arder su estancia, y atajada la puerta con el fuego y el humo; y sin cuidarse del propio peligro, salió por medio del incendio para salvar á su esposo y á sus hijos que tan descuidados estaban. Al grito que arrojára, saltó el rey del lecho, creyendo que los moros habian entrado en el campo, y desnudando la espada, partió como un rayo para salvar la hueste. Entre tanto la solícita madre entraba en la tienda donde dormian sus hijos, los sacaba en brazos, y corria desatentada por medio del incendio, buscando un asilo seguro en que depositarlos..... La voz y el aliento le faltaban ya, cuando se vió rodeada de sus mas fieles servidores, que se disputaban la gloria de sacar de las llamas á la reina, ó perecer en la demanda. Porque es de advertir que apenas sonó en el campo la voz de ¡*fuego*! y cundió el rumor de que habia prendido en la tienda misma de los reyes, corrieron á un tiempo miles y miles de guerreros y penetraron por en medio de aquella hoguera; no dándose por satisfechos

hasta que tuvieron la certeza de que los monarcas y sus hijos estaban sanos y salvos. Lo que aumentó hasta lo sumo la confusion y el desórden, fué que cundió la voz de que los moros eran los que habian puesto fuego y que á la sazon asaltaban el campo. En lugar, pues, de atajar el incendio, corrian los guerreros á defender los reales, ansiosos de apagar en sangre infiel la justísima sed de venganza. Acudió el rey, uno de los primeros, mostrando en aquel trance su serenidad acostumbrada: acudió el marqués de Cádiz, capitaneando gran parte de la hueste; y pesaroso de no topar con los enemigos, se adelantó Fernandez de Córdoba por medio de la Vega, para cerrarles el paso, si intentaban prevalerse de aquel desastre.

Al tiempo de esclarecer se vió cuán grande habia sido, templándose solamente el dolor de tamaña pérdida al reflexionar que los príncipes se habian salvado por favor especial del cielo. Tan inquietos y recelosos estaban los soldados, que fué menester que la reina se mostrase una vez y otra para que con sus propios ojos se cerciorasen. «¡*A Granada!* (gritaban aquellos valientes) ¡*á Granada!* este es el mejor medio de que no vuelvan esos aleves á perturbar el sueño de nuestros monarcas.»

Trabajo costó al rey contener el arrojo de la hueste, que casi estuvo á punto de caminar hácia la ciudad para tomarla por asal-

to. Templó el prudente monarca aquellos ímpetus; y dió órden y concierto, á fin de que pudiese acamparse el ejército en aquel mismo paraje. Habianse quemado casi todas las tiendas, como que eran de lienzo y sedería, labradas muchas casas con leños secos y enramadas. Cundió pues el incendio, como suele en la misma Vega arder en las noches de estío un campo de rastrojo. Poco ó nada se salvó del estrago: la tienda de la reina, que era magnífica á no caber mas, como regalada por el marqués de Cádiz á la par generoso que bizarro, quedó reducida á pavesas; y tuvo aquella princesa que recogerse con sus hijos en la estancia del arzobispo de Sevilla, una de las pocas que por acaso se salvaron.

Mas en cuanto supo aquel desastre la nobilísima señora Doña María Manrique, esposa del Gonzalo Fernandez de Córdoba, se apresuró á enviar desde Illora no solo una tienda hermosísima para la reina, sino cuanto habia menester para su servicio y regalo. Lo cual dió márgen á que, apenas volvió aquel caudillo de provocar en vano á los moros en las puertas mismas de la ciudad, le dijese la reina Doña Isabel estas donosas palabras: «Gonzalo Fernandez, sabed que alcanzó el fuego de mi cámara en vuestra casa; que vuestra muger mas y mejor me envió que se me quemó» (76).

El incendio habia sido realmente casual;

pero no habia fuerzas humanas que bastasen á desarraigar el concepto de que era obra de los moros; ya proviniese esta creencia del ódio con que se les miraba, creyéndolos causadores de todos los males, ya naciese de la natural inclinacion de los hombres, que por lo comun se complacen en atribuir á causas singulares y estraordinarias aun los acontecimientos mas sencillos.

Allegóse tambien que en la ciudad se lisongearon los infieles de haber sido ellos los que pusieron fuego al campo cristiano; no faltando quien atribuyese esta hazaña al moro Tarfe, hijo del pueblo de este nombre, que era tenido por el mas valiente y arrojado de cuantos defendian á Granada. Para dar mas apariencia de verdad al hecho que se le atribuia, ó para hacer nueva muestra del poder de su brazo, presentóse por aquellos dias á vista de los reales; y con arrogante altivez retó á singular combate á cuantos caballeros en él se encontraban, sin esceptuar al mismo rey D. Fernando.

El clamor que aquel desafuero causó en el campo cristiano, es mas fácil imaginarlo que describirlo: todos los capitanes pedian á una voz salir á castigar tamaña osadía; quien alegaba sus servicios y merecimientos, quien imploraba el favor de la reina para ser el favorecido; quien dejaba traslucir el propósito de pelear brazo á brazo con el moro, aun cuando luego el rey castigase con pe-

na de la vida la desobediencia á su mandato. Toda la prudencia del príncipe se hubo menester para calmar el ardor de tantos valientes, sin alentar sus esperanzas ni lastimar sus generosos ímpetus; hasta que agotados todos los recursos, y para no suscitar rivalidad ni descontento, anunció por último el monarca que la eleccion se encomendaria á la suerte.

Mas antes que esto se verificase, habia dispuesto el cielo que un mancebo de pocos años hundiese en el polvo la altivez del alarbe. Pues como hubiese oido el mozo Garcilaso el desafío de Tarfe, y presenciase la contienda de los caballeros y capitanes que disputaban á porfía la gloria de vencerle, salió de oculto aquella misma noche, retó de aleve al moro y le emplazó para el punto que rompiese el alba á la inmediacion de los reales.

Al llegar al paraje designado, tuvo á menos el infiel medir sus armas con aquel rapaz, cuyas megillas apenas sombreaba el bozo; pero fué tal el empeño de Garcilaso y con tan acerosas palabras punzó el orgullo del feroz adversario, que al cabo desnudó este el alfange, dispuesto á segar como quien corta el tallo de una azucena, el delicado cuello de aquel mozo: no sabia el infiel que Dios ostenta á veces su poder y grandeza, armando el brazo mas débil para humillar la altivez de un gigante.

A los pocos lances, ya estaba Tarfe traspasado el pecho de mortal herida y revolcándose en su sangre; y al salir el sol, presentóse Garcilaso en el campo cristiano, ostentando en la mano izquierda un escudo con el glorioso timbre del *Ave María*, y en la punta de su lanza la cabeza de Tarfe, que aun desangrada y yerta parecia que estaba amenazando.

Hicieron los reyes al bizarro doncel mercedes muy cumplidas; otorgándole que perpetuase la fama de aquel hecho en el escudo de sus armas. Hoy dia es, y aun se vé un monumento religioso, levantado en el paraje mismo en que triunfó Garcilaso por la visible proteccion del cielo (77).

Celebraron todos á porfía el estreno de tan buena lanza, dándole á competencia mil plácemes y en horabuenas; pues apenas hubo en el campo un solo caballero que no anhelase tentar alguna hazaña de su cuenta y riesgo, ya que no habia querido la suerte concederle aquella victoria.

Sobre todo Gonzalo de Córdoba llegó hasta el punto de perder el sueño; no teniendo paz ni reposo hasta vengar en Granada misma el incendio del campo. Salió, pues, con este designio una noche oscurísima, seguido solamente de unos cuantos guerreros; y atravesando el espacioso llano, siguió la corriente del Genil hasta acercarse con él á la ciudad, por la parte que mira á la Sierra

Nevada. No lejos de *la senda de los Abencerrages* hizo alto con su gente; y allí les recomendó la mayor precaucion y sigilo, al subir por la *cuesta de los Molinos*, para no ser sentidos de los moros. Su intencion era aprovecharse del descuido en que se encontraban, muy agenos de sospechar tan temeraria empresa, para apoderarse de improviso del *cerro de Albahul* (llamado hoy *Campo de los Mártires*); y dando libertad á los infelices cautivos, regocijar al campo cristiano con aquel riquísimo tesoro.

No quiso la suerte inconstante (como si estuviese cansada ya de tanta gloria) coronar la obra del bizarro caudillo; y la impaciencia misma de los que le seguian, celoso cada cual de ser el primero que alcanzase la palma, dió márgen á tal confusion y desórden, que se malogró por su causa uno de los hechos mas insignes que en aquellos tiempos se intentaron (78).

El furor de Gonzalo de Córdoba, al ver tan cerca la ocasion de inmortalizarse y que se le escapaba de las manos, no hay palabras con que retratarlo: á voz en grito llamaba á los moros, deseoso de perder la vida en el mismo paraje; á fuerza de ruegos y de instancias pudieron apartarle de aquel sitio los amigos que le acompañaban; pero al llegar al punto en que el Dauro y el Genil mezclaban sus aguas, recordó la quema de los reales; y sonrojado de dejarla impune,

encendió una antorcha que á prevencion traia; y dando una récia espolonada á su caballo, llegó hasta el *castillo de Bibtaubin* y prendió fuego á una de sus puertas.

Tal fué la sorpresa de los moros, que ni lugar tuvieron de estorbarlo; y por mas prisa que se dieron de salir al campo, ya era demasiado tarde para alcanzar á los cristianos. Mentira pareció al siguiente dia, que hubiese hombre capaz de tanto arrojo; y aun susurrándose en la ciudad que quizá seria obra de algunos malcontentos, desasosegóse la gente y estalló un horrible tumulto.

Cuando Gonzalo de Córdoba llegó á los reales, mostrábase tan abatido y apesadumbrado, por no haber dado cima á su empresa; como pudiera el reo de alguna accion bastarda. Menester fué que los reyes le alentasen con benignas palabras; recordándole los claros hechos que en tan temprana edad habia ejecutado y los muchos que se prometia España de su gran prudencia y esfuerzo.

Los capitanes y caballeros principales á la par le animaban, y sus amigos allegados no omitieron tampoco nada de cuanto pudiese calmar su desabrimiento. Entre todos ellos se aventajó Hernan Perez del Pulgar, tan incapaz de villana envidia, que miraba á Gonzalo con la admiracion y entusiasmo que se contemplaba á un héroe; anotando

todos los pasos de su vida, para dejarla á la posteridad como dechado.

Mas en aquella ocasion no solo sintió la pena de su amigo, sino que el malogro de su empresa y la alarma de la ciudad le obligasen á retardar el cumplimiento del voto que habia hecho años atrás en la Alhama, y que habia renovado con mas fervor todavía al presenciar pocos dias antes el fuego de los reales.

Aguardó pues á que se borrase algun tanto la memoria del reciente suceso; y cuando ya iba muy entrado el invierno, llevó á cabo la empresa que por largo tiempo tenia meditada. En una oscurísima noche, penetró por el cauce del Dauro hasta el centro mismo de la ciudad; y con su propia mano prendió fuego á la puerta de la *Mezquita Mayor*, dejando clavado en sus muros un rótulo con el nombre de la Reina del cielo. Toma de posesion la mas peregrina y gloriosa que presenciára el mundo; regocijando á la par los coros de los ángeles, y anunciando como muy próxima la completa liberacion de España (79).

CAPITULO XL.

Fundacion de Santa Fé.

El incendio de los reales alentó por el pronto los ánimos de la ciudad; y aun se

difundió la voz de que los cristianos se disponian á levantar el campo, no pudiendo permanecer en aquellas llanuras, espuestos á los rayos abrasadores del sol, ni menos aguardar, sin reparo ni defensa, á que descargase sus iras el invierno.

Como llegasen estas voces á oidos de la reina, tomó al punto una de aquellas resoluciones que siempre le dictaba su corazon magnánimo: «Han ardido las tiendas, porque eran de lienzo y de enramadas; el mejor modo de que no vuelvan á arder es labrarlas de piedra....» Quedáronse todos pasmados, al oir las palabras de la reina y el tono grave y resuelto con que las pronunció. «Desde mañana mismo (añadió aquella esclarecida princesa) han de empezar á abrirse los cimientos de una ciudad, levantada en este mismo sitio, frente por frente de Granada, para recordarle á todas horas su irrevocable destino» (80).

Ensalzaron todos á porfia tan noble pensamiento, dispuestos á hacer los mas costosos sacrificios para llevarle á cabo. Los prelados, los grandes, los principales caballeros, los que venian capitaneando las gentes de las comunidades, presentáronse á la reina, para ofrecerle sus vidas y haciendas; rogándole á una voz que pues que de ella habia nacido aquel generoso designio, se perpetuase su memoria, dando á la ciudad que iba á labrarse el nombre de *Isabela*....

«Tanto no, (interrumpió la modesta princesa, encendida como una grana la color del rostro): pues que por la Fé combatimos, y por la Fé triunfamos, demos á la nueva poblacion el nombre de *Santa Fé*.... ¿cabe en el mundo ninguno tan glorioso?»

La piedad de la reina, á la par ardiente y sincera, era el alma de todas sus acciones: dándoles cierto brillo y realce que escitaba la admiracion y general aplauso. No bien se supo su propósito, y se repitieron de boca en boca aquellas palabras, resonó en todo el campo una voz de alabanza; y los soldados pedian hazadas y herramientas para abrir los cimientos de la ciudad y levantar sus muros.

El dia destinado para el acto solemne de asentar la primera piedra, estendióse en la llanura la numerosa hueste, con lucientes galas y vistosos arreos; en el centro se alzó una tienda magnífica, en la cual se veian repetidas y enlazadas como siempre las iniciales de ambos monarcas y su glorioso emblema, el yugo y las flechas; ondeando en la cima el pendon real con sus castillos y leones.

Habíase levantado en aquel sitio un altar sencillo, adornado con olorosas yerbas y flores del campo; y en su promedio se hallaba colocada una cruz, que tenian en suma veneracion los soldados, como traida de la Tierra Santa, cuya piadosa reliquia se ofrece todavía á la veneracion de los fieles.

En aquel ara, que recordaba los primiti-

vos tiempos, se celebró el incruento sacrificio, para pedir ante todas cosas la bendicion del cielo. El gran cardenal de España, asistido de insignes prelados, levantó en sus manos la Hostia Santa, inclinada la frente de los poderosos monarcas, arrodillados en el polvo los grandes de la tierra, latiendo el corazon con temor religioso á sesenta mil combatientes, capaces de conquistar un mundo... El estruendo de la artillería anunció muchas leguas á la redonda aquel acto solemne; y los muros de la Alhambra se estremecieron, próximos ya á desplomarse, al escuchar el récio estampido que repitió por los montes el eco.

Terminada la augusta ceremonia, dió el venerable prelado la bendicion á la hueste; y al son de las músicas acordadas y ondeando por los aires una nube de purísimo incienso, asentó con sus sagradas manos la primera piedra; levantando los ojos al cielo y diciendo en alta voz, cual inspirado Profeta: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella!*

Acercóse despues la piadosa reina; y asentó la segunda piedra, no sin timidez y encogimiento; tan conmovida estaba; y lo mismo hizo el rey D. Fernando, si bien con marcial desembarazo: resonando en todo el campo repetidos vivas y aclamaciones, al ver á entrambos lados del venerable pontífice á aquellos insignes monarcas.

Al dia siguiente, sin mas demora ni tardanza, se trazó el asiento y la estructura de la ciudad: la forma cuadrada, con dos anchas calles en cruz, y en el promedio una plaza; á cada uno de los vientos una puerta principal; y todo el ámbito ceñido de foso y muro, para ponerla á cubierto de los enemigos (81).

Tan pronto se levantó aquella mole de piedra, que parecia cosa de milagro; los moros no volvian de su admiracion y sorpresa. Veian nacer un pueblo, cual si saliese de debajo de tierra: maravillábanse un dia; y al siguiente se maravillaban aun mas; acercándose á veces hasta la mitad del llano, y rehusando dar crédito á sus mismos ojos.

Para apresurar la comenzada obra, escitando el fervor y celo de las principales ciudades y villas de Andalucía, dispuso la prudente reina que cada una tomase á su cargo labrar una parte de la ciudad; con lo cual se escitó tan noble emulacion entre ellas, que á competencia se esforzaban en dar cima y remate á la empresa. Un colmenar parecia aquel recinto; mas espesos y afanados los soldados y trabajadores que suelen verse en el campo á las solícitas abejas (82).

Así no es maravilla que apareciese labrada la ciudad, fuerte y hermosa, en el término de dos meses: siendo tal el abatimiento y desmayo que se apoderó de los habitantes de Granada, al contemplar de cerca los mu-

ros fronterizos, cual si viesen estampada en ellos (como allá en un festin famoso) su terrible sentencia (83).

CAPITULO XLI.

Batalla de la Zubia ó el dia de la reina.

Aun estaba por terminar la fábrica de Santa Fé, cuando mostró la reina deseos de ver la ciudad de Granada por la parte opuesta, aun mas deleitable y hermosa; y no bien lo hubo indicado, cuando el rey D. Fernando y los principales grandes y caballeros instáronle á porfía para que cuanto antes lo llevase á cabo.

Anhelaban todos la gloria de acompañar á la princesa, de escudarla con sus cuerpos, de probar tal vez en presencia suya el buen temple de sus espadas; siendo menester que el monarca interpusiese su autoridad, ó mas bien su direccion y política para que ninguno quedase descontento.

Entre dos albas salió de Santa Fé la reina para disfrutar del grato frescor de la mañana; y como si se encaminase en busca de la Sierra Nevada, llegó con el campo á un lugar llamado la *Zubia*, donde mandó hacer alto. Era cabalmente á tiempo que los rayos del sol iluminaban la ciudad, que se levanta mejestuosa desde las márgenes del Genil hasta las cumbres de la Alhambra; descu-

briéndose frente por frente, en cuanto abarcaba la vista, casas, jardines, torres, alminares y palacios.

Contempló la reina gran trecho el cuadro encantador que se le presentaba; en tanto que el rey D. Fernando ordenaba que se acercase la hueste á la ciudad; deseoso de aprovechar la ocasion de quebrantar sus brios, si osaban sus moradores salir á pelear en el campo.

Hacia ya algun tiempo que no se habian cruzado las armas; mas apenas avisaron los vigías y atalayas que la hueste cristiana se aproximaba, y cuando pudo distinguirse su calidad y número, fué tal el clamor que se levantó en la ciudad, como si ya se viese amenazada. Al punto aparecieron pobladas de gente las torres y murallas; lloraban por las calles las mugeres y niños; la plebe enfurecida pedia á gritos las armas; y Boabdil sacaba aliento de su flaqueza misma, reputando como menor peligro salir á combatir contra los cristianos.

Aquel dia se echó de ver, tal vez mas que en otro alguno, el poder y grandeza de Granada: en breves instantes, una ciudad asolada por espacio de tantos años, destrozada por la civil discordia y estrechada ahora por durísimo asedio, vió salir por sus puertas una lucida hueste, compuesta la mayor parte de briosos caballos, nervio de aquella guerra; y esparciéndose por la llanura

corrieron á provocar á sus contrarios (84).

Ya estaban estos apercibidos al combate: y en cuanto avisaron los esploradores que salia gente armada de la ciudad, resonó en todo el campo un grito de alborozo: «Vamos á pelear á vista de la reina.... ¿hay mas que apretar los puños y llevarla hoy mismo á Granada?...» Esto decian á una voz los soldados; y todo el anhelo y afan de los caudillos hubo de encaminarse á refrenar los ímpetus de la hueste, que ni la señal aguardó para arrojarse á la refriega.

Al momento en que esta iba á empeñarse, mostróse la reina Doña Isabel triste y apesarada, como si se reconviniese á sí misma por haber dado ocasion á que aventurasen sus vidas aquellos esforzados guerreros: con lágrimas en los ojos rogó á su esposo que no se espusiese tanto como otras veces, si no queria verla morir de pena; y poniendo, como siempre, su confianza en el cielo, hincóse de rodillas (á la sombra de un laurel que durante siglos ha respetado el tiempo) dirigiendo al Dios de los ejércitos sus fervorosas súplicas, para que concediese la victoria á los que por su santa causa peleaban (85).

Por vez primera, en todo el curso de su vida, sintió el rey D. Fernando como una rémora que detenia sus pasos: tanto era su temor de causar pesadumbre á su esposa; y colocándose en el centro de la batalla, para

acudir donde menester fuese, encomendó al conde de Teudilla y al marqués de Cádiz que se adelantasen con las dos alas del ejército, hasta volver á encerrar á los moros dentro de la ciudad.

De los muchos combates y reencuentros que hicieron memorable aquella tenacísima guerra, ninguno hubo (al decir de testigos presenciales) tan empeñado y sangriento (86). Peleaban los unos á la vista de la ciudad cerca de sus murallas, en presencia de sus madres y esposas; y combatian por su religion, por su patria, por sus propios hogares. Veian en el centro de la hueste el pendon real que llevaba en la mano Boabdil, como porta-estandarte del Profeta; deseando mostrar á la faz de sus súbditos que no habia consistido en falta de ánimo que se le hubiese mostrado adversa la fortuna en los campos de Lucena y de Loja. En derredor del monarca apiñábanse las reliquias de la tribu Zegrí, menguada por la hoz de la muerte en tantos campos de batalla; pero que suplia con su valor el escaso número, deseando aquel dia acallar las hablillas del vulgo, que solia imputarle que, por satisfacer su encono contra sus rivales, habia cortado en mal hora el brazo derecho de Granada.

Pues por lo que respecta á la hueste cristiana, ensoberbecida con tantas victorias, se veia al término ya de su carrera, tocando

con la mano la anhelada meta: y en Granada no se hallaban tan solo las llaves de un imperio; sino el fin de la servidumbre de España y la reparacion y desagravio de ocho siglos de afrenta. Cejar no era posible: ¡á la espalda se hallaba no menos que la reina!

Mezcláronse las haces con tal ímpetu y fúria, que por espacio de algunas horas estuvo vacilante la fortuna, manteniéndose en peso la batalla: cien veces arremetieron los moros, arrollándolo todo como un torbellino en el desierto; pero otras tantas hubieron de retroceder mal parados, deshechos, regando aquellos campos con arroyos de sangre.

Lejos de flaquear en su propósito, estaban á punto de intentar otra arremetida, cuando de la ciudad les hicieron señal de recoger, al advertir desde los muros que se acercaba una parte de la hueste cristiana, para atajarles el paso, é impedirles la vuelta á Granada. Así era en efecto: con su ímpetu acostumbrado habíase adelantado el marqués de Cádiz con gran número de caballos escogidos; encaminándose por medio de los campos para apoderarse del puente de Genil, en tanto que los moros seguian empeñados en el ciego combate.

Mas advertidos con tiempo de tamaño peligro, revolvieron á toda prisa sobre los cristianos, que se vieron á su vez en el mas duro aprieto. Habian inundado los moros

aquella parte de la Vega, sangrando las aguas del rio por millares de acequias y de arroyos; y como conocedores y prácticos en el terreno, acosaban á los enemigos por todas partes á un tiempo, en tanto que á los cristianos hasta les faltaba la tierra en que poder afirmar la planta. Hundíanse á veces hasta el pecho con armas y caballos, espuestos sin reparo ni defensa á los tiros de los enemigos; tenian que saltar por encima de setos y vallados, y no pocos hallaron en los anegados sulcos muerte á la par y sepultura.

Habia llegado el marqués de Cádiz hasta la *huerta de la Reina*, casi á la márgen del Genil; y solo su serenidad y arrojo pudieron libertarle de tal cúmulo de peligros, hasta que acudiendo en su socorro los condes de Teudilla y de Cabra con buen golpe de gente, dieron tan fuerte aguijada, que acorralaron á los moros dentro de la ciudad (87).

Era ya á la caida de la tarde, y habia durado la refriega todo el peso del dia, eterno y caluroso, cual suelen serlo en el mes de agosto; habiendo muerto de sed y de fatiga muchedumbre de hombres y caballos, tendidos por aquellos campos.

Apenas terminada la pelea, dió órden la piadosa reina para que se cuidase con especial esmero á los heridos, recomendando juntamente que se tratase con benignidad á los infieles, que habian caido en poder de la hueste cristiana.

Entre los hechos de memoria y prez que inmortalizaron aquel dia, merece particular mencion lo que ocurrió á Gonzalo Fernandez de Córdoba, poniendo en grandísimo riesgo una vida tan preciosa para la patria. Pues como se hallase combatiendo con los moros, en las inmediaciones de Armilla, juntamente con su hermano D. Alonso, con el conde de Ureña y el comendador mayor de Calatrava, viéronse tan acosados por la nubada de infieles que les cayó encima, que la gente que capitaneaban fué perdiendo el aliento y los puso en el mas duro trance. Al Giron le salvaron de milagro dos caballeros de su casa, que le rescataron á costa de su propia sangre; y viendo Gonzalo de Córdoba la derrota inminente, arrojóse sobre los enemigos. Por libertar á Diego Gimenez, adalid que se hallaba en el mayor peligro, vióse rodeado el valiente caudillo de un escuadron de moros, y revolviendo aquí y allí la lanza, despejó en derredor un ancho cerco hasta que recibió una profunda herida, y para colmo de desventura, matáronle el caballo.

A pie, falto de fuerzas, sin socorro y sin esperanza, mostró el gran corazon que en su pecho abrigaba, defendiéndose largo trecho contra un tropel de moros, hasta que acertando á pasar por allí un bizarro caballero, llamado Diego de Mendoza, y viéndole cubierto de sudor y de sangre, «tomad,

señor, este caballo, que de pie no os podeis salvar, y yo puedo.»

No bien lo hubo dicho cuando levantó en sus brazos á Gonzalo, y le colocó en la silla, desapareciendo al instante en medio de un tropel de enemigos. A los pocos pasos cayó aquel buen caballero, traspasado de heridas; y al reconocerle Gonzalo de Córdoba, que habia volado en su alcance, sintió tal dolor en su alma y tal furor contra los enemigos, que se metió ciego de ira en lo mas récio de la pelea, como si no quisiese sobrevivir á quien por él habia dado la vida.

Algun ángel del cielo encargado de su custodia para bien y gloria de España, pudo solo libertarle aquel dia; que en lo humano no cupo escapar de tantos peligros: cuando su hermano le halló despues de la refriega, apenas pudo reconocerle: tan demudado estaba; pero el valiente mancebo, sin dar ni aun tiempo á que le curasen la herida: «Vamos, amigos, vamos; no esté con cuidado la reina» (88).

Era así en realidad; que al echarse de menos á Gonzalo, y como no pareciese ya muy entrada la noche, se acibaró la alegría del campo; creyendo que con su temprana muerte se habia comprado muy cara aquella señalada victoria.

Al verle volver á los reales, aun cuando fuese en estado muy lastimoso, alegráronse todos cuanto realegrarse podian; y en es-

pecial la piadosa princesa reputó como favor y merced del cielo que no se hubiese anublado con tamaña pérdida un dia tan glorioso, que el ejército alborozado aclamaba á una voz *el dia de la reina.*

CAPITULO XLII.

Entáblanse tratos secretos para la entrega de la ciudad.

Cuanto fué el júbilo y contento en el campo cristiano por el reciente triunfo; tanto y mayor si cabe fué el duelo y quebranto de la ciudad; al ver entrar por las puertas las reliquias de la hueste, vencida y destrozada.

Corrian las mugeres por las calles y plazas, ensangrentando el rostro y mesando el cabello, en señal de amarguísima pena; y pedian con lamentables gritos que les consintiesen salir fuera de los muros, para buscar por aquellos campos los cadáveres insepultos de sus esposos, de sus hijos.

Aun á los varones mas esforzados faltaba ya el aliento; que pocos hay que resistan á tantos golpes de la adversa fortuna; arraigándose cada dia mas y mas la creencia de que era llegado el plazo anunciado por los pronósticos, cercana ya la postrer hora de la dominacion musulmana.

Sobre todo Boabdil, vencido cuantas veces habia salido al campo, parecia resignado

á su fatal estrella; y no osando por una parte volver á guerrear contra los cristianos, y temiendo por otra el furor y las iras del pueblo, si les abria las puertas de Granada, anduvo largo tiempo vacilante viendo por todos lados escollos y peligros.

Hasta de su propia madre tenia que recatarse, temiendo su entereza; y únicamente se atrevió á abrir su pecho á Aben Comixa, que disfrutaba de todo su favor y valimiento. Mediaba tambien la circunstancia de que este habia quedado muy prendado de los reyes Católicos, desde que fué como embajador á solicitar el rescate de Boabdil; y ora fuese por el recuerdo de las mercedes recibidas, ora por el estímulo aun mas poderoso de la esperanza, se habia mostrado desde entonces propenso á entrar en conciertos de paz.

Desde que este pensamiento se arraigó en la mente de Boabdil, no se apartó de su memoria lo que le habia acontecido en el sitio de Loja y el buen partido que habia sacado de la amistosa intercesion de Gonzalo de Córdoba. Inclinábase pues á tentar otra vez el mismo camino; pero no era fácil atinar con los medios de verificarlo.

Viendo al rey en tan congojosa incertidumbre, que hasta su salud se resentia, propúsole el valido que si tenia á bien escribir una carta al capitan cristiano, él se encaria de que llegase á su poder de un modo seguro.... Estremecióse Boabdil, de solo es-

cucharlo; pero despues de conferenciar á solas uno y otro dia, convino al cabo en ello; siendo aquella la única puerta que no hallaba cerrada.

El moro que iba á encargarse de tan peligroso mensage se llamaba Hamete Holeilas, el mas sagaz y ladino de cuantos encerraba Granada: habia empleado muchos años en traficar con los cristianos, aun cuando ardia mas encendida la guerra; hablaba á las mil maravillas su lengua; y reunia la circunstancia de conocer á Gonzalo de Córdoba, por haber pasado mil veces por el fuerte de Illora. Este linage de vida, espuesto á continuos peligros y azares, le habia acostumbrado á conservar su serenidad en los mas duros trances; siendo inagotables los recursos de su inventiva, para sacarle siempre á salvo.

Prévio el consentimiento de Boabdil, llamóle el valido con el mayor sigilo; y despues de indicarle con la voz y el gesto que su cabeza respondia de su discrecion y reserva, manifestóle la arriesgada comision de que iba á encargarse; prometiéndole cumplidos dones y mercedes, si por su medio se lograba la paz y sosiego del reino.

Apenas dió el moro la menor señal de estrañeza; y cual si fuese la cosa mas llana y sencilla, ofreció volver á la noche siguiente, encargando tan solo que la carta del rey estubiese escrita en un pergamino muy delga-

do, de suerte que pudiese enrollarse y ocupase cortísimo espacio.

La mano le tembló á Boabdil al escribirla; como si temiera ser descubierto, y que aquella fuese su sentencia de muerte: y solo el predominio que en su ánimo ejercia Aben Comixa pudo recabar que se la entregase.

A la hora convenida, presentóse Hamete Holeilas á recoger la carta, alteradas las facciones, que no era fácil conocerle, cubierto el cuerpo con un grosero sayo del color de la tierra, y en la mano una especie de báculo ó cayado. El mismo Aben Comixa se quedó sorprendido al ver el disfraz del astuto moro; y mas cuando vió que llevó á sus lábios el pliego en señal de veneracion y respeto; y disponiéndolo con arte, lo ocultó dentro del báculo, que traia al efecto horadado.

A los pocos dias, ya estaba el sagaz moro apacentando un rebaño á la falda de Sierra Nevada; y no tardó mucho sin que le sorprendieran los cristianos; llevándole cautivo á los reales.

Apenas se vió en ellos, dió aviso á Gonzalo de Córdoba de quien era, y de como deseaba hablarle en secreto; y á pesar de que aquel caudillo aun no se hallaba recobrado de la herida, y que no faltó quien le recordase lo que habia acontecido con el Santon de Málaga, Gonzalo que en su vida vió la

cara al miedo, y que anhelaba no perder ni la mas pequeña ocasion de servir á su rey y a su patria, mandó que al punto mismo condujesen á aquel moro á su presencia.

No se sabe lo que pasó entre ambos; solo si que de allí á poco volvió el mensagero á Granada, llevando una carta del rey D. Fernando, ofreciendo benignas condiciones á Boabdil, si entregaba las llaves de Granada; y encareciendo la necesidad de que nombrase cuanto antes una persona, competentemente autorizada para ajustar los pactos y conciertos.

A pesar de esta favorable acogida, fueron menester muchos esfuerzos para que Boabdil se decidiese, dando pleno poder en debida forma á Albu Cacim, el Muley, hermano del valido y alférez del pendon real; otro de los embajadores que estuvieron en Córdoba y que desde entonces se mostraba inclinado á poner término á la guerra (89).

Así que los reyes católicos supieron la resolucion de Boabdil, trataron por su parte de nombrar una persona de sagacidad y prudencia, que pudiese llevar á cabo negociacion tan espinosa. Bien quisieron encomendarla á Gonzalo de Córdoba, que por tantos títulos era acreedor á ello; pero el mal estado de su salud no lo consentia; y mas habiendo de seguirse aquella negociacion de noche, á deshora, tal vez con mas azares y peligros que si fuese la toma de una fortale-

za. Despues de vacilar largo tiempo, sin recaer la eleccion en ninguno de tantos caballeros, si bien todos valientes y leales: «Andamos buscando fuera de casa (dijo de improviso la reina) lo que tenemos en la mano; ninguno mejor para tal encargo que mi secretario Hernando de Zafra....» «Que me place (dijo inmediatamente el rey):» y sin perder momento, mandáronle viniese á su presencia.

Era aquel caballero de probidad acrisolada y de clarísimo entendimiento: habia tratado frecuentemente con los moros y hablaba su lengua; reuniendo á otras muchas la singular ventaja de que habiendo seguido la corte en los diez años que duraba la guerra, y siempre al lado de la reina Doña Isabel, le habia bebido, por decirlo así, hasta los pensamientos (90).

Poco hubo menester para enterarse del fin que se proponian los monarcas y del modo de llevarle á cabo; y como conocia á fondo el carácter de Boabdil y el de los moros principales que andaban en aquellos tratos, se hallaba en un caso semejante al que ha tanteado ya la armadura del enemigo y sabe cuáles son los puntos flacos.

La mayor dificultad consistia en el modo de proseguir las negociaciones: el medio de cartas y mensageros, que se ensayó al principio, era lento, poco seguro, tal vez ineficaz para unir tan discordes voluntades. Ni era

fácil que el embajador de Boabdil viniese al campo cristiano, ni que el enviado de la reina fuese y viniese á Granada, sin ser al cabo descubierto. Solo el ingenio de Hamete pudo salvar ambos inconvenientes; y se dió tan buena traza, que por largo tiempo siguiéronse los tratos en un lugar llamado *Churriana* situado á una legua de Granada, á medio camino de la ciudad y del campo cristiano (91). El sagaz Hamete ganó al alcaide de aquel castillo (del cual subsisten todavía cimientos y vestigios): y por medio de luces y candeladas encendidas en las almenas, se ponian de acuerdo unos y otros negociadores la noche que era dable abocarse.

Mas acontecia por desgracia que lo que adelantaban en largas horas y á costa de tantos peligros, lo deshacia en pocos instantes la irresolucion de Boabdil; viniendo á ser aquella negociacion como la famosa teta de Penélope, que nunca podia terminarse. Motivo por el cual, el mismo Albu Cacim abrió su pecho á Hernando de Zafra, y le manifestó que como él y su hermano Aben Comixa, aun cuando disfrutasen del favor de aquel príncipe, eran al cabo sus vasallos, no tenian sus palabras peso bastante para inclinar aquella voluntad movediza. Era pues necesario, si habia de llevarse á buen término la negociacion entablada, que el mismo Hernando de Zafra ú otra persona de autoridad entrase de oculto en Granada, para avistar-

se con Boabdil y apremiarle, haciéndole patentes las benévolas disposiciones de los reyes Católicos, y cuanto aventuraba si desaprovechaba tan buena coyuntura.

Al escuchar semejante propuesta, contestó el prudente negociador que lo haria así presente á sus reyes, y que si venian en ello holgaríase de ser el escogido para poner fin á una lucha tan costosa á entrambos Estados. Despidióse con esto; y apenas llegó á Santa Fé, hizo presente á los monarcas lo que le habia propuesto el Muley; y que por su parte estaba pronto á entrar en la ciudad y permanecer de oculto en ella hasta volver al campo con las llaves.

Sorprendió la estraña propuesta á entrambos príncipes; y rompiendo la reina el silencio: «No permita Dios que aventure yo la vida de un servidor tan leal, entregándole sin defensa humana en manos de infieles.... Esperemos en Dios, que él nos abrirá por otros caminos las puertas de Granada.» El pensamiento dominante de aquella magnánima señora fué no esponer la vida de su secretario, cuyas generosas prendas apreciaba en lo mucho que valian; pero las prudentes reflexiones del rey D. Fernando, y las instancias del mismo Hernando de Zafra, mas cuidadoso del procomunal que de sí propio, hicieron vacilar á la reina; la cual, entre persuadida y dudosa, propuso que se consultase el caso con Gonzalo Fernandez de Cór-

doba, como quien conocia mas á fondo el carácter de Boabdil, por haber estado largo tiempo en Granada. Hízose así en efecto, y el primer arranque del caudillo fué decir que él iria; pero como le manifestasen los reyes que el estado de su salud no lo consentia, y que Hernando de Zafra estaba pronto á verificarlo: «Dejénle VV. AA. partir (dijo resueltamente Gonzalo); que si los moros le retienen por allá, yo ofrezco desde ahora ir á buscarle.»

Al cabo se resolvieron los reyes á aquel costoso sacrificio: tanto era su deseo de apoderarse cuanto antes de la ciudad; y dando las instrucciones oportunas á Hernando de Zafra, y despues de obtener de Boabdil el seguro competente, le enviaron á Granada bajo la fé y palabra de aquel monarca.

La noche que aquel leal caballero se despidió de los reyes, no podia la piadosa Doña Isabel contener las lágrimas que se agolpaban á sus ojos: «Dios te lleve en paz, Hernando, y te vuelva con bien, para que seas recompensado cual mereces...» «Mi mayor recompensa, señora, es emplearme en servicio de tan buenos reyes.... y si Dios dispusiese de mi vida, la perderé con gusto, sabiendo que mi muger y mis hijos quedan bajo tan buen amparo....» No acertó á decir mas; y besó respetuosamente la mano á SS. AA.; saliendo de allí á poco, disfrazado y en compañía de Hamete, para entrar al amanecer en Granada con los labradores de la Vega (92).

CAPITULO XLIII.

Entra Gonzalo de Córdoba en Granada.

Pasaron dias y dias, sin recibirse nuevas de Hernando de Zafra y sin saberse siquiera su paradero; siendo tal la inquietud de la reina Doña Isabel, que ni podia conciliar el sueño ni hallar en parte alguna paz y descanso. Para mayor torcedor y angustia, no dejaba escapar de sus labios ni una sôla palabra, por no afligir á su esposo; reconviniéndose á sí propia aquella bondadosa princesa por haber espuesto la vida de tan leal caballero. Por mas conjeturas que hacia, no podia atinar con la causa de tan estraño silencio; y cada vez se afirmaba mas y mas en la opinion de que habria muerto á manos traidoras.

En esta situacion se encontraba la reina, cuando se le presentó un dia Gonzalo de Córdoba, ya casi restablecido de su herida; y con la resolucion que le era tan propia: «Hernando de Zafra no vuelve; y yo, señora, ofrecí ir en su busca. Déme V. A. licencia para desempeñar mi palabra.» Atónita se quedó la princesa al oir tan atrevida resolucion; y con gravedad y templada dulzura hizo presente al caudillo que, cualquiera que hubiese sido la suerte de su fiel secretario, no era cosa de aventurar la vida

de un capitan tan esforzado. «Dios abrirá camino, Gonzalo, sin que tú te espongas; que harto me cuesta el haber sido una vez sobradamente dócil.»

Llegó en esto el rey D. Fernando; y reiteró Gonzalo sus súplicas é instancias: nadie podia tener tanto influjo como él en la voluntad de Boabdil; habíale prestado mas de un señalado servicio; y no era probable que se atreviese aquel príncipe á destruir la única tabla de salvamento en que pudiera librarse del naufragio.

Era tal la persuasiva del caudillo y tan grande la confianza con que hablaba, que poco á poco fuese ganando el ánimo de los reyes; y al despedirse de ellos, los dejó casi convencidos.

Tornó al siguiente dia, insistiendo con mas ahinco que la vez primera; y como se esforzase por alcanzar el consentimiento de la reina, calló esta por algunos momentos; y levantando los ojos al cielo: «Dios sabe lo que me cuesta este sacrificio; pero haz, Gonzalo, lo que tu noble corazon te dictare.»

Apenas lo oyó el caudillo, regració á los príncipes, cual si le hubiesen otorgado la merced mas cumplida; y sin perder momento, salió de la estancia para hacer los apresto necesarios (93).

Contaba para el logro de su empresa con la lealtad de un adalid, á quien traia consigo desde el principio de la guerra; habién-

dole dado libertad muy luego y cautivado su voluntad con el buen trato y generosos dones. Manifestóle lisa y llanamente su propósito; y para mostrarle mayor confianza, conferenció con él acerca del mejor medio de llevarlo á cabo.

No bien hubo cerrado la noche, cuando salieron de los reales, disfrazado Gonzalo con hábito africano, sin mas armas ni defensa que un fino alfange de damasco; y se encaminaron por un largo rodeo al castillo de Churriana, cuyo alcaide estaba ganado por los reyes Católicos, segun habemos dicho.

Allí permaneció, espuesto á mil azares y peligros por el término de tres dias; al cabo de los cuales volvió el adalid, cual lo habia prometido, dispuestas ya las cosas de manera que pudiese Gonzalo permanecer de oculto en Granada. Poco antes de romper el alba, se encaminaron á la ciudad para aprovechar la ocasion en que los labradores y hortelanos se agolpasen á las puertas, á fin de poner á salvo sus frutos y vituallas de las correrías de los cristianos. Entraron entre la muchedumbre, sin que nadie reparase en ellos; y cruzando el puente de Genil, se encaminaron á la casa que habia dispuesto al efecto el moro, no lejos del *cerro de Alburnet*, llamado despues *Campo del Príncipe*, á causa de una grave desventura (94). La calle en que fueron á parar era de las mas escondidas de aquel barrio, en que vi-

via mucha gente pobre y menestorosa; y la vieja que los hospedó, tia del adalid, estuvo tan lejos de sospechar á quien tenia en su propio aposento, que creyó buenamente que era un enviado del rey de Tremecen, que venia de oculto á Granada para levantar los ánimos de la ciudad, en caso de que Boabdil, el *Desventuradillo*, intentase en mal hora abrir las puertas á los infieles.

Tan sereno estaba Gonzalo en aquella situacion peligrosa, que era cosa de oir sus coloquios con la buena vieja sobre achaque de moros y cristianos; solazándose á veces en oir maldecir su propio nombre, refiriéndose á los tiempos en que estaba en el Albaicin y la Alcazaba; mas sin descuidar el objeto que allí le traia, escribió secretamente á Aben Comixa, rogándole dispusiese el modo y forma de que pudiese hablar con el rey.

Al saber el valido que Gonzalo se hallaba en Granada, quedóse tan maravillado, que leyó dos y tres veces la carta sin dar fé y crédito á sus ojos. Pues si tal fué la estrañeza que mostró el privado, no hay para qué decir la que manifestó el débil monarca. Al oirlo, inmutósele el rostro, sin acertar con las palabras; y encareciendo lo que le dolia el grave riesgo que corria Gonzalo, dejaba traslucir en sus palabras, que aun mas temia por sí propio, si fuese descubierto.

Un dia entero permaneció indeciso, sin atreverse á tomar resolucion alguna: veia

peligro en que el caudillo cristiano permaneciese en Granada, lo veia igualmente en que tornase á los reales; ni osaba verle ni despedirle, ni queria la paz ni la guerra; pero como el valido conocia la condicion del príncipe, dejóle forcejear consigo mismo, cual suele hacerse con una res herida de muerte; seguro de que al cabo se rendiria de puro cansancio, y vendria á postrarse á sus plantas.

«*Haz lo que quieras,*» dijo al cabo el débil monarca, y como advirtiese que Aben Comixa se aprestaba á irse (temiendo que Boabdil se arrepintiese, repitióle al salir por dos veces: «Cuenta que no le espongas y te espongas. Ya ves que pudiera traernos muchas desventuras!»

A la noche siguiente fué un alcaide, en quien tenia el valido toda su confianza, en busca de Gonzalo, y despues de mostrarle su propia carta, como seña y fianza, rogóle que le siguiese, segun le habian ordenado. Despidióse Gonzalo de su huespeda, haciéndole un rico presente, tal que la vieja lloraba de alegría, y al adalid tambien se le saltaron las lágrimas al separarse de su buen señor, y al calcular los peligros que iba á correr, solo y desamparado.

Con semblante sereno y paso firme siguió Gonzalo al misterioso guia, y subiendo por la ladera del monte, se encaminaron hácia el *cerro de Abahul*, dejándolo á mano derecha.

Creyó Gonzalo que le llevaban á la Alhambra, pero al llegar á uno de los caminos que conducen á aquella fortaleza, hizo alto el moro, y se escondieron en un recodo que forma el cerro, tan poblado de corpulentos árboles, que ni de dia penetra allí la vista. A poco oyeron un agudo silbido, y despues de algunos momentos sintieron como ruido de pasos de alguien que se acercaba. La noche estaba oscura, que ni se veian los dedos de la mano, y la espesura del bosque y el rumor del viento en las ramas, aumentaban la tristeza y el pavor de aquel sitio, célebre desde tiempos remotos por haber dado márgen á mil fabulas y consejas.

Como Gonzalo se habia propuesto no hablar ni una sola palabra, porque no pareciera que cupiese en su ánimo el menor temor ó recelo, ni aun preguntó á dónde le llevaban al notar que el primer guia le encomendaba á otro con profundisimo silencio.

«Sigueme, dijo meramente el recien venido», y cruzando una calle de árboles llana y espaciosa, halláronse al pie de una torre altísima, á cuyo lado se divisaba confusamente una inmensa mole ceñida en derredor de arbustos y maleza. No sin trabajo y fatiga pudieron penetrar por ella; y apenas llegaron cerca del torreon ó cubo, que cada vez parecia mas grande, dió el moro tres palmadas, y en el instante mismo oyóse rechinar una puerta de hierro. «*Entra* (dijo

en voz baja el moro),» y apenas hubo entrado volvióse á cerrar el rastrillo, cruzando de parte á parte dos pesadas cadenas.

Dióle á Gonzalo un vuelco el corazon, asaltándole el pensamiento de si quedaria allí sepultado en vida, y aun sintió un grave peso en su alma, volando su imaginacion al castillo de Illora, donde probablemente estaria durmiendo su muger muy agena del peligro que su esposo corria. En el propio instante, como tan leal y caballero, recordó la pena que tendria la reina doña Isabel, si le aconteciese á él algun desastre. Despues que hubo pagado este tributo á los nobles sentimientos de su alma, recobró su serenidad acostumbrada, y solo una vez dió muestras de impaciencia al ver que no hacia mas que bajar y bajar, dando mil vueltas y revueltas sin hallar nunca fin ni término. Apenas descansaba un instante para tomar aliento, haciale seña el moro de que le siguiese; llegaba á un suelo pendiente, donde ni aun podia asentar el pié, y se abria una compuerta, dando paso á otra rampa, aun en mayor declive que las anteriores. A cada paso sentia rodar alguna piedra, que bajaba dando botes y rebotes, perdiéndose el confuso eco en aquellas profundidades, como si hubiese ido á parar al centro de la tierra.... Crecia á la par el destemplado frio; el aire grave y pesado que hasta el respirar embargaba; y la humedad del cavernoso sitio tal,

como que nunca habia penetrado en aquellos abismos la hermosa luz del dia. Solo algunas aves nocturnas tenian por allí su albergue; y al verse á la sazon inquietadas, se dieron á revolotear por los cóncavos techos, con tan agudos chirridos que ponian espanto. Momento hubo en que el mismo Gonzalo comenzó á dudar si seria realidad lo que estaba viendo y tocando, ó bien alguna pesadilla, atormentada la imaginacion con visiones y encantamientos; mas de cualquiera suerte, anhelaba salir de aquella incertidumbre y llegar al término por funesto que fuese. Al cabo se detuvieron en una especie de meseta en que habia una piedra cuadrada; y levantándola no sin dificultad el moro, ató á una argolla la escala de cuerda que al efecto traia, y bajó detrás de Gonzalo hasta encontrarse entrambos en un aposento subterráneo.

Apenas puso el pié en él, quedóse sorprendido el capitan cristiano, al descubrir un hombre recostado en una alcatifa, el cual, al verlos llegar, arrojó un libro en que estaba leyendo. Se levanta, se acerca, da un grito, le abraza; y el mismo Gonzalo no acertaba á creer hasta despues de pasados algunos instantes, que aquel que en sus brazos tenia era su amigo Hernando de Zafra (95).

Asi era en realidad; como á Boabdil no le pareciese bastante ninguna precaucion,

para ocultar al nuncio de los reyes Católicos, dispuso que permaneciese oculto en la *Torre de los Siete Suelos*, separada y distante del palacio de la Alhambra, y de tan terrífico aspecto, que el vulgo sólia apartarse de aquel paraje por reputarlo de fatal agüero (96).

En aquella triste mansion habia permanecido tan leal caballero, privado de la luz del sol, y sin mas anhelo y afan que adelantar en su árdua empresa, ya escribiendo al valido, ya viéndole alguna que otra vez en el silencio de la noche con el mayor recato (97).

Mil preguntas se hicieron entrambos amigos apenas se quedaron solos; y sin poder entregarse al sueño, enteróse Gonzalo de las causas que habian dado márgen á que careciesen por tanto tiempo los reyes de noticias de su fiel secretario.

Fué pues el caso: que el confidente Holeilas habia caido gravemente enfermo, por efecto, sin duda, de la zozobra, vigilias y trabajos que habia padecido para plantear las negociaciones: el moro que le sucedió en el mismo encargo, tuvo menos destreza ó peor suerte; lo cierto es que le sorprendieron la primera noche, camino del real de los cristianos; y fortuna que la carta que llevaba estaba *en cifra*, y no pudieron en Granada entenderla. Hubo si un rumor general de que se trataba en ella de traidores

manejos; y aunque el moro llevó á la huesa su secreto, por mas que le apremiaron con bárbaros tormentos, quedó Boabdil tan acobardado que no habian podido todavia convencerle á que tornase á anudar los comenzados tratos.

CAPITULO XLIV.

Conciértanse las capitulaciones para la entrega de Granada.

Largo y prolijo fuera, á la par que inútil y enojoso, referir lo que costó á Gonzalo de Córdoba vencer la repugnancia del rey de Granada; aun cuando le ayudasen con ardiente celo, Aben Comixa y el Muley encargados por aquel príncipe de negociacion tan importante.

El primer paso que hubo de darse para proseguirla con menos obstáculos, fué sacar á Gonzalo de Córdoba y á Hernando de Zafra del sepulcro en que yacian, que no otro nombre merece *el Subterráneo de los Siete Suelos*; y en medio del silencio de la noche, y con esquisitas precauciones, los trasladaron á la torre llamada hoy dia *de los Picos*, situada en el breve camino que media entre el palacio de la Alhambra y el de Generalife. Circunstancia que facilitaba el que pudieran abocarse unos y otros negociadores, sin escitar sospechas: siendo tambien de advertir

que, como los males de la ciudad crecian, al paso que se alejaba toda esperanza, iba cundiendo en los ánimos el íntimo convencimiento de que al cabo no habria mas arbitrio que entregarla á los reyes Católicos, obteniendo aventajadas condiciones.

Hasta receló Boabdil, ora naciese la sospecha de su carácter desconfiado, ora de alguna insinuacion que dejasen entrever con arte los embajadores de los reyes Católicos, que no faltaban en la ciudad caudillos principales, que se hubiesen dirigido á los monarcas de Castilla con propuestas y ofrecimientos; pero que aquellos príncipes preferian tratar con el rey de Granada, que tantas pruebas de benignidad y benevolencia habia recibido en otras ocasiones (98).

Fué pues ablandándose poco á poco el ánimo de Boabdil, menos cuidadoso del bienestar del reino y de su gloria y fama que de asegurar para lo futuro sus propios intereses; y aun consintió que una noche entrase de oculto Gonzalo de Córdoba en los jardines de Generalife; dirigiéndose Boabdil por otra parte, acompañado de su valido, y uniéndose á favor de la obscuridad en la apartada *calle de Laureles*.

Tan turbado llegó Boabdil, que apenas acertó al principio á pronunciar una palabra; y al mas leve rumor del viento, temblaba como un azogado; mas poco á poco fuese recobrando; y acabó por mostrarse muy ob-

sequioso con Gonzalo de Córdoba, diciéndole una y otra vez que en él tenia puesta su entera confianza.

Contestó el capitan cristiano cual á un noble caballero cumplia; y como conociese á fondo, no menos que el valido, la condicion de aquel príncipe, le manifestaron que se miraria ante todas cosas por sus intereses y los de su familia; asegurándoles estados y rentas, para que pudiesen vivir con la pompa y lustre que correspondia á su elevada clase; quedando Boabdil como señor de algunos pueblos de la comarca misma de Granada, para que no tuviese que ausentarse de la tierra en que habia nacido.

Por lo tocante á sus vasallos, se les otorgarian tales condiciones, cual nunca jamás se hubiesen concedido á ninguna ciudad conquistada: no solo las vidas y haciendas, quedarian de todo punto aseguradas, sino que los moradores conservarian sus leyes, sus usos y costumbres, sus sacerdotes y mezquitas; de tal suerte que habia de parecer como si solo se hubiese cambiado el nombre del monarca.

Ora lo creyese de buena fé, ora así lo manifestase para cohonestar su propia flaqueza, espresó Boabdil que solo bajo tal concepto, y no otro, otorgaria su consentimiento y firmaria las capitulaciones; deseando, si posible fuese, que el Papa saliese fiador de su exácto cumplimiento; ofreciendo no alzar

el juramento que prestasen al efecto los reyes Católicos.

Procuró Gonzalo de Córdoba eludir esta condicion; mostrando las dificultades y retardos que exigiria, cuando mas apremiaba la necesidad de salir cuanto antes de situacion tan angustiosa; y bien fuese por el peso de estas razones, bien por el del oro (como indican algunos escritores árabes) ello es que Aben Comixa y su hermano se ladearon al mismo dictámen (99); quedando convenido que por otros medios le afianzaria el cumplimiento de lo que se pactase; dando al efecto como se dió, un privilegio rodado con un sello de plomo, pendiente en hilos de seda, y confirmado por el príncipe D. Juan, como heredero de la corona, y por los prelados, maestres de las órdenes, grandes y caballeros principales que en el campo venian (100).

Al cabo se asentaron las capitulaciones, tan favorables en su contesto y en su espíritu á los moradores de Granada, que bien se echa de ver en ellas el anhelo de los reyes Católicos por enseñorearse cuanto antes de aquella ciudad (101). No se omitió precaucion alguna, por leve que pareciese, para calmar los recelos y temores, sobre todo en la parte religiosa y en lo que atañe á la administracion de justicia.

Prometióse á los moros de Granada no forzarlos nunca jamás á abrazar la religion cristiana; se les dejaron no solo sus mezqui-

tas y alfaquíes, sino hasta los almuédanos, para llamarlos desde las torres á la oracion; se prohibió perseguir á los cristianos que hubiesen abrazado la secta mahometana; y se dictaron las oportunas providencias para el caso en que alguna mora *se quisiese tornar cristiana por amores*, como se espresa en el mismo tratado.

Los moros habian de ser juzgados por sus cadís, y con arreglo á sus leyes; y cuando hubiese algun litigio entre moro y cristiano, los jueces se elegirian de una y otra religion, para que fuese mas imparcial el fallo.

Se prohibió forzar á los moros á tomar las armas, inquietarlos en el asilo de sus casas, gravar sus haciendas con mas cargas y tributos que los que solian pagar á sus príncipes; y se les ofrecieron todos los medios imaginables para el caso de que quisiesen pasar al Africa con sus familias y bienes.

Ni un solo cabo se dejó suelto, para no dar márgen á arbitrarias interpretaciones; habiendo sobre todo, en dicho convenio, un artículo muy propio y peculiar de aquella gente; por cuanto prueba que, á la par de las vidas y haciendas, cuidaban de poner á cubierto la pureza de las aguas, fuente de riqueza y de regalo: «Item es asentado é concordado «que SS. AA. manden les sean guardadas sus «acequias por donde vá el agua á la ciudad, «porque beben de ella, y que no consientan «SS. AA. ni den lugar que ningunos cristia-

«nos ó cristianas, ni moros ni moras laven «ropas en las dichas acequias, ni hagan en «ellas otra cosa de que venga daño á la dicha «agua; y que si alguno lo hiciere, que sea «castigado por ello.»

Se vé pues, claramente, por estas breves indicaciones, que los apoderados de Boabdil hicieron cuanto de su parte cabia para afianzar la suerte futura de los moradores de Granada (102); y no satisfechos con esto, y á fin de inclinar mas y mas el ánimo de aquel monarca, celebraron en el mismo dia otro convenio por separado, reducido á favorecer los intereses del mencionado príncipe y los de su familia (103). Estipulóse pues que tanto á su madre como á su esposa y hermanas se les dejáran por siempre jamás, cuantos palacios, huertas, baños y heredades poseian, no solo en Granada y su término, sino en Motril y otras partes de la Alpujarra; y si por ventura dicho monarca ó alguno de su familia quisiese pasar allende los mares, habian de procurarles los reyes de Castilla bajeles y seguro pasaje, sin exigirles cosa alguna por ello; quedando Boabdil en plena libertad para vender sus bienes ó encomendarlos á personas de su confianza. Unicamente se añadia la condicion de que, en el caso de venta, fuesen los reyes de Castilla preferidos, por el precio que entre ambas partes se concertase.

Tales fueron las condiciones acordadas;

favorables en cuanto cabe, si es que algunas pueden serlo en el mundo, cuando se trata de ceder un reino y de enagenar una corona (104).

Convino en ellas Boabdil, si bien con harta indecision y no sin muestras de repugnancia; y aquella misma noche, una de las mas destempladas del mes de noviembre, salieron de Granada Gonzalo de Córdoba y su amigo Hernando de Zafra.

Mentira les parecia que llevaban en el pecho el preciosísimo documento para la entrega de aquella ciudad; y espoleando los caballos por la estensa llanura, llegaron á las puertas de Santa Fé, al despuntar el alba.

Juzgábanlos ya muertos, no habiendo recibido noticia de ellos por tan largo espacio: y en especial la reina Isabel, cuando los vió llegar á su tienda, sintió tal alegría que le faltó el aliento. Fortuna que muy luego, al oir con cuanta ventura habian desempeñado su encargo, brotaron de sus ojos dos raudales de lágrimas; alzando su ánimo á Dios, como solia hacerlo en todas ocasiones, para darle gracias por mercedes tan señaladas.

En el momento mismo firmaron los reyes católicos las capitulaciones de la entrega: y en celebridad de tan fausto dia (que fué por cierto el de Santa Catalina, mártir gloriosa de la fé de Cristo) hicieron un voto y dejaron en aquel sitio una fundacion piadosa; que ha subsistido hasta nuestros tiempos.

CAPITULO XLV.

Entrégase Granada á los reyes Católicos.

Al tiempo de firmarse las capitulaciones, asentóse una trégua de setenta dias, pasado cuyo término habian de entregarse las llaves de la ciudad (105). Es probable que los negociadores por parte de Boabdil, conociendo el carácter de aquel príncipe, quisiesen dejarle, para obtener su consentimiento, este desahogo y respiro; no siendo tampoco fácil y hacedero allanar de pronto los ánimos de los moradores, que no podian contemplar sin estremecerse el inminente yugo de Castilla.

Verdad es que cada dia era mayor el desaliento: escasas las provisiones, la poblacion aumentada con las sobras y reliquias de tantos pueblos, los guerreros mas afamados muertos ó cautivos, estrecho el cerco, asolada la Vega, una ciudad enemiga enfrente, y apagada de todo punto la luz de la esperanza.

Con todo, lo estremo del peligro podia prestar armas; y tal vez una leve centella en cender voracísimo incendio. Así estuvo á punto de acontecer un dia: en ocasion que Boabdil se hallaba en la plaza mayor del Albaicin, acompañado de su valido y de los principales de su corte, oyeron resonar en las vecinas calles un horrendo tumulto, y

vieron desemboear la desmandada plebe, con fieros y amenazas.

Apenas tuvieron tiempo aquellos bizarros caballeros para escudar al rey con sus cuerpos, formando enderredor un muro impenetrable; y despues de contener las oleadas de gente, que intentaba apoderarse del monarca, le condujeron no sin riesgo al vecino palacio.

En cuanto le dejaron seguro, acudieron á refrenar el furor del pueblo, que por instantes arreciaba; é iba ya muy entrada la noche, cuando lograron apaciguarle algun tanto, con arte, con promesas, con el aspecto de la gente armada, que acudia á toda fúria desde la ciudad á la Alcazaba.

Habia dado motivo á aquel bullicio un moro reputado por loco, y que lo fingia con doloso intento, á fin de parecer inspirado del cielo á los ojos de la crédula plebe. Hacia ya algun tiempo que vagaba por calles y plazas, conmoviendo los ánimos, y derramando (como un reguero de pólvora fácil de inflamar) la voz de que Boabdil andaba en tratos, para entregar la ciudad á los infieles.

A la predicacion de aquel moro fanático se debió el último peligro que corrió la ciudad de Granada; peligro tan grave en aquellos momentos, que pudo haber causado su perdicion y ruina. Mas quiso Dios que al nacer se atajase el daño; y aun es comun fama que no volvió á parecer el causador de ta-

maño escándalo; ya se hubiese escondido por temor del castigo; ya le hubiesen arrojado aquella misma noche al *pozo Airon*, como murmuraba medroso el vulgo.

Mas fué tan grande el pavor de Boabdil, y tal la mella que el amago del furor popular hizo en su ánimo, que como su flaqueza misma le impulsaba á precaverse contra el riesgo que estimaba mas próximo, sin curarse de otros mas lejanos, negóse desde aquel momento á cumplir lo pactado. En vano su valido Aben Comixa y su hermano el Muley insistieron, le instaron, pusiéronle de bulto los gravísimos males á que con tal conducta se esponia; ni súplicas ni razones eran tan poderosas como el eco amenazador de la plebe que aun le parecia zumbar en sus oidos.

Desesperanzados de reducir la voluntad de Boabdil, enviaron á los reyes Católicos secretos avisos, noticiándoles el apremio en que se encontraban; visto lo cual por aquellos príncipes, estimaron conveniente dirigir una carta á Boabdil y á los habitantes de Granada. Manifestabanles en ella la buena voluntad que les tenian, dispuesto el ánimo á tratarlos con benignidad suma: pero mezclando con las blandas promesas el acibar de la amenaza, y trayendo á la memoria la suerte que habia cabido á los vecinos de Málaga, por haber dejado pasar la estacion de la benignidad y clemencia.

Llegó tan oportunamente esta carta, hallándose ya la ciudad en el último apuro, que acabó de madurar los ánimos endurecidos; y hasta el mismo Boabdil, temeroso de que volvieran á encresparse, rogó en secreto á los reyes Católicos que, acortando el plazo convenido, dispusiesen cuanto antes su entrada.

El dia destinado para la toma de Granada, dia grato juntamente á la tierra y al cielo, en que acabó la dura servidumbre que por espacio de ocho siglos habia pesado sobre España, amaneció tan claro y radiante como los mas hermosos de enero en aquella afortunada comarca. Al salir el sol, coronado de ricos arreboles, púsose en movimiento la hueste cristiana, depuesto el luto que vestia la córte por la muerte del príncipe de Portugal, los grandes, los caballeros y capitanes con lujosas galas y atavíos, alegres los soldados, todos en son de fiesta.

Entre tanto reinaban en Granada la consternacion y el espanto: la ciudad parecia desierta. No se abrió aquel dia ni una puerta ni una ventana; no se oyó en las calles alma viviente ni sonido de pasos.

En lo mas recóndito de las casas se apiñaban las familias desoladas, maldiciendo los ancianos que se hubiese prolongado su vida para ver con sus propios ojos tamaña desventura; y esquivando tal vez los padres

las caricias de sus tiernos hijos que les partian el alma.

Habia exigido Boabdil que las tropas cristianas no entrasen por en medio de la ciudad para evitar algun desman de la soldadesca y que su presencia diese en ojos al pueblo (106). Dispusiéronse pues las cosas de tal suerte, que las personas encargadas por los reyes Católicos de tomar posesion de la fortaleza de la Alhambra se encaminasen por fuera de los muros; y á la hora convenida, salió Boabdil por una de las puertas situada al pie de una torre junto á *los Siete Suelos* (107). Traia ceñido al cuerpo un sayo negro (no como señal de luto, sino como distintivo de la dignidad real) sobre los hombros un albornoz finísimo, y en la cabeza un turbante blanco: el rostro grave, mas pálido que de costumbre: seguiale una escasa comitiva como de cincuenta personas. Encaminóse á paso lento al *Campo de los Mártires*, donde encontró al gran cardenal de España y al conde de Teudilla con sus gentes, que venian á tomar posesion de la Alhambra. Saludólos el rey con dignidad sin proferir ni una sola palabra; y bajó por aquellos recuestos en busca de las márgenes del Genil.

Habian abandonado los moros la fortaleza, quedando en ella el Wazir Aben Comixa y alguno que otro alcaide para hacer la entrega: y subiendo el cardenal á lo alto de

una torre, que caia sobre la puerta de *la calle de los Gomeres*, enarboló la cruz de plata, que cual guion habia traido durante aquella guerra santa; y al mismo tiempo, en la vecina *torre de la Vela*, desplegaba el maestre de Santiago la enseña del patron de España, y daba al viento el conde de Teudilla el glorioso pendon de los reyes.

Las tres de la tarde serian, cuando aparecieron en los aires aquellos signos de redencion y gloria; y al divisarlos los reyes Católicos, que anhelaban por aquel fausto momento, saltándoles el corazon en el pecho entre la incertidumbre y la esparanza, hincáronse de rodillas para dar gracias al Dios de los ejércitos; y lo mismo hizo por un movimiento espontáneo la numerosa hueste. Entonces el santo obispo Fr. Hernando de Talavera, destinado ya á la silla de Granada, y otros insignes prelados levantaron al cielo su voz magestuosa, y entonó la real capilla un solemne *Te-Deum*; acompañándolo millares de guerreros con sollozos interrumpidos y con lágrimas de ternura y reconocimiento.

Adelantóse el rey D. Fernando hasta muy cerca del puente de Genil, é hizo alto en un recodo que forma el rio, donde habia á la sazon una mezquita, transformada despues *en hermita de San Sebastian*, con cuya advocacion ha subsistido desde entonces hasta de presente (108).

Allí aguardó el monarca á que llegase Boabdil; el cual, apenas le divisó, echó pie á tierra, acercándose en ademan de besarle la mano; y como no lo consintiese el rey, besóle en el brazo derecho, y le entregó las llaves, diciéndole estas sentidas palabras: «Toma señor, las llaves de Granada; solo te pido que trates á aquellos habitantes con piedad y misericordia...» No dijo mas, ahogándosele la voz en el pecho: y el rey Don Fernando le abrazó en señal de amistad, y le dijo algunas espresiones de consuelo. Solo breves momentos permanecieron reunidos en aquel sitio; pero antes de separarse, hizo Boabdil una súplica al rey D. Fernando; súplica que nacia de un sentimiento hidalgo. Rogóle que pues le habia cabido la desdicha de que en su tiempo acabase el imperio musulman en España, le empeñase el monarca de Castilla su fé y palabra real de que se tapiaria la puerta por donde Boabdil acababa de salir, sin que nunca jamás alma nacida volviese á pasar por ella. Prometiólo el rey Don Fernando; y así se ha cumplido fielmente.

Despidiéronse á poco ambos monarcas, alegando Boabdil el deseo de unirse cuanto antes á su familia que iba delantera; y la misma escusa alegó para detenerse solamente unos breves instantes, cuando encontró á la reina Doña Isabel, junto al lugar de *Armilla*.(109).

La prudente princesa comprendió con su

esquisito discernimiento cuán violenta debia de ser en aquel punto y hora la situacion del rey destronado; y repitiéndole sus demostraciones amistosas, le manifestó que no queria retardarle el placer de volver á abrazar á los suyos.

Emprendió Boabdil el camino, apresurando algun tanto el paso (110); y á la caida de la tarde, incorporóse con su familia en el regazo que forma una montaña. Al llegar á su cima, abriase un estrecho boquete, cual si de intento lo hubiese tajado la mano del hombre; y previendo Boabdil, no sin fundamento, que al trasponer aquella altura no le seria dable volver á ver á Granada, no pudo contenerse y tornó el rostro para mirarla por la vez postrera.... Entonces arrancó del pecho tan profundo gemido, que resonó por aquellos montes; y las lágrimas que brotaron de sus ojos, le pusieron un tupido velo.... Lo cual advertido por Aixa, sintió renacer las fuerzas que una grave dolencia habia debilitado; y lanzando á su hijo una mirada de ira y menosprecio: «Haces bien en llorar como muger, ya que no has sabido defender tu reino como hombre....» No dijo mas; y dejó caer la cabeza sobre el pecho, sin volver á levantarla en todo el camino. La comitiva continuó igualmente triste y silenciosa; mas refiriendo despues lo que habia acontecido, quedóle á aquel lugar el nombre de *Suspiro del Moro* (111).

CAPITULO XLVI.

Preséntase Zoraya en el palacio de la Alhambra.

Para celebrar su entrada solemne dentro del recinto de Granada, escogieron los monarcas de Castilla la próxima páscua de Reyes; quedando admirados de la grandeza de la ciudad, de sus palacios, torres y fortalezas.

Entre las personas de cuenta que acudieron de todos los puntos de Andalucía, á rendir homenaje y felicitar á los reyes, fué una la nobilísima señora Doña María Manrique, esposa de Gonzalo de Córdoba, la cual durante su ausencia habia guardado con varonil denuedo la fortaleza de Illora, prestando tambien muchos y señalados servicios. Habia cobrado desde luego aficion á Zoraya, no solo por sus buenas prendas, sino por sus infortunios: lazo de nobles almas; y como permaneciesen largo tiempo unidas y bajo el mismo techo, acabaron por amarse entrañablemente, cual si fuesen hermanas.

Apenas se supo la rendicion de la ciudad, rogó la ilustre señora á su amiga que la acompañase á Granada; pero en muchos dias no pudo recabarlo, por mas que con instancias lo procurase. Alegaba Zoraya el mal estado de su salud, los tristísimos recuerdos que allí habrian de asaltarla, su alejamiento

natural del bullicio y boato de la córte; pero nunca dejó asomar á sus lábios la causa principal que le servia de rémora. Se sonrojaba en sus adentros de haber podido abandonar la religion de sus padres; y no podia avenirse á la idea de presentarse con la sombra de aquella mancha á los ojos de la Reina Doña Isabel, tan rígida y severa.

Leyendo doña María Manrique lo que pasaba en el interior de su amiga, y convencida de que no podria superar aquel obstáculo si no le oponia un fuerte contrapeso, tocó su corazon por el lado mas tierno, por el amor de madre. Hízole presente, sin descubrir la mira que en ello llevaba, el grave perjuicio que causaria á sus inocentes hijos, manteniéndolos en aquella soledad y apartamiento; siendo así que, presentándolos á los monarcas de Castilla, serian acogidos y tratados cual cumplia á los hijos del rey de Granada. Por costoso que fuese el sacrificio, obligacion tenia de hacerlo; y su mismo esposo desde el sepulcro se lo estaba rogando.... No fué menester mas, para que conmovida Zoraya y bañada en lágrimas, se arrojase en brazos de su amiga, diciéndole que dispusiese de ella, segun su voluntad.

Al dia siguiente pusiéronse en camino; y mucho antes de llegar á las márgenes del Beiro, salió á recibirlas Gonzalo de Córdoba con otros caballeros, los cuales las fueron acompañando cortesmente hasta el mag-

nífico alojamiento que les estaba preparado.

Toda aquella noche la pasó la desventurada sin cerrar siquiera los ojos; presentándose tantas y tan distintas imágenes á su fantasía, como si le hubiese acometido ardentísima fiebre. Levantóse muy de mañana, y ante todas cosas corrió á abrazar á sus hijos, segun lo tenia de costumbre, si bien aquel dia los estrechó con mas ternura, cual si quisiese espresarles lo mucho que á su madre costaban.

Al aprestarse despues para ir á presentarlos á los reyes, era cosa de ver la agitacion y desaliento de Zoraya; cien veces tomaba un vestido, y otras cien lo dejaba, como sonrojada y confusa de ofrecerse á los ojos de los reyes con el traje morisco; ya se ponia una gala, ya la arrojaba al suelo; ora le parecia que aquel ornato era demasiado ostentoso, ora se despertaba en su pecho el amor propio de muger, y en medio de tantas penas anhelaba no desmerecer la fama y renombre de hermosa.

Por fortuna entró en el aposento su amiga, que habia de acompañarla al alcázar, y juntas vistieron á los dos infantes, tan gentiles y lozanos que á no haber estado vestiditos de moros, los hubieran tenido por ángeles del cielo.

Al avistar el palacio, y mucho mas al entrar por sus puertas, sintió tal conmocion Zoraya, que no acertaba á dar un paso; y fué

menester que Doña María Manrique la alentase, ayudando tal vez á sostenerla. Cuando atravesaron el *Patio de los Arrayanes*, advirtieron que una turba de caballeros llenaba las calles de murtas, apiñándose al borde del estanque; disimulando apenas el deseo de contemplar de cerca aquella muger singular, que habia conquistado con su hermosura el trono de Granada.

Contestaba Zoraya á los respetuosos saludos con no menos magestad que gentileza; y cuando entró en el *salon de Comares*, y levantó el riquísimo velo que la cubria, quedáronse todos absortos, al contemplar tanta hermosura. Hasta la reina Doña Isabel, por un movimiento involuntario, volvió el rostro y clavó los ojos en el rey D. Fernando, el cual no perdió ni un solo instante su gravedad y compostura.

Recibieron entrambos monarcas á Zoraya cual á la dignidad de reina convenia; esmerándose en prodigarle muestras de benevolencia. Prometiéronle estados y rentas, para que pudiese mantener su elevada gerarquía y criar á sus hijos cual era propio de tan ilustres príncipes; á los cuales tomaban desde luego bajo su proteccion y amparo. Al oir estas palabras, enterneciose Zoraya, y cogiendo de la mano á aquellos inocentes, hizo ademan de arrodillarse para besar la mano á la reina; mas esta no lo consintió, y antes bien hizo unas cuantas caricias á los

tiernos niños, ordenando al príncipe D. Juan que viniese á ponerse á su lado.

Al contemplar aquel cuadro, no hubo uno solo, de cuantos allí se hallaban, que no encareciese la bondad de la ilustre princesa, honra y prez de Castilla; á la par que formaban ardentísimos votos por la prosperidad y ventura de la que en otro tiempo se ostentara reina en aquel mismo palacio, donde ahora se presentaba sola y desvalida.

Acompañaron los reyes á Zoraya hasta el cenador inmediato; mas despues que hubo esta atravesado el jardin, y á tiempo que salia por la puerta del alcázar, fronteriza al *salon de Comares*, oyó un agudo grito, y vió caer un hombre á sus pies, cual si de pronto le hubiese herido un rayo. Dió un paso atrás la princesa, por un movimiento impremeditado; mas cuando un instante despues vió levantar del suelo á aquel caballero, herida la frente contra las duras losas y destilando sangre por el rostro, se le representó tan al vivo la imágen de aquel mismo mancebo, cuando le vió mal herido la noche de sus bodas, que perdió la infeliz el habla y se quedó poco menos que muerta. Largo tiempo estuvo sin poder siquiera moverse; y costó no leve trabajo á doña María Manrique y á las damas que en su séquito traia, conducirla hasta una casa contígua al palacio, para que allí respirase con desahogo y recobrase algun tanto sus fuerzas.

Era cabalmente la misma casa en que habia morado Zoraya en otra época de su vida (cuán distinta de la actual, secas por la mano del tiempo y del infortunio todas las ilusiones!); y bien fuesen estos recuerdos, bien el triste espectáculo que acababa de tener á la vista, ello es que cayó sumergida en una profunda melancolía, sin querer recibir ni aun los consuelos de la amistad, y encerrada á solas con sus hijos.

Por lo que respecta al desventurado Venegas, tardó algunas horas en volver en sí; y aun se tuvo por buena dicha que la sangre que manó de la herida le libertase tal vez de una mortal dolencia. En el palacio mismo colocáronle en un lecho, y le asistieron con el mayor esmero, por especial encargo de los reyes.

No ignoraban estos la verdadera causa de aquel suceso; si bien simularon no saberla, para no lastimar el amor propio del gallardo mancebo; y cuando se presentó este á regraciarles por tan singulares muestras de benevolencia, procuraron los monarcas atribuir la caida á un súbito accidente; y encaminaron con arte la conversacion hácia las cosas de la guerra, para celebrar el esfuerzo que en mas de una ocasion habia manifestado.

Quiso la suerte que entre los despojos y trofeos que se hallaron en el palacio de la Alhambra, se encontrase una bandera azul

y blanca, que habia pertenecido á la villa de Luque, y que ganaron los moros á costa de muchísima sangre; y tomando ocasion de este feliz hallazgo, hizo el rey que trajesen aquella enseña, y entrególa al D. Pedro Venegas, diciéndole que en ningunas manos estaria mejor aquella prenda, y de ningunas la recibiria con mas satisfaccion tan denodada villa (112).

Un rayo de luz alumbró de pronto la mente del bizarro mancebo; y como habia tomado la resolucion de ausentarse cuanto antes de Granada, no pudiendo subsistir en el mismo sitio, ni respirar en el mismo aire que su perdida esposa, pidió vénia á los reyes, para restituirse á su villa natal, á fin de llevar aquel insigne testimonio de la régia munificencia.

Hicieron los príncipes al Venegas señaladas honras y mercedes, antes de su partida; y una vez restituido á su patria, si bien restauró en ella su salud, quebrantada con tantas penas, ni recobró la paz del alma ni logró disfrutar siquiera una sombra de felicidad.

La vista de los parajes que habia recorrido en su infancia, le causaba profunda tristeza, trayéndole á la memoria su familia y su desventurado padre; y ni una sola vez recordaba sus años juveniles, sin que viniesen eslabonados con fatal cadena sus amores, sus desposorios, y la larga reata de desdichas que en pos de sí habian traido.

La soledad y el sosiego del campo le inspiraban melancolía; y ni el ejercicio de la caza era bastante á distraerle. Mudaba á menudo de posicion, sin encontrar alivio en parte alguna: como el que está atormentado de un dolor agudo, que suele padecer mas, mientras mas se mueve.

Cansado de tanto penar, concibió la esperanza de que lograría esparcir el ánimo en medio del bullicio y estrépito de los combates: y en cuanto sonó el rumor de la guerra de Italia, escribió á su deudo Gonzalo que deseaba acompañarle á aquella empresa, encomendada al insigne caudillo.

Fué allá en su compañía; y peleó á su lado y compartió sus laureles en mas de una batalla; pero no habiendo dejado despues rastro ni vestigio, es probable que muriese en aquellos gloriosos campos, como tantos valientes.

Tal fué la suerte que cupo á aquel desventurado caballero; víctima, desde el principio al fin, de su fatal estrella!

CAPITULO XLVII.

De como tocó Dios el corazon de Zoraya y el de algunos moros principales.

Como el celo por la religion que animaba á la reina Doña Isabel, era no menos ardiente que sincero, desde el punto y hora que

vió á Zoraya y á sus hijos, no se apartó de su mente el tristísimo pensamiento de que se hubiesen de perder aquellas almas, si no se procuraba abrirles las puertas del cielo.

Llamó pues á su confesor fray Hernando de Talavera, electo ya arzobispo de Granada; varon de tan acendrada virtud, que los moros mismos acudian á él como á un padre, y le habian dado el título de el *Alfaquí Santo.*

En él tenia depositada la reina toda su confianza; manifestándole hasta sus mas íntimos pensamientos, cual pudiera hacerlo en presencia de Dios, depuestos al pie del ara la corona y el cetro. Y apenas manifestó su deseo la ilustre princesa, le espuso el buen prelado que ya habia empezado á cultivar aquel hermoso terreno, del que se prometia abundantísimo fruto, si el Señor derramaba sobre él el rocío de su gracia. Ofreció continuar en tan santa empresa con las armas de la persuasion y del ruego; dando parte á la reina de lo que adelantase en su propósito, para disponer lo que mas cumpliere al servicio de Dios y al bien estar de los mismos, de cuya salvacion se trataba.

Mediaban para prometerse buen éxito dos circunstancias á cual mas favorables; las dotes apostólicas del insigne prelado, cuyas virtudes se reflejaban en su rostro como en un espejo, al paso que salia de sus lábios la palabra de Dios, mas dulce y suave que la

miel de un panal; ni habia corazon tan duro que se cerrase á sus amonestaciones y consejos.

Pues añádase á esto la situacion de Zoraya, triste, abatida, sin ánimo en la tierra ni mas esperanza que en el cielo: tenia necesidad de apoyo, y no lo encontraba en los hombres; solo el Dios de sus padres la esperaba con los brazos abiertos.

Pronto echó de ver el prelado que Dios habia hecho lo mas en la anhelada conversion, y que solo era necesario aguardar que llegase la sazon oportuna, para que de pronto apareciese el árbol antes seco, con toda su pompa y lozanía.

Cuidó pues de granjearse el afecto de Zoraya; sin ostigarla ni atormentarla con inportunas instancias; y antes bien confortando su abatido ánimo con palabras de esperanza y consuelo; y poniendo de continuo ante sus ojos la Divina misericordia, tan pronta siempre á perdonar al hombre, como que por redimirle no dudó el mismo Dios derramar en la cruz su preciosísima sangre.

Oia embebida Zoraya las palabras del venerable prelado; y mas de una vez hincóse de rodillas ante él, besándole la mano.

Pues por lo que respecta á los niños, en cuanto veian entrar al *Alfaquí Santo*, (que así le llamaban tambien aquellos inocentes), corrian á él y le besaban las vestiduras, y le

hacian tales demostraciones de cariño, mezclado de respeto, que la amorosa madre tenia á veces que reñirles por temor de que pareciesen molestos.

«*Dejad á los niños que se acerquen de mí:*» esto decia el mismo Dios, cuando se hizo hombre y pisaba la tierra: ¿Cómo quieres, hija mia, que olvide las palabras del Divino Maestro?»

Al decir esto el prelado, arrojóse la infeliz á sus plantas, hecha un mar de lágrimas, y con voces interrumpidas, manifestó lo mejor que pudo que no la abandonase, que fuese su consejero, su guia, y que no se levantaría del suelo, sin que antes le prometiese reconciliarla con el Dios de sus padres y purificar con el agua del bautismo aquellos hijos de sus entrañas.

Los niños, al ver llorar á su madre, enterneciéronse tambien, si ya les quitaba todo temor verse al lado del venerable anciano; y este á su vez, dando gracias á Dios por haberle escogido por instrumento de su misericordia, derramaba lágrimas de ternura y apenas acertaba á articular una sola palabra.

Cuando, al salir de allí, dió cuenta á la reina Doña Isabel de lo que habia sucedido; holgóse tanto la piadosa princesa, que lo tuvo en mas precio, segun sus mismas espresiones, que si hubiese conquistado un imperio; y en el momento mismo mandó que se

dispusiera lo conveniente, para que se celebrase con toda pompa y solemnidad la sacra ceremonia, en la capilla del palacio.

Adornóse esta al efecto con ricos paños de tapiz, en los cuales se hallaban representados los pasages mas notables de la escritura; habiendo escogido entre ellos los mas propios para la ocasion y circunstancias: allí se veia al tierno Isaac, resignado al sacrificio, y apareciendo en los aires un ángel del cielo: allí el niño Moises, salvado de las aguas por una benéfica princesa; allí el jóven Tobías, con su celestial compañero; allí el precursor de Cristo, recogiendo en una concha el agua sagrada del Jordan; y allí por último el niño Dios disputando con los doctores y anunciando la ley de gracia, para la salvacion del humano linage.

El suelo se hallaba alfombrado de yerbas olorosas y flores; en las ventanas arcos de frescas ramas, entre las cuales se hallaban presas con oculto artificio muchas cantoras aves, que á los primeros acentos de la sagrada música, la acompañaban con sus trinos y gorgeos.

A la hora señalada, colocáronse los reyes bajo un dosel, que se habia levantado en el testero de la capilla, y á entrambos lados los príncipes y grandes y prelados y caballeros de la córte; todos ellos tan ricamente ataviados, que deslumbraban los ojos con brocados y pedrería. Ondeaba ya por los aires una

nube de incienso, y al resonar un cántico suave, acercóse el venerable Pontífice, y abrió con sus puras manos las puertas del tabernáculo, descubriendo ante los arrodillados fieles al Cordero inmaculado.

En esto sonó á lo lejos el eco de otra música, que por instantes se acercaba; y de allí á poco se vió llegar una lucida comitiva de pages de la reina, con gran número de caballeros y damas de palacio: detrás venia el príncipe D. Juan, hermoso como un sol, y á uno y á otro lado los hijos de Zoraya, ceñida al cuerpo una túnica mas blanca que el ampo de la nieve, y en la cabeza una corona de azucenas, que parecia un embutido de nácar en el ébano del cabello.

A los pocos pasos se divisaba una nobilísima matrona, que en el porte magestuoso dejaba claramente ver que no era menos que una reina: venia ya vestida á usanza de Castilla, con un faldellin de terciopelo carmesí, y en la cabeza una toca sencilla, que servia como marco al bellísimo rostro; imitando en su hechura y forma á la que solia llevar la reina de Castilla.

Doña Isabel de Solis (que habia recobrado su nombre, al reconciliarse con la Santa Iglesia), iba cubierta con un riquísimo velo, que casi bajaba hasta el suelo; pero sin cubrir la gallardía del talle ni embarazar en lo mas mínimo sus nobles ademanes. Acompañábanla para tan solemne acto Doña María

Manrique y su esposo Gonzalo de Córdoba; los cuales la llevaron hasta el lugar donde se encontraban los reyes, y en seguida se retiraron.

En esto se hallaba ya el venerable Pontífice al lado de la fuente de la vida, pronto á derramar sobre los tiernos niños sus milagrosos raudales: acercóse entonces el rey D. Fernando, que habia querido honrar al hijo mayor siendo su padrino, así como el príncipe D. Juan lo fué del mas pequeño; motivo por el cual uno se llamó *D. Fernando*, y *D. Juan* el otro, dejando el nombre de *Alí* y de *Naere*, que al nacer recibieron (113).

Cuando preguntó el prelado si querian recibir el agua Santa del bautismo, y los niños con voz respetuosa respondieron que *sí*, inclinando la cabeza sobre la pila de alabastro, no hubo uno de cuantos presentes se hallaban que no sintiera sus ojos arrasados en lágrimas; siendo tal la conmocion de la amorosa madre, que sintió flaquear sus rodillas, y hubo de sostenerla la reina Doña Isabel, para que no cayese por tierra.

Empero lo mas singular que ocurrió aquel dia (dia de gracia y misericordia en las regiones del cielo) fué la conversion del príncipe Cidy Hiaya y de toda su familia, la mas ilustre de Granada. Asistieron á la sagrada ceremonia, como personas tan principales de la córte, ó quizá lo dispuso así Dios, para

que á la vista de tan hermoso cuadro, se acabase de ablandar el alma de aquellos infieles.

Como hacia tiempo que andaban en el campo cristiano, y tanto la esposa del mencionado príncipe, como sus dos hermanos, los famosos Venegas, descendian de tierra de Castilla, mostrábanse ya algun tanto inclinados á entrar en el seno de la iglesia; pero los retraia de su propósito el enemigo del linage humano; atizando en sus pechos la llama del orgullo.

Mas cuando presenciaron la augusta ceremonia, no parece sino que se les arrancó una venda de los ojos, y que vieron un coro de ángeles celebrar regocijados la conquista de aquellos inocentes: ello es que, al salir de la capilla, corrieron presurosos á donde el prelado se hallaba; y le rogaron encarecidamente que los instruyese en los dogmas de la religion que tales prodigios obraba.

«*Servir á Dios equivale á reinar*:» repetian una y otra vez aquellos insignes caballeros; y este humilde mote hicieron gravar en sus armas.

Los reyes Católicos sumamente satisfechos al saber aquella conversion milagrosa, resolvian celebrarla con grandes dones y mercedes (114).

Hiciéronselas muy cumplidas, declarándolos *infantes de Granada*, y ordenando que fuesen tratados como á su régia estirpe competia (115). Por mayor demostracion y fine-

za, dióles el rey D. Fernando la rica espada que Boabdil le habia regalado (116); la cual quedó desde entonces vinculada en aquella nobilísima casa (117).

Hállase esta prenda preciosa en el palacio de *Generalife*, así como los retratos de tan insignes caballeros; y la vista de aquellos héroes y la memoria de sus proezas, aun infunden veneracion y respeto, al pisar los salones del solitario alcázar (118).

CAPITULO XLVIII.

Fin y remate de esta historia.

Aprisa, aprisa, recojamos velas; que el puerto está cercano, y se vá encapotando el cielo. Mientras duró la guerra de Granada, la contienda entre dos imperios, luchando á brazo partido por el término de diez años, presentaba un cuadro magnífico, sublime, superior á todo encarecimiento; mas á poco de conquistada aquella ciudad, principió á notarse en su seno una agitacion sorda, présaga de mayores disturbios, que habian de terminar, mas tarde ó mas temprano, en rebelion abierta.

No era fácil empresa aunar los ánimos de dos pueblos discordes, enemigos, que habian peleado sin trégua ni descanso por el trascurso de ocho siglos; pueblos distintos en religion, en habla, en leyes y costumbres;

pero, si algun medio de conseguirlo cabia en lo humano, era preciso encomendarlo á la accion lenta del tiempo y valerse con prudencia suma de las artes de la política, esforzándose por desatar el nudo, en vez de cortarlo.

Mas por desgracia no se siguió esta senda: la impaciencia natural en los vencedores, el deseo de domeñar los ánimos rebeldes, y el celo religioso, embravecido con los obstáculos y cada dia mas intolerante y perseguidor, fueron poco á poco añadiendo leña á la hoguera; en términos que, á una leve centella, era fácil que prendiese voracísimo incendio (119).

Por de pronto la presencia de los reyes mantuvo algun tanto sosegados los ánimos; contribuyendo á ello el influjo del arzobispo, dotado de verdadera mansedumbre evangélica, y el ilustrado celo del secretario Hernando de Zafra, que habiendo celebrado las capitulaciones para la entrega, se presentaba naturalmente como su fiel intérprete, ofreciéndose cual mediador entre vencedores y vencidos.

Mas no eran estas causas bastante poderosas para impedir entre unos y otros el inevitable conflicto. A las ahogadas quejas y al reprimido descontento sucedió en breve la alteracion de la ciudad, amenazas, desafueros, tumultos; empleóse para calmarlas, ya el ruego, ya las promesas, cuando el arte y

cuando la fuerza; pero muy de recelar era que la mentida paz no fuese mas que una trégua, y que la herida sobresanada se enconase mas y mas por adentro.

Contribuyó tambien á acrecentar el daño haber permanecido en Granada, y encargado de concurrir á la conversion de los infieles, el arzobispo de Toledo, el famoso Jimenez de Cisneros, cuyo temple de alma se avenia mal con las contemplaciones y miramientos de que no sin provecho se valia, merced á su carácter benigno y conciliador, el arzobispo de Granada. Grave falta en tan prudentes monarcas: dejar subsistente una causa mas de perturbacion en medio de tantos elementos de discordia!

Momento hubo en que la reina misma sintióse pesarosa, y aun mostró su disgusto al severo prelado por su imprudente celo; pero el escesivo rigor produjo, como suele, mas tenaz resistencia; y enconándose mas y mas los ánimos, apelóse al fin al cauterio, como único remedio eficaz contra tan inveterada dolencia (120).

Desde un principio se notaron síntomas de inquietud y desasosiego en las sierras de la Alpujarra, que por lo fragoso del terreno y el carácter audaz de sus moradores, parecian destinadas á ser fortaleza y alcázar de la rebelion que amenazaba. O temeroso de ella, ó poco satisfecho de la situacion en que se encontraba, reducido á la condicion de

vasallo con vanas ínfulas de señor quien poco antes se ostentaba monarca en todo el ámbito del reino, apenas trascurridos dos años despues de la rendicion de Granada, mostróse Boabdil dispuesto á vender á los reyes Católicos los bienes que le habian dado y los que anteriormente poseia. La misma intencion manifestaron á su vez la madre, esposa y hermana de dicho príncipe; resueltos todos á pasar á las partes de Africa; como si la corriente de la fatalidad, que habia arrollado el poder musulmánico en España, llevase unos tras otros á las opuestas costas los restos y vestigios de su grandeza.

Apresuráronse los reyes á aceptar la propuesta; y aun no falta quien atribuya al sagáz D. Fernando haber dispuesto las cosas con escasa voluntad de Boabdil y aun sin su conocimiento; valiéndose al efecto de Aben Comixa y de su hermano, que tanto influjo tenian en el ánimo de aquel débil monarca. Lo cierto es que celebraron un tratado para dicha venta; y al mismo tiempo enagenaron las haciendas y rentas que habian recibido de manos de los reyes Católicos, en remuneracion de servicios prestados, ó si se quiere, cual vil precio de su traicion y alevosía (121).

En la misma villa de Andarax, en que habia acabado miserablemente la dominacion del Zagal, á tiempo de trasladarse á Africa, recibió Boabdil á Aben Comixa y á su her-

mano; y al presentarle estos un monton de oro, para deslumbrar sus ojos y captar su voluntad, sintió un arranque generoso, y en poco estuvo que no se arrojase sobre ellos, para ahogarlos entre sus brazos.

Reprimida algun tanto la ira, volvió á caer en su natural abatimiento; y apenas profirió alguna que otra palabra en los pocos dias que mediaron hasta el de su partida. Verificóse esta por el puerto de Almería; embarcándose en unas naves, que habian mandado aprestar los reyes Católicos, segun lo convenido.

Rodeado meramente de su familia, con escaso séquito y sin un solo amigo, cargado con sus tesoros y con las maldiciones de los pueblos, aportó Boabdil á las costas de Africa y se encaminó á la ciudad de Fez, siguiendo hasta en esto las huellas de su desventurado tio: pero lejos de hallar allí igual suerte, encontró benigna acogida.

Vivió allí algunos años, en el seno de la opulencia, pero mas infeliz y desdichado que el mas menesteroso de los hombres. El recuerdo de Granada le seguia á todas partes como la pesada cadena que arrastra por el suelo un cautivo. Ni una sola vez cerraba los párpados, sin ver á Granada en sueños; ni una sola vez despertaba, sin que le apareciese la misma imágen, arrancándole un profundo gemido; y para que fuese mayor su torcedor y tormento, ni aun tenia el des-

ahogo de pronunciar aquel nombre; porque si por ventura se escapaba de sus lábios delante de su madre, le lanzaba esta una mirada de indignacion, que le hacia bajar los ojos, sonrojado y confuso.

Tan preocupado tenia el ánimo, que le parecia que hasta los niños huian de su presencia; señalándole con el dedo, y murmurando medrosos: *ese es Boabdil el Desventuraditlo!* Ni aun en las mezquitas lograba hallar asilo y consuelo; pues en medio de la pena y desolacion que habia causado la pérdida de Granada, y de los votos que se dirigian al cielo por el recobro de aquella ciudad, creia escuchar su propio nombre, cubierto de denuestos é imprecaciones.

Deseando que, por lo menos, no se atribuyese á flaqueza y cobardía la ruina de su imperio, tuvo por buena dicha que se le presentase ocasion de volver por su fama; y se brindó á acompañar al rey de Fez en la espedicion que proyectaba contra los Xerifes hermanos, que á la sazon imperaban en Marruecos.

Estalló la guerra, cruzáronse las armas, peleóse con encarnizamiento por una y otra parte; y Boabdil se manifestó tan animoso y resuelto, como si le cansase la vida y anhelase librarse de su peso.

Cubierto de heridas en una batalla campal, tuvo una suerte parecida á la que, ocho siglos antes habia cabido al último rey de los

godos, murió sepultado en las ondas del *Rio de los Negros*. «Escarnio y gran ridículo de «la fortuna (segun la grave sentencia de un «historiador) que acarreó la muerte de es«te rey en defensa del reino ageno, no ha«biendo osado morir defendiendo el suyo.» (122).

Aun no satisfecha la enemiga suerte, no parece sino que cayó una maldicion sobre su descendencia: muchos años despues de su muerte, aun se enseñaban en Fez los palacios que habia labrado Boabdil, á semejanza de los de Granada, y como recuerdo de aquella ciudad; pero los nietos de aquel monarca se veian desposeidos de sus bienes y reducidos á vivir á espensas de la caridad pública (123).

Cuando Boabdil y su familia salieron de las Alpujarras, para pasar á Africa, vino á morar en aquella comarca Zoraya con sus hijos: habiendo retardado el verificarlo hasta entonces, á pesar de que los reyes Católicos les habian hecho merced de las tahas de Orgiba y Jubiley, en cuanto el Zagal las vendió á dichos monarcas. El único anhelo de la amorosa madre era gozar de tranquilidad y sosiego, lejos del bullicio de la ciudad, donde tantos recuerdos le punzaban el alma, disfrutar las delicias del campo, y ver crecer á sus hijos sanos y robustos, como los árboles que se crian en aquella tierra de bendicion. Fijó pues su morada no lejos de

Mondujar, en un ameno valle, al que habia cobrado aficion en otro tiempo; y allí esperó restaurar su salud, quebrantada con tantos pesares. Aun cuando no estuviese acometida de ninguna grave dolencia, sentia que le iba faltando el jugo de la vida, como á una planta que poco á poco se marchita y muere. Un secreto presentimiento le advertia que su fin no estaba lejano; y á veces la sorprendian sus hijos, clavando en ellos sus miradas tristísimas; cual si fuesen los únicos lazos que aun la ligaban á la vida.

Subsistió así por algun tiempo, mientras no se perturbó la tranquilidad de aquella comarca; mas apenas se percibió un ruido sordo, como el que suele preceder á los terremotos, receló que estaba próximo algun levantamiento, y que tal vez se veria privada de aquel asilo, si se acercaba el rumor de las armas.

Tomó cuerpo la rebelion, tan pronto y con tanto ímpetu como el fuego que prende en un espeso bosque, seco por largos años y azotado del viento. Acudieron los capitanes mas famosos (124); acudió el mismo rey Don Fernando en persona; tomaron villas, asolaron lugares, y sometieron otra vez la tierra, declarando cautivos á los moradores de los pueblos rebeldes (125).

Mientras asediaba el rey á Lanjaron, que se habia estremado en la resistencia, recordó como no lejos de aquella villa residia la

viuda de Albo Hacen; y bien fuese porque le asaltase el recelo de que pudiesen tal vez los moros descontentos volver los ojos hácia los hijos de su antiguo monarca, bien calculase que la mansion en aquella comarca, donde hacia mas estragos la guerra, pudiera no estar exenta de inconvenientes y peligros, envió á uno de sus capitanes, para que manifestase á Zoraya, en los términos mas corteses, el vivo interés que tomaba el rey en su tranquilidad y en la de sus hijos; por cuya razon le aconsejaba que se alejase de aquella tierra, en que desgraciadamente habia asentado su trono la discordia, y que se trasladase á Granada, donde hallaria la paz que deseaba y los respetos y agasajo de que por tantos títulos era merecedora.

Oyó Zoraya al nuncio del monarca: y columbró fácilmente que bajo la apariencia de amistoso consejo, se ocultaba un severo mandato; habiendo bastado á desvanecer sus dudas, si alguna le quedase, el ver que desde luego le propusieron comprarle las tierras y rentas que en la Alpujarra le habian sido otorgadas; dándole en otras partes del reino la compensacion mas cumplida (126).

Contestó Zoraya en términos respetuosos, pero graves; costándole trabajo encubrir que consideraba aquella determinacion como una especie de destierro, hijo tal vez de infundadas sospechas, á que estaba muy lejos de haber dado causa ó pretesto. Y como

sea propio de las almas sensibles, y mas si reciben un dia y otro dia golpes de la desgracia, enfermar á su vez, como acontece al maltratado cuerpo, se apoderó de la infeliz una pasion de ánimo, que acabó de enflaquecer sus fuerzas. Los parajes que iba á dejar le parecian por lo mismo aun mas hermosos; su imaginacion enardecida le presentaba en Granada peligros y acechanzas; temia que la sangre real que corria por las venas de sus hijos, los hiciese tal vez víctimas de alguna oculta trama; y cubríase de un trasudor frio, solo al reflexionar que iba á volver á ver los sitios que recorrió en tiempos mas felices, en compañía de su esposo.

Hizo sin embargo los mayores esfuerzos, por esconder su dolor y recelos en lo mas profundo del alma; ya le moviese á ello un sentimiento de altivez, ya el deseo de no afligir á sus hijos, que estaban pendientes de su voz y de sus miradas; pero aquella lucha incesante, mas terrible cuanto mas oculta, acabó de postrarla; y apenas llegó á Granada, se apoderó de ella una fiebre lenta y tenaz, que habia de acompañarla hasta el sepulcro.

Ni las yerbas medicinales, de que tanto abunda aquel suelo, ni los aires purísimos que embalsaman las riberas del Dauro, fueron parte á detener el curso de la mortal dolencia. ¿Qué valen la ciencia del hombre ni los ausilios de la naturaleza, cuando la

herida está en lo íntimo del corazon, y le embarga su accion y movimiento? Consumida por su profunda melancolía, aun mas que por la fiebre, como que sentía un amargo placer en cebarse en su tristeza misma: y á la caida de la tarde, á tiempo de trasmontar el sol, cual si temiese no volver á verle al siguiente dia, rogaba que la colocasen cerca de un algimez, que daba vista al rio, y se quedaba allí por largo espacio, inmóvil, silenciosa, dando apenas de cuando en cuando algun signo de vida.

Una noche (por señas que el viento de otoño empezaba ya á arrebatar las hojas secas de los árboles) permaneció en aquel sitio mas tiempo de lo que tenia de costumbre; y aun le pareció que sentia cierto consuelo, cuando vió aparecer la luna, iluminando con su luz apacible y suave el bosque y el palacio. Por un movimiento involuntario fijó sus ojos en el modesto albergue donde habia morado, antes de desposarse con el rey de Granada, y sintió caer por sus megillas unas cuantas lágrimas que aliviaron el peso que le oprimia el corazon. Su juventud, su belleza, sus amores, todo pasó confusamente por su memoria, como las imágenes inciertas que se reflejan en el agua: y arrojó un profundo suspiro, cual si en la hora suprema le causase pesar el desprenderse de la vida. Abrazó despues á sus hijos con mas ternura que otras veces, les dió su

bendicion, y quedóse de allí á poco dormida.

A la mañana siguiente encontráronla muerta: no se habia oido ningun quegido, ni se advertia la menor señal de lucha y agonía: el ademan sereno, el rostro vuelto hácia el paraje en que descansaban sus hijos, y entrambas manos sobre el pecho, estrechando la cruz de oro que en la cuna recibió de su madre.

Tal fué el fin que tuvo aquella muger singular; hermosa, noble, dotada de cuantas prendas pueden adornar á una criatura, no parece sino que nació destinada á servir de juguete de la suerte; ya reducida á la condicion de cautiva, y ya encumbrada á la altura de un trono, apenas pudo disfrutar en su azarosa vida un solo dia de felicidad.

Notas.

(1) «En el mes de setiembre, á 17, miércoles año de 1483, despues que el rey moro viejo fué recibido en Granada por rey, á causa del cautiverio de su hijo, vinieron de su licencia y mandado mil doscientos de caballo á correr el campo de Utrera.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios. M. S. Cap. 67.

(2) «Habido este vencimiento, Puerto Carrero (D. Luis Fernandez) lo hizo saber al rey y á la reina, y envióles las quince banderas que habia tomado en aquella batalla. La reina ovo gran placer con aquella nueva, y tùvose por bien servida de aquel caballero, por la gran diligencia y esfuerzo que hubo en aquella hacienda; y porle hacer merced dióle la ropa que ella vistiese todos los años el dia de los Reyes, por memoria de aquel vencimiento, é hizo á él otras mercedes.»

(Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*: Cap. XXIV.)

(3) «Envió el marqués de Ortega de Rado, con diez hombres, á que con la oscuridad de la noche pusiese sus escalas, y escondiéronse entre unas peñas hasta que amaneció. A esta hora llegaron algunos caballos, que reconocieron el campo, y salieron contra ellos setenta moros con lanzas y corazas. Dejaron el muro solo y escalaron la villa y subieron algunos que comenzaron á pelear con los de adentro. Despues subió el marqués por las escalas, y arrimáronse los que estaban arriba; y con esto se dió entrada á los que combatian las puertas y quedó la villa por el marqués.»

«De esta manera cuentan este suceso Antonio de Lebrija, Hernando del Pulgar, Gerónimo de Zurita, Esteban Garibay y Joan de Mariana: todos en conformidad atribuyen la gloria de esta jornada al marqués.»

(*Crónica de los Ponces de Leon*, por Salazar de Mendoza: pág. 152.)

«Tenia por costumbre el marqués (dice hablando de aquel suceso un escritor contemporáneo) *tener adalides y hombres especiales*, que entraban de noche en tierra de moros y se informaban de las fortalezas mal guardadas etc.»

(Historia de los *Reyes Católicos* por el cura de los Palacios. M. S.)

Los reyes nombraron al famoso caudillo *Duque de Cádiz y Marqués de Zahara.*

(4) Se alude en este pasage al rumor que corrió en España de que no se habia proseguido la victoria, alcanzada en la Vega de Granada, en tiempo de D. Juan el Segundo á causa de que los moros enviaron un rico presente al Condestable de Castilla, dentro de una cesta que parecia llena de higos y de pasas.

(Véase la curiosa carta escrita en el Real mismo de Granada por el Bachiller de Cibdad Real: epístola LI).

(5) Todos los cronistas ó historiadores estan confor-

mes en que hubo mucha diversidad de pareceres, respecto de dar ó no libertad á Boabdil, variando solo en los pormenores ó circunstancias.

(6) «En febrero de 1484 el rey viejo Hacen recobró la ciudad de Almería, que se la tenia contra su voluntad el segundo hijo suyo, Muley Venahahige, é diósela por traicion un alfaquí; enviósela á tomar á su hermano el infante Muley Bandely Azagal, que reinó despues de él; el cual, desque la tomó, degolló al infante Venahahige, su sobrino, y á otro de su bando.»

«Puso justicias y alcaides á nombre del rey viejo, al cual despues tomó el reino.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios. cap. 69. M. S.)

(7) «Y porque habia muchos votos contrarios, el rey lo envió facer saber á la reina por saber su parecer. La reina, vistas las razones de la una parte y de la otra, respondió al rey: «Que vistas las voluntades de aquellos caballeros sobre la deliberacion del rey moro, porque muchos reyes de aquel reino de Granada fueron vasallos de sus progenitores, debia darle la libertad y recibirlo por vasallo; *especialmente por que se puedan redemir los cristianos del cautiverio que tienen.*»

(Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos.* cap. XXIII).

(8) Los mas de los autores, que han escrito la vida de Gonzalo Fernandez de Córdoba, se han estendido mas ó menos acerca de sus preclaros hechos, cuando ya acaudillaba un ejército, y alcanzaba en Italia y otras partes el dictado de *Gran Capitan*; pero son escasas y diminutas las noticias que dan respecto de sus años juveniles, nombrándole apenas, al hablar de la conquista de Granada.

He creido por lo tanto conveniente reparar, cuanto en mi cabe, tan estraño silencio; sacando á luz algunos hechos

y pormenores, que no merecen por cierto permanecer sepultados en el olvido.

Para ello he seguido como norte y guia un testigo ocular, su compañero y amigo, que lejos de mostrarse envidioso de tamaña gloria, cuidó de dejarla vinculada á la posteridad.

(Véase la obra titulada: *Breve parte de las hazañas del nombrado Gran Capitan*, escrita por Hernan Perez del Pulgar, el de las *hazañas*, y dada á luz por el autor de esta obra).

(9) «Estos capitanes Gonzalo Fernandez y Martin de Alarcon, concertaron con el comendador Alonso de la Peñuela, que con la gente de caballo de Loja, y Lope Sanchez de Valenzuela con la de Alhama, corriesen el camino del Padul, la via de Alhendin; porque al rebato de aquellos, saliese el rey viejo, como salió de la cibdad, fué en el *Almorava*, que es un campo allí cerca; tan récia la escaramuza de ambos reyes y capitanes, que la angostura de fuerzas y ahilamiento de hambre, la noche con sed los apartó, y no fué apartado muchas veces de este peligro Fernandalvarez. Maravillados los moros de lo que en la pelea los capitanes con su gente hicieron, y cuánto daño los de la ciudad recibieron, les dijo el rey, abrazándoles: «O alcaides señores, ¡cómo los peligros á que os habeis hoy espuesto, nos han sacado de ellos, ansi en el campo como en los adarves y puertas y calles!»

Contino habia récias contiendas, y iba de bien en mejor á los del Albaicin; y con aquel favor del dia pasado en *Almorava* (1) salieron los de Albaicin con espingarderos y ballesteros cristianos, cerca de Bibalmazan y aquella cebándose de gente de todas partes, Gonzalo Fernandez, visto salir de la cibdad mucha gente, esforzando á su parte, dió una espolonada récia, diciendo: «Venid, se-

(1) Esta *Almorava* es un campo cercado, do es agora San Gerónimo de Granada.»

ñores; que tan abiertas nos serán hoy las puertas entrando matando, como á los que van huyendo; ca si con victoria hoy salen nuestros enemigos, ó á la paz, será en peligro todo lo de nuestra parte.» Con esto dando espanto á los moros, tomaban esfuerzo los suyos.»

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar.)

(10) Durante la permanencia del ejército francés en Granada en tiempo de la guerra contra Napoleon, fué profanado por primera vez el sepulcro del *Gran Capitan*, cuyo cráneo parece se estrajo de aquel lugar. Mas si semejante hecho no admite disculpa ni aun ejecutada por manos estrangeras, no hay palabras con qué calificar la conducta de algunos malos españoles, que aprovechándose de las recientes revueltas, han causado irreparable daño á aquel magnífico monumento, sin respetar siquiera los huesos del inmortal caudillo, que fueron esparcidos por el suelo.

Parece que posteriormente, la autoridad eclesiástica ha reclamado los preciosos restos que habia recogido un particular, para volver á colocarlos en el sepulcro en que descansaban.

(11) La *casa de la moneda*, á que aquí se alude, es un edificio del tiempo de los moros, como lo indica la fachada con enlazados y labores, y lo demuestra una inscripcion arábiga, colocada sobre la puerta, que aun subsistia cuando reconoció aquel paraje el autor de esta obra á fines del año de 1832. Aquel edificio servia á la sazon de cuartel de presidarios

(12) Entre las mugeres célebres que produjo Granada en tiempo de los moros, se contó una, llamada *Leila*, de vasta instruccion y sagacidad; y otras poetisas, llamadas *Narchina*, *Moghia* etc.

(Véanse los *Nuevos paseos por Granada*, por D. Simon Argote: tomo 2.° pág. 107.)

(13) El castillo de *Hernan Roman* es, como ya se dijo, uno de los monumentos mas antiguos que se conservan en Granada, y no falta quien atribuya su fábrica á los Fenicios.

En el año de 1754 se labró allí una capilla dedicada á San Cecilio, por haber la piadosa tradicion de que estuvo encarcelado en aquel paraje, igualmente que sus compañeros, hasta que los sacaron para padecer el martirio.

(14) «Otrosí hicieron los maestros de artillería unas pellas grandes de hilo de cáñamo y pez y acrebite y pólvora, confeccionados con otros materiales, y de tal manera y compostura, que poniéndoles fuego, echaban de sí por todas partes centellas y llamas espantosas y quemaban todo cuanto alcanzaban, y el fuego que lanzaban de sí duraba por gran espacio.... Ficieron ansi mesmo pelotas redondas, grandes y pequeñas de hierro; y destas facian muchas de molde, porque de tal manera templaban fierro, que se derretía como otro metal, y estas pelotas nacian grande estrago, do quiera que alcanzaban.»

(Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*: cap. XLIV.)

(15) «Llovió tanto un invierno, que derribaron las aguas un gran pedazo del muro de Alhama, por donde podia ser asaltado y recibir daño: y causó esto mucho miedo á los que lo guardaban. Para remedio de ello mandó poner un grande pedazo de tela almenada, y de manera que parecia ser cerca, y cubrió con ella el portillo que estaba ello. Mirada desde lejos no se notaba diferencia ni se echaba de ver. Mandó que no saliese nadie de la ciudad, para que no pudiesen dar aviso á los moros. Dióse tanta prisa á levantar el muro, que en muy pocos dias le puso mejor y mas fuerte de lo que antes estaba, sin que los moros se lo entendiesen hasta que estuvo acabado, aunque habian venido á correr la tierra.»

Vida del gran Cardenal de España: por D. Luis Salazar y Castro: cap. IV.

(16) En el año 1485, cuando el rey Fernando tomó á Ronda, salió el Zagal de Granada, como que iba á socorrer á Málaga; revolvió desde el camino, venció á los cristianos junto á Alhama, y se dirigió triunfante á Granada, donde le alzaron por rey..... «*E depuso á su hermano, diciendo que era viejo é ciego, é que no era para defender el reino.*»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios: cap. 76. M. S.)

(17) Despues de pasados algunos dias, los moros, conocidas las enfermedades del rey viejo y como no tenia fuerzas para defender la tierra, tomáronle; y *con su muger y algunos servidores le pusieron en una fortaleza donde murió á dende pocos dias.* Y en su vida, alzaron por rey á este infante, su hermano, Muley Abdilehí.»

(Pulgar: *Crónica de los reyes católicos*: cap. XXXVI.

(18) «En este tiempo murió el rey viejo Muley Hacen en Salobreña, que es un lugar pequeño donde el hermano le habia desterrado é mandado estar cuando lo hicieron rey en Granada; que luego lo mandó salir à èl á su muger, é aun les tomó el oro é la plata é haber qne tenia; é trujéronle á Granada defunto en una acémila, é fué enterrado muy pobre é aviltadamente por mano de dos cautivos cristianos en su hosario.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios; cap. 76. M. S.)

(19) Dicha puerta ha subsistido hasta estos últimos tiempos; su forma, conocidamente moruna á manera de un embolado de tres arcos; bastante parecida á la puerta *llamada de las Orejas* en la *Plaza de Vibarrambla*.

Encima de la *puerta del Bimitre* habria probablemente una torre, segun se advierte en casi todas para la defensa; y á uno y á otro lado seguia el muro, pues que el

historiador Bermudez de Pedraza dice que aun se veia el estrago de las pelotas.

Cuando la examinó el autor de esta obra (año de 1833) habia sobre dicha puerta una capilla, despues parece que todo ello ha sido derribado.

(20) Debajo del *salon de Comares* subsiste una sala subterránea que hoy dia no puede verse, á la que se da comunmente el nombre de sala *de las Ninfas ó del Tesoro*, por el que se halló allí dentro de unos jarrones.

(Véanse los *Paseos por Granada*; del P. Fr. Juan de Echeverría.)

(21) «Y tratándose de esta cosa, viendo como la cibdad y reino por todos cabos se horadaba, con pujanza de daños que los buenos recibian, de secreto hablaron con algunos alfaquíes y ciudadanos y labradores honrados del Albaicin, los cuales de miedo dilataban lo que todos deseaban, y apresurados entendian en la reconciliacion de ambos reyes, para que con concordia igual dejasen la guerra, y no quisiesen con porfía esperimentar la fortuna.»

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*: por Hernan Perez del Pulgar.)

(22) «Vueltos Gonzalo Fernandez á Illora, y Martin de Alarcon á Moclin, de allí con mas la frontera se continuaba la guerra, porque las cosas sucedieron en estado que el mozo (Boabdíl) rebeló contra el rey y la reina y duró en él hasta que él á Granada les entregó.»

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar).

(23) El conde (de Cabra) y los que con él estaban, pelearon lo que pudieron, jasta que el conde fué ferido de una espingarda en la mano, y su caballo de cuatro lanzadas, y no pudiendo mas sostener la fuerza de los moros volvió las espaldas y los moros siguieron el alcance hasta una legua contra él y contra las otras gentes que huyeron...»

«En esta pelea y alcance mataron á D. Gonzalo, hermano del conde, y á muchos caballeros y peones de su tierra y de otras partes.»

(Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*: cap. L.)

(24) Entre los documentos y papeles existentes en el archivo de la casa de los condes de Luque, se hallan algunos que dicen como D. Pedro Venegas se halló en la derrota de Moclin; y saltando su caballo el arroyo que hasta hoy conserva el nombre de la *Matanza* conservó la vida, que otras heridas no le quitaron, para continuar peleando hasta que se conquistó Granada.

(25) «El mismo año (1485) recibió una gran quiebra de los moros el conde de Cabra, yendo á cercar á Moclin, por el mes de setiembre, de manera que dió cuidado á los reyes; y hubo diversos pareceres en su consejo sobre lo que se haria en la prosecucion de la guerra.

La reina estuvo tan afligida, que fué menester que el cardenal la consolase; y así lo hizo en una plática delante del consejo. .»

«Y despues que platicó con él lo que se debia hacer, determinó que se dejase por entonces la guerra por aquellas partes, y que se pusiese sitio sobre las fortalezas de Cambil y Arazal que son lugares de la ciudad de Jaen.»

(*Vida del Gran Cardenal de España*, por D. Luis Salazar y Castro: cap. LIX).

(26) «Los moros, desque vieron fecha la junta de amistad de ambos reyes, criaron nuevos corazones para amar á este rey mozo; el cual, como tuvo aviso de que el rey con los grandes y gentes del Andalucía y de Castilla iba á cercar la ciudad de Loja, por ganar la benevolencia de los moros, con cuatrocientos de caballo, los mejores y mas escogidos de fuerzas y esfuerzo de su reino, entró dentro E de improviso puso entero recabdo y reparo en los adarves, y asentó estanzas y proveyó de gente en cada una

la que convenia para guarda de la cibdad, y proveyó en bastimentos, y concertó el artillería, y puso cada tiro do convenia, para defender y ofender.»

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar).

(27) «Entrando en el combate fué tan réciamente combatido, cuanto fuertemente resistido, así de los vecinos y naturales como del rey y sus caballeros y estrangeros; y aquí, así como á los cristianos apremiaba la vergüenza, á los moros forzaba la necesidad; y con esto en este combate cayerou muchos de los unos y de los otros, en especial de los moros, que les faltó el artillería, de que los cristianos llevaban abundancia. Visto por los cristianos la defensa que los moros hacian, y atajos y reparos que en las calles ponian, en las cuales habia tan grandes montones de moros y cristianos muertos, que estas palizadas eran la mayor fuerza de su defensa; y con esto estaban los cristianos dudosos, porque si dejaban la cuestion, era mas peligrosa la salida que fué la entrada; y aquí el marqués de Villena los juntó, y tal ánimo les dió, que todos aquellos caballeros y capitanes y gentes, escogieron confiar en la fortaleza de sus personas, esponiéndose á la muerte, antes que perder lo que habian con tanto trabajo y derramamiento de sangre ganado; y como no se hallase ninguno menoscabado de esfuerzo, presente el acatamiento del capitan general, de improviso, tan fuertemente apretaron el combate, y tan en órden horadaron las casas de una en otra, que con ímpetu los arrabales ganaron, do mataron todos los moros que alcanzaron, antes que en la ciudad entrasen...»

«Los moros, viendo ganado el arrabal, que era la mayor fuerza de defensa, ni tenian corazon para pelear, ni fuerzas para se defender».

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar).

(28) Gonzalo Fernandez de Córdoba tuvo una parte muy principal en la toma de Loja, motivo por el cual cobró tal vez aficion á dicha ciudad, retirándose á ella en los últimos años de su vida.

Véase la obra tantas veces citada, escrita por Hernan Perez del Pulgar, de la cual estan sacadas las palabras atribuidas á Boabdil, y la contestacion del rey D. Fernando.

(29) «Teniendo el rey católico cercada la ciudad de Velez-Malaga, vino á socorrerla con muchos caballeros moros y peones el rey de Granada, puesto en la sierra y cerros de *Bentomiz*, que es una de la dicha ciudad; y vos fuisteis con algunos de á caballo á ver y tentar su real y disteis aviso al rey católico de lo que visteis y sentisteis en el dicho real y la disposicion que habia en él, é *informado de vos*, mandó salir del real muchos grandes con su gente, capitanes, caballeros y peones, los cuales desbarataron y vencieron al rey de Granada con todos sus moros, *yendo vos en la delantera de este vencimiento fasta que os mataron el caballo.*»

(Real cédula del emperador Cárlos V, fecha en Granada, á 29 de setiembre de 1526. Hállase este documento en el *bosquejo histórico*, publicado por el autor de esta obra con el título de *Hernan Perez del Pulgar el de las hazañas.*)

(30) «Y como el rey lo vió, prestamente cabalgó en un caballo, armado con todas sus armas; y ocurrió allí con muchos caballeros que le siguieron, y fuertemente arrojó la lanza á un moro. Y echando mano á la espada, que llevaba atada al arzon de la silla, no la pudo sacar de la vaina. Lo cual fué causa que de allí adelante nunca quiso traer la espada en el arzon, sino ceñida á su lado.»

(*Cosas memorables de España* por Lucio Marinéo Siculo: fól. CLCCV.)

(31) «Algunos dicen que le preparó la muerte su hermano el rey Zagal; pero Dios lo sabe que es el único eterno é inmutable.»

(Conde: *Historia de la dominacion de los árabes en España*: tom. 3.°

(32) «En este tiempo habia dos reyes en Granada, como es dicho: Muley Baudili Azagal é este tenia el señorío de la mayor parte de la ciudad, é Muley su sobrino prisionero del rey de Castilla: é los moros de Granada afincaron á su rey mayor que foese á socorrer á Velez, é ovo de salir de Granada, y fué con mucha gente de á caballo é de á pié, y asomó un dia por unos cerros altos sobre Velez, á vista del real de los cristianos...»

«Y los grandes de Granada, viendo la poca honra con que su rey iba, cerráronle las puertas y no lo dejaron entrar en Granada, é digéronle que no querian que reinase sobre ellos, alzaron por rey al rey Muley Boabdeli, su sobrino, que estaba retirado en el Albaicin de Granada, é el otro fuese á reinar sobre Baza é Guadix é Alpujarras e otras tierras.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios: cap. 82. M. S.)

(33) «Algunos dias despues, constriñendo la hambre á los moros, uno de ellos mas atrevido y osado que fuerte y prudente, casi otro Scévola romano, determinó de morir ó matar à SS. AA. El qual, á hora despues de medio dia, ceñido un terciado y vestido un albornoz que le cubria, salió de la fortaleza de Gibralfaro y se vino al marqués de Caliz, que estaba en la primera estancia y le dijo que buscaba al rey y á la reina, porque les queria decir algunas cosas necesarias y provechosas á su servicio. El dicho marqués, porque no osaba apartarse de su estancia, con un criado suyo le envió á la tienda real. Y como allí llegó el moro (porque en aquella sazon SS. AA.

dormian) entre tanto se entró en la tienda de doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, á donde estaba asentada con gran autoridad y muy ataviada; que representaba persona real, y D. Alvaro de Portugal junto á ella, hablando ambos á dos. Y como los vió el moro y el fin era ya llegado, pensando que era el rey y la reina, arrebatadamente echó mano á su terciado, y hirió muy mal en la cabeza al dicho D. Alvaro de Portugal; y yendo que iba para la marquesa, ella dió voces antes que á ella llegase: los servidores, que allí se hallaron, le mataron á puñaladas.»

(*Cosas memorables de España*, por Lucio Marineo Sículo).

(34) Con motivo de este atentado, se dispuso «que anduviesen con la persona del rey y estuviesen con la persona de la reina doscientos caballeros hijos-dalgo de los reinos de Castilla y de Aragon, con sus gentes; y estos guardasen que ninguna persona llegase á ellos con armas.»

(Pulgar: *Crónica*: cap. LXXXVII).

(35.) «Ansi mesmo armaron seis albatozas, con mucha gente y tiros de pólvora, y acordaron que se hiciesen *minas secretas por debajo de tierra*... y los unos por la mar y los otros por la tierra, todos á una hora acometieron la pelea con los cristianos.»

(Pulgar: *Crónica*: cap. LXXIII.

(36) «E el Zegri (alcaide de Málaga) y los que seguian su opinion era que matasen las mugeres é niños é viejos, que no eran para pelear, y despues que saliesen peleando é morieran, que no que diesen tal honra é victoria á los cristianos de darse á partido.»

(*Historia de los reyes Católicos*, por el cura de los Palacios: cap. LXXXIV M. S.)

(37) «Pasaron en este cerco (de Málaga) muchas cosas muy notables, en los tres meses que duró, desde jueves 17 del mes de mayo hasta sábado 18 de agosto del año 1487.

Como no estaban los reyes acostumbrados á tan largo cerco y sitio, si bien este no lo fué mucho, lleváronlo impacientemente. A la verdad, los moros se defendian con mucho brio, y eran ayudados de los árabes que se mostraron muy valientes soldados.»

(*Crónica del gran Cardenal deEspaña*: cap. LXIV.)

(38) Y mandaron luego poner en fierros al capitan principal que se llamaba Hamete Zeli. Preguntado aquel capitan qué le movió á tanta rebeldía, pues veia traer daño á él y á todos los moros de Málaga, respondió: *Que él mismo habia tomado aquel cargo con obligacion de morir ó ser preso defendiendo su rey y la ciudad, y la honra del que gela entregó; y que si hallara ayudadores, quisiera mas morir peleando que ser preso defendiendo.*»

(Pulgar: *Crónica de los Reyes Catòlicos.*, cap. XCIII.)

(39) Que á la hora siempre llevaba el rey campanas en sus huestes y reales; é al comienzo, le decian los moros: «¿*Cómo no teneis las vacas y traeis los cencerros*?»

«Las quales campanas andaban con el artillería é de allí se repartian por el real.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios: M. S.)

(40) «Y talando y peleando, duró esta tala curenta dias; porque la espesura y grosura de los árboles, hacian tan gran impedimento á *cuatro mil taladores*, que con gran trabajo podian escombrar *diez pasos cada dia*.»

(Pulgar: *Crónica*: cap. CIX.)

(41) «Y ansi mesmo el rey mandó hacer casas en el real, para defensa del frio y de las aguas. En cuatro dias *hicieron mil casas, puestas en órden con sus calles*.»

(Pulgar: *Crónica*: cap. CXVII.)

(42) En el *bosquejo histórico*, ya mencionado, en que se refiere la vida de Hernan Perez, *el de las hazañas*, se halla la cédula de los reyes Católicos, en que se hace una re-

lacion circunstanciada del modo con que el rey D. Fernando le armó caballero; así como el privilegio otorgado por dichos monarcas, concediéndole por escudo de armas un leon, con una lanza en las garras, y en la punta de ella una toca; por orla once castillos, en memoria de los once alcaides, que habia vencido en la batalla.

(43) La reina acordó de vender algunos maravedís de sus rentas, para que los oviesen por juro de heredad qualesquiera personas que los quieran comprar, dando diez mil maravedís por un millar..... pero porque todo este dinero se consumió, y no bastaba á los grandes gastos del sueldo contínuo y otras cosas concernientes á la guerra, envió todas sus joyas de oro y plata y joyeles y perlas á las ciudades de Valencia y de Barcelona á las empeñar; y las empeñaron por grande suma de maravedís.»

(Pulgar: *Crónica*: cap. CXVIII.)

(44) «Y para curar los feridos y los dolientes, la reina enviaba siempre á los reales, seis tiendas grandes y las camas de ropa necesarias para los feridos y enfermos; y enviaba cirujanos y médicos y medicinas y hombres que los sirviesen, y mandaba que no llevasen precio alguno, porque ella lo mandaba pagar; y estas tiendas con todo este aparejo, se llamaba en los reales *el Hospital de la Reina*.»

(Pulgar: *Crónica* de los Reyes Católicos: cap. XXXIII.)

(45) Los moros hicieron una especie de trégua, quando se acercó la reina Isabel á la ciudad, y hasta enviaron tropas, á fin de que volviese por un camino mas corto á los reales.

Esta circunstancia notable la refiere un autor coetáneo, Alonso de Palencia, en su *Crónica*, M. S., existente en la real academia de la historia.

(46) «Los moros, sabida la venida de la reina y del cardenal de España, no podemos pensar si creyendo que venian para tomar asiento hasta la ciudad, ó movidos por alguna otra imaginacion; pero de cualquier causa que de

ello procediese, fué por cierto paso digno de admiracion, ver la súbita mutacion que en su propósito se vido. Y porque fuimos presentes y lo vimos, testificamos verdad, ante Dios que lo sabe y delante de los hombres que lo vieron: que despues del dia que esta reina entró en el real, pareció que todos los rigores de las peleas, todos los espíritus crueles, todas las intenciones enemigas y contrarias, se cansaron y cesaron, y pareció que amansaron, de tal manera que los tiros de espingardas y ballestas y todo genero de artillería, que solo una hora no cesaba de se tirar de una parte á otra, dende en adelante no se vido, ni se oyó, ni se tomaron armas para salir á la pelea, que todos los dias antes pasados hasta aquel dia se acostumbraban tomar, salvo la gente del real, que tenian y continuaban sus guardas del campo en los lugares que solian estar: y luego el caudillo comenzó á hablar á los cristianos, diciendo que queria oir lo que el rey y la reina demandaban.»

(Pulgar: *Crónica* de los Reyes Católicos, cap. CXXI.)

(47) A vista de estos preparativos, los moradores de Baza sintiéronse sobrecogidos de terror y desesperacion; y comenzaron á tratar de capitulaciones, bajo los mismos pactos otorgados á otras ciudades. Entretanto el Rey Católico, creyendo que á los sitiados no les quedaban víveres, y que aquello lo hacian para alcanzar aventajadas condiciones, envió algunos oficiales para que se enterasen y le informasen del estado en que se hallaba la guarnicion; pero los muzlines, sospechando la intencion que traian, pusieron á la vista todas la provisiones que tenian, ostentándolas en los mercados y parajes por donde habian de pasar los oficiales cristianos; á fin de engañarlos y de que creyesen que la guarnicion podia sostenerse mucho mas tiempo; siendo asi que estaba reducida á la estremidad. La guerra no es mas que puro engaño y falsía. El plan se ejecutó tal como se habia concebido; uno de los grandes de

España entró en la ciudad, só pretesto de concertar los términos de la capitulacion, pero en realidad para cerciorarse del estado de la guarnicion, sus medios de defensa, las vituallas que habia almacenadas, adquiriendo de esta suerte datos que guiasen á los cristianos en aquella negociacion. Engañados por las apariencias, los cristianos ofrecieron á los moradores dejarles las vidas y haciendas, ademas de la libertad de trasladarse á donde quisiesen.»

(Al-maccarri, *Mohammedan-Dynaties in Spain*: obra traducida por D. Pascual de Gayangos. Lib. 8.° cap 7.°)

(48) «Pasaron julio é agosto é setiembre é octubre é noviembre, que nunca los moros se quisieron dar: y ya en el mes de diciembre, que no tenian que comer sino pocos mantenimientos, demandaron partido al rey é á la reina, el qual se concertó entre el rey è los moros, en tres dias de diciembre.»

(*Historia de los Reyes Católicos* por el cura de los Palacios: cap. 102 M. S.)

(49) «Este último cuerpo iba capitaneado por *Reduan Venegas*, un caudillo de linaje cristiano, segun Bernaldez, y que quizá es el mismo que en los romances de los moros parece haber sido presentado como la personificacion del amor y del heroismo.»

(*History of the reing of Ferdinand and Isabella the Catholic*; by w. Prescott. tom. 1.°)

(50) «Esta respuesta dada por el caudillo (el alcaide de Baza) y comunicada por el comendador mayor con el rey y con la reina, agradescieron al caudillo su buena voluntad y ofrescimiento; y prometieron de le hacer mercedes y recibir á él y á sus parientes á su servicio....»

«Otrosi el caudillo y el alcaide, que vinieron á entregar los rehenes, hicieron reverencia al rey y á la reina y se ofrecieron de los servir en cuanto les mandasen: y el rey y

la reina los recibieron por suyos y les mandaron hacer mercés de dineros y ropas y caballos.»

(Pulgar: *Crónica de los Reyes Católicos*: cap. CXXIV.)

(51) Las caricias y agrado paternal, que estos reyes manifestaron al infante Cidy Hiaya, le ganaron el corazon, en términos que juró no sacar nunca la espada contra tan nobles reyes. Hiciéronle grandes mercedes y le dieron quantiosas rentas; y la reina de Castilla, muy pagada de su gentileza, le dijo que teniéndole de su partido, creia ya acabada felizmente la guerra que asolaba al reino de Granada.»

(Conde: *Historia de la dominacion de los árabes en España*: tom. 3.° cap. XL.)

(52) Se conservan todavía algunas de las cartas que escribieron los Reyes Católicos al alcaide de Baza, durante el cerco de aquella ciudad. De ellos citaremos las dos siguientes:

«Al principal de los moros Jalisa Alnayar, caudillo general de Baza y Almería. Bien sabeis las muertes y daños que se han seguido en espacio de seis meses que la pusimos cerco á esta ciudad, así en vuestra gente como en los combatientes de mi real, y las que de nuevo se esperan, si no venís en algun honesto medio con que se escusen; lo qual ha muchos dias que creí hubierades fecho; porque la causa que teneis de no haber llegado de Almería al tiempo puesto el Adelantado, debeis estar cierto no fué culpa mia ni suya, sino de las muchas lluvias y de la gente del rey Muley Bobdely, que estaba ya sobre aviso y se lo estorbaron; porque de lo sucedido hubo grande pesar, aunque despues supe la venganza que habides tomado; y lo que de otras cosas os han dicho es con ánimo dañado y por meter mal en este mi real, así como lo hicieron antes para sus malos intentos. Así os rogamos mudeis de parecer, y creais que los que fueron enemigos de vuestro padre y vuestros, lo volverán à ser si se viesen fuera de necesidad; y para la

conservacion de vuestro estado y bien de vuestra gente, os estará mejor é mas seguro nuestro favor que el que agora os ofrecen con engaños, por alargar la guerra, á costa è daño vuestro. E debeis os acordar del favor é ayuda que el infante Celim, vuestro padre, hubo del Sr. rey D. Enrique nuestro hermano, é del trato que en la su córte se le hacia, quando andaba absente por la guerra que le hacian sus enemigos, que agora buscan vuestra amistad, y con lo que acordare, me avisad vuestra determinacion; cá holgaríame fuese la respuesta qual la esperamos y la mas segura para vuestra honra y estado.—De nuestro real de Baza, á siete de noviembre de mil quatrocientos ochenta y nueve años; y en todo acaecimiento, nos enviad la respuesta con toda brevedad.—Yo el Rey.—Por mandado del Rey, Hernando de Zafra.» (M. S.)

Carta del Rey Católico al mismo alcaide:

«Al honrado de los moros Jalisa Almayar, caudillo general de Baza é Almería.—Mucho placer obimos con la respuesta que el comendador mayor de Leon nos trujo, y con la que á voluntad de Nuestro Señor ha sido servido de os dar; en la qual no debeis tener dubda ni confusion, sino creer lo que tan manifiestamente os muestro para vuestro bien é de vuestra gente, y la determinacion que nos ha dicho teneis de no asentar partido alguno ni dar partido el rey de Guadix, vuestro cuñado, estamos muy ciertos que él no tendrá en esto mas voluntad que la vuestra, en especial al cabo de tan largo tiempo y muertes de tanta gente; y pues agora no podreis dejar de tanta dubda y engrosar tanto nuestro campo con vuestra gente, no lo debeis dilatar, antes que subcedan novedades que lo estorben; y así os rogamos sobre todo por la brevedad; y que el dia que nos avisaredes, volverá el comendador mayor de Leon; y todo lo que él os fable, yo fago de nuestra parte se cumplirá, á contento vuestro.—De mi real cerco de Baza, á

quince de noviembre de mil quatrocientos ochenta y nueve. —Yo el Rey.—Por mandado del Rey, Hernando de Zafra.» (M. S.)

Habiendo tenido mucha parte el citado caudillo en la rendicion de Baza, Almería y Guadix, los Reyes Católicos le hicieron señaladas mercedes; como aparece del siguiente documento que no creemos se haya públicado hasta ahora.

Copia de otra del asiento y promesa al caudillo de Baza y Almería Yahia Alnayar:

Por la presente aseguro y prometo á vos el honrado caudillo y general de los moros de Baza y Guadix é Almería é alcaide della Yahia Alnayar que las cosas que con vos trató y concertò en mi nombre D. Gutierre de Cárdenas comendador mayor de Leon tocantes á vos é á vuestro hijo é á los de vuestro linaje que no se pusieron en el asiento tocante á los vesinos y comunidad de la cibdad de Baza, por la prisa que à mi instancia é por me servir dístes á la entrega de ella, se cumplirá segun y como lo trató con vos el dicho D. Gutierre, ansí por ello como por lo mucho y bien que me habeis servido y espero que me servireis, por la presente aseguro y prometo por mi fee y palabra real que se harán todas y cada una dellas que son las siguientes:

Primeramente que yo os recibo por mi caudillo é debajo de mi amparo á vos é á vuestro hijo é sobrinos é que daré á vos é á vuestro hijo acostamiento en mi casa è vos mandaré tratar è trataré como á los grandes caballeros de mis reinos segun que vuestra persona é linage merece é os defenderé con todo mi poder de vuestros enemigos á vos è á vuestros lugares è vasallos é que si algunos de ellos eran comprendidos en los asientos hechos con Muley Boadili rey de Granada, los sacaré de los dichos asientos è vos haré cumplida satisfaccion dellos.

Iten que pues ha sido Dios servido de llamaros è os dar de sí verdadero conocimiento é la voluntad de determi-

nacion que teneis de ser cristiano, de me servir é ayudar con vuestra gente lo habeis de tener en secreto por mas servir á Dios y á mí en lo restante de la conquista en que de esta manera sereis mas parte é porque vuestra gente de guerra no os deje é se vaya à nuestros enemigos, é para remedio de esto queriendo vos luego recibir el Santo bautismo lo recibireis en mi cámara secretamente, de manera que no lo sepan los moros hasta estar hecha la entrega de Guadix é lo que mas yo viere que conviene no publicallo para el dicho efecto.

Iten que las viñas (1) e fortalezas y alcarias que á vos pertenecieron é poseiades por herencia del infante de Almería vuestro padre en el rio de Almería, vos haré, é desde luego vos hago merced dellas para vos é para las terner vender y empeñar ó dejar á vuestros descendientes para siempre jamás, è de ello os mandaré dar mis cartas de privilegio firmadas de mi é de la Serenísima Reina mi muy cara y amada muger é se declara que no se ha de entender de las que ganastes é vistes (2) é de otra cualquier manera despues que se rompió la guerra entre el rey de Guadix vuestro cuñado con el rey de Granada, sino solamente aquellas que os pertenecieron por razon de la dicha herencia del dicho vuestro padre.

Iten que mandaré que en las dichas villas, fortalezas y alcarías á vos pertenecientes por la herencia del dicho infante vuestro padre no se aloje gente de guerra ni entre en ellas sin vuestra voluntad salvo cuando acaesciere haber necesidad forzosa del dicho alojamiento se haga por vuestra mano y no de otra manera, para que lo hagais como vieredes que á mi servicio cumpla.

---

(1) Así: Pero me inclino á que debia decir villas.

(2) Pero parece que debe decir hubistes.

Iten que vos é vuestro hijo é vuestros sobrinos è descendientes é los criados de acostamiento de vuestra casa no pagueis ni paguen alcabala ni pecho ni derecho alguno en todos los mis reinos y señoríos para siempre jamás y que vuestras casas y suyas sean libres é esentas de huespedes para siempre jamas.

Iten que para guarda é honra de vuestra persona podais traer y trayais veinte hombres con las armas ofensivas é defensivas que quisieredes é con ellos podais entrar é salir en mi real é en otra cualquier cibdad, villa ó lugar de mis reinos é lo mismo se entienda con vuestro hijo, é que cuando vos ó él vinieredes á verme vos mandare aposentar honradamente en la cibdad ó villa do estuviere.

Iten que si el rey de Guadix vuestro cuñado os diere ó renunciare la mitad de la mitad de las Salinas que yo le hice merced que es la cuarta parte de las dichas Salinas é que si aquella cuarta parte valiere cuatrocientos mil maravedises que yo os haré merced de quinientos cincuenta mil maravedises de renta, de manera que sean sobre los dichos cuatrocientos mil maravedises otros ciento y cincuenta mil maravedises, los cualas os daré en las tahas de Dalía é sus Salinas é en Margena en las rentas á mí pertenecientes é si aquí no hubiere cumplimiento se cumplirá lo que restare en Voloduf para las tener gozar y poseer perpetuamente é para que los podais vender, empeñar, traspasar é dejar á vuestros sucesores para siempre jamás é de ellos vos mandaré dar mi carta de privilegio é las otras mis cartas é sobrecartas que menester hayades é cumpliéndose así la dicha cuarta parte ha de quedar para mí é para la Serenísima Reina mi muy cara é amada muger, de todo lo cual yo é ella vos mandaremos dar las dichas cartas de previliejo necesarias é para seguridad de todo ello vos mande dar la presente firmada de mi nombre y sellada con mi sello è cumpliéndose la entrega de Guadix á el tér-

mino que está asentado por lo que habeis gastado de vuestra hacienda è trabajado en los dichos tratos, trayendo á mi servicio al dicho rey de Guadix y otros alcaides principales, os haré merced de diez mil reales é que esta merced no os será contrariada por nuestro muy Santo Padre ni por ningun perlado ni caballero ni otra persona ninguna: fecho en el mi real cerco de Almería á veinte y cinco de diciembre de ochenta y nueve años.—Yo el Rey.—Yo Fernando de Zafra, secretario del Rey nuestro señor la fice escribir por su mandado. (1)

(53) El Zagal iba vestido de negro, con un sayo de dicho color (segun costumbre de los reyes moros, y no por señal de luto): albornoz y turbante de lienzo blanco.

No habiéndole el rey Fernando dado á besar la mano, él (segun uso de los moros) besó su mano; y lo mismo al despedirse.

(Véase la *Crónica* de Alonso de Palencia. M. S., existente en la real Academia de la Historia.)

(54) «Antes que los reyes partiesen de Guadix, enviaron al conde de Tendilla al rey de Granada, que llamaba el vulgo *chico*, no porque lo fuese de cuerpo, porque bien grande le tenia, sino para diferenciarle de su tio, que llamaban el *viejo*, que es el que entregó á Almería. Su embajada era que les entregase á Granada, como se lo habia prometido dentro de cierto tiempo, en ganándose las ciudades de Baza, Almería y Guadix, y que se cumpliría con él lo que se le hubiese prometido; que era darle ciertos lugares, donde viviese con sus mugeres é hijos.»

«Respondió el moro que no podia cumplir lo que habia prometido, por no tener las voluntades de los de Granada, ni de los que se habian recogido á ella, tan en su mano

(1) (Archivo general de Simancas, capitulaciones con moros y caballeros de Castilla: legajo núm. 1.° M. S.)

como era menester. Despues se le ofrecieron otros partidos y ninguno se efectuó; y se pusieron las cosas en punto que convino guarnecer todas las fuerzas que estaban en frontera de Granada.»

(*Crónica del Gran Cardenal de España etc.*)

(55) «El miserable y desgraciado Abdalá conoció ya tarde su inconsideracion y debilidad; y respondió escusándose de cumplir, como quisiera, aquellas posturas: que habian en Granada mucha gente principal y gran caballería, que no se allanaban ni consentían en que las cumpliese: así que S A. le perdonase y fuese contento con las venturosas conquistas que Dios le habia dado.»

(Conde: *Hist.* etc. tom. 3. °)

(56) «Entre tanto el rey de Castilla mostraba la mas fina amistad al Sultan de Guadix, y permanecia fiel al tratado que habia celebrado con él; pero al propio tiempo difundia falsos rumores respecto del Sultan de Granada; procurando enredarle en sus artificios y sagaces estratagemas. Por lo cual, en el mismo año, envió un mensagero á Granada que abocándose con el Sultan, le propuso que entregase el castillo de la Alhambra, de la propia suerte y bajo las mismas condiciones que su tio habia entregado á Almería, Guadix y otras villas y fortalezas: en cambio de lo qual el rey cristiano, su amo, le ofrecia darle muchas riquezas, y la soberanía de la ciudad, que ejercia en Andalucía. Algunos pretenden que el Sultan de Granada, deslumbrado por el brillo de tales promesas, fingió aceptar semejante propuesta; en cuya virtud el rey cristiano adelantó inmediatamente su hueste para tomar posesion de la Alhambra y de la ciudad de Granada, con arreglo á lo convenido secretamente entre ambos soberanos. En esta crisis el Sultan de Granada convocó á los oficiales del Estado, á los caudillos militares, á los Alfaquíes, á los nobles y plebeyos, y les enteró de lo

que exigia el rey de Castilla, y como por haberse su tio hecho vasallo de los cristianos, habia sido causa de que se rompiese el tratado hecho con Boabdil y el rey de Castilla. «Tenemos que escoger (dijo el Sultan), entre someternos á él ó pelear en defensa de nuestra independencia.» Unánimemente se resolvió atenerse estrictamente á las condiciones del tratado; pero si menester fuere, recurrir á las armas y defender el reino á todo trance. En virtud de cuyo acuerdo, salió el Sultan de Granada, á la cabeza de su ejército.»

(Al-maccarí, *Mohammedan Dynasties in Spain*, obra traducida por D. Pascual de Gayangos.)

(57) «E como el Padul oviese poco que era tomado, y no proveido de gente ni provision, aquel combatido, tomó con daño que del recibió. E tornando á Granada (Boaldil) á pocos dias en su consejo se platicó á qual de los castillos, Mondujar, Alhendin, la Malaha irien: unos eran de opinion que á la Malaha, por ser menos fuerte; «por quitar el empacho delantero (dijo el rey) vamos á Alhendin; que con viandas menos camineras se tomará.» Cercado, lo pusieron en tal estrecho, que entrada la barrera, y puesta en cuentos la torre, la tomaron; donde cativaron y malmataron mas de doscientos hombres, los quales les dieron fé de claro renombre; en especial el alcaide Mendo de Quesada y el capitan Pedro de Castro, que como hombres de quien el negocio mas colgaba, mas peleaban.»

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar.)

(58) «E vuelto el rey (Fernando) para Córdoba, con asáz enojo, los capitanes y alcaides de la frontera, de noche á manera de almogavaria, bastecieron la Malahá y llevaron tinajas para agua, de que habian necesidad, con remuda de gente. Gonzalo Hernandez, que con placer sostenia trabajos, quedóse en ella. Los capitanes y caballe-

ros que allí éstaban, amonestábanle no quedase dentro; poniéndole delante el daño que podria suceder, perdiéndose él; que por cosa de tan poco valor no aventurase persona de tan gran precio como la suya. «No quiera Dios (dijo él) que la Malaha segunde el enojo del rey; pues es á mi cargo, no porné sustituto etc.»

«Si yo, valientes señores, aquí me metí con vosotros fue porque tengo por fuerte muralla el adarve de vuestros corazones que es la verdadera fortaleza; la qual no la entraràn nuestros enemigos, si nosotros no la enflaquecemos de temor. Cá, probando ellos su poder, soy cierto no sofrirán vuestro deber; que si os esceden en poderío, no vos escederán en fuerzas; pues las teneis llenas de uso y esperiencia. E mirad que los hombres no sugetos á vicios, como vosotros, no han de ser venidos de miedo; y el ageno temor de algunos no cause daño á todos. Cá, así como aqui á unos no faltará sal (1) y sepultura, menos á los otros fuera honor y crecido galardon etc.»

(*Breve parte de las hazañas del Cran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar.)

(58) «Aquí en la Malaha se quedó D. Sancho de Castilla, por amor grande que á Gonzalo Fernandez tenia, é ser caballero mancebo, deseoso de esperimentar su persona en valientes y nobles hazañas.» De esto dió pronto muestra, segun refiere el mismo historiador: «E estando aquí en la Malaha D. Sancho de Castilla, que armado tenia en dos partes, de las escusañas supo ser entrados moros; y en tal paso los armó, que diez mató y tres cautivó, que sal llevaban de las salinas que allí estan. E preguntados el esta'o de la ciudad, «*nosotros señores*, (dijeron á Gonzalo Fernandez) *es que hay tanta necesidad de sal en ella quanta aquí abundancia teneis de ella*», de-

(1) Esto de la *Sal* dice, porque allí junto estan unas salinas.

mandados á como valia, «*á vida de hombre cada fardel ó cativerio de aquel.*» Preguntados el cómo; «*porque de trece que venimos, los vuestros mataron diez, é los otros tres cativos nos teneis.*»

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar.)

(60) Este hecho, con sus principales circunstancias, lo refiere el mismo Hernan Perez del Pulgar, que lo ejecutó, aunque con la modestia de no citar su nombre.

Hácese referencia á dicha hazaña en la real cédula con que el emperador Cárlos 1.° enumeró los señalados servicios de aquel guerrero. (Real cédula, su fecha en Granada á 29 de setiembre de 1526.)

El cronista Pulgar y otros historiadores han hecho mencion de este suceso, poco mas ó menos en los mismos términos.

(61) «En el mismo mes de *Rejeb*, Abú Abdalá hizo una incursion en las Alpujarras; y tomó algunas villas, cuya poblacion, compuesta de cristianos y muzlines traidores, se fugaron, al acercarse el Sultan; el que, encaminándose á Andarraz, se hizo dueño de aquella fortaleza. A este triunfo se siguió en breve que se sometiesen todos los distritos de la Alpujarra; los cuales, vueltos al Islamismo, sacudieron el yugo de Castilla, y reconocieron la autoridad de Abú Abdalá.

«Encendiose pues la guerra entre Abú Abdalá, Sultan de Granada, y el Zagal, que marchó á las Alpujarras, al frente de numerosas fuerzas. En *Shaban* A. H. 895 (agosto del año de 1490) Abú Abdalá marchó contra él; pero como su tio se encaminó á Almería y se encerró en aquel castillo, todas las Alpujarras, hasta Berja, cayeron en manos de los muzlines. Sin embargo, el mes de *Ramadan*, el Zagal, ayudado de los cristianos, puso sitio y volvió á tener el castillo de *Andará*.»

(Al-maccarí, *Mohammedan Dynasties in Spain*, obra traducida por D. Pascual de Gayangos.)

(62) «El rey moro Muley Baudeli Azagal de Granada, asimismo vino allí como vasallo del rey, á servir con doscientos de á caballo.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios M. S.)

(63) «Otrosí hicieron merced al rey viejo de ciertos lugares de tierras de moros, en que pudiese estar, y de toda la renta de ellos, con que se pudiese sustentar; y este rey moro los recibió. Y dende á pocos dias, dejaba la tierra que le habian dado, se pasó allende la mar, en los reinos de los moros que son en Africa; con pensamiento que hubo que pues no podia ser rey del reino, no queria estar en tierra donde lo habia sido y no tenia esperanza de serlo.»

(Pulgar: *Cronica* de los Reyes Católicos: cap. CXXV.)

(64) «A fines de Ramadan, el Sultan de Granada marchó contra Almuñecar; y al paso puso sitio á la fortaleza de *Salobreña*, que tomó por asalto. El castillo sin embargo opuso alguna resistencia, especialmente á causa de que la guarnicion recibió algunos refuerzos, que recibieron por mar desde Málaga. Como aquel castillo era muy fuerte, los sitiados pudieron rechazar las embestidas de los muzlines, que apretaban el sitio. Mientras estaban así las cosas, recibióse en el campo musulman la nueva de que el Rey de Castilla volvia á entrar en la Vega de Granada; y en su consequencia, el dia tercero de *Shawal* el Sultan levantó el sitio y se retiró á su capital; donde apenas hubo llegado, quando supo la entrada del enemigo en la Vega, acompañado de los muzlines traidores, que habian abandonado su religion ó trocádose en vasallos de los cristianos. Despues de permanecer ocho dias en la Vega, volvióse el Rey de Castilla á sus Estados; despues de haber hecho desmantelar y evacuar la fortaleza de Borjú-l-maleha

y otro castillo. Al volver á sus dominios el infiel por la ciudad de Guadix, de la qual expulsó á todos los muzlines, de tal suerte que no quedó ni un solo creyente en la ciudad ni en los arrabales. Despues de lo qual demolió tambien el castillo de *Andarax*, temiendo por cierto, que toda la comarca circunvecina se alzase contra su autoridad. Quando el *Zagal*, tio del Sultan de Granada, vió esto, dióse prisa á pasar á la opuesta costa de Africa; y llegó á Oran y de allí á Telemsan, (Tremecen) donde se estableció, y donde reside hasta el dia de hoy sus descendientes, los quales son allí bien conocidos bajo el nombre de *Bena-s-Sultani-l-andalus (los hijos del Sultan de Andalucía.)*

(Al-maccarri, *Mohammedan Dynasties in Spain*: obra traducida por D. Pascual de Gayangos.)

(65) «El Zagal renunció parte de sus bienes y las salinas de Maleha en su primo y cuñado Cydí Hiaye Alnayar, hijo de Zelim; y las veintitres villas y aldeas que pertenecian en Andaráx y valle de Alhaurin vendió al rey de Castilla, que se los habia dado; y habiendo recibido muchos tesoros y riquezas de los Reyes de Castilla, se embarcó y pasó á Africa.»

(Conde: *hist* etc. tom. 3.°)

(66) «El rey Boadely Azagal habia quedado por rey é señor de Fandarax con dos mil vasallos moros de aquella comarca, que le rentase, é que el rey le diese en Castilla otros dos cuentos de renta, de cada un año, é que quedase él é sus moros mudejares del rey é de la reina.»

«Alzáronse los vasallos del rey Boadely Azagal, rey de Fandarax, contra el todos los mas, é aun lo mataran, si pudieran. Esto ficieron quando los moros de Granada tomaron á Alhencin, é alzáronse por el comun é el rey de Granada; é como esto viese el rey moro susodicho, por dar seguridad á su vida, la qual él no podia seguramente te-

ner entre aquellos moros, vino á Guadix é suplicó al rey Fernando que recibiese las fortalezas que le habian quedado, é que él se queria pasar allende, é que se cumpliese con él lo que entre ellos se habia asentado; que el rey Fernando le diese pasage seguro etc.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios: cap. LXLVIII M. S.)

(67) «Y el rey de Fez le hizo aprisionar: y siendo convencido en juicio por la disension que habia causado en el reino de los moros, le hicieron abacilar y cegar con una vacía de azófar ardiendo, puesta de ante de los ojos; y despues se fué á la ciudad de Velez de la Gomera, donde vivió ciego y miserable mucho tiempo, dándole de comer y de vestir el rey de Velez; y encima del vestido traia siempre un rétulo en arábigo, que decia: *Este es el desventurado rey de los andaluces.*»

Así lo refiere Luis del Mármol, escritor muy diligente y entendido en las cosas de Africa.

(*Del rebelion y castigo de los moriscos*. Lib. I cap. XII.)

(68) Lucio Marinéo Siculo: (*De las cosas memorables de España.*)

(69) «Quedó la reina en Alcalá la Real, el principe y las infantas, en su servicio el cardenal Un dia, sábado 23 de mayo, llegó el rey á los *Ojos de Guecar*, una legua de Granada; y mandó al duque de Escalona que con diez mil hombres y tres mil caballos, pasase al valle de Lecrin, que se habia rebelado, con otros muchos lugares de las Alpujarras, y quiso le hacer espaldas. A la pasada de Granada, salió toda la gente de la ciudad, á dar en la retaguarda: y mandó el rey á los condes de Tendilla y de Cabra, escaramuzasen; y fuéles tan bien, que los moros les huyeron. Destruyéronse veintiquatro aldeas rebeldes; y asentóse el real á dos leguas de Granada, en el mesmo sitio donde se edificó *Santa Fé*. Componíase el ejército, á este

tiempo, de diez mil caballos y de cincuenta mil infantes: y en este ser estuvo hasta que de todo punto se acabó esta conquista.»

(*Crónica del Gran Cardenal de España*: cap. LXIV.)

(70) «El dia miercoles 20 de abril de 1491 asentó el rey el real en la cabeza de los Ojinetes. El viernes 22 fué al valle de Velillo, cerca de la puente de Pinos; y el sábado siguiente partieron de allí é fueron á los «Ojos de Huecar», que es una legua de Granada, poco mas.»

«E desde el real fué fortalecido, la reina é el príncipe é la infanta doña Joana vinieron al real, desde Alcalá la real, donde habian quedado.»

(*Historia de los Reyes Católicos*: por el cura de los Palacios: cap 100 M. S.)

(71) «El rey de Tremecen, Muley Baudalá Abdalí, escribió una carta al rey Católico, haciéndose su tributario y pidiéndole le recibiese bajo su obediencia.»

(Este curioso documento se halla en la obra tantas veces citada del cura de los Palacios. M. S.)

(72) «Los dos embajadores que envió el Soldan de Egipto eran dos frailes franciscanos, del Santo Sepulcro: antes de venir á España fueron á ver al Papa.»

(Véase la *Crónica* de Fulgar.)

(73) «En Santa Fé, á 17 de abril de este año, (1492) se celebró el primer asiento con Colon, para el descubrimiento del Nuevo Mundo.»

(*Anales breves del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel*, por el doctor D. Lorenzo Galindez y Carvajal; M. S. existente en la real Academia de la Historia.)

(74) En presencia de los cuales (grandes y caballeros) el príncipe D. Joan fué armado caballero, en la Vega de Granada, por el rey D. Fernando, su padre: fueron sus padrinos los duques de Cádiz é de Medina Sidonia.

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios: cap. 96 M. S.)

(75) «El primer cuchillo de dolor que traspasó el ánimo de la reina Doña Isabel, fué la muerte del príncipe (D. Juan); el segundo fué la muerte de la reina Doña Isabel, su segunda fija; el tercero cuchillo de dolor fué la muerte de D. Miguel, su nieto, que ya con él se consolaba; é estos tiempos vivió sin placer la ínclita é muy virtuosísima é muy necesaria en Castilla reina Doña Isabel, é se acortó su vida é salud.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios. M. S.)

(76) «Y estando rezando junto á la cama dó estaba el rey durmiendo, el aire que por una ventana entraba, meneaba unas cortinas de seda que daban en la vela del candelero; y aquellas quemadas, dió en las ramadas de una en otra; se quemó gran parte del real, y toda la tapecería del rey y de la reina, con mucha parte de la cámara. Doña María Manrique, que lo supo de improviso, envió á la reina muchas y buenas camas y rica tapecería; suplicándole se sirviese de ello, con mas camisas y cosas de lienzo labrado, que á las infantas y damas doy; que de todo el fuego les hizo falta. La reina de su mano lo escribió; y en la carta y de palabra mucho agradecimiento le dió. E á la noche, venido Gonzalo Fernández de la guarda del campo, donde estuvo dende fuego que el fuego dió pebato en el real, la reina le dijo: «Gonzalo Fernández, sabed que alcanzó el fuego de mi cámara en vuestra casa; que vuestra muger mas y mejor me envió que se me quemó.»

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan:* por Hernan Perez del Pulgar.)

(77) Lope de Vega, que apenas dejó un argumento que no tantease su clarísimo ingenio, compuso una comedia

con este título: «Comedia famosa del cerco de Santa Fe é ilustre hazaña de Garcilaso de la Vega.»

Esta obra ha caido en olvido; siendo inferior á otra composicion dramática, que suele representarse con popular aplauso en Granada, á principios de año, para celebrar la toma de aquella ciudad. Lleva por título: «El triunfo del Ave-María,» por un ingenio de esta córte.

Parece posterior á la de Lope, vaciada en el propio molde, con idéntico argumento y casi con los mismos personages. No encierra mucho mérito como obra literaria; pero escita cierto interés por los hidalgos sentimientos que retrata y los rasgos caballerosos en que abunda.

Al salir de la ciudad de Santa Fé, camino de Granada, se vé una cruz de piedra; y en el pueblo se conserva la tradicion de que los Reyes Católicos la mandaron poner en el propio lugar en que Garcilaso mató al moro Tarfe, para perpetuar la memoria de aquella hazaña.

(78) «Este sacar de Granada los cativos fué un ardid muy singular y esforzado y espiado, y bien tentado por Gonzalo Fernandez. Y llegado gran número de gente y capitanes para efetuallo, y puesto á pié cerca de los molinos, que allí á la subida están, al tiempo del sobir aquí, ovo tantos inconvenientes, mas de envidia que de temor, que cesó el mas honrado hecho que en nuestros tiempos ha acaecido en España.»

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar.

(79) La relacion de este hecho singular, juntamente con las muchas pruebas y documentos que lo comprueban, se hallan en el *Bosquejo histórico*, que acerca de la vida de Hernan Perez del Pulgar, *el de las hazañas*, públicó hace algunos años el autor de esta obra.

(80) «Hicieronse tantas talas y destrozos en la Vega, que llegó Granada á mucha miseria y necesidad, por estar muy

llena de los que á esta se habian recogido. Algun autor dice habia doscientas mil personas. Lo que mas los desmayó fuè el edificio de la nueva ciudad paresciéndoles que ya no habia que esperar; y con esto trataron de conciertos.»

(*Vida del Gran cardenal de España*: por Salazar y Castro: cap. LXIV.)

(81) Está situada la ciudad de Santa Fé en un hermoso llano, frente por frente de Granada, la qual se descubre perfectamente, principiando, por las Cartujas, San Miguel el Alto, la Alhambra, Generalifes, y toda la parte de la poblacion que está sobre el regazo del monte, vuelta la cara al norte y al poniente.

No tiene en la actualidad muros; dos calles principales en forma de cruz, dando idea de la primitiva ciudad, casi quadrada. Al estremo de cada una de dichas calles hay una puerta, renovada, pero con indicios de las antigüas que allí habia: encima de cada una de ellas han labrado una ermita ú oratorio, consagrado á la vírgen, con diferentes advocaciones. En medio de las dos calles principales está la plaza. Al rededor del pueblo se descubren á veces vestigios del antiguo foso, especialmente por la parte del medio dia (*Arrabal de gitanos*). En el mismo sitio se vé un puentecillo, de rosca de ladrillo, que parece antiquísimo.

Quando el autor de esta obra recorrió aquellos parajes, en la primavera del año de 1833, no existia dentro de la ciudad ninguna cosa antigüa, digna de citarse.

A poca distancia del pueblo se encuentra una capilla, de construccion moderna, pero que contiene algunas reliquias antigüa; tales como el *Santo Cristo de la Salud*, que dicen lo dejaron los Reyes Catòlicos: la *Vírgen de los Gallegos*, que parece la traia el tercio de gallegos del ejercito; y una cruz grande de madera, que traian unos caballeros, de los que concurrieron á la conquista de Granada.

A un tiro de fusil de esta ermita y algo mas cerca de Granada, se halla un cortijo que pertenecia á los monges de San Gerónimo: en dicha posesion se ven vestigios de un edifi io antiguo y una capilla: digeron al autor de esta obra que en aquel sitio estuvo el real de los cristianos, hasta que se labró la ciudad de *Santa Fé*.

(82) «Y esta ciudad, trazada en forma cuadrada, la pusieron nombre *Santa Fé*; y porque mas brevemente se edificase, SS. AA. encomendaron y dieron el cargo de la obra á las gentes de las ciudades de Sevilla, y Córdoba, y Jaen, y Ecija, y Ubeda, y Carmona, y Jerez, y Andujar; que son las principales del Andalucía.

(Lucio Marineo Siculo: *cosas memorables de España*.)

(83) Un autor coetáneo, testigo ocular de aquellos hechos, refiere algunos pormenores curiosos, así respecto del incendio de los reales como de la fundacion de *Santa Fé*.

El mismo escritor inserta la siguiente inscripcion latina:

Rex Ferdinandus, Regina Elisabeht urbem,
Quam cernis, minimâ constituere die
Adversos fidei erecta est ut conterat hostes:
Hine censent dici nomine SANCTA FIDES.

(Pedro Martir de Angleria: *Epist.* XCI.)

84) «Y en Granada habia diez mil caballos, que era el nervio de la defensa, y tambien mucha infanteria, recogida de las muchas villas y ciudades rendidas á los reyes; reliquias de los ejércitos deshechos y reyes moros rendidos. Autor hay que dice habia en Granada doscientas mil personas.»

(*Historia Sragada de Granada*; por Bermudez de Pedraza.)

(85) «En la huerta de este convento (el de San Francisco) señala un *laurel* el puesto donde la reina y sus hijos estuvieron encomendándose á Dios, mientras los suyos

encerraban á los moros en Granada. Los religiosos tienen puesta una *cruz* al pié del *laurel* etc.»

(*Historia Sagrada de Granada*, por Bermudez de Pedraza.)

(86) La batalla de la Zubia se verificó el dia 25 de agosto de 1491.

«Este daño que este dia los moros recibieron (dice un testigo ocular) aunque aquí aprisa se corre, fué asaz grande y el principal que en la guerra en campo en ellos se hizo. Cá, dejado la prision del rey mozo y el desbarato de la de Lopera, que ambos fueron mucho y lo mas recio de la conquista del reino de Granada, esta aguijada que á los moros se dió que llaman la del Rubit, y por otro nombre el *dia de la Reina*, mayor fué que la del Zenete de Guadix, estando el rey sobre Baza, y la de la Sierra de Bentomiz, teniendo cercado á Velez Málaga; que fueron ambos asaz grandes desbaratos.»

(*Breve parte de las hazañas del Gran Capitan*, por Hernan Perez del Pulgar.)

(87) «E la reina mandó mandar al duque de Cádiz que no oviese escaramuza con los moros, porque no muriese gente. E que la escusase quanto pudiese, porque los moros salian á defender su ciudad, muchos y muy armados; y el duque la escusó hasta el medio dia.»

El duque acometió con toda su batalla. «en la qual habia fasta mil doscientas lanzas. Fueron fasta las puertas de la ciudad, en que fueron muertos mas de seiscientos moros, é fueron muchos muertos é cautivos: ansí que entre muertos é feridos é cautivos fueron mas de dos mil.»

«E la reina é la infanta, quando vieron pelear, se incaron de rodillas; rogando á Dios nuestro Señor quisiese guardar á los cristianos; y ansí ficieron las damas y demas señoras que las acompañaban.»

«E despues de fecho el desbarato é de cogido el despojo,

SS. AA. vinieron por donde el duque estaba; y dijo el duque: «Señora, de Dios é de la buena ventura de V. A. se cometió este desbarate.» Y el rey y la reina dijeron: «Duque, antes avemos sido servidos de vuestra buena dicha, por lo vos averlo así acometido.» Los moros quedaron de esta vez muy espantados, é no osaban salir de la ciudad tan sueltamente como antes.»

(*Historia de los Reyes Católicos* por el cura de los Palacios: cap. CII. M. S:)

(88) Este hecho de Gonzalo Fernandez de Córdoba, con las mismas circunstancias y algunas otras que por causa de la brevedad se han omitido, lo refiere Hernan Perez del Pulgar, en la obra tantas veces citada. «Otras muchas cosas, (añade) que seria obra no ligera de contar, hizo en las dichas guerras este Gonzalo Fernandez; continuando las entradas y almogavarias y escaramuzas, cercos y combates, asi yendo con el rey como con capitanes generales que en la Andalucía ovo en aquel tiempo, y muchas entradas por sí, con su gente y á veces con mas allegadiza etc.»

Como los autores que han escrito la vida del Gran Capitan han solido por lo comun limitarse á referir sus hechos, quando al frente de los ejércitos granjeaba tanto renombre y fama, no parecerá inoportuno el haber dado á conocer algunos otros que ejecutó en su mocedad, y que ya daban claro indicio de lo que habia de ser, andando el tiempo.

(89) No desagradará tal vez á nuestros lectores una muestra de la correspondencia que medió entre dicho negociador, por parte de Boabdil, y el de los Reyes Católicos, Fernando de Zafra. La siguiente carta está copiada fielmente de la que se conserva en el archivo del ayuntamiento de la ciudad de Granada, entre algunas escrituras arabigas de contratos sobre repartimientos de aguas y otros

objetos de intereses local. Dicha carta es notable, así por su estilo estraño y peregrino, como porque dá á conocer el carácter y la índole de las negociaciones que mediaron para la entrega de Granada.

Carta de Abulazan el Muley para Fernando de Zafra.

Especial Señor, é amigo verdadero: hagoos saber como recibí vuestra carta, y ove grand placer con ella por saber que estais bueno, plega á nuestro Señor durar sobre vos la honra de los SS. Reyes, ensalzelos Dios: y á lo que decís que en Sevilla cuando estuvo el alguacil Abencomixa con vosotros allí, tenian voluntad los Reyes, ensalcelos Dios, de dar á mi Señor el Rey de mano de sus Altezas á la suya mucho bien, sin capitulacion, ni sin obligarse para ello, y que sus Altezas tenian por cierto que el Rey mi Señor habia de ir á Alcalá á hablarles, y que allá le habian de dar muchas cosas allende de lo asentado, y que el alguacil no quiso decir la verdad de lo que él sabia algo de esto, hagoos saber, que desde que fue el alguacil al Marqués, y se le respondió sobre lo de Alhama, lo que le respondió supimos que no habia aparejo para ninguna cosa; y fué á Sevilla á sus Altezas, ensalcelos Dios, y halló que las dádivas que eran pocas, y el recibimiento menos, y hisolo de manera con vosotros como se despachó, y se vino presto; y asi mismo yo venia despachado de vosotros sobre la demanda de Guadix: y me preguntó mi Señor el Rey, que me parecia de sus Altezas, si querian cumplir con él; y díjele como yo venia despachado de ellos, y lo que entendí de ellos, y me dijeron es que lo que queria hacer muy bien con él, y pidió el alguacil licencia del Rey mi Señor para ir á sus Altezas por cabsa de la condicion, y porque se acabase el negocio por sus manos; y yo habia pasado con vosotros mucho tra-

bajo, y los de esta ciudad decian entonces que yo les queria vender, y por esta causa le dijo: id, y fue, y cuando volvió trajo una carta en que habia algunas palabras duras, y dijóle mi Señor, qué es lo que viste allá, y respondióle todo cuanto decia Bulazan el Muley de vuestro bien no ví yo nada de ello, y á esta causa se endureció la guerra, y él no ganó nada, y esto tened secreto: y á lo que decís que si yo vos oyese no vos daria culpa, y que no cabria en papel la respuesta que me habiades de responder, y que seria tornar á renovar las cosas viejas de enojo á los que las oyen, yo no quiero que entre vos y mi haya ninguna renovacion; pero yo otorgo todo el bien que han fecho sus Altezas, Dios los ensalce, con el Rey mi Señor, y con nosotros, y no lo podremos negar para siempre jamás; pero debeis poner en cuenta de ello el grande servicio que hizo el Rey mi Señor, y nosotros, y el mucho peligro qne habemos puesto en el tiempo pasado, para sostener esta ciudad fasta que acabaseis vuestros fuegos con nuestros enemigos como quisisteis, y esto no lo podrá negar ni cristiano ni moro: y esto entre vos, e mi con nuestro amo dijo non es menester en revocarlo, sino que la honra vuestra é nuestra es cambiar el bien mayor que podamos, y hacer del mal bien fasta que torne la amistad mejor de lo que solia: Y á lo qne decís del cargo en que somos el Rey mi Señor, é nosotros á sus Altezas porque habia personas que se ofrecieron de matar al Rey mi Señor para destruirnos, y sus Altezas no lo quisieron consentir, ni quisieron dar lugar á ello, esto yo creo á vuestra carta, y que el poderío y el seso de sus Altezas creemos verdaderamente que es mas que de persona en el mundo, y el que entra á servir á mi ayuda á sus Altezas con semejante cosa como esta no lo tendrá sino por traidor, y la traicion en la guerra no es alabada, especialmente entre tales Reyes poderosos como sus Altezas. Dios los ensalce:

pues que Dios les dió poderío para alcanzar todo cuanto quisieren para cumplir su fin; y esto lo creemos de vos, y lo creemos que sus Altezas lo habian de hacer ansí; por que segun lo que ví por mis ojos tienen grand piedad é misericordia con todos los moros, é cristianos, y es su voluntad que los cristianos é los moros andoviesen por un camino seguro, y que se acabe en sus vidas los cautiverios é muertes que se hacen de ambas partes, y sus Altezas ganarian gran mérito y perdon con Dios. Y á lo que decís que seria yo causa entre sus Altezas y mi Señor de acabar tanto bien, y que ganaría perdon, Dios lo sabe que esta es mi intencion, y que querría que ya fuese acabado; pero cuando llegase la hora, Dios los encaminará luego. Y á lo que decís que el consejo que me dais como á verdadero amigo es que hiciesemos nuestros hechos luego, y que lo que harán con nosotros agora por ventura no se hará adelante, si estoviera este negocio en mi mano, fuera bueno decirme esto; yo vos digo que es necesario de ablandar este negocio, y paréceme que no me quereis creer; sé de cierto que, aunque acabase el Rey mi Señor con vosotros el partido de esta cibdad, é hiciese todos sus capítulos é obligaciones, é fuese contento de vosotros, é fuesen contentos todos los de esta cibdad, no se podian acabar entre ambas partes fasta que fuesen asegurados desde agora fasta el mes de marzo; y yo veo que teneis por cosa muy liviana este negocio, en que estamos en un parecer tantas personas la verdad de lo que vos digo; y si quereis darme priesa en este caso, no quereis que seamos amigos; porque yo no quiero entender con vos sino en cosa que lo pueda complir: y si vos parece buen consejo que escribais al alguacil para sentarle una buena carta de buenas razones, ó hacer á Gonzalo Fernandez que la escriba y la traiga Uleiles, yo ge la daré, y vereis lo que responde. Y á lo que decís que agora tenemos el mejor

tiempo para entender en este negocio, á mí lo quiero hacer, y porné mi mano en ello, y vos y yo seremos los fiadores á todo lo que digistes: y sed cierto, sin que me alabe, que pienso que no hay persona que pueda hacer con el Rey mi Señor este negocio lo que haré yo al servicio de sus Altezas, por el grande amor que tengo de serviles; pero yo he resuelto de seguir vuestra voluntad de hablar luego del negocio de recibid algun daño, y saldré como salí la otra vez, y me dejais al aire; pero yo quiero empezar, y entender en ello; plega á nuestro Señor nos encamine al bien; y ya habria hablado con el Rey mi Señor mas largo sobre ello; pero este dia que corristeis á la ciudad, yo cabalqué para ir á la huerta á hablar al Rey mi Señor en este negocio, y en la misma hora se levantó ribato en la ciudad, y era forzado salir á averiguar, y no era menos en mi sicco correr con el caballo, y en corriendo un poco se me uchó el pié, y me hizo la herida mal; pero con todo esto, á la vuelta del camino, hablé con el Rey mi Señor, y le dije del mensajero como era venido: díjome, id vos á descavalgar y á holgar, y despues hablaremos; díjele, una carta trae de Moclin de vuestro hijo, y obo el mayor placer del mundo, y díjome: embiadla luego á la Reina, con que haya placer; y luego la embié á la Reina, y ella me lo embió luego, é agradeció mucho, y me embió ciertas cosillas para su vestir del Infante, y asi mismo un poco de dinero que él llevaba del de la presente Oleiles, y la Reina mi Señora se ha agraciado mucho con la Señora, y le suplica á sus Altezas que manden luego al mensajero que vaya fasta Moclin para que se pueda vestir para la Páscua: y la ida de Oleiles a Moclin fue buen consejo, y es causa de bien porque se ablandaron mucho; y pidoos por merced que lo embieis luego: y hagoos saber que cuando venistes á correr á la ciudad habia un caballero cristiano que ha-

maba al alguacil, diciendo que el comendador mayor queria hablar con el, y le haria cuanto quisiese; y esto me pareció feo; que tales cosas no se han de decir delante de escuderos é caballeros, y esto no es bien fecho; pero si el Sr. Comendador Mayor quiére escribir al alguacil, escribale, y traiga la carta Oleiles, que yo se la daré en su mano. Hagoos saber como salieron dos cautivos moros del Real, y trajeron muchas cartas. Señor, sino guardais estas cosas, que han de ir por una mano, ninguno non podrá hacer nada; y las semejantes cosas, que el secreto de ellas sea muy bien guardado en poder de vosotros y de nosotros fasta que el negocio se acabe; que si por ventura se descubre el secreto fasta que se acabe el negocio, ninguno non podrá hacer nada. Y hagoos saber que cuando vino el alguacil de Sevilla, y se levantò la gente de esta cibdad, y fueron á las eras de Aben mordi, y pidieron al Rey mi Señor que no cesase la guerra, y el Rey mi Señor les dijo: si quereis obligaros de darme todo cuanto sea menester para caballos é otras cosas, yo lo haré; y respondieron todos que sí, que cuanto les mandara, é quisiere de ellos tanto harian; y entonces el Rey mi Señor siguió la voluntad de ellos; y agora el Rey mi Señor los quiere aprestar á pedirles que cumplan con él lo que le dijeron de su boca, y quiere apretarles mucho fasta que parezca que quedó por ellos, y que agora empiece é aparezca que quedó por ellos; y los artes que les hace dar cada dia, y todo esto se hace porque se torne la gente á la buena razon y no piensen los Reyes nuestros Señores que el Rey mi Señor tiene olvidado su favor ni sus mercedes, que placiendo á Dios mejor seria de lo que solia primero por los inconvenientes, y las conquistas del tiempo fué causa de lo de agora: Y yo beso los Reales pies é manos de sus Altezas, y mi hijo tiene recibido su favor y mercedes; por lo cual es esclavo de sus

Altezas, y les besa sus Reales manos; los de mi casa se encomiendan mucho á todos los de la vuestra; y si algunas cosas mandase á mí, yo las cambiaré; y salud os desea el amigo verdadero sin dublar del escribano de la carta.e

(90) En el archivo de los señores de Castril, existente en la ciudad de Baza, se halla una coleccion preciosísima de documentos, algunos de ellos *originales*, relativos á la negociacion para la entrega de la ciudad de Granada, en que tanta parte tuvo Hernando de Zafra, fundador de aquella noble casa.

Habiéndolos tenido en su poder el autor de esta obra y hecho que los reconociese una persona inteligente, resulta que los principales son los que á continuacion se espresan:

Traslado de cartas que sobre la entrega de Granada hubo entre los Señores Reyes Católicos y el de Granada, y el secretario Fernando de Zafra.

Todas son copias simples; pero minutas originales, aunque sin rúbrica ni autorizacion, en las cuales se debaten las condiciones que ponian los moros para la entrega de la ciudad. Tambien hay una que trata del motin que quisieron armar los de los Alfares, Albaizin, y Alcazaba, haciendo palizadas en las calles para defenderse hasta morir y no entregarse. No tienen fecha la mayor parte; en algunas se lee.—Fecho postrero de octubre—En otras—Fecha miércoles en la noche.

Siguen otros traslados simples de cartas de los mismos Señores Reyes al de Granada y sus alcaides sobre la entrega de dicha ciudad, tambien sin fecha ni rúbrica. Luego varios capítulos para la entrega de la ciudad, escritos por el rey moro de Granada á sus Altezas y á su secretario, Fernando de Zafra. Y aunque se dice: *escritos por el rey moro de Granada*, lo están puestos en castellano y por

cierto del carácter de letra más inteligible de aquella época. No tienen tampoco ni fecha ni rúbrica.

Capitulaciones de la entrega de la ciudad de Granada.—Bajo esta carpeta se hallan varias cartas del Rey de Granada al Católico, á Hernando de Zafra, como tambien proposiciones para la entrega de la ciudad; pero todas son borradores y minutas sin fechas ni firmas.

En este mazo se hallan bajo el epígrafe:—Capitulacion con que se entregó Granada en el año de 1492 y otras cosas sobre dicha entrega los documentos siguientes:

«Confirmacion que en 30 de diciembre de 1492 los Señores Reyes Católicos dieron á los capítulos con que por sus Magestades se habia tratado con el Rey Muley Boabdil Rey de Granada entregase dicha ciudad, cuya confirmacion se refrendó por Fernando de Zafra, secretario de sus Altezas.—Está la aprobacion de los señores príncipes, con los demas que debieron aprobar dicha capitulacion, refrendada dicha aprobacion de Fernan Dalvarez de Toledo.»

«Memoria de las cosas que por mandado de los señores Reyes Católicos fueron asentadas y concordadas con Muley Boabdil, Rey de Granada, ademas de las asentadas y concordadas por la escritura de asiento y capitulacion cuando la entrega de dicha ciudad de Granada.—Fecho en el Real de la Vega de Granada en el año de 1491.

Este es un documento original que empieza: «Las cosas que por mandado de los muy altos é muy poderosos y muy esclarecidos príncipes el Rey y la Reina, nuestros Señores, fueron asentadas é concordadas con los Cadís Bulazan Muley en nombre de Muley Boabdil, Rey de Granada é por virtud de su poder que de dicho Rey mostraron, firmado de su nombre é sellado con su sello, demas de las cosas

que fueron asentadas y concordadas para el asiento é capitulacion de la ciudad de Granada, son las siguientes:»

Siguen las condiciones, y concluye así:

«Por ende Yo el dicho Cadi Bulazan Muley, en nombre del dicho Rey Muley Boabdil é por virtud del dicho su poder prometo é aseguro en el dicho nombre que el dicho Rey Muley Boabdil terná é guardará é cumplirá realmente é con efecto todo lo en esta escriptura contenido etc. etc. etc. —Fue fecha é otorgada en el Real de la Vega de Granada à veinticinco dias de noviembre de 1491 años.

La firma de Bulazan se halla colocada entre los renglones de la fecha.

Capitulaciones originales con que el Rey moro asentaba la entrega de Granada.

A estas capitulaciones no puede calcularse las hojas que faltan al principio; solo hay dos, y en la última dice:— «Por ende yo el dicho Muley Audil, Rey de Granada, prometo é aseguro por mi ley é buena fé sin mal engaño que terné é guardaré é compliré realmente é con efecto todo lo en esta escriptura contenido, é cada cosa é parte dello que à mí compete de guardar é complir agora é en todo tiempo; é que no iré ni verné contra ello ni contra cosa alguna ni parte dello, é por ninguna causa ni razon, ni color que sea ó ser pueda: é que si fuere ó viniere ó consintiere ir ó venir ó pasar contra lo en esta escriptura contenido, ó contra cosa alguna dello, que el Rey é la Reina, mis Señores, no sean obligados à complir conmigo cosa alguna de lo aquí contenido. En testimonio de lo cual dí à sus Altezas esta escriptura, firmada de mi nombre, é sellada con el sello de mis armas que es fecha à

Sigue la firma de Muley y debajo el sello de cera encarnada, casi del todo quitado.

Memorial de lo que pidió el Rey de Granada para la entrega de ella.—Esto es una corta relacion sin fecha ni firma.

Memorial de las cosas que pidió el Rey de Granada y sus alcaides sobre la entrega de la ciudad de Granada.—Tampoco este documento tiene fecha ni firma.

En el archivo de Simancas existe igualmente un «traslado de cartas que sobre la entrega de Granada hubo entre los señores reyes y el de Granada y el secretario Hernando de Zafra.»

1.° Cartas del rey de Granada para los señores Reyes Católicos, quienes le escribian en respuesta sobre la entrega de dicha ciudad.—Y acerca de tregúas antes de las capitulaciones.—Y de cartas de los alcaides de dicho rey de Granada para Fernando de Zafra, secretario de los reyes Católicos sobre la entrega de Granada.—Y de dicho secretario á S. M. sobre lo referido.

2.° Traslados simples de cartas de los señores reyes al rey de Granada y sus alcaides sobre la entrega de dicha ciudad.

3.° Cartas y otros capítulos para la entrega de Granada, escritas por el rey moro de Granada á sus altezas y á su secretario Fernando de Zafra.

(Pieza núm. 16.—Leg. 5.)

Tambien existe en dicho archivo la *carta arábiga* que envió el moro El-Abadi á Fernando de Zafra, para que diese crédito á Abrahen Azeyte, quando se andaba en tratos para la entrega de dicha ciudad.

(Pieza núm. 20.—Leg. V.)

En el mismo archivo se custodian los *capítulos originales* con que en el año de 1489, el rey Católico mandó se asentasen con Mahomad Ben-al-Haje, alcaide de Almuñecar, y con el Alfaqui Abdallá Zul-yji, la entrega de dicha ciudad.

(Pieza núm. 3.—Legajo 5.)

(91) El lugar de *Churriana* se halla á mano diestra de *Armilla*, y como á un cuarto de legua de dicho pueblo, yendo desde Granada camino de *Santa Fé*. En dicho lugar solo notó el autor de esta obra dos cosas antiguas: los cimientos de un torreon, en la plaza, que apenas se distinguen ya sobre el suelo, y la casa llamada *del baño*, y por algunos del *baño de la Reina*; está al lado del pueblo, pero fuera de él; en el piso bajo se ven quadras, algo parecidas á las del cuartel que existe en la Alhambra; y las puertas están formadas con arcos de ladrillo: se conserva la tradicion de que allí habia una mina.

(92) «Con lo qual temeroso Boabdil, volvió á capitular de nuevo; dando primero en rehenes un hijo suyo y los de algunos alcaides, los quales llevaron á la fortaleza de Moclin; y puestas treguas por sesenta dias, se dió principio á las capitulaciones por Fernando de Zafra, secretario de los reyes, y Gonzalo Fernandez de Córdoba, que sabia la lengua árabe; y por parte del rey moro fué Aben Comixa, y su hermano Albu Cacim, el Muley, el Cadi y el Alfaquí Mayor. Juntábanse para este efecto en el lugar de *Churriana*, una legua de Granada, donde se conferia lo que se habia de capitular. La junta se hacia en esta forma: que se avisaban los unos á los otros por medio de un correo, llamado *Hámete*, la noche que se habian de juntar: los que llegaban primero á Churriana, hacian lumbres para llamar los del campo contrario. Y la razon de juntarse de noche era porque no entendiesen el trato los vecinos de Granada; porque, en oliendo algo, se amotinaban; y un dia estuvieron determinados de matar al rey, estando en el Albaicin por sospechas que tuvieron de ello por un moro loco, que andaba dando voces por la calle y alborotando el pueblo: diciendo que ya entregaba el rey á Granada; al qual pusieron en tanto aprieto, que casi quiso quebrar con lo tratado, si Aben Comixa y Albu Cacim no le persuadie en

á proseguirlo y cumplir la palabra á los reyes; apaciguando con la autoridad el motin. *Lo qual supe por los traslados originales de las cartas que los reyes escribian á estos alcaides y ellos respondian*: las quales me enseñó Andrés de Torres, viznieto de Fernando de Zafra, en cuyo poder están.»

«Despues de igualadas las voluntades de los reyes Católicos y árabe, entraron secretamente en Granada Fernando de Zafra y Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien despues la fama dió título de *Gran Capitan*, para firmar las capitulaciones del rey Boadelin; las quales firmó en 25 de noviembre de 491, treinta y seis dias antes del entrego, y por los reyes Católicos; habiendo ido con poder para ello Alburacim, el Muley.»

(*Antigüedades de Granada* por Bermudez de Pedraza.)

(93) «Comunicándose esta cosa, seyendo de terceros los espías que Gonzalo Fernandez tenia contino en la ciudad, ratificaron la fabla, que tiempo habia era entre ellos pasada, de que si le hiciese el rey y la reina tal partido, les entregaria á Granada. Esto llegó á estado de trato; y para efectuallo, era necesario persona del rey y de la reina de quien el rey moro se fiase; porque él temia de la furia del pueblo, sabiéndolo. «Yo, señores, (dijo Gonzalo Fernandez al rey y á la reina) iré á la puerta de Nexte, donde el rey dice hallaré al Muley) Gonzalo Fernandez (le dijeron) por la poca seguridad que hay de Holeilas, (1) que es la guia, cesará vuestra entrada, de que hay necesidad; porque este, hac endo doble con la ciudad el trato con vuestra persona, que más que aquel le tiene, se perderá; porque

(1) Este llamete Holeilas fué un vecino de Granada que salia al real muchas veces secreto con el trato.

Fernando de Zafra, que allá tarda, se cree lo hayan muerto ó preso (2).»

«Poderosos señores, quando se ofrece tal caso en que hombre pueda mostrar virtud sirviendo á sus señores, no ha de abatir su ánimo á semejante obra; ni se debe temer trabajo presente ni recelar el daño futuro. Con el ayuda de Dios, cuya causa principal es, yo iré esta noche con Holeilas al lugar por el rey señalado, y llevaré uno mio, que sabe guiar fuera de los lugares y pasos acechosos. Por ende V. A. mande hacer memorial de lo que con el rey se ha de asentar.»

«Al quarto de la modorra, con ánimo enhiesto, sin que ningun peligro le apasionase, salió del real, hurtándose de las guardas; antes de la luz primera llegó á la Alhambra, donde halló con el rey á los Alfaquíes Chorrud y Pequini, y el alcaide Muley y secretario Fernando de Zafra: los quales, asentados los partidos y hechos los capítulos, «decid, señor, (dijo el Muley á Gonzalo Fernandez) qué certidumbre se terná del rey é de la reina? Dejen al rey mi señor las Alpujarras, que es el primero capítulo de nuestra negociacion; y como á pariente que prometen le tratarán.»—«El debdo y tierras (dijo Fernando Gonzalez) señor alcaide, durará quanto durare su señoría en el servicio de sus altezas.» Y concluyendo lo de Granada con la entrega de ella, segundo dia del año de 1492, y Gonzalo Hernandez con su mujer quedó en ella, con intencion de tomar enmienda del trabajo pasado.»

(Breve parte de las hazañas etc., por Hernan Perez del Pulgar.)

---

(2) Ansi en esta entrada, Gonzalo Fernandez mas pensaba en lo que servia que no á lo que se ponia. Cá como le dijese la reina que mirase iba á gran peligro, «yo, poderosa señora (dijo él) de esta entrada no sé lo que ha de ser; mas sé lo que puede ser; que bien ansi como todas las cosas puedan acaecer, asi sé que no han de acaecer todas.»

(94) En Granada hay la tradicion de que el *Campo del Príncipe* se llama así por haber muerto allí un príncipe, arrojado al suelo y arrastrado por su caballo; y que en memoria de este fracaso, se colocó en el mismo sitio una cruz, que ha subsistido hasta estos últimos tiempos, y que tal vez subsista hasta el dia.

No hace muchos años que en el hospital de Santa Ana, situado en aquellas inmediaciones, habia un antiguo cuadro colocado en un corredor, y que representaba á un mancebo á caballo; no habiéndo mas indicios de quien fuese sino una *H* con una corona. Este quadro, así por lo que representaba como por el paraje en que estaba colocado, podia muy bien ser alusivo al hecho de que se trata.

(95) «Y porque las capitulaciones se habian de hacer en Granada y arrabales de ella, nombraron los reyes Católicos á Gonzalo Fernandez de Córdoba, que despues fué *Gran Capitan*, para que asistiese á Fernando de Zafra, secretario de los reyes y antiguo criado, que fué quien las hizo.... Boabdil nombró por comisarios á Jozef Aben Comixa, que era Alfaqui, prelado ó sacerdote mayor de la religion de los moros, y á su hermano Albu Cacim, el Multy, y el Cadi, que es la justicia mayor del reino.»

Duró la conferencia y tratos hasta veinticinco de noviembre, que se firmaron las capitulaciones en el real de Santa Fé.»

«Despues de firmadas las capitulaciones por los reyes Católicos, fué Fernando de Zafra á Granada, acompañado de Gonzalo Fernandez de Córdoba, su valenton, á firmarlas del rey Boadely, y con no pequeño peligro de su vida, por la inconstancia y poca fé de esta gente.»

(*Hist. eccles. de Granada* por Bermudez de Pedraza.)

(96) Son muchas las fabulas y consejas, tales como la aparicion del *caballo descabezado* y otras, que han condido en el vulgo, desde muy antiguo, respecto de los *siete*

suelos, contribuyendo á ello así su aspecto y forma como el paraje en que están situados, sin que sea fácil atinar con el fin á que estuvieron destinados, en tiempo de los moros.

Primeramente se vé un cubo ó torreon circular con algunas ventanas ó respiraderos. Hay dos pisos sobre el nivel del suelo; y mas abajo se supone que hay otros cinco, aunque no hay memoria de que ningun hombre haya bajado mas que hasta el tercero.

Ya dentro, se vé un corredor ó galería circular, que dá vuelta al cubo; y de cada galería se baja á la otra (á juzgar por las dos primeras, que fué las que vió el autor de esta obra) descendiendo por una escalera angosta; de suerte que, si es lo que desde luego aparece, forma una especie de caracol, con *siete pisos*.

Es de advertir que de uno á otro hay abiertas unas troneras, como de vara en quadro, y que las de un piso corresponden exactamente á las del otro; ya se abriesen así con el objeto de que penetrase la luz desde arriba, ó con el de poder descolgar alguna cosa, y que bajase de uno en otro piso, sin tropezar en los diversos suelos.

Colocándose sobre el mas alto, en que hay plantado un huerto, se ven estas ventanas quadradas, cubiertas con gruesos peñones, y si se arroja una piedra por aquel agujero, solo se oyen tres rebotes y el último ya muy confuso.

Como respaldo y defensa del cubo de los *siete suelos* había un torreon de bastante altura, que denota haber contenido varias piezas y habitaciones, el qual venia enlazado con la muralla de la fortificacion, que rodea todo el monte de la Alhambra. Los franceses volaron dicho fuerte la noche antes de que sus tropas abandonasen la ciudad; pero á principios del año de 1833, aun se mantenia en pié una parte del torreon, si bien carcomida la base y amenazando ruina; descubriéndose algunos arcos y señales de puertas.

(97) En el archivo de la casa de Pulgar, existente en Granada, se halla un M. S., que se dice sacado de la librería del maestro Villegas, escritor de las grandezas de Jaen, en el qual se halla lo siguiente:—«Jueves en la noche, ocho de diciembre de 1491, por un agujero de entre dos torres, de entre la puerta cerrada y arco del agua, entraron los siete caballeros á tratar con el rey moro como se habia de entregar la ciudad. Fueron Gonzalo Fernandez de Córdoba, capitan de á caballo, el primero; el segundo, el conde de Tendilla, D. Iñigo Lopez de Mendoza; el tercero, el comendador Martin de Alarcon; (falta el quarto), el quinto, el Sr. Hernan Perez del Pulgar, capitan de á caballo, y que hizo en esta conquista muy grandes servicios; el sesto, Fernando de Zafra, secretario que fue de los Reyes Católicos, señor que fue despues de Castril; el sétimo y último fué Diego de la Peña, secretario. Estos caballeros estuvieron encerrados de secreto en la torre de Comares, dó se hicieron las escrituras del contrato y entrega de la ciudad de Granada. (M. S.)

(98) «El rey Boadely, que ya habia determinado de hacer partido, habiendo castigado algunos varones principales de Granada, (que ascondidamente, por ganar la gracia y benevolencia de los dichos Reyes Católicos, les habian prometido de darles la ciudad) envió secretamente sus mensajeros á SS. AA. al real; suplicándoles enviasen algunos de los suyos con quien él tratase de las condiciones de la paz y de la manera que se habia de dar; y SS. AA. oyeron de muy buena voluntad la embajada: y con los mismos mensajeros tornándose para Granada, enviaron á D. Gonzalo de Córdoba, (que despues por sus hazañas y grandes hechos alcanzó el renombre de *Gran Capitan*) que era muy conocido entre los moros y entendia su lengua, y con él á Fernando de Zafra, su secretario, para que entendiesen y supiesen qué condiciones eran

las que el rey de Granada queria y pedia, y viniesen á hacerles la relacion de ello. Los cuales hablaron al dicho rey de Granada, y con dos caballeros de su consejo volvieron al real, y refirieron á SS. AA. todo lo que del rey moro habian conoscido: y por SS. AA. fueron enviados otra vez á Granada.»

«Los cuales, yendo y viniendo muchas veces del real á Granada, y de Granada al real, entendiendo en los tratos (aunque á todos era oculto lo que trataban); pero el muy buen fin y muy deseado negocio satisfizo á los deseos y alegró los ánimos y voluntades de los cristianos.»

(Lucio Marineo Sículo: *Cosas memorables de España.*)

(99) «La contienda duró por espacio de siete meses; y los muzlines se vieron reducidos al último apuro: sin embargo, como los cristianos estaban acampados á cierta distancia de Granada, y no se hallaba interceptada la comunicacion entre aquella ciudad y las Alpujarras, los habitantes recibian abundantes provisiones de la comarca de *Jebal-Solayr*, (Sierra-Nevada.)

«Las provisiones fueron siendo cada dia mas escasas; y en el mes de *Safaz* del mismo año (dice 1491), las privaciones que padecia el pueblo se hicieron casi intolerables. Entonces fué quando los moradores principiaron á deliberar entre ellos acerca de la conveniencia de entregarse al enemigo. Buscaron pues el consejo de Ulemas y otros sujetos instruidos, que les recomendaron que atendiesen á su propia seguridad, y consultasen la materia con el Sultan. Y con arreglo á este dictámen, el rey convocó los oficiales de Estado y consejeros; y en su presencia se debatió este grave negocio.»

Unánimemente se resolvió adoptar esta última resolucion; y en breve se supo que los caudillos del ejército temiendo por sus vidas y por las de los habitantes, hacia ya algun tiempo que andaban en tratos con los cristianos

para la entrega de la ciudad. Entonces principiaron las negociaciones; y se estendió la capitulacion en los mismos términos que la de Guadix, con la mera diferencia de algunos artículos adicionales: como, por ejemplo, que el Rey habia de salir garante de la fiel ejecucion del tratado y de la estricta observancia de todos los artículos en él contenidos, antes de que los cristianos tomasen posesion de la Alhambra y otras fortalezas: y que el rey se habia de obligar bajo juramento, á uso de los cristianos, á observar el tratado. Los diputados enviados por el pueblo de Grana la insistieron en que habia de incluirse esta cláusula; pero se dijo que quando llegò el caso de discutir el conjunto del artículo, los cristianos habian ya cohechado á los enviados muzlines, dándoles cuantiosa suma de dinero, para que se omitiese en la capitulacion.

El tratado se leyó á los habitantes, que lo aprobaron y le dieron su sancion; y algunos de los principales los firmaron con su propia mano, y se reconocieron como vasallos del Rey de Castilla, que los recibió como tales.

Lo qual terminado, el Sultan de Granada salió de la Alhambra el dia 2 de *Rabi*, primero del año 897 (3 de enero de 1492); y los monarcas de Castilla tomaron posesion de ella y de las demas fortalezas de Granada, no sin haber tomado antes como rehenes quinientos de los principales ciudadanos, para precaverse contra qualquier traicion de aquellos habitantes.»

(Almaccarí, *Mohammedan Dynasties in Spain*, obra traducida por D. Pascual de Gayangos.)

(100) En el archivo de Simancas se conserva un documento sumamente curioso, al parecer original, con decretos ó resoluciones marginales, puestas en contestacion á las súplicas ó demandas que hacia á los Reyes Católicos un comisionado de Boabdil, sobre la inteligencia y cumplimien-

to de las capitulaciones. Dicho documento está concebido en los términos siguientes:

Traslado de lo que pide el alcaide Bexiz en nombre del Señor Rey Mulez Audili, fijo del Rey Cidi Cad.

Al màrgen de diferente letra dice:

Primeramente suplica á sus Altesas que el previllejo que se dió al rey é á los moros é las capitulaciones supliquên sus altesas á nuestro Santo Padre que lo confirme como con ellos se asentó.

Que le plase.

Iten que les den privillejos de las mercedes é otras cosas particulares, é ansi lo uno como lo otro se selle con sello de plomo é se les libre sin pagar derechos algunos.

Fiat.

Iten piden qne estos privillegios sean valederos para que sus Altesas los guarden é despues de sus Altesas sus descendientes.

Fiat.

Iten que sean guardados en su ley enteramente è que ningund cristiano no vaya contra ello agora ni en tiempo alguno ni por alguna manera.

Fiat.

Iten que despachado lo de Granada, les hagan dar al Padul porque es de la taha de Alaclin, como sus Altesas saben porque los de la Villa reciben algunos agravios de los cristianos é que se quite de allí à Zacarril, moro que está con Gonzalo Fernandes é por formas e maneras hace daños á los moros é así mismo no den lugar sus Altesas que ninguno de los que están con Gonzalo Fernandes haga daño á los moros.

Que se ha de guardar lo asentado con él é en lo al fiat.

Iten que cuando sus Altezas lo hisieron merced de la mitad de las Salinas de la Malah pensaron que lo hasian merced de la mitad del aldea tambien, é agora que han visto que no es sino de la mitad de las Salinas, que suplican á sus Altesas le

Como está capitulado.

manden dar la mitad del aldea; pues vale poco, que es la peor aldea que hay en Granada.

Que asi se entiende.

Iten que estas mercedes habian de decir para el rey é para los que del viniesen, é no dice sino perpetuamente, suplica que se ponga para él é para sus herederos.

Que se pornan en su libertad.

Iten suplica á sus Altesas que despachado lo de Granada mande enviar á los Infantes, para que se estén con él en Andarax è que les manden pasar allende.

Fiat.

Iten que las heredades é casas é otras cosas que tienen en Granada él é sus parientes é criados que sean horras de derechos, como está en la capitulacion.

Fiat (1) *A sus altesas.*

Iten suplica sean pagados los cativos del Rey, como quedó asentado, que dice que son fasta veinte cativos en que habia el alcaide de Lijar, Rodrigo de Benavides é otros de precio, que en estos vean sus Altesas lo que fueren servidos de les haser merced, porque no se pagaron en esta otra paga sino los del alcaide Bexir.

Que sus Altesas ge lo tienen en servicio.

Que el la principal cosa á que vino es á saber de lo que sus Altesas son servidos que vean sus Altesas lo que en ello mandan; que ellos están prestos de complir é obedecer en todo su mandamiento.

(Es copia de la minuta, al parecer original, que se custodia en este Archivo. Capitulaciones con moros y caballeros de Castilla. Leg.° núm. 1.°)

(101) En el archivo del ayuntamiento de Granada se conserva una copia de las capitulaciones, en letra de aquel tiempo; y allí probablemente las tomó el historiador

(1) Este fiat está tachado.

Bermudez de Pedraza; pues son conformes en un todo á las que insertò en su obra.

En el mismo archivo existen varios documentos en caractéres arábigos; y tal vez haya entre ellos algunos relativos á la rendicion de la ciudad.

En el archivo de Simancas se conserva el original de dichas capitulaciones, con algunas particularidades, dignas de notarse. Una de ellas es que no están firmadas por Boabdil; lo qual puede quizá atribuirse á que, mas bien que una convencion ó contrato mútuo, se consideraron como una promesa ó seguro, dado por los Reyes Católicos, de que cumplirian bien y fielmente lo que allí quedaba asentado.

Aparecen firmadas por ambos monarcas; pero solo se vé el sello de la reina, y no el sello comun (segun lo estipulado al tiempo de desposarse, y como se hizo en la capitulacion celebrada con el mismo Boabdil, quando pasó á Africa). Tal vez como este tenia tan alto concepto de la religiosidad de la reina doña Isabel, solo exigió que se estampase su sello, ó quizá se hizo así para denotar que la conquista se hacia para la corona de Castilla: estas son las únicas conjeturas que me ha comunicado un sugeto muy entendido en tales materias, que me ha proporcionado estos documentos. En el original no están numerados de antiguo los artículos de la capitulacion; probablemente se hizo despues con guarismos arábigos.

Al final dice de esta suerte:

«Nos el rey è la reina de Castilla, de Leon, de Aragon de Secilia etc., por la presente seguramos è prometemos de tener é guardar é cumplir todo lo contenido en esta capitulacion, en lo que á nos toca é incumbe realmente é con efecto, á los plazos é términos é segun é en la manera que en esta capitulacion se contiene, é cada cosa é parte dello, sin fraude alguno; é por seguridad dello mandamo

dar la presente, firmada de nuestros nombres é sellada de nuestro sello, fecha en el nuestro real de la Vega de Granada á veinte é cinco dias del mes de noviembre, año de myll é quatro cientos è noventa é un años.

Yo el Rey. Yo la Reina.

Yo Fernando de Zafra, secretario del rey é de la reina nuestros señores, la fice escrebir por su mandado.»

Despues está el sello con las armas reales, puesto sobre cera encarnada; alrededor se lee:—«*Helisabet*: *Dei*: *gracia*-*Regina*: *Castellæ*: *Legionis*: *et Siciliæ*.»

Por bajo dice:—«Capitulacion de la cibdad»

Estas palabras no se hallan en un *duplicado*, firmado y sellado como el anterior, que se custodia en el mismo archivo. En lugar de *capitulacion de la cibdad* se lee únicamente la palabra *Rey*, que tal vez quiera indicar: *capitulacion del Rey*.

(Archivo de Simancas: *capitulaciones con moros y caballeros de Castilla*: núm. 1.°)

(102) Son dignos de citarse algunos de los artículos de las capitulaciones, así por su contesto como por el esmero con que están redactados; á fin de no dar márgen á dudas y conflictos.

«Iten es asentado y concordado que sus Altezas è sus descendientes para siempre jamás dejaran vivir al dicho rey Muley Boadily é á los dichos alcadis é sábios é moflyes é alfaquies é alguaciles e caballeros é escuderos é viejos é buenos é onbres é comunidad chicos é grandes é estar en su ley, é non les mandaran quitar sus algimas é cumaas é almuedanos é torres de los dichos almuedanos, para que llamen à sus açalaes, é dejaran é mandaran dejar á las dichas algimas sus propios è rentas, como agora las tienen, é que sean juzgados por su ley xaracima con consejo de sus alcadis, segun costumbre de

los moros, y les guardaran é mandaran guardar sus buenos usos é costumbres. (4.°)

Iten es asentado é concordado que agora nin en tiempo alguno sus Altezas nin el dicho señor príncipe nin sus sucesores non hayan de apresurar nin apremien a los dichos moros, ansi á los que hoy son vivos como los que dellos subzedieren á que traigan señales.» (8.°)

«Iten es asentado é concordado que ningun christiano sea osado de entrar en casa de oracion de los dichos moros, sin licencia de los alfaquies, é que si entrare, que sea castigado por sus Altezas.» (12.)

«Iten es asentado é concordado que si debate ó question oviere entre los dichos moros, que sean juzgados por su ley xaracima é por sus alcadis, segun costumbre de los moros.» (15)

«Iten es asentado é concordado que si algun christiano entrare por fuerza en casa de algun moro, que sus Altezas manden á las justicias que procedan contra él.» (17)

«Iten es asentado é concordado que ninguna justicia no pueda proceder contra la persona de ningun moro por ningun mal que otro oviere hecho, é que non padesca padre por hijo, nin hijo por padre, nin hermano por hermano, nin primo por primo. Salvo que quien ficiere el mal que lo pague.» (21)

«Iten es asentado é concordado que si algund christiano christiana se oviere tornado moro ó mora en los tiempos pasados, ninguna persona sea osado de los amenguar ni baldonar en cosa alguna. E que si lo hicieren, que sean castigados por sus Altezas.» (30)

«Iten es asentado é concordado que si algund moro oviere alguna christiana por muger que se haya tornado mora, que non la puedan tornar christiana sin su voluntad della, é que sea preguntada si quiere ser christiana en presencia de christianos é de moros. E que en lo de

hijos é hijas nacidos de las romyas se guarde los términos del derecho.» (31)

«Iten es asentado é concordado que á ningund moro nin mora non fagan fuerza á que se torne christiano nin christiana.» (32)

«Iten es asentado é concordado que si alguna mora casada ó viuda ó donzella se quisiese tornar christiana por amores, que non sea recibida hasta que sea preguntada é amonestada por los dichos términos del derecho; é que si algunas joyas é otras cosas sacare fortiblemente de casa de su padre é de sus parientes ó de otras personas, que sean bueltas é restituidas á poder de cuyas fueren, é que las justicias procedan contra quien las hurtare, como de justicia deben.» (33)

En varios artículos se promete no castigar ni pedir cuenta de hechos anteriores: en uno de ellos se dice lo siguiente:

«Iten es asentado é concordado que sus Altezas é sus descendientes para siempre jamás non pedirán nin mandarán al dicho rey Boaudely nin á ninguno de los dichos moros cosa alguna que ovieren fecho en qualquier manera, hasta el dia del cumplimiento del dicho término de la dicha entrega de la dicha Alhambra, que es durante el dicho término de los sesenta dias en que la dicha Alhambra é otras fortalezas han de ser entregadas.» (40)

En el artículo que sigue se vé un recuerdo de la guerra civil.

«Iten es asentado é concordado que ningund cavallero nin alcaide nin criado de los que fueron del rey que fué de Guadix non tengan governacion nin mando sobrellos.» (41)

«Iten es asentado é concordado que si oviere algund debate ò pleito entre christiano ó christiana con moro o mora, quel dicho debate sea determinado seyendo presentes un alcalde christiano é otro alcady moro; porque ninguno

non se quexe de lo que fuere juzgado é determinado entrellos.» (42)

(103) Ademas de las capitulaciones relativas á la entrega de la ciudad de Granada, para asegurar la suerte de sus moradores, se celebró el mismo dia y en el propio sitio otro convenio, que se halla igualmente en el archivo de Simancas, con este epígrafe: «*Capitulacion original de los Reyes Católicos con Muley Abdali, Rey de Granada*, año IVCCCCXCL.»

Despues dice así:

«Las cosas que por mandado de los muy altos è muy poderosos é muy esclarecidos príncipes el rey é la reina nuestros señores fueron asentadas é concordadas con el alcaide Bulacin el Muleh, en nombre de Muley Boaudely rey de Granada é por virtud de su poder, que del dicho rey mostró firmado de su nombre é sellado con su sello, demas de las cosas que fueron asentadas é concordadas por el escriptura del asiento è capitulacion de la cibdad de Granada, son las siguientes—etc.:»

Ofrecia Boabdil entregar la ciudad, dando quinientas personas en rehenes para mayor seguridad; y reiterando los Reyes Católicos su promesa de recibir y tratar á los moros como súbditos, amparando sus personas y bienes, honrándolos y favoreciéndolos etc.

A Boabdil se le daban por juro de heredad, para siempre jamas, para él y sus descendientes, las villas y lugares de las tahas de Berja, Dalías, Marxena, Boloduy, Lahar, Andarax, Uxijar etc., con todos sus pechos y rentas: declarando dichos bienes exentos de pagar tributos, como á la sazon lo estaban.

Igualmente se conservaban á Boabdil, en los mismos términos, los bienes que poseia, en vida de su padre.

Si Boabdil quisiese vender los bienes que se le daban por este convenio, debian ser preferidos para la compra

los Reyes de Castilla, segun el precio en que se conviniese. Si Boabdil y su familia quisiesen pasar á Africa, los Reyes de Castilla debian facilitarles barcos, así como todos los ausilios necesarios, sin exigir por ello gastos ni derechos.

Respecto de la madre y familia de Boabdil se estipulaba lo siguiente:

«Iten es asentado é concordado que sus Altezas hayan de facer y fagan asi mismo merced á las reinas su madre é hermanas é á la reina su muger é á la muger de Muley Bulnazer de todas sus huertas é tierras é hazas é molinos é baños é heredamientos que tienen en los dichos términos de la dicha cibdad de Granada é en las Alpujarras, para que sea todo suyo é de sus herederos é sucesores por juro de heredad para siempre jamás, é lo puedan vender é traspasar é gozar, segund é por la forma é manera que los dichos heredamientos del dicho rey.» (6.°)

«Iten es asentado é concordado que queden al dicho rey é á las dichas reinas las faciendas que tienen en Motril. É asi mismo quede á Alhaje Romayme la facienda que tiene en la dicha Motril, para que les valgan é sean guardadas para agora é para siempre jamás, segund que las otras mercedes susodichas» (8.°)

Ademas de las tierras y bienes antes mencionados, se dió á Boaldil cierta suma de dinero.

«Iten es asentado é concordado que hagan sus Altezas merced al dicho rey Muley Boabdely de treinta mil castellanos de oro, en que montan catorse cuentos é quinientos é cincuenta mill mrs.; los quales sus Altezas mandarán pagar luego que les fuere entregada el Alhambra é las otras fuerzas de la cibdad de Granada, que se han de entregar al término susodicho.» (4.°)

Por lo tocante á la residencia de Boabdil, se decia lo siguiente:

«Itén es asentado é concordado que saliendo el dicho rey Muley Boaudely de la dicha cibdad de Granad , que pueda morar é morir donde quisiere de las dichas tierras que sus Altezas le fasen merced, é salga con sus criados, alcaides é sábios é alcadis é caballeros é comun que quisiesen salir con él etc.» 15)

Por último ofrecian los Reyes Católicos dar à dicho Boabdil, á su madre, muger y hermanas, privilegios rodados, con todas las formalidades requeridas, para dar al cumplimiento de lo prometido la mayor seguridad y firmeza. (16)

Los reyes lo prometian asi, al fin de dicho documento, en que aparece la firma del rey y al lado la de la reina, con un sello sobre cera colorada, y alrededor de él la siguiente leyenda:

«Helisabeth: Dei: gracia: regina:
Castellæ: Legionis: et Siciliæ »

Debajo de la firma de los reyes y al lado del sello, se lee:—«Por mandado del rey é de la reina:—Fernando de Zafra.»

(104) En el archivo de Simancas se conserva un «testimonio de los privilegios que dieron los Reyes Católicos, el 30 de diciembre de 1492, confirmando al rey Muley Baudily y á la ciudad de Granada las capitulaciones ajustadas con él, para la entrega de dicha ciudad, en 25 de noviembre de 1491.»

Segun resulta de dicho documento, autorizado en debida forma, «este es traslado bien é fielmente sacado de dos cartas de previlegios quel rey é la reina nuestros señores dieron al rey Muley Boadily, rey que fué de Granada, é á los moros vecinos de la dicha cibdad, los quales dichos traslados se sacaron de un libro de la guerra que Hernando de Zafra, secretario de sus Altezas, tenia; su tenor de los quales uno en pos de otro son estos que siguen etc.»

Despues se insertan los 16 artículos de la capitulacion celebrada con Boabdil, relativa á sus intereses y á los de su familia; concluyendo los reyes por prometer y mandar su mas exacto cumplimiento.

Es notable que los reyes firmaron y sellaron este documento en el real de la Vega de Granada, y no dentro de la ciudad, á pesar de haberla conquistado algunos meses antes.

En seguida se inserta el « traslado del privilegio que «se dió á la cibdad de Granada.»

Contiene las capitulaciones para la entrega de dicha ciudad; y termina con la promesa de cumplirlas fielmente, confirmada en esta carta de privilegio rodado, dada por los Reyes Católicos, asi como la otra, en el real de la Vega de Granada, á 30 dias del mes de diciembre de 1429.

(Archivo general de Simancas: Negociado de capitulaciones con moros y caballeros de Castilla. Legajo núm. 1.º)

(105) «Sin embargo, se acordó que el Wazir Abul Camic Abdelmalek saliese á proponer avenencia con los cristianos. Salió este noble anciano, y fué bien recibido de los reyes; y despues de muchas y graves propuestas se acordó que el rey de Granada, no siendo socorrido por mar ni por tierra en dos meses, de aquel dia contados entregase las dos fortalezas de la ciudad, torres y puertas de ella.»

(Siguen las condiciones de la entrega.)

«Asi se concertó esto por Abul Cacim Abdelmalek, Wazir de Granada, y Gonzalo de Córdoba, capitan del Rey de Castilla, y el Catib, Fernando de Zafra; y se firmó por todos y se juró su cumplimiento á 25 de noviembre del año 1491, que convenia con el 22 de la luna de Maharran del año de 887.»

(Conde: *historia de la dominacion de los árabes*: tomo 3.º: cap XLII)

(106) El artículo segundo de las capitulaciones estaba concebido en estos términos: «Iten es asentado é concordado que al tiempo que sus Altezas mandaren recibir é recibieren la dicha Alhambra, manden que sus gentes entren por las puertas de Bibalachar è por Bibnegir é por el campo fuera de la cibdad, por donde pareciere á sus Altezas, é que no entre por dentro de la dicha cibdad la gente que ha de ir á recibir la dicha Alhambra al tiempo de la dicha entrega.»

(107) La puerta por donde salió Boabdil, y que se ha hecho célebre bajo tal concepto, fuè sin duda la que se halla situada sobre el cubo de los *siete suelos*. La gente de aquellos contornos asegura que estaba forrada de hierro, como las demas de la Alhambra, quando volaron los franceses aquella parte de la fortificacion; y que despues quedó tapiada con ladrillos y escombros, como se hallaba por los años de 1833.

Dicha puerta, situada entre las torres de los *Siete Suelos* y la *puerta de hierro*, por el lado de Generalife, hubo de ser naturalmente por la que saliera Boabdil, para atravesar el *cerro de Abahul*, llamado despues *campo de los mártires*, y bajar por aquellas cuestas á buscar la márgen del Genil.

Para cerciorarse aun mas el autor de esta obra, recorrió por dentro y por fuera todo aquel lienzo de muralla, desde los *Siete Suelos* hasta la torre arruinada que hace esquina por frente de *Fuente-Peña*; y en todo aquel espacio no se halla rastro ni vestigio de ninguna otra puerta.

Examinándola con atencion, se nota que era una puerta principal; por la parte de adentro solo se vé el arco, de piedra franca, en forma de sillares; siendo la anchura del arco de unas tres quartas, poco mas ó menos. Dicha puerta está debajo de otra, mas pequeña; y para descubrir mejor la forma y magnitud de aquella, conviene colocarse en el *cerro de los mártires*, que cae frontero.

(108) La ermita de San Sebastian está situada en un recodo que forma el rio Genil, al lado de la alberca en que suelen bañar á los caballos. La capilla es pequeña, cuadrada, y el techo circular en forma de bóveda: no presenta ningun vestigio antiguo, ni advertí en la capilla nada que fuese notable.

En la pared de afuera, que mira á la Sierra Nevada, hay una lápida, con esta inscripcion: «Habiendo Muley Abdelí, último rey moro de Granada, entregado las llaves de esta dicha ciudad, el viernes 2 de enero de 1492, á las tres de la tarde, en la puerta de la Alhambra, á nuestros Católicos monarcas D. Fernando V de Aragon y Doña Isabel de Castilla, despues de 777 años que esta dicha ciudad sufria el yugo mahometano, desde la pérdida de España, acaecida domingo 2 de noviembre de 714, salió dicho Católico rey á despedir al espresado Boabdil hasta este sitio, *antes mesquita de moros y entonces erigida en capilla de San Sebastian*, donde dieron las primeras gracias á Dios nuestro Señor el glorioso conquistador y su ejército; entonando la real capilla el *Te-Deum*; y tremolando en la *torre de la Vela* el estandarte de la fé: en cuya memoria se toca á dicha hora la plegaria en la catedral, y se gana indulgencia plenaria, rezando tres padres nuestros y tres *aves-marías*.»

(109) «El rey Abu Abdalá, con cinquenta caballeros principales y sus wizires, salió á recibir á los cristianos.»

«El rey Abudala no quiso volver á la ciudad, y tomó el camino de las sierras, para alcanzar á su familia.»

(Conde: *hist. de la dominacion de los árabes*: tom. 3.°)

(110) «Boabdil se fué al Val de Purchena, que era todo de mudejares, donde el rey le dió señorío é renta con que viviese, é muchos vasallos, é le alzó la pension que antes le debia, é le dió sus rehenes, que le tenia desde que le soltó sobre rehenes.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios. cap. 102. M. S.)

(111) «Y viéndole su madre suspirar é llorar, le dijo: «bien haces, hijo, en llorar como mujer lo que no fuiste para defender como hombre.» Despues llamaron los moros á aquel viso el *Fez de Alavaquivar*, en memoria de este suceso.»

(*Hist. de la rebelion y castigo de los moriscos*, por Luis Márnol: lib. I cap. XX.)

(112) Estando D. Pedro Venegas con el rey D. Fernando en la Alhambra, quarto de la gran alberca y sala de Comares, se habia mandado abrir unos cofres, que el moro dejó llenos de armas, banderas y divisas ganadas á los cristianos, entre los cuales se halló la de Luque, que era de azul y blanco; y el rey la entregó á D. Pedro.

(Papeles existentes en el archivo de la casa de los señores de Luque. M. S.)

(113) Son muchos los historiadores, y algunos de ellos coetáneos, que hacen mencion de *Zoraya* y de sus dos hijos, convertidos como ella á la religion cristiana, despues de la toma de Granada.

«De su segunda muger, que habiendo sido cautiva atrajo á las costumbres y á la religion mahometana, tuvo Albo Hacen dos hijos. El primero llamado *Cad* y el segundo *Nacre*: y despues de la toma de Granada, habiendo abrazado voluntariamente la religion cristiana, tomó el mayor de ellos el nombre de *Fernando* y el menor el de *Juan*: apellidábanlos *los Infantes de Granada*, y se desposaron con nobles señoras. Su madre, que mientras fué mora, se llamó *Zoraya*, vuelta á su primitiva religion por los muchos ruegos de sus hijos y las instancias de los Reyes Católicos, tomó el nombre de *Isabel*.»

(Lucio Marineo Sículo: *De Regibus catholicis*: lib. XX: ól. CLXXIX.)

Otro escritor contemporáneo dice tambien, hablando de Albo Hacen: «cuya muger, hermosa y de él muy amada, en otro tiempo cautiva, habia alcanzado su libertad en Granada, y profesaba la secta de Mahoma; habiendo abandonado la religion cristiana.»

(*Crónica* latina de Alonso de Palencia: lib. XXVIII: cap. 3.°. M. S. existente en la real academia de la historia.)

«En marzo de este año (1511) falleció en Burgos el *infante de Granada, D. Fernando*, hermano del rey chiquito de Granada, que se llamaba Muley Audallá, y hermano del *infante D. Juan de Granada*, hijos de Alí Abu-Hacen, rey de Granada. Este infante de Granada tuvo persona valerosa, y casó con doña Mencia de la Vega, señora de Torrebumos é Guaros é Castrillo, hija de D. Diego de Sandoval é doña Leonor de la Vega: este D. Diego del Sandoval era hermano de la madre de D. Pedro Manrique, primer duque de Nágera, y hermano del conde de Castro, D. Hernando de Sandoval, todos hijos de D. Diego Gomez de Sandoval, primer conde de Castro.»

«Y el infante *D. Juan de Granada* casó con doña Beatriz de Sandoval, hija de D. Juan de Sandoval, hijo de D. Diego Gomez de Sandoval, primer conde de Castro.»

(*Anales breves del reinado de los Reyes Católicos*, por D. Lorenzo Galindez y Carvajal. M. S.)

«Los infantes, sus hermanos (de Boabdil) recibieron el santo bautismo: y en él se llamaron *D. Fernando y don Juan de Granada*. La madre de estos infantes, que era la *reina Zoraya*, fue reconciliada al gremio de la Santa Fé Católica, por haber sido cristiana; y llamóse *Doña Isabel*, como antes.»

(*Vida del Gran Cardenal de España*: por Salazar y Mendoza: lib. I cap. XXI.)

«La otra casa del apellido *Granada*, que reside en Va-

Hadelid, procedente del rey Abil Hacen, descendiente por varon de Jarachen, alcaide de Málaga, tuvo Abil Hacen por hijo á Boaldeli, rey chico de Granada, el qual murió en Africa sin sucesion; y otros dos hijos en una cautiva cristiana, con quien casó; la cual, por ser muy hermosa llamaron los moros *Zoraya*, que asi llamaban al lucero del alba. Despues de ganada Granada, se llamó *Doña Isabel*, á devocion de la reina, y su hijo, llamado antes *Alí, don Fernando*; y el menor, que se decia *Acre*, D. *Juan*, por el rey D. Fernando y el príncipe D. Juan, sus padrinos de bautismo; á los cuales su medio hermano el rey chico dió la taha de Orgiba; y en recompensa de ella los Reyes Católicos dieron juros de por vida etc.

(*Antiguedad de Granada* por Bermudez de Pedraza: lib. 1.)

El historiador Sandobal, en su *historia de la vida y hechos del emperador Cárlos V*, hace mencion del *infante de Granada*, hijo de Zoraya: Lib. VI pág. 261.)

«Veamos, señor, en las comunidades, ¿levantáronse los de este reino? Por cierto en favor de S. M. acompañaron al marqués de Mondejar y á D. Antonio y D. Bernardino de Mendoza sus hermanos, contra los comuneros, D. Hernando de Córdoba, el Ungí, Diego Lopez Aben Azar, y Diego Lopez Azem, con mas de quatrocientos hombres de nuestra nacion; siendo los primeros que en toda España tomaron armas contra los comuneros: y *D. Juan de Granada, hermano d l rey Abdilelú, tambien ué general en Castilla de los reales, trabajó y apaciguó lo que pudo, y hizo lo que debia á buen vasallo de S. M.*»

(Discurso del procurador de los moriscos al presidente de la chancillería de Granada: Mármol: *hist. del rebelion etc.*: lib. 2.° pág. 39.)

«Los cristianos hallaron pronto ocasion de hacer daño, asi como la oportunidad de apoderarse de los dominios

musulmanes, pors'a siguientes circunstancias, harto dignas de lamentar. Abul-Hacem tenia dos hijos varones, Mohamed y Yusuf, habidos de su esposa, hija del Sultan Albu-Abdalá, Al-aysar, (el *izquierdo*); pero tenia otra muger, á la qual habia dotado y de la que tenia igualmente descendencia.»

«Era esta una *señora cristiana*; y como el monarca mostró siempre hácia ella una gran predileccion, se concibieron temores de que pospusiese á los hijos de su noble prima, por favorecer á los de la cautiva cristiana. Lo qual dió orígen á disensiones y disturbios entre los empleados del Estado y los de la servidumbre de palacio: formándose dos parcialidades, de las quales una se inclinaba á los hijos de su esposa y otra á los de la cautiva cristiana.»

(Al-maccarrí, *Mohammedan Dynasties in Spain*: obra traducida por D. Pascual de Gayangos.)

(114) «Los descendientes de D. Juan y D. Hernando tienen por apellido *de Granada* y traen por armas dos granadas en campo azul y un letrero atravesado que dice: *Lagálebrila*, que quiere decir; *no hay vencedor sino Dios*,» y los que vienen de D. Pedro y D. Alonso tomaron el apellido de *Venegas* y tambien *de Granada*, y traen cinco granadas en campo azul. Primero traian una sola; y por un desafio que tuvieron en la Vega de Granada, en que mataron cinco moros, pusieron cinco granadas y el mesmo letrero. Honráronlos SS. AA. mucho, y casaron á D. Alonso con doña Juana de Mendoza, dama de la Reina Católica, hija de D. Francisco Hurtado de Mendoza, su mayordomo. Tuvieron por su hijo á D. Pedro de Granada Venegas, caballero del hábito de Santiago y alguacil mayor de Granada, padre de D. Alonso de Granada Venegas, *señor de Campotejar y Jayena etc.*»

(Mármol: *historia del rebelion y castigo de los moriscos*: libro 1.° cap. 12.)

(115) Testimonio del rey de armas Diego de Urbina.

Yo D. Diego de Urbina, rey de armas del rey D. Felipe nuestro Señor 3.° de este nombre, certifico y hago entera fé y crédito á todos cuantos esta carta vieren como en los libros é copia de linages que yo tengo, de todos los reinos y señoríos de S. M. parece está escrito en ellos el linage y armas de la casa y descendencia *de Granada*; su tenor del cual es como sigue:

«La casa y linage *de Granada* procede de los reyes de Granada, de los cuales quedaron dos casas: la una tiene su asiento en la ciudad de Granada; y la otra en la villa de Valladolid La que está en la ciudad de Granada, procede de Aben Hut, rey de Granada, que venia del linage de los reyes de Zaragoza, al que mataron á traicion en Almería, donde quedaron sus descendientes despojados, cuando se apoderó de Granada y tomó el título de rey Aben Alhamar, alcaide de Arjona, con quien tuvieron muy ordinarias guerras, ayudándose del favor de los cristianos, hasta el tiempo del rey D. Juan II, que Jusef infante de Almería que venia de Aben Hat, y por madre era nieto del rey Bermejo, se le arrimó mucha parte del reino contra el rey Izquierdo; y con la ayuda que le dió el rey D. Johan cobró el reino de Granada; y habiendo muerto, se volvió á apoderar del reino el rey Izquierdo, quedando el infante Celim Almayar en Almería, que fué padre de Hiaya, que se convirtió á nuestra Santa Fé Católica, y en el bautismo se llamó *D. Pedro de Granada*; el cual al principio de la conquista que hicieron los Reyes Católicos, les ayudó con toda su parcialidad y gente contra el rey Chico y los sirvió en la guerra hasta la entrega de Granada, en que fué gran parte: fué uno de los que juraron á los Reyes Católicos por reyes de Granada con los

principales y grandes y caballeros; fué de su Consejo y alguacil mayor de Granada.

Son sus armas un escudo azul; en él cinco granadas de oro, puestas en dantos con su coronel, y una vela de plata en ellas: cinco estrellas de plata en estilo de sable, y en ella una banda atravesada, que antes era azul, que eran las armas de los reyes de Aragon y la trocó negra el rey Aben Hut; y alrededor del escudo hay banderas, y una en el remate que ganara en la conquista de Granada; su señorío Campotejar, y de este linage hay descendientes en Granada y otras partes.

La otra casa que está en Valladolid, procede de Tarachen, alcaide de Málaga, que habia casado con hermana de Aben Alhamar, tercer rey de aquella familia: tuvo un hijo llamado Ismael, que despojó del reino á su tio Nazar, hermano de su madre. Vino á ser rey de Granada: de este procedia el rey Bul Hacen, el que fué padre del rey Chico, que entregó á Granada, y se pasó á Africa sin dejar sucesion; así mismo en una *cautiva*, que habia sido cristiana, tuvo dos hijos, que se llamaba el uno *Cad* y otro *Nazar*, y despues de la entrega de Granada, la madre se reconcilió con la iglesia Católica, y se llamó *Isabel*, y ellos se bautizaron y se llamaron *Infantes*; el mayor se llamó *D. Hernando* y el otro *D. Juan*: el de D. Hernando fué uno de los que juraron al emperador por rey en Valladolid, con los principales grandes y caballeros. De este no quedó sucesor, mas sí de D. Juan: sus armas son un escudo de plata en banda bermeja atravesada, y dos granadas de su color.

De todo lo que antecede certifico, á peticion de don Alonso de Granada Venegas, caballero del hábito de Santiago, de esta casa y linage; y lo firmo y sello á ocho de junio del año de mil seiscientos uno.—Diego de Urbina.» (M. S.)

(116) La espada de Boabdil, que parece dieron los Reyes Católicos á D. Pedro Venegas, y ha quedado vinculada en la casa de los marqueses de Campotejar, tiene el puño de oro y plata sobredorada, y encima un globo pequeño, que remata en punta. Dicho puño presenta esmaltes riquísimos, los colores mu y vivos y én especial el verde esmeralda: en dos partes tiene letras aràbigas, que parece dicen: *solo Dios es fuerte.*

La hoja presenta igualmente algunas letras y labores: tendrá como una vara cumplida, el ancho de dos dedos, derecha y de dos filos.

La vaina es de tafilete, bordada con hilo de oro, una cenefa angosta à cada lado, y en el medio labores muy lindas. La contera es de plata sobredorada con esmaltes de colores

Aun subsiste el cinturon, de seda azul, de dos dedos de ancho, labrado por encima con hilo de oro, y una hevilla que parece de plata sobredorada: tiene dos borlas como de á tercia, de seda ó torzal muy bien conservadas.

(117) *La casa de los tiros*, llamada así por los que existen en la fachada, pertenece á la familia de l s marqueses de Campotejar. Sobre la puerta se vé labrado en la misma piedra un corazon y encima una espada, muy semejante á la de Boabdil, que existe en Generalife. La punta de la espada está amenazando de cerca al corazon; y junto à este se lee el siguiente mote: *él manda.*

Dentro de la misma casa parece que se veia antes una bandera moruna, vuelta para abajo, y este lema que tomaron los Venegas, despues de la conversion de Cidy.

Hiaya: *Servire Deo regnare est.*

(118) «Esta alcaldía (*de Generalife*) vino á la casa de *D. Pedro de Granada Venegas* por casamiento con doña María Rengifo Dávila, hija de Gil Vazquez Rengifo (primer alcaide) por cuyos servicios, juntos con los de *D. Pedro de*

Granada, S. M. le hizo merced de ella y á los sucesores de su casa.»

(*Antiguedad de Granada*, por Bermudez de Pedraza: lib 1°.)

«En una de las salas, al lado del mirador que cae al Dauro, se hallan los retratos de los Reyes Católicos, y los de varios príncipes de la casa de Austria, juntamente con los de algunas princesas.

En la otra sala colateral se hallan el árbol genealógico de los *Venegas* y los retratos de esa nobilísima familia, empezando por Cidy Hiaya, *el Nacer*, alcaide de Almería, que dice allí se bautizó en Santa Fé, y está pintado con traje castellano, las granadas por armas, y este lema: *Servire Deo regnare est*. Sigue su hijo, D. Alonso I, con una cabeza de moro á sus pies (razon por la cual le ha tomado el vulgo por Garzilaso de la Vega); y luego siguen D. Pedro II, D. Alonso II, y otros vástagos de aquel tronco. Tambien se hallan algunos retratos de sus esposas, y entre ellos el de doña Juana de Mendoza, dama de la reina Doña Isabel, de noble y hermoso semblante.

Hay ademas dos retratos de moros, el uno de medio cuerpo, el rostro grande, cabello rubio, y una gorra de terciopelo negro en la cabeza; encima se lee este letrero: *Infante de Granada*.

El retrato que está al otro lado tiene un rótulo postizo, que dice: *el rey Chico*; de donde ha nacido la equivocacion en que han incurrido el célebre Whasington Irving y otros escritores de nota, que le han tomado por Boabdil. Habiendo examinado de cerca la parte superior de dicho cuadro, leí clara y distintamente lo que sigue: «Aben-Hut, rey de Granada, de Córdoba, y lo demas de Andalucía, del linage de los reyes de Zaragoza, de Aragon y de los Godos, preeminente rey por su justicia, verdad y liberalidad.»

(119) «No se pasaron muchos años sin que los cristianos violasen el tratado que habian celebrado con los muzlines: las cosas llegaron á términos que en el año de 904 (agosto de 1498) intentaron forzar á los muzlines á abrazar la religion cristiana, bajo varios pretestos ...»

«En suma: todo muzlin, residente en Granada ó en las inmediaciones, tenia que abrazar la religion de los idólatras dentro de cierto plazo. Unos pocos, sin embargo, rehusaron obedecer semejante mandato; pero de nada les sirvió: visto lo cual, recurrieron á las armas y se sublevaron en algunos pueblos y aldeas, tales como Belefique, Andarax y otros.»

(Almaccari, *Mohammedan Dynasties in Spain*, obra traducida por D Pascual de Gayangos.)

(120) Pasaban de cuarenta mil vecinos (los moros que habia en Granada); y por los alborotos y desconciertos que algunos fizieron, que se alborotaron dos ó tres veces, mataron muchos por justicia é quartearon é despedazaron otros, en tal manera que los pusieron todos só el yugo del temor é obediencia.»

(Historia de los *Reyes Católicos* por el cura de los Palacios. M. S.)

(121) Me parece que no desagradará á los lectores que se inserten en este lugar algunos documentos, que no creo se hayan publicado hasta ahora, y que dan una idea exacta de la negociacion á que en este lugar se alude.

Cabeza y pie de la ratificacion de la capitulacion que el alcaide Bulcacin el Muley en nombre del rey muley Baudili asentó con los señores Reyes Católicos para pasarse allende; la cual fué aprobada por dichos señores reyes en Barcelona á 15 de junio de 1493, y por el referido Baudili en la forma siguiente:

Yo el rey Muley Baudili, hijo del rey Muley Abulhacen digo que por quanto el alcaide Bulcacin el muley en-

mi nombre é por virtud de mi poder é á mi suplicacion asentó é otorgó con los muy altos é muy poderosos príncipes el rey é la reina nuestros señores cierto asiento é capitulacion de lo cual sus Altezas por me hacer merced concedieron é otorgaron lo de yuso contenido, segund que está firmado de sus muy reales nombres é sellado con su sello, que es fecho en esta guisa.

Capitulacion original de los señores Reyes Catolicos con el rey Muley Baudili fecha en Barcelona á 15 de junio de 1493 para pasarse allende este último.

†

«El Rey é la Reina.

«Por cuanto el alcaide bulcacin el muleh criado del honrado rey muley baudili hijo del rey mule yabulhacen en su nombre é por virtud de su poder fizo é otorgó una escriptura su tenor de la qual es este que se sigue.—Yo el alcaide bulcacin el muleh criado de mi señor el rey muley baudili hijo de mi señor el rey muley abulhacen por virtud del poder que del dicho rey mi señor tengo firmado de su nombre é sellado con su sello de sus letras acostumbradas escripto en arábigo é trujamaneado bien é fielmente por abrahen el cayci que es fecho en esta guisa.—En el nombre de Dios piadoso apiadador la salvacion de Dios é su piedad sea sobre nuestro profeta mahomad é sobre los suyos. Este es el poder complido é adelantamiento para en todas las cosas muy cierto para quien se otorga para que paresca y hizóse este poder firme por los renglones siguientes ciertos para que paresca con el adelantado con este poder delante de sus altesas los muy altos é grandes r ensalzados los engrandecidos los públicos los abastados los conplidos los hidalgos los muy esforzados mis señores lé rey é la reina D Fernando é Doña Isabel ensalce Dios sus estados é acreciente sus dias, ha por firme este ade-

lantamiento sobre su persona para que haga y deshaga é se obliga á su cumplimiento el servidor de sus altesas el que está so el amparo de sus altesas el siervo de Dios abaudili mahomad hijo del rey abulhacen hijo de nazar sea Dios con el é guyele é cumplale sus deseos—adelantamos sobre nuestra persona é damos poder para todas nuestras cosas é para nuestra habla é para nuestro poco é para nuestro mucho el mas honrrado é querido allegado á nuestras manos aquel de quien tenemos gran confianza, aquel que avemos por bien que sea nuestro adelantado el mas especial de nuestros servidores el alcaide bulcacin el muleh honrrele Dios, para que haga por nos é ejecute en todas las cosas con el estado de sus altesas del rey é de la reina, afirme Dios su estanca ó para con aquellos que sus altesas fueren contentos que tengan su poder, é digo en este poder que yo le adelanto con el mas conplido é abastado poder que devo é de derecho puedo é yo sby contento del por mi persona, para que paresca ante sus altesas e haga en mis hechos en presencia de su altesas ó en presencia de quien poder tovyer de sus altesas é hable por mi lengua todo aque lo que sabe de nuestro corazon, ansi como si nos estoviesemos presente delante de sus altesas e á este poder nos remitimos é á él nos arrimamos é avemos por cierto en todas nuestras cosas é en todo aquello que nos podemos hazer é á este procurador nombrado avemos por firme é todo lo que por virtud deste poder se hiziere, plaziendo á nuestro Señor, lo avremos por muy cierto é no iremos nin contradiremos cosa alguna dello poder complido é abastado cierto sin contradezir ninguna de las condiciones que al poder pertenescen, é todas las fuerzas que á este poder pertenecen todas las ponemos en él e afirmamosle sobre nuestra persona é obligamonos al conplimiento del, é este poder sea el mas firme que pueda ser en los poderes é el procurador el mas es-

pecial de nuestros procurado es é nuestro estado é no ponemos otro procurador ninguno despues del para que parezca con el delante de sus altesas ó delante de aquello que su poder oyer. Plega á sus altesas é á los que delante dellos parecieren de lo recebir por bueno, esto por la grandeza de sus estados escrivíose á diez é nueve de la luna de jumed alaher año de ochocientos é noventa é ocho años.—Dice la firma escríviolo de su mano Mahoma l hijo de Nacar sea Dios con él é aya piedad del.—Digo que por quanto el alguasil yucaf aben-comixa asentó con los muy altos é muy poderosos é muy e clarecidos el rey é la reina nuestros señores una escriptura de asiento é capitulacion diciendo ser en nombre d l dicho rey mi señor fecha en esta guisa.—Lo que es concord. do é asentado por el alcaide é alguasil yuc. f abencomixa en nombre del rey muley baudili con los muy altos é muy p derosos el rey é la reina nuestros señores es lo siguiente:—Por quel dicho rey muley baudili enbió con el dicho alguasil á pe ir licencia á sus altesas para se ir á bevir allende á tierra de moros é el tiene por merced de juro de heredad de sus altesas algunas tierras especialmente las tahas de Andarax é Luchar que dize que le renta quarenta y siete mil pesantes en cada un año é las tahas de Verja é Marxena que rentan en cada un año cinquenta mil pesantes é la taha Ujijar que renta veinte é dos mil pesantes è la taha de Subilis que renta treinta mil pesantes, que son por todos ciento é quarenta é nueve mil pesantes, esto sin las herencias é las penas de la justicia, é sin el pan que dan de renta por cada arado é sin las gallinas que le dan en algunas partes é sin los hornos de la seda é sin el almendra de la seda é sin otras cosas menudas que non entran en la dicha renta de dinero, é tiene ansi mismo algunas otras cosas en el dicho reino de Granada é su voluntad es que todas las dichas tahas é todo lo otro quel tiene y

le pertenesce é puede pertenecer en el dicho reino de Granada sin que a l s dichos señores rey é reina nuestros señores para que sea suyo é como quier que sus altesas quis eran quel dicho rey muley baudili estoviera en sus reinos é toviera las dichas tahas é todo lo otro que tiene de que sus altesas le ficieron merced, pero pues su voluntad era determinada de se ir á bevir allende á tierra de moros á les dexar lo que ansi tiene en el dicho reino de Granada, á sus altesas plaze de le haser merced en enmienda é equivalencia de las dichas tahas è de todo lo otro que ansi les dexa, por ende es concordado é asentado de voluntad é consentimiento del dicho alguasil abencomixa en nombre del dicho rey muley baudili é á su suplicacion quel dicho rey muley baudili aya de vender é ceder é traspasar, è por la presente escriptura el dicho alguasil en su nombre vende cede é traspasa en los dichos rey é reina nuestros señores todas las dichas tahas de suso nonbradas con toda su jurediction cevil é creminal mero misto inperio é señorío é con todas sus rentas pechos é derechos segund é como á él pertenece ó puede pertenecer en cualquier manera, é todo lo otro quel tiene é le pertenece e puede pertenecer en la cibdad de Granada é en sus términos é en el dicho reino de Granada para que sea todo ello de sus altesas é hagan é puedan haser dello é de cada cosa è parte dello como de cosa suya propia é que sus altesas le hayan de dar é den por todo ello veinte é un mil castellanos de buen oro é justo peso pagados en castellanos ó en ducados é cruzados de buen oro é justo peso é quel dicho rey muley baudili aya de entregar é entregue al tiempo que recebiere los dichos castellanos á sus altesas ó á su cierto mandato los títulos originales de las merceies é capitulaciones é otras escripturas quel dicho rey muley baudili tiene de todo lo suso dicho, lo qual han de conplir sus altesas con tanto que las dicha

tahas de suso nonbradas renten realmente los dichos ciento é quarenta è nueve mill pesantes en cada un año en dinero sin las otras cosas susodichas que no entran en la dicha renta, é si menos valiere que se haga descuento de los dichos veinte é un mill castellanos de lo que menos valiere al respeto de dicho precio, los quales dichos veinte un mil castellanos ayan de dar é den sus altesas al dicho rey muley baudili ocho dias antes de su partida. —Otrosi es concordado é asentado quel dicho rey muley baudili aya para sí los dos tercios deste año que comenzó por primero dia de enero que agora pasó de las rentas de las dichas tahas é de todo lo otro que es suyo é le pertenece é quel tercio postrimero de las dichas rentas sea para sus altesas, é si el dicho rey muley baudili partiere antes de haber podido cobrar los dichos dos tercios por entero, que en tal caso sus altesas le paguen lo que le faltare de cobrar de los dichos dos tercios con tanto que los dexe él á sus altesas ciertos para cobrar de las dichas rentas. —Otrosi por quel dicho rey muley baudili tiene determinado de se partir para allende á lo mas tarde de aqui al fin del mes de otubre primero que viene é entiende de trabajar de se partir antes si podiere es concordado é asentado que si antes se partiere que en tal caso sus altesas le ayan de haser pagar lo que avia de aver de los dichos dos tercios é sus altesas lo cobren para sí é el certifica á sus altesas que no estará mas en estos reinos de hasta el fin del dicho mes de otubre. — Otrosi que sus altesas ayan de dar é den al dicho rey muley baudili é á las reinas é á su hermana del dicho rey é á los suyos para su ida é para llevar sus cosas dos carracas fletadas libres é francas segund è como sus altesas lo capitularon con el dicho rey muley al tienpo de la entrega de la cibdad de Granada, é que no paguen derechos algunos de lo que consigo llevaren por sacarlo del reino é que puedan llevar otras cosas salvo como

se contiene en la dicha capitulacion que sus altesas ayan de dar las dichas carracas é naos dentro de tres meses despues que por parte del dicho rey fueren requeridos que gelos den para su partida, é ansi mismo gocen deste capítulo los parientes de yuca de mora que viven en Toledo, si se quisieren ir allende.—Otrosi es asentado que si el dicho rey muley baudili acordare de ir á Tunez é para ello quisiere cargar algund trigo en la bervería que las dichas naos gelo lleven hasta el dicho reino de Tunez, lo que buenamente podieren llevar con tanto que no sean obligados los navíos de esperar para la dicha carga mas de ocho dias.—Otrosi es concordado é asentado que si demas de las cosas susodichas el dicho rey muley baudili oviere menester para su ida algunas otras cosas de favor que no cuesten dinero á sus altesas é sus altesas las puedan hazer por derecho é con buena conciencia que sus altesas las mandarán haser.—Otrosi es concordado é asentado que porque las reinas moras é su hermana del dicho rey dizen que tienen ciertos logares é heredamientos é rentas en la dicha cibdad de Granada é en otras partes del dicho reino, é á sus altesas es fecha relacion que los dichos bienes ó parte de ellos pertenecen á sus altesas, que lo que provaren las dichas reinas é la hermana del dicho rey que es suyo é les pertenece mostrando títulos dello de herencia que lo ovieron é heredaron de otros ó que lo compraron, é que estos títulos sean de mas de quinze años acá é que en este tienpo lo han tenido é poseido que de aquello que ansi provaren ser suyo puedan ellas disponer en esta manera, que si sus altesas lo quisieren que lo tomen por el quarto menos de lo que valieren é les paguen lo que en ello montaren aviendo por verdadero valor lo que por ellos les davan los que gelo compravan ó lo que por ello se hallare, seyendo la escogencia desto á sus altesas é que lo que sus altesas no quisieren tomar en esta manera que lo

puedan vender á quien quisieren è que sus altesas les den licencia pa a e lo.—Otrosi es concordado é asentado que sus altesas ayan de dar e den al dicho abencomixa por la taha de Dalía con la mitad de las salinas que es suya, la qual renta nueve mill é doszientos é cinquenta pesantes é por la mitad de la taha con la mitad de las salinas que le renta doze mill é quinientos pesantes é por la mitad del quenpe é del canpo de Dalía lo qual todo es del dicho alguasil é lo vende cede é traspasa en sus altesas para agora é para siempre jamás é les ha de dar è entregar los títulos mercedes é previllejos que dello tienen quatro mill é quinientos castellanos é mas que goce de los dos tercios de las rentas deste año, é el postrimero tercio sea para sus altesas é si se fuere an es de aver cobrado los dichos dos tercios que se haga con él como con el dicho rey muley baudili, pero si las dichas tahas é salinas non rentaren los pesantes susodeclarados, que se haga desquento de los dichos cuatro mill é quinientos castellanos de los que faltare al respeto del valor que por todo ello le dan sus altesas, é porquel dicho abencomixa queria dar á D. Johan de Granada su hijo la dicha taha de Dalía con la mitad las salinas della ó el dinero que por ello le dan sus altesas asentóse que sea la dicha taha de Dalía con la dicha mitad de salinas della para el dicho D. Johan ó el dinero que por ello le dan sus altesas al respeto de los dichos quatro mill é quinientos castellanos, é que sea en escogencia de sus altesas tomar la dicha taha é mitad de salinas é dar los dineros que en ella montan al dicho respeto de los dichos quatro mill é quinientos castellanos al dicho D. Johan para que compre otra cosa que bien le esté, ó dar la dicha taha al dicho D. Johan de manera quel dicho abencomixa no ha de aver cosa alguna de sus altesas por la dicha taha de Dalía é mitad de salinas della pues ha de ser para el dicho su hijo, ó la dicha taha ó

mitad de salinas, ó el valor dello cómo dicho es.—Otrosi es concordado é asentado que sus altesas ayan de dar é den á bulcacin el muleh otros quatro mill é quinientos castellanos por todo lo que tiene en la dicha cibdad de Granada é su reino que sea tanto como el dicho abencomixa vende cede é traspasa á sus altesas é le paguen al dicho respeto si mas tiene quel dicho abencomixa lo que de mas toviese y esto se entienda si el dicho muleh quisiere estar por esto é sino que se concierten sus altesas con él.—Otrosi es concordado é asentado que sus altesas ayan de dar é den á bulcacin abencerraje por las tahas de ferreira é porqueira que son suyas é le rentan doze mill pesantes doce mill pesantes, é mas que lleva la renta deste año é si se partiere antes del postrimero tercio que gelo paguen sus altesas é lo cobren para sí.—Otrosi es concordado é asentado que esto mismo hagan sus altesas con bulcacin abencuda por la taha del Bolloduy ques suya é le renta seis mill pesantes.—Otrosi que sus altesas hagan merced á yuca de mora de trescientas doblas castellanas.—Otrosí es concordado que sus altesas manden guardar á los moros de las dichas tahas del alpuxarra quel dicho rey é los suyos ansi dexan ceden é traspasan en sus altesas, lo que tienen capitulado é asentado que les han de mandar guardar al tienpo que se entregó Granada á sus altesas é que por dejar de ser del dicho rey é de los suyos non se les haga novedad alguna, Otrosi es concordado é asentado que si otro partido estoviere asentado ó se asentare de aquí adelante por parte de sus altesas con el dicho rey muley baudili antes ó despues deste asiento que sus altesas puedan usar del que mas quisieren y en tal caso si escogieren de tomar el otro asiento que non sean obligados á guardar lo en este asiento contenido nin cosa alguna del, esto se entienda si el otro asiento estoviere capitulado é firmado por el dicho rey ó por otro en su nonbre antes que este asiento sea firmado

é jurado por el dicho rey muley baudili con tanto que jure é firme este asiento en presencia de la persona ó personas que sus altesas para ello nonbraren.

Yo el dicho alcaide é alguasil yucaf abencomixa en nonbre del dicho rey muley baudili mi señor prometo é seguro á vos los muy altos é muy poderosos el rey é la reina nuestros señores quel dicho rey mi señor otorgará firmará é jurará esta escriptura de capitulacion segund é como lo yo otorgo en su nonbre é hará é conplirá todo lo en ellos contenido que á él pertenesce de hazer ó conplir sin dilacion nin escusa alguna é que los traeré firmados é jurados por el dicho rey mi señor é los daré é entregaré á vuestras altesas é á quien vuestras altesas mandaren dentro de dos meses y medio primeros siguientes los cuales comienzan á correr desdel dia desta escriptura so pena de cinco mill doblas zaenes para vuestras altesas por siguridad de lo qual firmé esta escriptura de mi nonbre que fue fecha é otorgada en la cibdad de Barcelona diez y siete dias del mes de marzo año de mill è quatrocientos é noventa é tres años.—E como quier quel dicho alguasil yuca abencomixa no tovo nin tenga poder del dicho rey mi señor para asentar nin capitular con sus altesas cosa alguna de lo que ansi asentó é capituló, y el dicho rey mi señor podiera no estar por ello por ser asiento é capitulacion hecha otorgada sin poder nin consentimiento suyo, pero porquel dicho rey mi señor con el gran deseo que tiene de servir á sus altesas é porque su gana y voluntad es y siempre fué que sus altesas sean del en todo servidos, y esto ansi mismo es mi deseo y voluntad, y porque la determinacion del dicho rey mi señor es de se pasar allende á tierra de moros, el dicho rey mi señor no quiere contradecir nin contradice el dicho asiento, y por virtud del dicho poder qne del dicho rey mi señor tengo de suyo encorporado, y conformándome con su voluntad é gana y

de cierta sabiduría é consentimiento del dicho rey mi señor otorgo é conosco por la presente escriptura en la mejor via é forma que puedo é de derecho devo en nonbre del dicho rey mi señor que he por bueno é cierto é firme é estable é valedero para agora é en todo tienpo é para siempre jamás el dicho asiento é capitulacion de suso encorporados, que ansí el dicho alguasil yuca abencomixa asentó é capituló con sus altesas, con tanto que sus altesas ayan de conplir é cunplan con el dicho rey mi señor (1) segund é por la via é orden que aqui será contenido en esta manera.

Primeramente que de las dos carracas que sus altesas les han de mandar dar sea la una la de Inygo Artieta é la otra que sea de arriba de mill toneles de ginoveses asegurada por la señoría de Senova, é ansi mismo afianzada de la lonja de los ginoveses abitantes en Sevilla é de Francisco Pinelo é del escribano de racion é que en logar de las otras dos carracas que sus altesas abian de mandar dar á cidi bulcacin el muleh é alguasil abencomixa segund lo capitulado con ellos al tienpo de la entrega de Granada les manden dar sus altesas dos galeotas bien armadas que vayan en conserva de las dichas carracas é para servicio dellas los quales navíos todos ayan de estar en el puerto en que acordaren de enbarcar veinte dias antes de su partida, é si mas se detovieren que sea á costa del rey muley é de los que ovieren de pasar la qual dicha carraca de Inygo de Artieta es de mill é dozientos toneles.—Iten que lo que sus altesas manden dar personas de honrra é de abtoridad que vayan en los dichos navíos é los lleven seguros é traigan á sus altesas testimonio de como los dexan desenbarcados á su voluntad.—Iten que lo que sus altesas

(1) E con las otras personas aqui contenidas las cosas que de yuso serán declaradas realmente é con efecto.

mandaron asentar que se diese por las tahas de Dalía é Orgiba é ferreira é porqueira e el bolloduy lo manden dar al rey pues son suyas y no de aquellos que agora las tengan, y que á aquellos non se dé cosa alguna pues non son suyas.—Iten que porque ocho dias es muy pequeño tienpo para poder recebir el dinero que sns altesas les han de mandar dar, que sus altesas manden que se les comience á pagar un mes antes de su partida lo qual piensan que será mediado agosto.—Iten que manden sus altesas que se cumpla con el rey é con todos ellos lo que está asentado en la capitulaciou de la entrega de Granada ansi cerca de las armas que han de llevar como cerca de los derechos que non han de pagar cosa alguna de quantas llevaren nin ser catados nin que arrendador alguno ande sobrellos.—Iten que sus altèsas manden á Gonzalo Fernandes de Córdoba alcaide de Illora y capitan de sus altesas què pague al rey é á abencomixa é á abrahen el cayci lo que se averiguare por el corregidor de esta cibdad que les debe, lo qual todo les aya de pagar un mes antes de su partida que es el tiempo á que sus altesas les han de mandar haser pago de sus haziendas é que sus altesas le manden luego que venga á averiguar é á dar órden como pague al dicho tienpo.—Iten que sus altesas manden luego nombrar persona que luego averigue el valor de las tahas é otras cosas del dicho rey é del dicho bulcacin el muleh é yuca abencomixa é de las otras dichas personas porque sepan lo cierto que han de mandar pagar y el rey y los otros sepan lo que han de recebir.—Iten suplican á sus altesas que hagan merced á abraben el cayci que sus parientes viven en Toledo fasta en número de doze casas para que se puedan pasar é pasen allende é venir al puerto donde ovieren de enbarcar libres ó francos de todo derecho de sus personas é de sus casas é de sus cosas é de flete como está otorgado á los parientes de yucaf de mora en

la capitulacion que asentó abencomixa é segund la capitulacion de Granada.—Iten que los navíos que sus altesas han de mandar dar para el pasaje del rey é de los que han de pasar con él, los ayan de llevar al reino de Tunez ó al reino de Fez ó á qualquier de los puertos de Alixandria que el rey quisiere segund que se asentó en la capitulacion que con el dicho rey se hizo al tienpo de la entrega de Granada é le den puestos los dichos navíos en el puerto de Adra.—Iten que todas las otras cosas contenidas en la dicha capitulacion hecha al tienpo de la entrega de Granada les sean mandadas conplir por sus altesas segund que en la dicha capitulacion se contiene —Iten que por parte de las reinas se suplica á sus altesas que les quieran mandar haser la equivalencia de genin atavbin é de las otras sus huertas é heredades é albondigas é baños é molinos é alquerías é casas que por bien tovieren aviendo acatamiento á quien son è á sus necesidades, ca no quíeren entrar sobrello en juicio con sus altesas de lo qual sus altesas tienen tomado lo mas y lo mejor que son las huertas de ginajop é ginicidi mocliz é geny cidi hamet é geni cidi ali y alcaca xenil é geni alcadi y geni alfaraz.—Iten que si el alfaqui mahomad el pequeni y macor el geyen se quisieren pasar allende con el dicho rey que sus altesas les ayan de dar é pagar é den é paguen en dinero contado oro ó plata por dilar é quentar que tienen por privillejos é merced de sus altesas tanto quanto valieren los dichos logares segund lo que montaron é rindieron el año pasado de noventa é dos al precio y respeto é segund è por la orden que se ha de pagar al dicho rey muley baudili e al tiempo que al dicho rey se ha de pagar.—Iten por quanto en el asiento é capitulacion aqui encorporado quel dicho alguasil yuca abencomixa asentó con sus altesas estaba un capítulo en que se contiene que se hayan de dar é den al alcaide bulcacin el muleh quatro mill é quinientos castellanos

por todo lo que tiene en esta cibdad de Granada é su reino eyendo tanto como lo que tiene el dicho zuca abencomixa é que si mas toviere se le pague al respeto, y por quel dicho bulcacin el muleh tiene demas de lo quel dicho abencomixa tiene el tercio de cuchal, y tres mill reales situados en las rentas de la zapateria desta cibdad é las rentas de avtura que esto con todo lo otro vende cede é traspasa en sus altesas el dicho bulcacin el muleh seyéndole pagado por ello al respeto y segund è por la forma é manera que sus altesas lo mandan por el dicho capítulo asentado por el dicho yuca abencomixa en que se contiene que si mas toviere de lo en él contenido se le pague al respeto, y porque demas de todo esto el dicho bulcacin el muleh tiene otros heredamientos de casas é viñas é huertas é molinos è otras cosas que no son vasallos quel dicho bulcacin el muleh por lo mucho que á sus altesas ha servido é sirve les suplica le manden dar facultad para que lo pueda vender é venda á quien quisiere por el precio que mejor les pueda vender pues que cosas semejantes de casas e viñas é huertas é tierras sus altesas no las han menester.

E que cunpliendo sus altesas las cosas susodichas segun é como dicho es, quel rey mi señor terná é guardará é conplirá realmente e con efecto todas las cosas aqui contenidas que á él conpeten de tener é guardar é conplir é que no irá ni vernà contra ello ni contra cosa alguna ni parte de ello agora ni en algund tienpo para sienpre jamás ni por ninguna via ni razon ni color ni cabsa que sea ó ser pueda, y para el conplimiento de todo ello por virtud del dicho poder de suso encorporado obligo á todos los bienes muebles é raices del dicho rey mi señor é ansi mismo obligo todos los mios los quales sus altesas puedan aver é tomar para sí por pena é en nonbre de pena lo contrario fasiendo é á mayor abondamiento é por mas seguridad é firmeza de lo aqui contenido, juro en nonbre del dicho rey

mi señor é mio por Dios todo poderoso é por las palabras del alcoran alay mytarzemu quel dicho rey mi señor abrá por firme rapto e grato estable è valedero para agora ó en todo tienpo para siempre jamás todo lo aquí contenido é cada cosa é parte dello segund que aquí se contiene, é que no dirá ni alegará que no fué sabidor ni consentidor dello por cuanto segund dicho es de su cierta sabiduría é consentimiento otorgo é loo é apruevo segund é por la orden forma via é manera que aqui es contendo, é que trayendo escriptura de sus altesas firmada de sus reales nonbres por donde han por bueno y aprueban y les place de lo aqui contenido quel rey mi señor dará é entregará otra tal escriptura como está jurada é firmada de su nonbre segund y en la forma é manera que aqui se contiene, é otorgará é firmará é jurará otras qualesquier escripturas que fueren menester para que sus altesas tengan conplido título é derecho á todos los bienes de suso contenidos, en testimonio de lo cual por virtud del dicho poder del dicho rey mi señor firmé en esta escriptura mi nonbre, é por mayor firmeza la otorgué antel escrivano é notario público é testigos de yuso escriptos, la qual dicha escriptura está firmada en arábigo de los dichos bulcacin el muleh é mahomad el pequeni é abrahen el cayci.

Yo abrahen el cayci soy testigo é estove presente al otorgamiento desta escriptura é ví como el alcaide cidi bulcacin el muleh fidmó aqui su nonbre á le trujamancé é declarè toda esta escriptura en lengua arábiga é la entendió muy bien segund que en ella se contiene, é ansi mismo trujamancé è declaré el poder del rey muley baudili aqui incluso de letra arábiga en lengua castellana, el cual tove en mi poder é lo lei é concer é con esta escriptura el cual es bastante e bueno é non roto nin chancelado en fé de lo qual firmé aqui mi nonbre, abrahen el cayci —Fecha é otorgada fue esta escriptura en la noble honrada é gran cibdad de

Granada lunes quince dias del mes de abril año del nacimiento de nuestro Salvador Jesuchristo de mil é quatrocientos é noventa é tres años, testigos que fueron presentes á todo lo que dicho es é vieron firmar aqui sus nonbres á los dichos alcaide bulcacin el muleh é mahomad el pequeni á abrahen el cayci, el licenciado Andrés Calderon corregidor de la dicha cibdad de Granada é Fernando de Zafra secretario de sus altesas, é yo Diego García el rico escrivano de cámara del rey é de la reina nuestros señores é su notario público en la su córte é en todos los sus reinos é señoríos e escrivano del concejo de la dicha cibdad de Granada presente fuí á todo lo susodicho en uno con los dichos testigos que vieron firmar aqui sus nonbres á los dichos alcaide bulcacin el muleh é alfaqui mahomad el pequeni à abrahen el cayci, é otorgar esta escriptura en la manera que dicha es, é de su ruego é otorgamiento del dicho bulcacin el muleh esta escriptura recibí e fize escribir que va escripta en seis fojas de papel de pliego entero con esta por ende fiz aqui este mio signo á tal en testimonio de verdad.—Diego García.

Nos el rey é la reina por la presente seguramos é prometemos por nuestra palabra y fé real á vos el rey muley baudili nuestro vasallo é á las otras personas en esta capitulacion contenidas de tener é guardar é conplir todo lo suso dicho é cada una cosa è parte dello que á nos incumbe de hacer é conplir realmente y con efecto cesante todo fraude é cabtela, por seguridad de lo cual mandamos dar la Presente capitulacion firmada de nuestros nombres é sellada con nuestro sello. Dada en la cibdad de Barcelona á quince dias del mes de junio año del nacimiento de nuestro Salvador Jesuchristo de mill e quatrocientos é noventa é tres años.—Yo el Rey.—Yo la Reina.—Por mandado de Rey é de la Reina Fernandalvares.»

El original tiene un sello de las armas reales sobre cera

encarnada de mucho relieve. El letrero que tienen las armas reales alrededor dice:

«Ferdinandus: et: Helisabet: Dei gra..., es. castellœ: legionis: et siciliæ.»

«Por ende yo el dicho rey Muley baudili de mi propio é libre é agradable é espontánea voluntad otorgo é conosco que quiero consiento é me plaze é por bueno rato é grato firme y estable y valedero para agora é en todo tiempo para siempre jamás lo en el dicho asiento é capitulacion contenido é cada cosa é parte dello, segund é por la forma é manera que de suso se contiene y declara é me obligo por mi é por mis bienes que terné é guardaré é compliré todo lo aquí contenido é cada cosa e parte dello realmente é con efecto que á mi incumbe y pertenece guardar é complir so las penas é á los plazos en esta escriptura contenidos.

E por quanto en un capítulo quel dicho alcaide bulcacin el muleh asentó en mi nombre tocante á las faciendas y heredades de la reina mi madre é de la reina mi muger é de mi hermana ay diferencia de otro capítulo que el alguasil yuca abencomixa asentó con sus altesas tocante á las dichas reinas mi madre y mi muger é la dicha mi hermana, segund que de suso es contenido, por ende he por bien é quiero é consiento é me plase si sus altesas dello fueren servidos de estar por el dicho primero capítulo que ansi el dicho alguasil yuca abencomixa asentó para en lo que toca á las dichas reinas mi madre é muger y hermana no enbargante el dicho capítulo que dicho bulcacin el muleh por virtud de mi poder asentó en mi nombre como dicho es é juro por Dios Todo-poderoso é por las palabras del alcoran alaimitarzemu que terné guardaré á compliré todo lo aqui contenido é cada cosa é parte dello segund y como dicho es. E que no iré ni verné ni inovaré cosa alguna ni parte dello agora ni en ningund tiempo ni por ninguna cabsa rason ni color que sea e ser pueda para lo qual asi te-

ner é guardar é aver por firme é cierto é valedero para agora é en todo tiempo para siempre jamás firmé en esta escriptura mi nonbre é la sellé con el sello de mis letras acostunbradas. Fecha en la villa de Andarax á ocho dias del mes de julio de noventa y tres años.

(Esta copia está sacada literalmente de la capitulacion firmada por el rey Boabdil, existente en el Archivo de Simancas. *Capitulaciones con moros y caballeros de Castilla.* Legajo núm. 1.º)

De un documento, cuyo traslado existe en el mismo archivo de Simancas, resulta que despues de verificarse el convenio antes citado, se celebró otro en la ciudad de Granada, el dia 18 de setiembre de dicho año de 1493; habiéndose presentado en casa de Hernando de Zafra el alcaide Cidy Albucacen el Muleh, y convenido en la cantidad alzada que habia de recibir por los bienes que habia vendido á los Reyes Católicos; entrando en este nuevo concierto *por quitarse de debates é enojos en la cuenta y averiguacion dello* (el valor de dichos bienes.)

Lo propio hizo, y espresando la misma causa, el alcaide Aben Comixa; celebrando un contrato al efecto, en la misma casa de Hernando de Zafra delante de testigos y con las formalidades requeridas.

Igualmente, y de la propia suerte, se celebró otro convenio, para llevar á debido efecto la venta, antes estipulada, de los bienes pertenecientes á la madre, esposa y hermana de Boabdil, habiéndose celebrado esta estipulacion probablemente para orillar las dificultades que hubo de ofrecer la ejecucion de la primera.

Esta escritura la firmó delante de los mismos escribanos y testigos, Cidy Mahomad Moratyl, mayordomo de las reinas y autorizado competentemente por ellas; obligándose Fernando de Zafra, á nombre de sus altezas, de sacar á paz é á salvo á las dichas reinas de todas las personas que

hayan comprado los dichos heredamientos é les hacer pagados de los dichos maravedís que asi dieran por ellas y en tal manera que ni a las dichas reinas ni al dicho mayordomo en su nombre non quede pendencia ninguna. Lo qual otorgaron asi el dicho mayordomo que lo vendia é vende como el dicho Fernando de Zafra de lo sacar á paz é salvo.

(El traslado de estas escrituras, en letra coatánea, se halla en el Real Archivo de Simancas, en el legajo de *capitulaciones con moros y caballeros de Castilla*: núm. 1.°)

(122) En el año de 1493 se pasó el rey Zogoibi á Berbería, y vendió á los Reyes Católicos los lugares y renta que le habian dado en la Alpujarra; habiéndolo poseido y gozado poco mas de dos años. Esta venta efectuó aquel alcaide que digimos, llamado Jucef Aben Comixa, que tenia sus poderes, por precio de ochenta mil ducados, estando SS. AA. en Aragon; el cual recibió luego el dinero y lo cargó en acémilas, y lo llevó al lugar de Andarax, donde estaba su Señor; y poniéndoselo delante, le dijo de esta manera etc.»

«Contaban algunos moros antiguos que cuando el *Zogoibí* vió efectuada la venta, mostró tanta pena de ello, que mataba al alcaide, sino se lo quitaran de delante; y al fin, viendo cuán mal remedio habia para deshacer lo hecho, recogió su dinero; y dende á pocos dias se fué con su casa y familia á la ciudad de Fez, en una urca que SS. AA. le mandaron dar, y allí moró mucho tiempo; hasta que despues, yendo con Muley Hamete el Merini á la guerra contra los Jerifes hermanos, reyes de Marruecos, le mataron en la batalla del *rio de los negros*, en el vado que dicen de *Buacuba*. Escarnio y gran ridículo de la fortuna, que acarreó la muerte á este rey en defensa del reino ageno, no habiendo osado morir defendiendo el suyo.»

(*Hist. del rebelion etc.* por Luis del Mármol, lib. 1.° cap. 21.)

(123) «Despues de esto, el monarca infiel mandó al sultan de los muzlines que se presentase en las Alpujarras, que le dijo serian suyas, y que fijase su residencia en Andarax. En cumplimiento de este mandato, el Sultan destronado se presentó en dicho pueblo; y las tropas cristianas que ocupaban las Alpujarras se retiraron inmediatamente. Empero algun tiempo despues el rey se valió de la siguiente estratagema, para inducir al Sultan que dejase la Andalucía y se fuese á Africa: pretendió que este le habia manifestado el deseo de dejar al pais; y escribió al gobernador de Almería en los términos siguientes: «Al recibo de esta nuestra carta, ninguno pondrá impedimento á que Muley Abú Abdalá vaya al puerto de Africa que prefiera, y todos los que las presentes vieren deben facilitarle quanto haya menester para su viaje y observar respecto de él las condiciones estipuladas en el tratado.» En virtud de la intimacion contenida en esta carta, Abù Abdalá salió inmediatamente para Almería, y habiéndose embarcado en aquel puerto, se hizo á la vela para las costas de Africa y desembarcó en Melilla. Desde allí fué á Fez, donde se estableció. Su primera intencion habia sido fijar su residencia en Marruecos; pero como oyese, al desembarcar, que aquella comarca se hallaba á la sazon afligida por el hambre, la peste y otras plagas, desistió de aquel propósito.»

«Despues que desembarcó en Melilla, se encaminó á la ciudad de Fez, donde lamentándose de su fatal destino, y sintiendo el reino que perdido habia, fijó su residencia con su familia y séquito: y labró algunos palacios, á semejanza de los de Granada, que nosotros mismos hemos visto y visitado, mientras residimos en aquella ciudad. Murió en Fez, el año 940 (1533) (Diòs le perdone!) y le enterraron en frente de la capilla, fuera de *Bábu sh-Shariat* (*puerta de*

la Ley.) Dejó dos hijos varones, de los quales se llamó el uno Jusuf y el otro Ahmed, de cuyos descendientes se encuentran todavía vestigios en Fez; porque en nuestro tiempo, quando visitamos aquella ciudad, el año de 1037, conocimos algunos de sus descendientes, que se hallaban reducidos á subsistir con los caritativos socorros que se dan á los faquires y gente pobre de los fondos de las mezquitas; los quales en puridad no eran sino meros mendigos.»

(Al-maccarri, *Mohammedan-Dynasties in Spain*: obra traducida por D. Pascual de Gayangos.)

(124) «Luego que supieron los moros que iba por caudillo del ejército, y que era tan grande y de capitanes de tanta esperiencia, se atemorizaron, y fué tal el temor, que perdieron la esperanza de sucederles bien, aunque viniese toda el Africa.»

«Llegado el ejército à Granada, hablò Gonzalo Fernandez con los moros con agrado; y ellos le oyeron con mucho placer, por conocer lo benigno que era y piadoso, aun con los enemigos en la paz, quanto rigoroso en la guerra. Dióles á entender el poco fundamento y vana esperanza en que fundaban su rebelion; y como conocieron los moros la verdad de sus razones, luego se echaron á sus pies, y le suplicaron que ajustase con los Reyes Católicos las condiciones que fuese servido: y luego se rindieron y vinieron á pedir perdon á los reyes; con que la ciudad quedó pacífica.»

(*Historia de las proezas y hazañas del Gran Capitan, escrita por el capitan Francisco de Herrera, testigo de ellas*: M. S. existente en la biblioteca de D. Martin Fernandez Navarrete.)

(125) «Este año (1499) en fin de él víspera de Sta. María de la *O*, comenzó à hacer la conversion de los moros de Granada á nuestra Santa Fé Católica el arzobispo de Toledo D. Francisco Jimenez, de donde sucedió, por la voluntad de Dios, la conversion de todos los moros del reino

de Granada, aunque no sin gran escándalo de aquel reino, porque dia de Nuestra Señora de la O se rebeló é se hizo en la Mezquita Mayor la iglesia catedral.»

«Estuvieron los reyes este año (1500) en Sevilla desde enero; y partió el rey de Sevilla para Granada, lunes á 27 de enero, por el levantamiento que hicieron los moros de las Alpujarras, é quedó la reina en Sevilla.»

«Este año se tornaron cristianos todos los moros é moras de Granada é sus alquerías; y fueron segun dicen, hasta *cincuenta mil almas* y dende arriba; y fueron consagradas todas las mezquitas de Granada, grandes y pequeñas, á honor de la Sma. Trinidad.»

«En 1.° de marzo de este año entró el rey en las Alpujarras; y el lunes 5 de dicho mes mandó combatir á Lanjaron, y fué tomado; y este mismo dia ciertos capitanes de SS. AA. fueron á Andarax, por mandado del rey y la ganaron; y luego todas las Alpujarras se dieron; y los moros de Guejar, Lanjaron é Andarax, que se pusieron en resistencia, fueron tomados cautivos.»

«En julio de dicho año entraron los reyes en Granada viniendo de Sevilla.»

«En los meses de agosto, setiembre y octubre de este año (1500) se tornaron cristianos todos los moros de las Alpujarras y de las ciudades de Almería, Baza é Guadix y de otras muchas villas y lugares del reino de Granada.»

(*Anales breves del reinado de los Reyes Católicos* por el doctor Galindez y Carvajal. M. S.)

«Estuvo allí la córte varios meses (año de 1499); dando forma como se bautizase aquella multitud de moros.... é partióse la córte para Sevilla, é quedó el arzobispo de Toledo con el de Granada, dando forma en el convertimiento de la ciudad.»

«Habiendo estallado alborotos, saliéndose mucha gente de Granada y sublevándose las Alpujarras, partió el rey de

Sevilla, á mas andar; é fué á Granada; esto fué en el comienzo de 1500, é apaciguó la ciudad lo mejor que pudo, è fue sobre Lanjaron, e tomólo por fuerza de armas, é cautivó los moros de aquella comarca, é tomò por partido todas las Alpujarras, é dejó á buen recaudo todas las fortalezas; é á todo esto fué presente el Gran Capitan D. Gonzalo, é volvióse á Granada.»

«E dado este concierto, se volvió el rey á Sevilla.»

«En el año de 1502, viendo el rey é la reina que por muchas formas dadas con los moros mudejares, é con los que se habian bautizado, no se podian escusar muchos daños, que los moros facian continuamente en los cristianos, habido su consejo, mandaron de hecho que todos los moros del reino de Granada é todos los moros de Castilla é Andalucia dentro de dos meses fuesen cristianos, é se convirtiesen á nuestra Santa Fé Católica, é fuesen bautizados so pena de ser esclavos del rey é de la reina, los quales fuesen realengos, e los de los señoríos esclavos de los señores, é predicándoles en toda Castilla, donde los habia é en el reino de Granada; é cumplídose el plazo de dos meses en el mes de abril de dicho año de 1502, é ansi de ellos convertidos de buena fé, é todos los mas contra su voluntad, fueron bautizados.»

(*Historia de los Reyes Católicos*, por el cura de los Palacios: cap. 194. M. S.)

(126) «Cuando el Zagal se fué á Berbería, SS. AA. hicieron merced á los infantes *Alí* y *Acre*, hijos del rey Abul Hacen y de la *Zoraya*, (que despues fueron cristianos y se llamaron *D. Juan y D. Fernando*) de las tahas de Orgiba y de Jubilei; *y las poseyeron hasta que, alzandose las Alpujarras en el año de* 1493, *los quitaron SS. AA. de allí*; y les dieron en recompensa un cuento y cuatrocientas mil de juro, y la tenencia del castillo de Monleon y el gobierno del reino de Galicia.»

(Mármol: *del rebelion y castigo de los moriscos.* lib. I. cap 12.)

«Las posesiones del Zagal y el señorío de Orgiba dieron los Católicos Reyes á los Infantes hijos de la Zoraya y de Muley Hacen, que con su madre se habian puesto à los pies de los Reyes, y se habian bautizado; añadiéndoles la taha de Zehel pequeño ó Jubilein, que hoy son el estado de Jorviscon, y las poseyeron hasta el año de 1493, en que hubo algunos alborotos entre los moros. En este año, à peticion de estos Infantes, por quitarse de las sospechas que podia haber contra ellos sobre los dichos alborotos, dejaron las tierrss de la Alpujarra, y en recompensa les dieron los Reyes juros y rentas en el reino de Galicia, y el Señorío de la taha de Orgiba le dieron al Gran Capitan, D. Gonzalo Fernandez de Córdoba.»

(*Historia eclesiástica y política de las montañas de Solaire, llamadas vulgarmente Alpujarra*, por D. Juan Francisco de Córboba y Peralta: lib. 3.° cap. 7.° M. S. Existente en poder de D. Miguel Lafuente Alcántara.)

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTA TERCERA PARTE.

CAP.		PAG.
I.	*De la situacion en que se encontraba Albo Hacen recien vuelto á Granada.*	1
II. . . .	*Tentativa de Aixa en favor de Boabdil.*	6
III. . . .	*Del Consejo que celebró el Rey D. Fernando.*	10
IV. . . .	*De lo que aconteció por aquellos tiempos en la ciudad de Almería.*	21
V. . . .	*Quebranto de Aixa.*	32
VI. . . .	*Determina el Rey D. Fernando poner en libertad á Boabdil.*	35
VII. . . .	*Vuelve Boabdil al Albaicin.* . . .	41
VIII. . .	*Vence Gonzalo de Córdoba á los moros de Granada.* . . .	46
IX. . . .	*De como se salvó el mozo Venegas en el puerto de Málaga.*	55
X. . . .	*De la acogida que halló el mo-*	

CAP.		PAG.
	zo Venegas en la ciudad de Granada	59
XI.	*Sabe el mozo Venegas la muerte de su padre.*	66
XII.	*De la guerra que por aquel tiempo hacian los cristianos*	73
XIII.	*Vence el Zagal á los cristianos en las cercanías de Alhama.*	78
XIV.	*Destrona el Zagal á su hermano.*	82
XV.	*Muere Albo Hacen en su prision.*	89
XVI.	*Asiéntase una trégua entre el Zagal y Boabdil.*	98
XVII.	*Conzalo de Córdoba y los suyos salen del Albaicin.* . .	103
XVIII.	*Cómo desbarataron los moros al conde de Cabra en las inmediaciones de Mocin.* . .	110
XIX.	*Segundo cerco de la ciudad de Loja.*	119
XX.	*Dáse á partido la ciudad de Loja.*	128
XXI.	*Asienta el rey el campo cerca de Velez Málaga.*	139
XXII.	*Batalla de Bentomiz.*	148
XXIII.	*La ciudad de Granada cierra las puertas al Zagal.* . . .	152
XXIV.	*De lo que aconteció á Zoraya*	

CAP.		PAG.
	por aquellos tiempos.	160
XXV. . .	*Pone el rey Fernando cerco á la ciudad de Málaga.*	170
XXVI. . .	*Ríndese la ciudad de Málaga.*	181
XXVII. .	*De cómo el rey Fernando fué á poner cerco á la ciudad de Baza.*	188
XXVIII. .	*Reencuentro y batalla del Zenete.*	194
XXIX.. .	*Llega la reina Doña Isabel al campo cristiano.*	199
XXX. . .	*Entrégase á partido la ciudad de Baza.*	209
XXXI. . .	*Celébrase un concierto entre el Zagal y los reyes Católicos.*	216
XXXII. .	*De lo que hizo Boabdil al intimarle el rey D. Fernando que entregase á Granada.*	220
XXXIII. .	*De lo que aconteció en Malaha á Gonzalo de Córdoba.* . .	224
XXXIV. .	*Defensa de Salobreña.*	231
XXXV. .	*De los riesgos y desventuras que sobrevinieron á Zoraya.*	235
XXXVI. .	*Mas peligros y desdichas.* . . .	241
XXXVII.	*Pasa el Zagal á las partes del Africa.*	249
XXXVIII.	*De cómo el rey D. Fernando puso cerco á Granada.*	256
XXXIX. .	*Fuego del Real.*	266

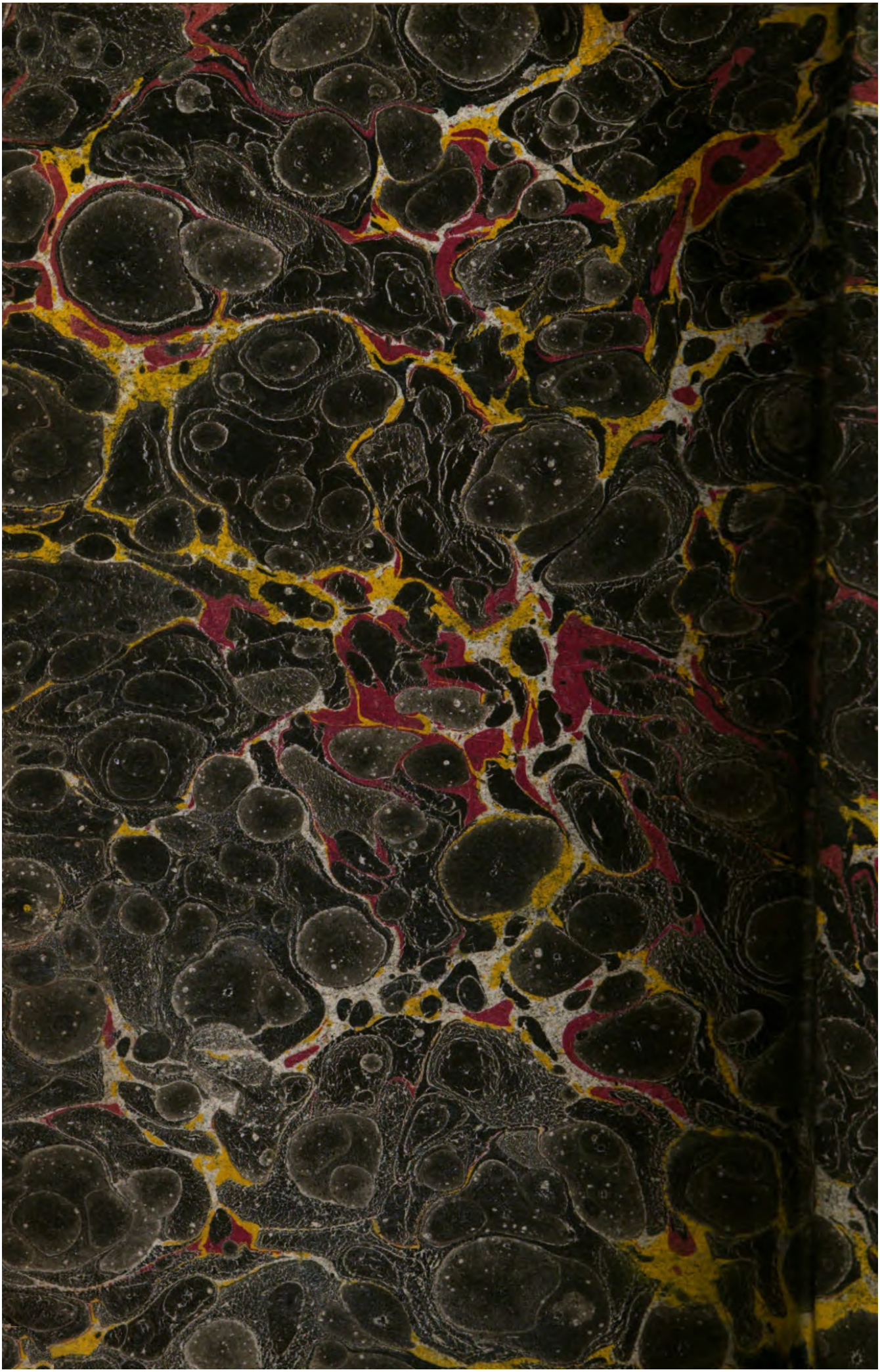
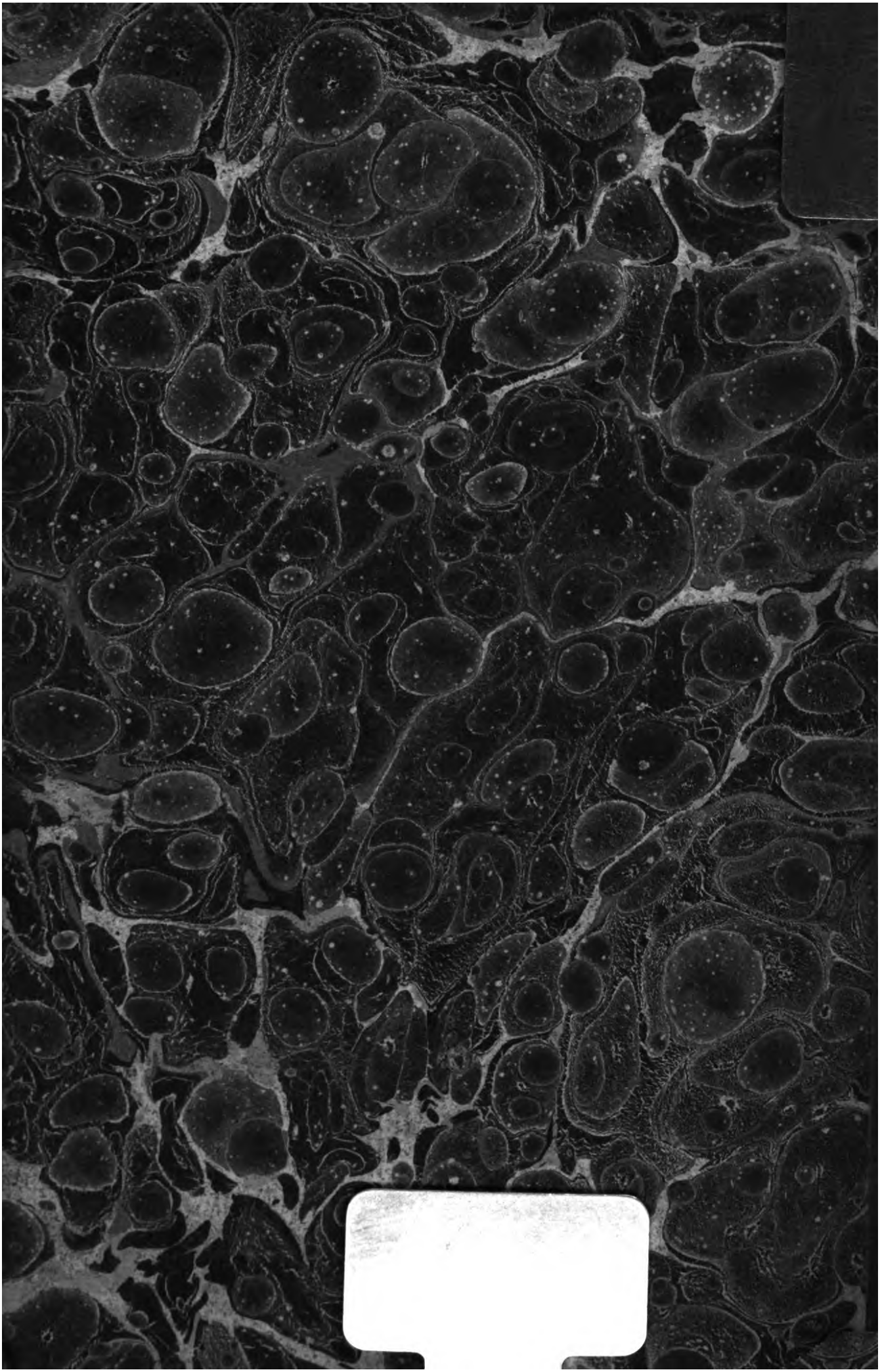
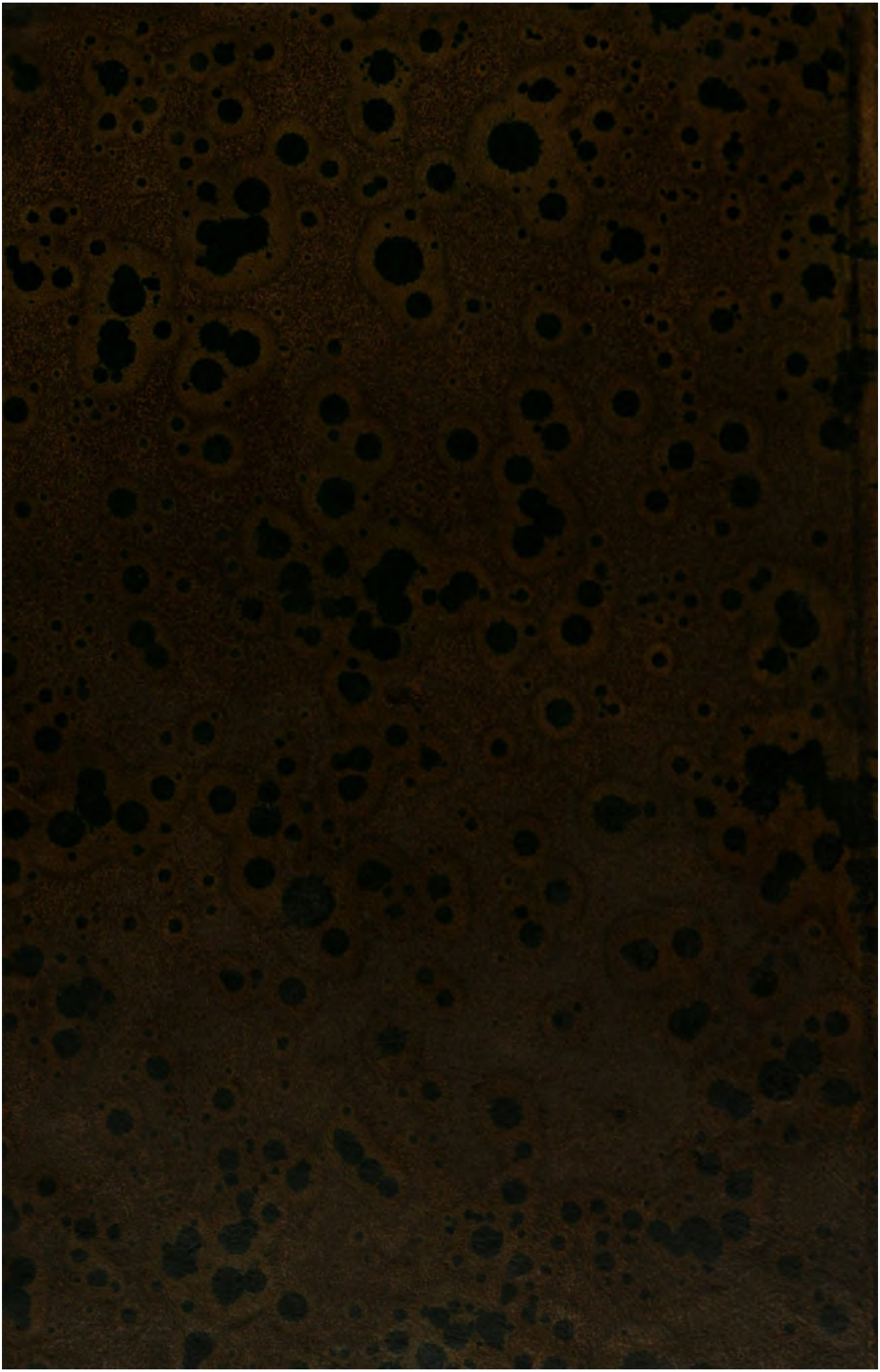
CAP.		PAG.
XL. . . .	*Fundacion de Santa Fé.*	275
XLI. . .	*Batalla de la Zubia ó el dia de la reina.*	280
XLII. . .	*Entáblanse tratos secretos para la entrega de la ciudad.* . .	288
XLIII. . .	*Entra Gonzalo de Córdoba en Granada.*	297
XLIV. . .	*Conciértanse las capitulaciones para la entrega de Granada.*	306
XLV. . .	*Entrégase Granada á los reyes Católicos.*	313
XLVI. . .	*Preséntase Zoraya en el palacio de Alhambra.*	321
XLVII. .	*De como tocó Dios el corazon de Zoraya y el de algunos moros principales.* . , . .	328
XLVIII. .	*Fin y remate de esta historia.*	336

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE.	LEASE.
17	15	causa	cuna
29	19	terrores	temores
53	23	trozo	trecho
85	7	*miral*	*mirab*
91	22	*randa*	*rauda*
99	31	Europa	España.
107	10	medio	medios
109	2	zaquéro	zaguero
145	20	contina	contínuo
146	11	alguno	algunos
150	17	denotaban	denotaba
200	3	del invierno	el invierno
273	32	mezclaban	mezclan
274	32	contemplaba	comtempla
280	19	direccion	discrecion
292	26	quisieron	quisieran
294	20	teta	tela
309	12	le	se
327	14	en el mismo	el mismo
330	5	ánimó	arrimo.
331	5	*de mi*	*á mí*
332	22	cantoras	canoras
335	25	resolvian	resolvieron
337	31	calmarlas	calmarlos
354	26	.ello	hecho
355	29	embolado	embovedado.
357	23	Arazal	Avaral
374	15	venidos	vencidos.
379	10	desde	desque
382	14	dando	dan
386	1	intereses	interés
412	15	1429	1492.
427	2	sin que	finque
433	15	Senova	Génova
446	8	Jorviscon	Torviscon
446	12	tierrss	tierras.

Nota. En la página 8 al final de la línea 17, falta la cita de la nota (4).

En la página 14 línea 17, falta la cita de la nota (5).

En la página 43 línea 6, falta la cita de la nota (8).

61 [illegible] 75